PRUDENCIO

OBRAS

II

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
LUIS RIVERO GARCÍA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 241



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Ana Pérez Vega.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

Depósito Legal: M. 20754-1997.

ISBN 84-249-1867-3. Obra completa.
ISBN 84-249-1869-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

CONTRA EL DISCURSO DE SÍMACO
(CONTRA ORATIONEM SYMMACHI)

LIBRO PRIMERO

PREFACIO

Pablo, heraldo de Dios[1], el primero que con su sagrada pluma domeñó los fieros corazones de los gentiles, que sembró con pacífica enseñanza a Cristo entre pueblos salvajes de rudos rituales para hacer que la desapacible nación pagana conociese a Dios y despreciase sus ceremonias propias, empujado en cierta ocasión por negrísimo temporal[2] había sufrido en su ya debilitado navío el piélago invernizo y la violencia del noto que quiebra los barcos. Mas, habiendo la diestra del Señor ordenado que se calmasen los embates del cerúleo mar, el esquife, flotando, se desliza a puerto y deposita en el suelo de la húmeda playa a los remeros encogidos del frío de la lluvia[3].

Entonces de los setos costeros rápidamente reúnen los hombres ateridos ramas de chasca seca con que poder levantar vigorosas hogueras. Cada cual amontona en el fuego su

[1] Para la inspiración de este título, cf. *I Timoteo* 2.7 y *Hechos* 9.15.

[2] Cf. *Hechos* 27-28. Para el Noto, véase nota a *Apoth.* 656.

[3] Lat. *pluuio frigore,* como en VIRGILIO, *Geórg.* III 279.

propio haz esperando el placer de la cálida pira. Pablo, mientras se afana en reunir los frágiles vástagos y apiñar el cuerpo de la hoguera, metió desprevenido la mano entre unos montones en donde se hallaba embotada de frío una víbora quieta, que ajustaba los lazos de su cuerpo a los sarmientos. Ésta, después que se calentó al abrigo del humo y relajó feroz su rígido cuello, ya aprestada para el giro balanceó su cabeza y volvió hacia la mano los aguijones de sus dientes. Pablo la contempló con espanto, agarrada con los colmillos a la herida de su dedo y colgando de él. Gritan los demás, porque al ver la lividez de la piel creerían que se colaba por sus venas una sustancia mortífera. Mas no aterroriza al intrépido apóstol el feo cariz de tan súbito peligro. Alzando los ojos mira las estrellas mientras susurra en su pecho callado el nombre de Cristo[4] y se sacude y arroja a lo lejos el áspid. Al ser lanzada, la culebra azota el aire, abre su boca y suelta los aguijones. Al punto toda la sangre envenenada y el dolor desaparecen de su diestra como si ninguna herida la hubiera desgarrado y el líquido viperino se seca y pierde su efecto. La sacudida hace a la serpiente dar vueltas hasta caer en medio del fuego, donde se abrasará.

Así ahora, tras la tempestad y violencia del ponto furioso en el que fue zarandeada la nave de Sabiduría[5], cuando asustada bajo el gobierno de reyes idólatras apenas podía avanzar con las velas desplegadas y a los suyos, azotados por el torbellino del siglo, los transportaba nadando a través

---

[4] Lat. *Christum sub tacito pectore murmurans:* cf. Ovidio, *Met.* VI 203: *tacito uenerantur murmure numen.*

[5] Para el Hijo como Sabiduría, véase nota a *Apoth. pref.* I 2. Los siguientes versos están dedicados, como es habitual (cf. p. ej. nota a *Psych. praef.* 51), a desentrañar el sentido de la alegoría que él mismo ha creado a partir del relato bíblico.

de rabioso oleaje, así ahora la ley piadosa ha sufrido hiriente mordisco[6]. Pues se ocultaba hasta ahora escondido el veneno y no había asomado su cabeza cargada de ponzoña, contentándose con mantener hermético silencio en la honda protección de su guarida. Pero estando en cierta ocasión Impiedad escondida e inmóvil, con torpe movimiento había mordido la diestra de Justicia, hirviendo por la ira de su hiel abrasada. ¡Ay, y cómo estuvo a punto de no servir de nada el que la nao católica hubiese bogado a golpes del remo de la página sagrada que Pablo escribió para los distintos pueblos! Apenas se había detenido a resguardo en plácido puerto, vencedora tras domeñar mil rabiosos temporales, apenas ya sujeta por las amarras había dejado en suelo firme a su tripulación, estalla de pronto funesto peligro. Pues, al tiempo que encienden vivísimas hogueras para liberarse del agotamiento y el frío, al tiempo que queman en sus llamas chasca seca e inservible de la viña de la fe[7], con el fin de que esa cepa crecida con prieto y desordenado ramaje perdiera el desaliño de la boscosa idolatría, el excesivo calor fue vivificante caricia para aquella plaga perniciosa. La culebra, aunque desacostumbrada ya, se pone a reptar sobre sus roscas y

[6] Para el trasfondo histórico de esta alusión, seguramente relativa a una posible ofensiva pagana contra alguna (o el conjunto) de las medidas legales de Teodosio, *vid.* A. Baldini, «Il *Contra Symmachum* di Prudenzio e la conversione del senato», *Rivista storica dell'Antichità* 17-18 (1987-1988), 115-157 (pág. 140).

[7] La imagen de la vid o viña es recurrente en los textos bíblicos: véase de hecho la «Alegoría de la vid» en *Juan* 15 (y especialmente 15.1-6, que bien podría haber inspirado aquí a Prudencio). Pero además Thomson (*Prudence*, I, pág. 349, nota *a*) cree que podría haber aquí una alusión a la condena de las herejías que tuvo lugar en el concilio convocado por Teodosio el año 381 en Constantinopla. Para el adjetivo «boscosa» (lat. *siluosi*) aplicado a la idolatría, véase la nota a *Ham.* 145.

a balancear su cabeza de sagaz oratoria[8]; mas la mano, a la que esa herida no causa daño[9], expulsó sin efecto el aliento de esa boca elocuente. Derramado en vano el veneno de su talento, se quedó en la epidermis de los cristícolas.

Salvador de la estirpe de Rómulo[10], te lo ruego, tú que das tu perdón a todos los que se pierden, que consideras tarea tuya todo mortal de tu creación al que puedas aliviar con tu mano afable, ¡apiádate ya, si es posible, de este varón despeñado en escarpada sima! Sin saberlo exhala sacrílego aliento y en su ignorancia fomenta sus propios errores. Te lo suplico, evita que una rápida sacudida lo arroje al centro del fuego, donde se abrasará[11].

***

Creía yo que nuestra ciudad, aquejada de los vicios de los gentiles, había ya suficientemente desterrado los riesgos

---

[8] El elogio de las dotes oratorias de Símaco es constante a lo largo de todo el poema *(vid.* Rodríguez, *«Poeta...»,* págs. 124-126), lo cual, además de ser un reconocimiento a los méritos de aquél, pretende un distanciamiento entre la lengua hábil pero falaz del pagano y la torpe pero sincera del buen cristiano (véase nota al v. 9 de la *Praefatio* a todas las obras).

[9] Lat. *inpatiens uulneris:* cf. Virgilio, *Eneida* XI 639, y Estacio, *Tebaida* IX 872.

[10] Es decir, de los romanos, dado que Rómulo fue el mítico fundador de la ciudad. Se trata, por lo demás, de una sinécdoque habitual en Prudencio para designar lo relativo a Roma.

[11] Acaba así esta segunda parte del prefacio, la de la aplicación didáctica del episodio bíblico. Obsérvese que se han dedicado a ella 45 versos, frente a los 44 que ocupaba la primera. El paralelismo entre ambas queda de manifiesto por la comparación de los versos que cierran una y otra: *Hydrum praecipitem dum rotat inpetus / arsurum mediis intulit ignibus* (vv. 43-44) — *obtestor, iubeas ne citus inpetus / arsurum mediis inferat ignibus* (vv. 88-89).

de su antigua dolencia y que nada quedaba de ese mal después de que la medicina del emperador sedara en la capital aquellos desmedidos dolores[12]. Pero, puesto que renovada plaga trata de turbar la salvación de los hijos de Rómulo, hemos de implorar los remedios del Padre, no permita que Roma se eche a perder con su antigua modorra ni las togas de nuestros próceres se tiznen de humo y de sangre.

¿Es que, entonces, aquel ínclito padre de la patria y rector del orbe no consiguió nada cuando impidió que el antiguo yerro considerara dios unas formas que vagaban en medio de oscuros aires, o que consagrara como supremo poder divino los elementos de la naturaleza, que son obra del Padre que todo lo ha engendrado? Él fue el único varón que se preocupó por que la herida pública de nuestras costumbres no tuviera una ligera cicatriz[13] cerrada a flor de piel, al tiempo que la superficie unida, engañando al médico, daba cobijo al tajo hondamente marcado de una herida infectada, recomido hasta el fondo de pus putrefacta, sino que se afanó para que la parte interior del hombre viviera más noblemente y supiera mantener protegida del veneno interior el alma que había sido purificada de la infección mortal. Éste había sido el remedio de los tiranos[14], ver qué orden cuadraba a las cosas que tenían ante sus ojos y habían de perecer y no preocuparse por las cosas futuras. ¡Ay, qué flaco favor hicieron a su pueblo, de qué mala forma mimaron incluso a los senadores, pues permitieron que éstos se hundieran en el Tár-

[12] Referencia a la prohibición, en el año 381, de las ceremonias paganas, tanto a nivel público como particular, por parte de Teodosio.

[13] Imagen y fraseología similares en CLAUDIANO, *Estil.* II 204-205.

[14] Se refiere a Máximo y Eugenio, usurpadores derrotados por Teodosio en el verano del 388 y en septiembre del 394 respectivamente. Vuelve a llamarlos así (lat. *tyranni*, por usurpadores) en los vv. 410 y 463.

taro[15] con Júpiter y su mucho gentío de dioses! Éste, en cambio, ha extendido su mandato más allá del tiempo venidero por su deseo de asegurar la salvación a los suyos. Sí que es bello el aserto de un hombre muy sabio[16]: «Un estado sería suficientemente afortunado en el caso de que o bien sus reyes fueran sabios o bien sus sabios reinaran». ¿Es que este emperador no es de ésos pocos a los que, cuando les tocó en suerte la diadema[17], veneraron la doctrina de la sabiduría celeste? Pues mirad, es un caudillo sabio el que ha tocado en suerte al linaje humano y la gente togada[18]. El estado de nuestra Roma se robustece feliz bajo el reino de Justicia[19]. Obedeced al maestro que ostenta el cetro del gobierno; os advierte que el muy funesto yerro y la superstición de vuestros viejos abuelos deben estar lejos de vosotros y que no se considere[20] dios sino a aquel que sobresale en lo más alto sobre todas las cosas y ha creado las inmensidades del gran orbe.

¿Acaso se piensa que Saturno gobernó mejor a los abuelos latinos[21]? Él educó los rústicos espíritus y rudos corazones

---

[15] El infierno *(vid.* nota a *Cath.* I 70).

[16] Platón, *República* V 473d.

[17] Esto es, el poder, por ser la diadema ornato propio de reyes o sacerdotes.

[18] Es decir, a la romanidad, al mundo civilizado (cf. Virgilio, *En.* I 282).

[19] Cf. *Symm.* I *praef.* 57 y *Symm.* I 520.

[20] Literalmente dice «y que no considere» *(nec putet),* una expresión no muy lograda por la indefinición de su sujeto, que ha llevado a Cunningham incluso a sospechar algún tipo de corrupción textual.

[21] Saturno fue objeto especial de las iras de los apologistas, quienes veían en él el comienzo de la divinización de seres humanos y, por lo tanto, del yerro pagano. Para la leyenda de su paso por el Lacio, véase p. ej. Virgilio, *En.* VIII 319-327, donde se recoge (vv. 324-325) la idea de que fueron éstos los tiempos de la Edad de Oro (y, en el mismo sentido,

de aquellos hombres con edictos como los siguientes: «Soy un dios. Vengo huido. Dadme un escondrijo. Ocultad a un viejo expulsado de su trono por la fiereza de su hijo, un tirano[22]. Es de mi agrado esconderme aquí fugitivo y desterrado. Al pueblo y lugar daré el nombre de Lacio[23]. Para podar las vides, si os interesa, forjaré recurva hoja de acero y además fundaré para vosotros, a la orilla de vuestro río, unas murallas que se llamarán Saturnias[24]. Vosotros consagraréis en mi honor (pues nací del cielo) un bosque y en él alzaréis un altar y lo adoraréis». A partir de ahí las generaciones posteriores, de embotado entendimiento, crearon en bronce dioses cuyos sepulcros tenemos la certeza de que son objeto de admiración en su patria[25], dioses que engendró y trajo a Italia un extranjero fugitivo y su lujuria caballuna; porque él fue el primer

---

véase Tibulo, I 3, 35-48), idea rechazada por Prudencio en los vv. 72-73. Para la tesis prudenciana (y no sólo) de que el politeísmo pagano encontró su caldo de cultivo en pueblos incivilizados, en tiempos de *rusticitas*, vid. el trabajo de W. Evenepoel, «Prudentius: *ratio* and *fides*», *L'Antiquité Classique* 50 (1981), 318-327 (esp. pág. 320).

[22] Es decir, un usurpador *(vid.* nota al v. 22).

[23] Reproduce así Prudencio la etimología popular que hacía derivar el nombre del Lacio *(Latium)* del verbo «esconderse» *(lateo)*, etimología presente ya en Virgilio, *En.* VIII 322-323, y Ovidio, *Fastos* I 238.

[24] Cf. Virgilio, *En.* VIII 357-358.

[25] Es decir, se trata de dioses que nacieron (puesto que tuvieron patria) y que murieron (puesto que tuvieron sepulcros). Para *spectata* prefiero la traducción «son objeto de admiración» frente a la más neutra «pueden verse», porque de hecho en la mente demoledora de Prudencio bulle la idea del evemerismo, doctrina introducida en Roma por el poeta Ennio: los dioses paganos no fueron más que hombres que, por sus buenas acciones *(euergétai, sōtêres)* fueron encumbrados por sus convecinos a la categoría de dioses (cf. Rodríguez, *«Poeta...»*, págs. 129-130; J. Seznec, *Los Dioses de la Antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento*, Madrid, 1983, págs. 19-40).

fornicador que fingió divinidad para andar relinchando tras las niñas etruscas[26].

A continuación, peor que su padre[27], Júpiter, morador del boscoso Olimpo, ensució con su deshonesta mancilla a las lacedemonias: ya raptando para su fechoría a su amada y transportándola a lomos de buey[28]; ya, tierno y más ligero por su plumón, cantando suaves y blandos susurros al modo de moribundo cisne, con los que, cautivada, la doncellita admitiera su alado amor; ya ante una puerta sorda, asegurada por una tranca o cerrojo con apretadas cuñas, rompiendo las tejas y derramando como rico amante desde el techo una

[26] Para esta metamorfosis de Saturno en caballo, cf. Virgilio, *Geórg.* III 92-95, y Valerio Flaco, V 153. También tiene ecos virgilianos *(En.* I 6) la expresión «traer dioses a Italia» y virgiliano *(En.* VII 385) es asimismo el sintagma *simulato numine,* que aquí traduzco como «fingió divinidad».

[27] Cf. Virgilio, *En.* VIII 326. Para la connotación negativa («enmarañado» o sim.) que puede tener en Prudencio la expresión «boscoso Olimpo», véase la nota a *Ham.* 145.

[28] Se refiere al rapto de Europa, para el que Júpiter se transformó en un blanco novillo; a continuación alude a su unión con Leda bajo forma de cisne; por último, menciona su relación con Dánae, la cual, habiendo sido encerrada por su padre Acrisio en una estancia acorazada y custodiada, concibió del dios cuando éste, convertido en lluvia de oro, cayó sobre su seno a través de una grieta del techo. Sorprende, en cualquier caso, la designación genérica «lacedemonias», pues ninguna de las tres lo fue estrictamente: Leda, oriunda de Etolia, lo fue sólo por su matrimonio con el rey lacedemonio Tindáreo; Dánae era del Peloponeso, pero argiva, aunque sus abuelos maternos fueron los mismísimos Lacedemón y Esparta; Europa, en fin, no tuvo especial vinculación con estas tierras. Por otra parte, agradezco al Prof. G. Laguna el haberme recordado que estos tres episodios son mencionados juntos en Ovidio, *Am.* III 12, 33-34, y [Séneca] *Oct.* 205-208 y 770-777.

lluvia de olas de oro sobre el regazo de su amiga rendida[29]; o bien, al proporcionarle su escudero una sórdida presa, cubriendo de inmundo abrazo a un pobre súcubo, con lo que crecía la indignación de su hermana al ver a un niño como su rival[30]. Ésta es la causa y origen del mal, que la estupidez boba inventó unos siglos de oro bajo el reino del antiguo forastero y que con su novedoso ingenio el astuto Júpiter urdía múltiples ardides y variados engaños, de forma que, cada vez que quisiera cambiar su piel y su aspecto, pensaban que él era un buey, que cazaba como águila rapaz, que cual cisne yacía con otra y que se convertía en monedas y así penetraba en el regazo de una chiquilla. Pues ¿qué no había

[29] Para este tercer «affaire» de Júpiter reproduce Prudencio terminología y situaciones propias de la poesía erótica latina y más concretamente de la elegía amorosa: en primer lugar aparece la figura del *exclusus amator* o «enamorado puerta afuera»; más abajo llama explícitamente a Júpiter *diues amator* («amante rico»), personaje típicamente denostado por el *pauper poeta* elegíaco; a la amada elegíaca, en fin, se la designa con frecuencia con el término *amica,* aquel que precisamente utiliza nuestro poeta en este v. 68. De todo ello no puede inferirse naturalmente sino que Prudencio desaprobaba (por lo demás, como hubiera sido de esperar) todo el ambiente encarnado en la antigua elegía erótica latina. Por otra parte, traduzco como «rendida» el participio *excipientis* (propiamente, «que recibe [la lluvia de oro]») aplicado a la amiga, porque creo que tiene una clara connotación de entrega sexual (cf. v. 78: *gremium penetrare puellam,* y, para más detalles, véase el análisis del pasaje y sus correlatos que en este sentido hace Á. J. Traver, «El mito de Dánae: interpretación y tratamiento poético desde los orígenes grecolatinos hasta los Siglos de Oro en España», *Cuad. Filol. Clás. (Est. Lat.)* 11 (1996), 211-234 (págs. 225-227).

[30] Alusión al joven troyano Ganimedes, quien fue raptado por el «escudero» de Júpiter, esto es, el águila (así p. ej. en Virg., *En.* V 254-255, en estos mismos versos y en *Perist.* X 234-235), o bien por el propio Júpiter disfrazado de águila (así p. ej. en Ovidio, *Met.* X 155-161 y en el v. 77 de este mismo poema). En el Olimpo realizaba las funciones de copero de Júpiter y contó siempre con los celos hostiles de la hermana y esposa del dios, es decir, de Juno (cf. Virgilio, *En.* I 28). Para la siguiente expresión, cf. *Ham.* 203-204.

de creer la rústica necedad de unos hombres incivilizados, acostumbrada a producir, entre ganados y animalescas maneras, un espíritu desprovisto del sentido divino? Para cualquier cosa que la astuta disipación de ese canalla les hizo creer, aquel pueblo infeliz tuvo pronta su oreja.

Al mandato de Júpiter siguió una era más corrompida, que enseñó a los rudos campesinos a ser esclavos del pecado. A unos hombres libres del mal de robar los imbuyó en este arte Mercurio, hijo de Maya; ahora es tenido por un gran dios aquel cuya experiencia produjo ladrones. Además aquel gran experto en magia tesalia se dice que con la guía de una vara en su mano hizo volver a la luz almas ya apagadas, que anuló las leyes de muerte del Cocito haciendo volar de regreso a lo alto a los que ya eran espectros y que en cambio a otras las condenó a morir y las sumergió en las profundidades ocultas del caos[31]. Esto indica que fue ducho en una y otra cosa y pertrechó su vida con doble falta. Pues su habilidad perversa sabe convocar con mágico rezo formas inconsistentes, encantar con destreza cenizas sepulcrales y asimismo despojar a otros de la vida. La Antigüedad, de mente simple, admiró a este artífice de fechorías y lo veneró por encima del ámbito humano, inventando que era transportado a través de las nubes y que con sus pies alados cruzaba veloz los ligeros vientos.

[31] Para la descripción de estos poderes de Mercurio, Prudencio se inspira en VIRGILIO, *En.* IV 242-244, y para la expresión «hijo de Maya» *(Maia genitus)* en *En.* I 297. La vara a que se alude es el emblemático caduceo. Para la «magia tesalia», véase la nota a *Apoth.* 478. El Cocito o Río de los Lamentos *(Kōkytós)* era una más de las corrientes del infierno y aquí designa, por sinécdoque, el infierno mismo.

He aquí que en el grupo de los dioses y moldeado en bronce se alza un griego y relumbra en la solemne ciudadela de Numa[32]. Fue activo propietario de un campo bien cultivado, notable por la riqueza de sus labrantíos; sin embargo éste fue al mismo tiempo empedernido libertino y acostumbraba a acosar con su mucha lascivia a las pobres rameras campesinas y a mantener con ellas obscenas coyundas en medio de saucedas y monte cerrado. Espoleando su carácter indomable y siempre dispuesto para alguna fechoría nunca daba reposo a sus venas calientes. Éste es el conocidísimo dios que vino desde su patrio Helesponto hasta los vergeles de Italia con sus vergonzantes liturgias. Él recibe «cada año un cuenco de leche y estas tortas» de ofrenda[33] y protege los viñedos del campo sabino; vergüenza da verlo con esa vara bochornosamente hincada.

El infamante ardor de Hércules y su amor por un tierno niño hirvió incluso en las bancadas de la zarandeada Argo y no le abochornó abrigar maridaje de machos bajo la piel de Nemea y andar buscando como un viudo a Hilas cuando

[32] El «griego» es Priapo, divinidad protectora de jardines y cultivos, representada con un gran falo erecto y que hacía gala de un carácter radicalmente lascivo, lo que lo convirtió en objeto de los ataques de los apologistas cristianos. Numa Pompilio fue el segundo rey de la leyenda romana; su figura fue siempre símbolo de venerabilidad y estuvo fuertemente asociada al culto religioso, pues de hecho la tradición veía en él al organizador de la religión romana. De ahí que choque aún más la presencia de Priapo en esa «solemne ciudadela de Numa», o lo que es lo mismo, en Roma.

[33] He entrecomillado parte de la oración porque se trata de una cita más que de un préstamo (obsérvese que, de hecho, el demostrativo *haec*, «estas», está aquí fuera de sitio). Compárese el texto de Prudencio (vv. 113-114): *sinum lactis et haec uotorum liba quotannis / accipit*, con el de VIRGILIO (*Égl.* VII 33-34): *sinum lactis et haec te liba, Priape, quotannis / exspectare sat est.*

éste murió. Ahora la casa Pinaria llena con Salios y cánticos su templo situado en el combado asiento del cerro Aventino[34].

Un joven tebano[35], después de haber derrotado a los indios se convierte en dios, al tiempo que desfilando en victoriosa ovación se deleita con su éxito, trae el oro del pue-

---

[34] Hércules (que en uno de sus doce «trabajos» mató al león de Nemea, con cuya piel se revistió posteriormente), enamorado del joven Hilas, lo había llevado consigo mientras acompañó la expedición de los Argonautas en busca del Vellocino de Oro; pero durante la travesía, habiéndosele encargado al joven ir a una fuente a buscar agua, fue arrastrado al fondo de la corriente por las ninfas, que habían quedado prendadas de su belleza, y Hércules estuvo buscándolo largo tiempo. Por otra parte, según nos transmiten VIRGILIO *(En.* VIII 268-272) y TITO LIVIO (I 7, 12), el culto a Hércules fue encargado a las familias de los Poticios y Pinarios y se celebraba en un templo circular (hay quien piensa que *conuexa in sede,* que aquí traduzco como «en el combado asiento», se refiere a esa circularidad, pero no se aducen paralelos: *vid.* J.-L. CHARLET, *«'Sit deuota Deo Roma':* Rome dans le *Contra Symmachum* de Prudence», en S. PRETE (ed.), *Commemoratio. Studi di filologia in ricordo di Riccardo Ribuoli,* Sassoferrato, 1986, págs. 33-41 [pág. 40, n. 9]) situado en el Foro Boario, en la boca del valle del Circo Máximo, entre el Palatino y el Aventino (para la historia del asentamiento de Hércules en Roma, *vid.* TITO LIVIO, I 7, 3-15 y VIRGILIO, *En.* VIII 184-275). Los Salios, en fin, eran sacerdotes de Marte, si bien VIRGILIO *(En.* VIII 285) y MACROBIO (III 12) testifican la existencia de estos sacerdotes en el culto a Hércules.

[35] Se trata de Baco (también llamado Líber o Bromio), nieto por vía materna de Cadmo, rey de Tebas. Conquistó la India con la fuerza de un ejército a la vez que con encantamientos y su poder místico: no en vano, era el dios del vino y del delirio místico, detalle que queda bien reflejado en los ritos orgiásticos con que se le rendía culto y que ha hecho de sus seguidoras, las Bacantes o Ménades, símbolo de la mujer posesa. Habitualmente es transportado en un carro tirado por panteras (tigres en la versión de VIRGILIO, *En.* VI 805). Una descripción muy viva de un rito báquico puede verse en CATULO, LXIV 254-264.

blo cautivo y ensoberbecido por los despojos[36] se disipa en el lujo con su comitiva de semivarones y, ávido de vino, se baña en abundantes tragos mientras con las espumas de una pátera engastada de pedrería y con mosto Falerno[37] empapa y rocía los lomos de su fiera yunta. Por tales méritos se inmola hoy día a Baco un macho cabrío en todos los altares[38] y desgarran con la boca verdes culebras aquellos que quieren granjearse el favor de Bromio, cosa que ya entonces hizo asimismo la borracha locura de los sátiros[39] ante los ojos de su rey y que, en mi opinión, hicieron las propias Ménades aguijoneadas por la furia, cuando el ardor del vino recio las hacía rodar a faltas de toda clase. Con este coro bailando en torno suyo el ebrio adúltero descubre expuesta en la orilla de una playa apartada[40] a una ramera de cuerpo soberbio que un joven traidor había abandonado allí una vez saciado de su amor deshonesto[41]. En el calor del vino, toma para sí

[36] Lat. *spoliisque superbus,* a final de hexámetro: cf. Virgilio, *En.* II 504; Ovidio, *Met.* VII 156. Para la «comitiva de semivarones» *(cum semiuiro comitatu),* e. e. de eunucos, del verso siguiente, cf. Virgilio, *En.* IV 215.

[37] Obsérvese la hendíadis («espumoso mosto»). Para el Falerno, véase la nota a *Cath.* IX 30. Para la fraseología de estos versos, cf Virgilio, *En.* I 738-739.

[38] Cf. Virgilio, *Geórg.* II 380-381. Una crítica a los ritos dedicados a Baco puede verse en Agustín, *Ciudad de Dios* VII 21.

[39] Cf. Ovidio, *Met.* III 670. Los sátiros eran genios de la naturaleza incorporados al cortejo de Baco y caracterizados por su aspecto animalesco y desatada lascivia.

[40] Lat. *secreti in litoris acta:* cf. Virgilio, *En.* V 613.

[41] Después de haberlo ayudado en su lucha contra el Minotauro, Ariadna, hija del rey cretense Minos, es abandonada por Teseo en la isla de Día (post. Naxos), por lo que este joven recibió el calificativo de «traidor» *(perfidus),* adjetivo que Prudencio ha tomado a buen seguro de Catulo (LXIV 132, 133, 174 [cf 182]). Posteriormente sería hallada allí por Baco, quien, cautivado por su belleza, la tomó por esposa. Para el ciclo Ariadna-Teseo y Ariadna-Baco, cf. Catulo, LXIV 52-264; Ovidio, *Heroidas*

a esta Neera y hace que se quede a su lado en los placeres de su húmedo desfile triunfal y que lleve la regia corona como ornamento de su cabeza. Al punto, el fuego de Ariadna se añade a las estrellas celestiales; con este honor paga Líber el precio de una noche: una meretriz ilumina la bóveda etérea[42].

La cerrada estupidez del vulgo ingenuo consideraba en aquella época así de grande el poder de todos los reyes, hasta el punto de que un soberano pudiera cruzar con sus mezquindades al reino eterno situado sobre las alturas del cielo. Por entonces se creía que el poder real, por pequeño que fuera, encerraba la fuerza de toda la grandeza divina y el mando del cielo todo; con incienso y un pequeño santuario se tributó honor incluso a los caudillos y, mientras el miedo, el amor o la esperanza van incrementando este ho-

X, *Fastos* III 459-516 y *Met.* VIII 174-182. La visión de Ariadna como «ramera» corresponde, naturalmente, a la interpretación que del episodio hicieron los cristianos (cf. Lactancio *Inst.* I 10, 9: *impudicam mulierem).*

[42] Es decir, la corona que regaló a Ariadna se catasterizó posteriormente en la constelación que lleva su nombre. Por otro lado, Neera (gr. *Néaira)* fue en principio tan sólo un nombre de mujer, si bien hubo diversos personajes literarios que tuvieron tal nombre, con el común denominador de haber sido todas ellas mujeres envueltas en alguna relación amorosa: cf. Virgilio, *Égl.* III 3; Horacio, *Odas* III 14, 21 y *Epodos* XV 11; Ovidio, *Am.* III 6, 28; sin embargo, a mi modo de ver (y en ello discrepo de Paratore, «Prudenzio fra antico...», pág. 83, n. 88, quien cree que Prudencio piensa en el personaje horaciano y ello únicamente en base a su mayor familiaridad con este poeta), seguramente fue la «elegíaca» amada de Lígdamo (p. ej. [Tibulo], III 1, 6) la que despertó el rechazo de Prudencio hasta el punto de utilizar su nombre (aquí y en *Perist.* X 240) como antonomasia de la indecencia (véase más arriba, la nota al v. 68). Cabe, en fin, la posibilidad de que Prudencio esté pensando en la Neera contra la que Demóstenes escribió un discurso, que de hecho había sido una hetera en la vida real.

nor, aquella costumbre ancestral avanzó en una larga era en perjuicio de las pobres gentes. Esa imagen de falsa piedad[43] comenzó a extenderse entre sus descendientes, ignorantes por efecto de una confusión nebulosa; y es que entonces la misma veneración que anteriormente había correspondido a los reyes vivos pasó a aquellos que ya habían disfrutado del don de la luz y trasladó los altares ante sus negras urnas. De ahí vinieron el burlar a las chiquillas, las prendas de amor, los alumbramientos, el secreto amor por jovencitos, la mancilla flagrante del lecho conyugal, porque estaba entonces la corte habituada a bullir con las faltas de sus reyes, y la descendencia de esos dioses, perdida en el lujo, a no tener en cuenta el sagrado recato.

Y por aludir brevemente, Roma, a tus padres de sede celestial, por obra de quienes proclaman que tú naciste semidiosa, a Gradivo o a Citerea, él viola a una sacerdotisa, ella por su parte se entrega a un esposo frigio[44]. Ambos tuvieron despareja coyunda. Y no estuvo bien que una diosa probara la terrenal unión a un mortal ni que un jovencito celestial descendiera para faltar a una doncella y se abrasara con fuegos secretos. Pero la realidad es que Venus fue una mujer de sangre augusta que se aferró a un insignificante hombre particular[45] incurriendo en prohibido desdoro. Y si

[43] Lat. *falsae pietatis imago,* a final de hexámetro: expresión de ecos virgilianos *(En.* VI 405, IX 294, X 824).

[44] Gradivo era sobrenombre de Marte, quien, según la versión más extendida, violó a la vestal Rea Silvia, de donde nacieron Rómulo y Remo; Citerea (esto es, la de Citera) es Venus, pues fue esa isla del Egeo la primera tierra a donde la llevaron los Céfiros (o vientos del Oeste) cuando hubo nacido de las espumas del mar. El «marido frigio» (es decir, troyano) a quien Venus se unió fue Anquises, y de ahí nació Eneas.

[45] Esto es, privado, que no era rey, porque el trono de Troya estaba en manos de Príamo.

Rea, burlada por el amor del lascivo Marte, perdió su sagrada decencia entre las ovas del río, yo me inclinaría a creer que alguien de noble estirpe aunque al mismo tiempo de infames costumbres, después de obligar a la doncella por la fuerza, dijo que él era un dios con el fin de que nadie se atreviera a echar en cara a la mancillada y desgraciada muchacha el estupro de una deidad. Es éste el rumor o error que indujo a nuestros abuelos itálicos a celebrar rituales sagrados para Marte en el campo de Rómulo[46] y a marcar el Capitolio, fundado en las peñas palatinas[47], con la inscripción de su bisabuelo[48] Júpiter y de la pelasga Palas, y a lla-

[46] O lo que es lo mismo, en Roma, en el Campo de Marte: Lavarenne *(Prudence,* III, pág. 142, n. 2) cree que Prudencio se refiere aquí o bien al «Caballo de Octubre» *(October Equus),* fiesta celebrada el día 15 de octubre en el Campo de Marte, en la que se inmolaba en honor del dios el caballo del lado derecho de la biga que resultara vencedora en una carrera disputada al efecto (cf. Festo, págs. 178-179M y, para más detalles, *vid.* Daremberg & Saglio, *Dictionnaire...*, IV/1, s. v. *October equus,* 149b-150b), o bien a los *Equirria* (o *Equiria* o *Ecurria),* carreras de caballos celebradas el 27 de febrero y el 14 de marzo también en el Campo de Marte y asimismo en honor de esta deidad (cf. Varrón, *Leng. Lat.* VI 13; Ovidio, *Fastos* II 856-864, III 519; Paulo Diácono, *Epít. Festo,* pág. 81M, 131M, y *vid.* Daremberg & Saglio, *Dictionnaire...*, II/1, s. v. *Equirria,* 745b-746a).

[47] Elabora asi Prudencio una especie de «paisaje poético» en el que algunos elementos de la geografía romana aparecen desplazados, para lo cual contaba de hecho con algún antecedente en Virgilio, *En.* VIII 337-358. Como se sabe, el primitivo asentamiento de Evandro se sitúa en el cerro Palatino y seguramente a ese carácter primitivo (es decir, «fundado en las peñas de la ciudad palatina») quiere aludir nuestro poeta al trasladar allí el templo de Júpiter emplazado en el Capitolio (cf. Tito Livio, I 10, 5-6), templo que éste compartía con Minerva (o Palas) y Juno, formando así la tríada capitolina.

[48] Entiéndase en sentido figurado: Júpiter, como padre de Marte, era abuelo de Rómulo, «padre» a su vez de los romanos. El adjetivo «pelasga» aplicado a Palas significa «griega», sin más. El «alcázar de Libia» es Cartago, ciudad preferida de Juno (cf. Virgilio, *En.* I 15-16).

mar de su alcázar de Libia a Juno, dioses emparentados con Marte; asimismo indujo a sus próceres a hacer venir la desnuda imagen de Venus de la cumbre del Érice y a que la Madre de los Dioses fuera transportada desde el frigio Ida, a que se importasen báquicas orgías de la verde Naxos[49]. Convirtióse Roma en hogar único de aquellas deidades de origen terrenal y cabe contar en ella tantos templos de dioses cuantas tumbas de héroes por el mundo[50]; los Manes que la leyenda ennoblece, nuestro pueblo los venera y adora. Este tipo de dioses tuvieron Anco, Númitor, Numa, Tulo[51], tales eran las deidades que huyeron de las llamas de Pérgamo, así es Vesta, así el Paladio, así el espectro de los penates, un terror semejante hizo conservar el antiguo Asilo[52].

---

[49] El Érice es un monte de Sicilia occidental en el que se encontraba uno de los más importantes templos del culto a Venus (de ahí llamada Ericina). No tenemos constancia, sin embargo, del traslado de esta imagen a Roma, que debe de ser más bien asimilación poética que Prudencio establece con el traslado —éste sí bien atestiguado— desde Pesinunte (en Frigia) a Roma de la piedra negra que simbolizaba a Cibeles (o Madre de los Dioses o Gran Madre), traslado que tuvo lugar en el 204 a. C. (cf. TITO LIVIO, XXIX 10, 4 a 11, 8 y 14, 5-14; OVIDIO, *Fastos* IV 247-372; LACTANCIO, *Inst.* II 7, 12; AGUSTÍN, *Ciud.* VII 24-26 y X 16). Por último, para Naxos y su vinculación a Baco, véase la nota al v. 138 y VIRGILIO, *En.* III 125.

[50] Para esta idea, véase la nota al v. 55; para los «Manes», la nota a *Apoth.* 478 y, para el contexto fraseológico, cf. HORACIO, *Odas* I 4, 16.

[51] Se trata de diversos reyes asociados a los comienzos de Roma. Pérgamo, nombrada a continuación, es la ciudadela de Troya.

[52] El Paladio era una estatua de Palas que garantizaba la conservación de la ciudad que lo albergara y honrara, de ahí que fueran muchas las ciudades que pretendían poseerlo y no pocas las veces en que, según la leyenda, fue robado. En principio estuvo en Troya y, según la versión romana, acabó recalando en Roma, donde se custodiaba en el templo de Vesta (cf SERVIO, *Coment. a Eneida* II 166). Los penates eran poderes invisibles (de ahí «espectro», lat. *umbra)* que protegían cada hogar y a Roma como

Tan pronto como la vana superstición[53] caló en los pechos paganos de nuestros antepasados, recorrió sin pausa los mil relevos de las generaciones. Espantóse el joven heredero y honró cuanto sus canosos ancestros le habían marcado como propio de su veneración. La infancia de los niños bebe el error con su primera leche. Había degustado entre sus vagidos la harina sacrificial; había visto piedras untadas de cera[54] y los negros lares empapados de perfume. De pequeño había contemplado que la figura que representaba a Fortuna con su rico cuerno[55] se hallaba en casa como piedra sagrada y que allí su madre palidecía entre súplicas. Después, aupado a hombros de su nodriza, restregó también él la roca pegando a ella sus labios, derramó sus deseos infantiles y solicitó ayuda para sí del peñasco ciego, y se convenció de que a ella había que pedir lo que uno quisiera. Nunca elevó sus ojos y espíritu y los volvió al alcázar de la razón, sino que mantuvo crédulo un hábito necio, celebrando a dioses particulares con sangre de corderos.

Y ya al empezar a salir de casa, una vez que observó con asombro los días de pública fiesta y los juegos y vio el elevado Capitolio y a los laureados sacerdotes de pie en los

---

hogar colectivo. El Asilo a que se alude en último término es aquel que, según la leyenda (cf. Tito Livio, I 8, 5-6; Virgilio, *En.* VIII 342-343), fundó Rómulo para acoger en él a personas huidas de los alrededores con el fin de hacer aumentar la población de la recién fundada ciudad.

[53] Lat. *uana superstitio,* sintagma procedente de Virgilio *(En.* VIII 187) que el propio Prudencio emplea ya en *Apoth.* 510 (cf. *Apoth.* 149: *stulta s.; Symm.* II 872: *una s.*).

[54] Véase la nota a *Apoth.* 457. Los «lares» eran, junto con los penates, divinidades protectoras del hogar. La «harina sacrificial» a que se hace referencia más arriba es la *mola salsa,* de trigo tostado y mezclada con sal, con la cual se salpicaban las víctimas antes del sacrificio.

[55] Esto es, el Cuerno de la Abundancia.

templos de los dioses y que la Vía Sacra resonaba con mugidos ante el santuario de Roma (pues se la honra con sangre también a ella al modo de una diosa, el nombre de un lugar es considerado como una deidad[56] y con pareja altura se alzan los templos de la Ciudad y de Venus y al mismotiempo se quema incienso para esta pareja de diosas), entonces, considerando verdaderas todas aquellas cosas que se hacen por la autoridad del senado, confió su fe a unas estatuas y consideró dueños del éter a esa fila[57] de imágenes de rostro temible. Allí se encuentra el Alcida, huésped de Arcadia después de haber saqueado Gades, rígido en dorado bronce[58]; también los hermanos gemelos, bastardos de una madre seducida[59], prole de Leda, nocturnos jinetes, dos deidades de la alta Roma, se inclinan hacia adelante sujetos por la lanza y marcan sus huellas, portadoras de la noticia de un gran triunfo, en la base de plomo que bajo ellos se extien-

---

[56] Lat. *nomenque loci ceu numen habetur:* juega Prudencio con las palabras *nomen* («nombre») y *numen* («deidad»), juego que, por cierto, encuentra en la *Relatio* del propio SÍMACO (III 3): *Reddatur saltem nomini honor, qui numini denegatus est* («Devuélvase al menos a su nombre el honor que ha sido negado a su deidad»). Por otra parte, el templo de Venus y Roma a que se alude era el primer edificio situado en el lado derecho de la vía Sacra según se entra en ella desde el Coliseo. La alusión de Prudencio a su altura pareja puede ser interpretada (así CHARLET, *«"Sit deuota...»*, pág. 34) como prueba de testimonio ocular.

[57] Puede que esté pensando concretamente en la acumulación de estatuas de dioses en el *area Capitolina* (THOMSON, *Prudentius,* I, pág. 367, nota *c)*.

[58] Hércules es «el Alcida» porque su padre putativo, Anfitrión, era hijo de Alceo. Fue «huésped de Arcadia» porque, al regresar de la Península Ibérica (donde derrotó a Gerión —o Geriones— y le robó su riquísimo rebaño de bueyes), fue acogido por el arcadio Evandro en su asentamiento del Palatino (cf. TITO LIVIO, I 7, 3-15 y VIRGILIO, *En.* VIII 184-275).

[59] Cf. VIRGILIO, *En.* VII 283.

de[60]. También están allí las figuras de los antiguos reyes: Tros, Ítalo, Jano bifronte y el padre Sabino, el viejo Saturno y Pico, de cuerpo plagado de manchas, sus miembros salpicados de la pócima que su esposa le había dado a beber[61]. Ante los pies de cada uno de ellos está situada una vieja capillita. A Jano incluso, al llegar su festejado mes, se le hacen ofrendas en medio de auspicios y banquetes sagrados que (¡ay, desgraciados!) llevan a cabo como inveterado homenaje, celebrando la alegre fiesta de sus calendas[62]. Así creció la observancia que otrora tuvo infausto comienzo a partir de nuestros ancestros y después fue transmitida en sucesivas etapas y consolidada por sus nietos tardíos. Sus corazones irreflexivos fueron arrastrando una larga cadena y una costumbre tenebrosa fue extendiéndose a generaciones pecadoras.

---

[60] En la guerra de Macedonia, cuando Publio Vatinio volvía de noche a Roma, fue alcanzado por dos jóvenes sobre caballos blancos que le anunciaron la captura del rey macedonio Perses y la consiguiente victoria romana; estos jóvenes fueron identificados con Pólux y Cástor, de quienes se decía asimismo que habían luchado del lado romano en la Guerra Latina, en la batalla del Lago Regilo (cf. VALERIO MÁXIMO, I 8, 1; CICERÓN, *Nat.* II 6, *Tusc.* I 28; TERTULIANO, *Apol.* XXII 12; LACTANCIO, *Inst.* II 7, 9. Para los personajes, véase la nota a *Apoth.* 459). Para el motivo literario de la descripción de estatuas, véase la nota a *Ham.* 742.

[61] Tros es el héroe que da nombre a la saga de Troya, como Ítalo lo da a la de Italia; Jano es una antigua deidad de origen romano que, con una cara mirando hacia adentro y otra hacia afuera, custodia las entradas; el «padre Sabino» fue quien introdujo el cultivo de la vid en el Lacio (a decir de VIRGILIO, *En.* VII 178-179); para Saturno véase más arriba, vv. 42-58; Pico, por último, fue un rey del Lacio a quien la maga Circe (aquí «esposa» por «pretendiente»), no habiendo sido correspondida en sus amores, convirtió en «pico» o pájaro carpintero. Para la fraseología, cf. VIRGILIO, *En.* VII 48-49, VII 178-180, XI 592.

[62] Es decir, la celebración del Año Nuevo, en las calendas (día 1) del mes de Jano (Enero, lat. *Ianuarius).*

Siguiendo esta antigua costumbre en una época ya instruida[63], la posteridad veneró a Augusto con un mes, con santuarios, con un sacerdote, con altares, en su honor sacrificó un novillo y un cordero, por los suelos estuvo postrada ante su sagrado cojín[64], de su oráculo pidió una respuesta. Testigo de ello las inscripciones, lo delatan los senadoconsultos que fijan un templo para el César como si del de Júpiter se tratara. Añadieron un ritual con el que Livia se convirtiera en Juno, Livia, a quien había tocado una alcoba de lecho no menos infame que aquél de la hija de Saturno cuando ardía de amor en la cama de su hermano[65]. Aún el parto no había vaciado su vientre de madre y ya portaba concebido el feto de un varón que todavía estaba por dar a luz. Se disponen una madrina[66] y un

[63] Lat. *docili iam aetate:* para el sentido de *docilis* como «enseñable», «civilizado», *vid.* EVENEPOEL, «Prudentius: *ratio* and *fides*», pág. 321, n. 10.

[64] El *puluinar* era el cojín sobre el que se apoyaba la efigie objeto de adoración. Para el interés histórico de estos versos, *vid.* D. FISHWICK, «Prudentius and the cult of *Divus Augustus*», *Historia* 39 (1990), 475-486.

[65] Livia Drusila, esposa de Tiberio Claudio Nerón y estando encinta de éste de seis meses, se casó con Augusto (cf. TÁCITO, *Anales* V 1; SUETONIO, *Augusto* LXII 2, *Tiberio* IV 3; DIÓN CASIO, XLVIII 44, 1). El culto que comenzó a recibir como *Liuia Iuno* fue rehusado por su hijo el emperador Tiberio (cf. TÁCITO, *An.* V 2) pero restablecido por su nieto el también emperador Claudio (DIÓN CASIO, LX 5, 2; SUETONIO, *Claudio* XI 2). La «hija de Saturno» es Juno, esposa de su hermano Júpiter.

[66] Opto por mantener, con Thomson (y Cunningham en su primera edición), puntuación fuerte tras *gerebat,* dejando así *pronuba* como sujeto coordinado con *fulcrum geniale* («lecho nupcial»: cf. *Symm.* II 616: *per genialia fulcra,* y II 1084: *ad fulcra iugalia),* ante la dificultad sintáctica y semántica que de hecho introduce la coordinación de *fulcrum* y *geniale* como sustantivos diferentes. Por contra, Bergman, Lavarenne y Cunningham (en su segunda edición) lo incluyen en la oración anterior, con lo que el adjetivo iría referido como epíteto a la desposada. En efecto, *pronuba* («madrina de bodas», «protectora de los casamientos») era precisamente un epíteto de Juno (cf. VIRGILIO, *En.* IV 166; OVIDIO, *Her.* VI 43), que

lecho nupcial para una novia ya embarazada, el marido de esa desposada de vientre ya creciente llama a sus amigos, seguro de que no será estéril su prometida[67]. La desatada pasión del padrastro se adelanta al lento alumbramiento de su hijastro aún no nacido. Al punto, entre chanzas fesceninas[68] le nace un hijo ajeno al nuevo marido. Éste fue el consejo que dieron las tablillas[69] de los dioses, éste las cavernas de Apolo; pues respondieron que nunca resulta mejor el matrimonio que cuando la nueva esposa se casa ya encinta. ¡Ésta es la diosa, Roma, que te creaste entre las Floras y las Venus[70], consagrada por inscripciones y honras continuas! Y no hay de qué sorprenderse; porque ¿quién en su sano juicio había dudado de que ellas eran nacidas de estirpe mortal y vivieron una vida, y que fueron famosas por la gloria de su encanto, y que en sus amoríos se basaron en el brillo de su belleza hasta la ruina de su buen nombre?

¿Qué decir de que ese Antínoo colocado en celestial asiento, aquél que fue las delicias de un emperador ahora

---

Prudencio estaría utilizando aquí en sentido irónico («Aún el parto... y ya esta 'madrina de bodas' portaba concebido...»).

[67] No dejo de observar en la ironía fácil, a toro pasado, de estos versos alguna semejanza con el sarcasmo con que Claudiano pinta al eunuco Eutropio en los dos libros que escribe contra él.

[68] Los versos fesceninos eran composiciones jocosas y, por lo general, groseras, que se cantaban fundamentalmente con motivo de una boda.

[69] Es decir, aquellas en que aparecía el resultado de los oráculos. Por cierto, sabemos (cf. Tácito, *An.* I 10; Dión Casio, XLVIII 44, 2) que Augusto consultó a los pontífices sobre la viabilidad de esta boda, si bien los historiadores muestran sus dudas sobre la seriedad tanto de quien preguntaba como de quienes respondían.

[70] Flora era la diosa de todo lo que florecía y en su honor se celebraban, entre el 28 de abril y el 3 de mayo, los *Floralia,* festividad en que participaban prostitutas, de ahí el rechazo de los moralistas cristianos. Para el efecto despectivo de ese uso del plural, véase la nota a *Apoth.* 190.

divinizado, que en el purpúreo regazo de éste fue despojado de su papel de hombre, qué decir de que aquel Ganimedes del dios Adriano no acercara las copas a los dioses sino que, recostado con Júpiter en medio del lecho, bebiera el sagrado Lieo[71] de ambrosíaco néctar y atendiera en los templos a los votos en compañía de su marido?

¡Así que con semejantes auspicios hicieron sus guerras Trajano, Nerva, Severo y Tito y los esforzados Nerones, a los que una gloria terrena hizo varones ilustres y un valor deleznable aupó a las cimas de la fama, cuando en realidad yacían bajo el peso de una religión[72] sacada de la tierra! ¡Qué vergüenza que hombres tales estuvieran convencidos de esto hasta el punto de creer que tanto ellos como los ejércitos romanos podían ser dirigidos por los amoríos de Marte, porque este adúltero con torcidas lisonjas trataba de ganarse a la de Pafos y enaltecía a fuerza de éxitos a los enéadas, predilectos de aquélla[73]! ¡Dichosos si hubieran sa-

---

[71] *Lyaeus* (gr. *Lýaios,* «el liberador») era sobrenombre de Baco y aquí vale sencillamente por «vino». Antínoo, por su parte, fue el favorito y amado del emperador Adriano, quien tras su muerte le rindió culto divino (TERTULIANO, *Contra Marción* I 18, 4). Para un análisis de estos versos, *vid.* P. GUYOT, «Antinous als Eunuch. Zur christlichen Polemik gegen das Heidentum», *Historia* 30 (1981), 250-254, si bien no acaba de convencerme su interpretación *(vid.* esp. págs. 252-253) de que en el v. 273 Prudencio quiere decir (contra la evidencia de las demás fuentes históricas) que Antínoo fue «despojado de su sexo viril» (e. e. «castrado»): lo que Antínoo pierde en su unión con Adriano es su «papel» o destino esperable de hombre, traducción que cuadra mucho mejor al lat. *sors* que la de «sexo», por muchos pasajes (ni siquiera convincentes) que para ello se aduzcan.

[72] Lat. *sub religione,* como en el rechazo lucreciano (I 63) de la religión (cf. además VIRGILIO, *En.* II 188).

[73] La «de Pafos» es Venus, porque en esta ciudad chipriota se le rendía un culto especialmente intenso. El sentido es que Marte, para ganarse el

bido que su prosperidad venía dispuesta por el gobierno de Cristo Dios, quien quiso que los reinados discurrieran según unas pautas prefijadas, que crecieran los triunfos de los romanos, y quien quiso incorporarse al mundo en la plenitud de los siglos![74]. Pero hundieron en el sucio Báratro letal sus almas ofuscadas y faltas de luz, inmolándolas en los santuarios de Júpiter y Augusto[75], en los templos de las dos Junos e incluso en las capillas de Marte y Venus, en la idea de que la suprema fuerza rectora estaba en las partes groseras del orbe y se asentaba en el sumergido fondo del universo.

Todo cuanto de maravilloso produce la tierra, todo cuanto el piélago, eso lo tuvieron por dioses. Los cerros, los mares, los ríos, el fuego, estos elementos, con el perfil de distintas figuras, los elevaron al rango de padres[76] y grabaron nombres humanos en estatuas mudas llamando Neptuno al océano o ninfas ciáneas[77] al hueco curso de los ríos o dríades a los

---

favor de Venus (a la sazón esposa de Vulcano), favorecía en la guerra a los romanos por cuanto descendientes de Eneas, hijo de aquélla (cf. LUCRECIO, I 1).

[74] Cf. *Gálatas* 4.4.

[75] Nótese la coordinación sarcástica, como sarcástica es asimismo la equiparación de Juno y —seguramente— Livia como «las dos Junos». Para el Báratro, véase la nota a *Cath.* XI 40. Para el sistema filosófico cínico-estoico refutado en los siguientes versos, *vid.* RODRÍGUEZ, *«Poeta...»*, págs. 130-131.

[76] Lat. *constituere patres:* frente a esta interpretación, W. STEIDLE («Die dichterische Konzeption des Prudentius und das Gedicht Contra Symmachum», *Vigiliae Christianae* 25 (1971), 241-281 [pág. 267]) propone entender *patres* como sujeto, con el sentido de «los senadores». Menos aún me convence la enmienda de *patres* en *pares* propuesta por J. DELZ (*«Coniectanea», Museum Helveticum* 30 [1973], 126).

[77] El adjetivo *cyaneus* (gr. *kyáneos)* designa propiamente el color azul del mar; por su parte *napaeus* (gr. *napaîos)* indica lo relativo a los sotos o valles boscosos (cf. VIRGILIO, *Geórg.* IV 535; COLUMELA, X 264; ESTACIO, *Tebaida* IV 255, IX 386; NEMESIANO, *Églogas* II 20).

bosques o napeas a los campos remotos. El propio fuego, que ha sido creado para servir a nuestro uso, es llamado Vulcano y se lo representa con una virtud celestial y como pretendido dios en su nombre y aspecto tiene templos y además se dice que reina en los fogones y que es el supremo herrero de Eolia o del Etna[78].

Hay quien buscó a las deidades entre los brillantes astros, atreviéndose a tener por dios al Sol[79], que tiene impuesta la condición de resistir en ruta fija una tarea insomne[80] ante los ojos de los mortales, lanzado por su órbita circular, volando a través del vacío con su esfera redonda y, cosa que nadie niega, más pequeño que el universo y el cielo. Pues es mayor la pista que quien corre por ella y es harto más extenso que el carro el espacio del campo en que la hirviente rueda brilla y da vueltas sobre su eje volador. Aunque a algunos les place decir que la circunferencia de la tierra es menor que aquel bellísimo círculo y extender con más ancho circuito las llamas de este astro inmenso más allá de la medida de la tierra ¿acaso también es menor y más reducida la órbita del cielo, cuya superficie abarca con dificultad en su largo trecho ese compás que echa a andar formando un

---

[78] Las islas Eolias son las actuales Lípari, donde Virgilio situaba la fragua más importante de Vulcano, aquella en que se fabricó el escudo de Eneas (cf. Virgilio, *En.* VIII 416-422).

[79] El culto al Sol fue ganando terreno hasta hacerse figura predominante del panteón romano desde el s. III d. C. hasta el fin del paganismo (para más detalles, *vid.* Lavarenne, *Prudence*, III, pág. 205, n. 1 a la pág. 146; Rodríguez, «*Poeta...*», pág. 131).

[80] Lat. *uigilem:* cf. Lucrecio, V 1436; para la siguiente expresión, «volando a través del vacío» (lat. *per inane uolantem),* cf. *Cath.* X 146 y, para sus ecos lucrecianos, véase la nota a *Ham.* 924. Para el pensamiento siguiente en torno al tamaño del Sol, cf. asimismo Lucrecio, V 564-565.

cono en su interior[81]? El verdadero dios es aquel más grande que el cual no hay ninguna materia, aquel que carece de fin, que preside toda la naturaleza, que todas las cosas a un tiempo abarca y completa. Al Sol lo contiene una región fija, una franja fija lo delimita, cambia en función de los diferentes momentos: o bien asciende en su nacimiento o se hunde en el ocaso o está oculto en su nocturno retorno. Y no puede hacer volver su antorcha hacia el signo de las Osas ni dirigirse a las puertas del aquilón torciendo su órbita[82] ni volverse y desandar de vuelta su acostumbrada ruta. ¿Va a ser entonces un dios éste que bajo ley inamovible está entregado a unas obligaciones predeterminadas? Una libertad más amplia le fue concedida mismamente al hombre, a quien está permitido torcer la forma de su vida y su voluntad, ya prefiera trepar por la senda de la derecha ya dejarse caer por la llanada de la izquierda[83], ya tomarse un descanso ya perseverar en la brega, ya obedecer a su dios o ya volverse hacia el lado opuesto. Esta potestad en absoluto le es dada por el Hacedor al Sol, que administra el derrotero habitual de los días, sino que como un siervo sometido hace todo aquello que le es forzoso hacer. Habiendo imaginado que este astro guiaba su carro y rápidas cuadrigas, hicieron que los rayos de su cabeza, el fustigar de su diestra, las bridas, los jaeces, los pechos jadeantes de los caballos brillaran bruñidos en refulgentes materiales como bronce dorado, mármol u

---

[81] Entiendo que Prudencio, en una más de sus oscuras imágenes, nos invita a imaginar el sol como el extremo móvil de un compás que al desplazarse va describiendo el consiguiente cono interior. A continuación comienza Prudencio la exposición de su propia doctrina.

[82] Es decir, dos maneras de indicar que el sol no puede cambiar su rumbo hacia el norte (para el aquilón, véase nota a *Apoth.* 656).

[83] Para la expresión (lat. *decurrere campo),* cf. JUVENAL, I 19. Para el tema del libre albedrío, cf. *Ham.* 673-823; para el motivo de los dos caminos, *Ham.* 789-801.

oropel. Después de haber vestido la trábea, de haber sostenido el águila de marfil y haber ocupado la silla curul[84], humilla su rostro un viejo con barba y clava sus besos, si es que puede creerse, en las patas de caballos de pezuñas de bronce, y unas ruedas inmóviles y unas riendas que no pueden torcerse[85], o bien las adorna y corona de rosas o bien las baña en vapor de incienso.

Con todo, esto, comoquiera que sea, es tolerable[86]. Pero ¿qué decir de que las propias sombras de las corrientes infernales te den, Roma, unos dioses? La señora de las Euménides[87], Prosérpina, raptada para ocupar el lecho del rey

[84] Es decir, tres típicos atributos del poder en Roma. La siguiente expresión, «clava sus besos» (lat. *oscula figit),* utilizada por Prudencio en contextos cultuales análogos (cf. *Apoth.* 599, *Perist.* XI 193), tuvo cierta implantación entre los poetas latinos como cláusula de hexámetro: cf. LUCRECIO, IV 1179; VIRGILIO, *En.* I 687, II 490; *Ciris* 253; OVIDIO, *Met.* IV 141; SILIO ITÁLICO, XI 331; ESTACIO, *Teb.* XII 27 (cf. LUCANO, II 114).

[85] Aunque sin detalles de interdependencia entre ambos pasajes, puede compararse un contexto similar en el poema de CLAUDIANO *Acerca de una cuadriga de mármol (Poemas menores* 7). Para el final del verso siguiente *(ture uaporat),* cf. VIRGILIO, *En.* XI 481.

[86] Cf. *Sabiduría* 13.6. Para la siguiente idea, no debe perderse de vista que entre los paganos *infernus* no designa sino el mundo «de abajo» *(infra),* el mundo subterráneo en el que, junto a las terribles moradas de los pecadores, se hallaba también el destino de los bienaventurados, esto es, los Campos Elíseos. Es decir, el «infierno» pagano no es, en buena medida, equiparable al cristiano, pero Prudencio juega aquí con ambos sentidos al mostrar como puro desatino la veneración de dioses de tal procedencia.

[87] Para las Euménides, véase la nota a *Cath.* XI 92; para la «caverna estigia», nota a *Cath.* V 128; para el Tártaro, nota a *Cath.* I 70. Prosérpina, hija de Ceres, fue raptada por Plutón, dios del mundo subterráneo, quien la hizo su esposa. En desagravio, su madre consiguió de Júpiter que ésta pasara medio año en el reino de su esposo y el otro medio sobre las tierras (e. e., la llegada de la cosecha, «hija» de Ceres); para su asociación a los espíritus infernales, véase la nota a *Apoth.* 460. Los Quirites son los des-

del Tártaro, saca la cabeza de la caverna estigia y, si alguna vez decide visitar a sus Quirites, se le rinde culto cortando el cuello a una vaca estéril y se cree que reina al mismo tiempo en el cielo y el Érebo, que ora conduce una yunta de bueyes, ora con su látigo viperino lanza contra los de arriba al sañudo tropel de las hermanas[88], ora incluso reparte saetas voladoras contra los lomos de las cabras monteses, y que, siendo la misma, va modificando las tres figuras que le son propias[89]: en fin, cuando es la Luna, brilla con el ligero destello de su manto; cuando se ciñe el vestido y lanza sus flechas de caña, es la doncella hija de Latona; cuando está reclinada en su trono[90], es la esposa de Plutón que manda sobre las Furias y dicta sus leyes a Megera. Si quieres saber la verdad, bajo el nombre de Trivia lo que se venera es un espíritu del Tártaro que unas veces te arrebata hasta las partes más puras del cielo y te convence de que hay en el astro estelar un dios digno de ser venerado; otras, te obliga a correr por los bosques del mortífero mundo, a seguir su errática marcha y a creer que hay una diosa de las arboledas que atraviesa los corazones espantados de los hombres y destruye los espíritus salvajes con herida mortal; otras, cubre de

---

cendientes de Quirino, es decir, Rómulo divinizado, o lo que es lo mismo, los romanos. Por último, Érebo es hijo del Caos y hermano de la Noche y personifica las tinieblas del infierno.

[88] Alecto, Tisífone y Megera (nombrada más abajo), las tres Furias o Erinias o Euménides. Para las diversas expresiones del pasaje, cf. Virgilio, *En.* VI 251, VI 572, VII 140.

[89] Cf. Claudiano, *Pros.* I 15. Como vimos a propósito de *Apoth.* 460, no es extraña la asociación de Proserpina a Hécate, diosa del mundo infernal. A su vez, ésta estuvo siempre asociada a Ártemis (lat. Diana), hija de Latona y diosa de la caza y de la luna. A Diana, por su parte, se la conoce con el sobrenombre de Trivia, «diosa de las encrucijadas» (lit. «de los tres caminos»), si bien parece que Prudencio lo reinterpreta aquí como «de las tres caras».

[90] Cf. Virgilio, *En.* I 506.

pánico las mentes y las hunde bajo tierra para que imploren la ayuda de las deidades privadas de luz y se entreguen al dominio de la noche cerrada.

Observa ahora el criminal santuario del espantable Dite[91], en cuyo honor cae abatido el gladiador sobre la infausta arena, ¡víctima para el Flegetonte de una Roma, ay, perversamente purificada! Pues ¿qué significa esa práctica impía de los enloquecidos juegos[92], qué esas muertes de muchachos, qué el regocijo cebado con sangre, qué el polvo del graderío, siempre fúnebre, y aquel triste espectáculo del esplendoroso anfiteatro? Claro, me dirán, con el degüello de esos desgraciados Caronte[93] recibe funerales ofrendas dignas de ser transportadas por él y ganamos su favor con este sagrado crimen. Éstos son los deleites del Júpiter infernal, en ellos reposa tranquilo el juez del oscuro Averno[94]. ¿No es una vergüenza que un pueblo rey, de poderoso cetro[95], considere tales sacrificios necesarios para el bienestar de la patria, que pida la ayuda de la religión a las grutas subterráneas? Con sacrificios, ay, llama de su tenebrosa morada al vicario de la muerte, para obsequiarle con espectaculares asesinatos de seres humanos. En vano solemos ya aducir los sacrificios táuricos[96]; se derrama sangre humana en los juegos del La-

---

[91] Sobrenombre de Plutón. La expresión guarda ecos de VIRGILIO, *En.* XII 199. Para el Flegetonte, véase la nota a *Cath.* III 199.

[92] Para la «locura del circo», véase nota a *Ham.* 361-362. A la execración de esta práctica dedica además los últimos versos del libro segundo (cf. *Symm.* II 1091-1132).

[93] Para este personaje, véase la nota a *Ham.* 502.

[94] Se refiere a Plutón. Para el Averno, véase la nota a *Ham.* 128.

[95] Variación sobre VIRGILIO, *En.* I 21.

[96] Al parecer, los extranjeros que recalaban en las costas de Táuride (hoy Crimea) eran sacrificados en honor de Diana (*vid.* LAVARENNE, *Pru-*

cio y aquella asamblea de espectadores cumple sus votos salvajes ante el ara de su particular Plutón. ¿Qué hay más sagrado que esta ara que bebe una sangre extraída por medio de litúrgicas dagas?[97]. ¿O es que vacila tu fe en que bajo la oscura calima está ese dios que tú tienes que andar buscando entre sombras calladas? Vamos, ¿por qué niegas que los Manes son tenidos por dioses? Las mismas tumbas de tus antepasados lo prueban; 'A LOS DIOSES MANES'[98] leo allá en losas de mármol, por doquiera que la Vía Latina y la Salaria custodian las antiguas cenizas en arracimados nichos[99]. Di, ¿en honor de quién grabas esta inscripción, si no es porque adoras el poder del espantoso Orco como el de una auténtica deidad?[100].

Ésos son los sagrados rituales, heredados de los primeros tiempos de nuestros antepasados, enredada en los cuales la sede del poder supremo presentaba aquel sórdido aspecto, cuando un emperador dos veces vencedor por la muerte de

dence, III, pág. 149, n. 2, con un repertorio de pasajes alusivos entre los autores latinos).

[97] Aunque esta y la siguiente interrogación resultan un tanto oscuras en el contexto, me inclino a pensar que Prudencio lanza esta pregunta en tono sarcástico, llamando «ara» al circo y calificando de «litúrgicas» (lat. *mystica)* las armas allí empleadas.

[98] Lat. *D.M.* (= *Dis Manibus):* se trata del encabezamiento habitual de las inscripciones funerarias romanas. Para los manes, véase la nota a *Apoth.* 478.

[99] La Vía Latina iba de Roma a Benevento, en el Sudeste; la Salaria, de Roma hacia el Norte, al territorio sabino. Prudencio ha cogido estos dos nombres pero los enterramientos en sus flancos no fueron en absoluto exclusivos de estas dos vías (cf. JUVENAL, I 170-171).

[100] Con el nombre de Orco se designaba una especie de demonio, con el tiempo asimilado a Plutón, o bien la morada misma del infierno.

una doble tiranía[101] volvió su rostro triunfal hacia sus bellas murallas. Contempla la ciudad asediada por negros nubarrones; un aire enturbiado por la calima de una noche oscura apartaba del séptuple alcázar[102] la transparencia de un cielo sereno. Compadecido, dio un grito[103], y dice así: «Abandona ese lamentable aspecto, madre leal. Es cierto que es famosa la belleza de tu muy rico ornato, que alzas una cabeza llamativa por tus soberbios despojos[104] y que rebosas de abundante oro; pero cercada por nieblas rasantes se encrespa la cima de tu alta faz. Además, una luz mortecina apaga incluso tus gemas y la espesura del día y el humo que ante tu rostro se extiende embotan los brillantes destellos de la diadema de tu frente. Veo que oscuros espectros te rodean y que ánimas cerúleas e ídolos negros andan revoloteando en torno tuyo. Creo que has de elevar tu sublime semblante por encima de los aires y dejar los elementos nubosos bajo tus mismos pies. Todo lo que surge en el mundo, a ti se somete; esto lo decidió el propio Dios, por cuya voluntad eres reina y señora, mandas sobre el orbe y poderosa pones bajo tus plantas todo lo mortal. No está bien que, siendo una reina, contemples el suelo caduco con los ojos bajos[105] y busques la grandeza divina entre los elementos terrenos del mundo, por encima de los cuales te yergues tú misma. No toleraré que bajo mi principado mantengas tus antiguas pamemas, que rindas culto a los engendros de dioses carcomidos[106]. Si es

---

[101] La de Máximo y Eugenio (véase la nota al v. 22). El «emperador» es Teodosio, que suprimió el culto pagano (véase la nota al v. 4).

[102] Es decir, de Roma, por sus siete colinas.

[103] Lat. *ingemuit miserans:* cf. VIRGILIO, *En.* X 823.

[104] Cf. VIRGILIO, *En.* II 504; OVIDIO, *Met.* VII 156.

[105] Cf. *Colosenses* 3.2; LACTANCIO, *Inst.* II 18, 1.

[106] Para la expresión prudenciana *monstra deorum,* cf. VIRG., *En.* VIII 698: *deum monstra,* pasaje en que Virgilio precisamente criticaba a los dioses egipcios *(vid.* PARATORE, «Prudenzio fra antico...», pág. 83).

una piedra, se va deshaciendo con el pasar del tiempo o cruje bajo un golpe ligero; si era una flexible lámina que recubría el yeso, poco a poco éste se va desmoronando por la deserción de la cola; si el frotar de la lima confió la forma de la estatua a planchas de bronce, o bien los huecos miembros se van combando hacia una parte por el empuje del peso, o bien la áspera herrumbre consume y corroe la imagen y la atraviesa de abundantes agujeros. No sea dios para ti la tierra ni sea dios un astro del cielo ni dios el océano ni la fuerza que allá abajo está enterrada, condenada a las infernales tinieblas por sus lamentables merecimientos[107]. Mas tampoco sean dios las virtudes de los hombres[108] o las erráticas formas de las ánimas y los espíritus bajo su inconsistente apariencia. Lejos eso de tener por dios a un espectro o genio[109] o lugar, o que sea dios un fantasma que revolotea por las brisas del aire. Quédense con estas deidades paganas las gentes bárbaras, entre quienes es sagrado todo aquello que el miedo recomiende temer, a los que los prodigios extraordinarios fuerzan a creer en dioses espantables, a los que agrada un modo sanguinolento de comer que les lleva a despedazar en las alturas de un bosque sagrado una víctima rolliza, devorando sus carnes entre mucho vino. Ahora bien, tú, que sometiste y diste leyes y justicia a los pueblos, que por donde se extiende el ancho mundo enseñas a dulcificar las feroces maneras de las armas y costumbres, es impropio y lamentable que en asuntos religiosos creas aquello que creen pueblos salvajes de brutas costumbres y que en su tosque-

---

[107] Véase la nota al v. 354.

[108] Véase la nota al v. 55. Para el verso siguiente, cf. VIRGILIO, *En.* VI 292-293.

[109] Contra esta idea del «genio» vuelve a arremeter nuestro poeta en *Symm.* II 370-449. Para la expresión «Lejos...» (lat. *absit ut...*), véase la nota a *Perist.* I 60.

dad siguen, sin uso alguno de la razón. Ya me aguarde el combate, ya dicte leyes tranquilas en tiempos de paz o ya pisotee en medio de la ciudad los cuellos debelados de los dos tiranos[110], es necesario, reina, que reconozcas gustosa mis enseñas, en las que la imagen de la cruz o bien resplandece con su pedrería o viaja al frente de las largas lanzas en oro macizo. Fue con esta enseña con la que, una vez cruzados los Alpes, Constantino se hizo invencible y como vengador vino y acabó con tu lamentable servidumbre, cuando Majencio te oprimía con su corte infecta[111]. Llorabas a tus cien senadores condenados, como tú bien sabes, a largo presidio. Ya fuera un novio que, por lamentar la interrupción de sus relaciones con su prometida, raptada por cruel acólito

---

[110] Para estos «tiranos», véase la nota al v. 22. Como advierte LAVARENNE, *(Prudence*, III, pág. 151, n. 2), la expresión debe tomarse en sentido figurado, pues no parece (a pesar de ciertos testimonios históricos) que Teodosio tuviera tiempo para acudir a Roma tras su triunfo sobre Eugenio en el Frígido (5/6 septiembre 394) y estar de vuelta en Milán en enero del año siguiente, momento en que murió *(vid.* BALDINI, «Il *Contra Symmachum...*», págs. 149-157).

[111] Majencio gobernó Roma desde el 28 de octubre del 306 hasta el mismo día del 312, en que fue derrotado por Constantino, procedente de la Galia, a las puertas mismas de Roma, en la batalla del puente Milvio (o Mulvio), resultando ahogado Majencio en las aguas del Tíber. Tras su caída, su figura sufrió el peor de los tratamientos: en lo político se decretó incluso su *damnatio memoriae;* en lo literario, los escritores de época de Constantino lo consideraron como tirano, si bien hoy día no parece ésta una visión ecuánime. Por lo pronto, fue tolerante con los cristianos, aboliendo los edictos hostiles de Diocleciano y Galerio, devolviendo a las comunidades cristianas los bienes anteriormente confiscados a la Iglesia y permitiéndoles la libre elección de obispos. Prudencio, en cualquier caso, se acoge a esta visión negativa que le da juego para realzar la figura del gran héroe cristiano que fue Constantino. Para la posibilidad de una datación distinta de la batalla arriba mencionada (a saber, en el 311), *vid.* P. BRUNN, «The battle of the Milvian bridge. The date reconsidered», *Hermes* 88 (1960), 361-370.

de Palacio, pagaba sus culpas hundido en las tinieblas entre duras cadenas; ya fuera que, si una joven esposa, obligada a acudir al lecho del rey, había comenzado a satisfacer la impura locura de su señor, la indignación del marido recibía el castigo de la muerte. Llenas estaban de padres de chiquillas las mazmorras del cruel emperador. Si algún progenitor, murmurando por haberle sido arrebatada su hija doncella, se lamentó con especial amargura, no exteriorizó él impunemente su dolor ni profirió suspiros demasiado públicos. El puente Mulvio, al precipitar en las aguas del Tíber al tirano cuando lo tuvo encima, dio así una prueba de por qué deidad vio que eran dirigidas las tropas victoriosas del caudillo cristícola que se acercaba a la ciudad, qué enseña enarboló la mano vengadora, con qué blasón brillaron sus venablos. Cristo, bordado en oro con pedrería, sellaba el purpúreo lábaro[112], Cristo había grabado los emblemas de los escudos, brillo de fuego despedía la cruz colocada encima de los penachos. Lo recuerda el propio ilustrísimo rango de los senadores, que aquel día salió, con el pelo repegado y sucio por las cadenas de la cárcel o trabado con desmesurados grilletes, y abrazando los pies del vencedor cayó al suelo llorando ante sus ínclitos estandartes. Entonces aquel senado adoró el lema del ejército vengador y el nombre venerable de Cristo que resplandecía en sus armas. Así que cuídate, egregia capital del orbe, de forjarte en adelante vanos monstruos y fantasmas en fétido culto[113] y de despre-

---

[112] El lábaro, estandarte imperial a partir de Constantino, llevaba inscrito el monograma XP, es decir, las primeras letras del nombre griego de Cristo (ΧΡΙΣΤΟΣ).

[113] Así (lat. *olido... cultu)* según la edición de CUNNINGHAM (véase una defensa de esta lectura en su artículo «Notes on the text of Prudentius», pág. 66); Thomson, por su parte, acepta la lectura *stolido* («estúpido culto», por tanto); Bergman, a quien siguen otros editores, lee este verso

ciar, ahora que lo has probado, el poder del dios verdadero. Me gustaría que abolieras ya tus fiestas pueriles, tus rituales ridículos y esos ofertorios indignos de tan gran imperio. Lavad, próceres, los mármoles manchados de podrida salpicadura. Séales dado a tus estatuas, obra de los grandes artistas, erguirse bien limpias. Que éstas se conviertan en los más bellos adornos de nuestra patria y que un uso degenerado no ensucie los monumentos del arte torciéndolo hacia el pecado»[114].

---

como sigue: *prodigia esse deos solito tibi fingere cultu* («cuídate en adelante de imaginar, según tu acostumbrado culto, que estos vanos engendros son dioses»).

114 Nótese el refinamiento cultural de Prudencio, que aboga así, como en *Perist.* II 481-485, por el mantenimiento de las estatuas en cuanto obras de arte, frente al ímpetu iconoclasta que embargaba a muchos cristianos de la época. De hecho, hay quien ha querido ver en estos versos una alusión y defensa de un edicto de Honorio del año 399 que protegía las estatuas de los antiguos dioses *(Cod. Theod.* XVI 10, 15: *sicut sacrificia prohibemus, ita volumus publicorum operum ornamenta servari,* «al igual que prohibimos los sacrificios, del mismo modo queremos que se conserven los ornamentos de las obras públicas»: *vid.* R. Klein, «Die Romidee bei Symmachus, Claudian und Prudentius», en F. Paschoud, G. Fry, Y. Ruetsche (eds.), *Colloque genevois sur Symmaque, à l'occasion du mille six centième anniversaire du conflit de l'autel de la Victoire*, París, 1986, págs. 119-144 [pág. 135, n. 35]; J.-L. Charlet, «La poésie de Prudence dans l'esthétique de son temps», *Bull. Assoc. Guill. Budé* (1986), 368-386 [pág. 383, n. 36]; F. Canfora, *L'altare della Vittoria. Simmaco, Ambrogio*, Palermo, 1991, págs. 111-112, n. 33), o bien otro análogo de Teodosio *(Cod. Theod.* XVI 10, 8), del 382 *(vid.* A.-M. Palmer, *Prudentius on the martyrs*, Oxford, 1989, pág. 260). Para los aspectos de la tolerancia de Prudencio, *vid.* J. Fontaine, «Société et culture chrétiennes sur l'aire circumpyrénéenne au siècle de Théodose», en *Études sur la poésie latine tardive. D'Ausone à Prudence*, París, 1980, págs. 267-308 (pág. 292, n. 65); Id., «Le mélange des genres dans la poésie de Prudence», en *Études...*, 1-23 (págs. 15-16); A. Baldini, «Il *Contra Symmachum* di Prudenzio e la conversione del senato», *Riv. storica dell'Antichità* 17-18 (1987-1988), 115-157 (pág. 117, con bibliografía relativa). Véase, por contra, un momentá-

Advertida la ciudad por tales proclamas, rehuyó sus viejos errores y de su anciano rostro sacudió los turbulentos nubarrones, dispuesta ya su nobleza a probar las sendas eternas, a seguir a Cristo tras el llamamiento de su magnánimo caudillo y a depositar su esperanza en la eternidad. Entonces por primera vez, dócil pupila a sus años, Roma enrojeció de vergüenza por sus siglos vividos, se avergüenza del tiempo ya cumplido, detesta los años pasados en compañía de despreciables credos. Después, cuando, al recordar que los campos contiguos al foso de sus murallas se habían empapado de la sangre inocente de los justos, ve los odiosos millares de tumbas en torno y más se arrepiente de su juicio funesto, su poder sin freno y la excesiva saña en favor de lamentables rituales sagrados. Desea compensar con tardía obediencia y solicitud de perdón las horrorosas heridas con que lesionó a Justicia[115]. Con el fin de que a tan importante imperio, por haber expulsado la piedad, no aguarde la acusación de crueldad, reclama la penitencia que se le ha señalado[116] y con amor pleno se pasa a la fe de Cristo. Menos provechosos[117] para la ciudad fueron los laureles victoriosos de Ma-

neo arrebato de intolerancia en *Symm.* II 64 y, aunque con tintes más retóricos, en *Perist.* X 267-268.

[115] *Vid.* el verso 37 de este mismo libro.

[116] Lat. *monstrata piacula,* como en Virgilio, *En.* IV 636.

[117] Recurrente entre los escritores imperiales fue la comparación de sus grandes momentos con los de la Roma republicana. Prudencio propone considerar la conversión de Roma como más saludable que aquellos otros trances en que la ciudad fue salvada del rey númida Yugurta (104 a. C.) y del romano Catilina (63 a. C.) por Mario y Cicerón respectivamente. Cetego, por su parte, fue uno de los conjurados en el asunto Catilina, a quien el cónsul Cicerón (nacido en Arpino) mandó ejecutar tras juicio sumario. Nuestro poeta aplaude aquí el proceder del cónsul, si bien la propia trayectoria política y personal de Cicerón demostraría que aquel ajusticiamiento fue uno de los más importantes errores de su vida. Queda, en cualquier caso, la posibilidad —a mi modo de ver, improbable— de que

rio cuando arrastró a Yugurta el númida en medio de los aplausos del pueblo, ni tanta curación te aportó, Roma, el cónsul arpinate matando a Cetego entre justas cadenas, cuantos beneficios ha previsto y te ha concedido en nuestro tiempo este emperador singular. Son muchos los Catilinas que él ha expulsado de nuestro hogar, que preparaban no crueles incendios para nuestras casas o dagas para los senadores, sino negros Tártaros[118] para las almas y tormentos para el interior de los hombres. Deambulaban los enemigos por todos los rincones de los templos y las casas y ocupaban el foro de Roma y el elevado Capitolio[119], enemigos que preparaban asechanzas acordadas contra las mismas partes vitales del pueblo y acostumbraban a inocular su peste en los callados tuétanos, haciendo que el veneno se colara allá adentro. Así pues, vestido de toga el triunfador del oculto enemigo[120] alcanza sin sangre preclaros trofeos y habitúa al estado de Quirino a basar su poder perdurable en su reino superior. Y en suma, ni fija unos límites ni marca unos plazos, enseña un imperio sin fin[121] para que la virtud de Rómulo nunca sea una anciana, para que la gloria alcanzada no conozca vejez.

---

la expresión de Prudencio se limite conscientemente a calificar como justa la prisión, no así la ejecución (cf. lat. *extincto iusta inter uincla Cethego).*

[118] Para el Tártaro, véase la nota a *Cath.* I 70. Para la expresión *Tartara nigra,* cf. Virgilio, *En.* VI 134-135; Ovidio, *Trist.* I 2, 22 (Lucrecio, III 966; Ovidio, *Met.* X 21).

[119] Este verso se inspira en Virgilio, *En.* VIII 361 y 653.

[120] «Vestido de toga» vale aquí por «sin guerra», «de modo pacífico» (véase la nota a *Psych.* 822): cf. Cicerón, *Catil.* III 23. Para Quirino, véase la nota al v. 356.

[121] La fraseología de estos versos está casi literalmente tomada de la alocución de Júpiter sobre el destino de Roma (Virgilio, *En.* I 278-279), aunque Prudencio adapta su forma y reutiliza su fondo para un contexto cristiano.

Podrías ver entonces exultantes a los senadores, las más bellas lumbreras del mundo[122], a aquella asamblea de viejos Catones[123] deseando vestir el níveo manto de la piedad con su toga aún más blanca[124] y quitarse el atuendo de los pontífices. Y ya, habiendo dejado a unos pocos de ellos en la roca Tarpeya[125], hacia los puros santuarios de los hombres de Nazaret y hacia las fuentes apostólicas se lanzan la curia de Evandro, la prole de los Amníadas y los ilustres vástagos de los Probos[126]. Pues se cuenta que fue un noble Anicio el que antes que los demás dio este lustre a la cúpula de la ciudad: de eso se jacta la ínclita Roma. Más aún, el heredero del linaje y nombre de los Olibrios, incluido entre los Fastos y llamativo por las hojas de palma de su capa[127], se afana

---

[122] Cf. Virgilio, *Geórg.* I 5-6.

[123] No ha dejado de señalarse que probablemente se trate de una alusión a Marco Porcio Catón, conocido como Catón de Útica, biznieto del famoso censor del 184 a. C.; este contemporáneo de César y Cicerón fue considerado como baluarte de la república y modelo de rectitud moral. Precisamente fue él uno de los más encarnizados oponentes de Catilina (cf. Salustio, *Catilina* 51-52).

[124] Posible alusión al vestido blanco que recibía el cristiano recién bautizado. Véase además la nota a *Perist.* IV 145.

[125] Es decir, en el Capitolio *(vid.* nota a *Apoth.* 508).

[126] Para Evandro, véase la nota al v. 182. Prudencio nombra en estos y los próximos versos algunas de las más influyentes familias romanas de su época (para más detalles sobre ellas, cf. Lavarenne, *Prudence,* III, pág. 206, n. 2 a la pág. 154; Rebull, *Prudenci. Contra Símmac,* págs. 18-19; Baldini, «Il *Contra Symmachum...*», pág. 141, n. 97). Para la expresión final *pignera clara Proborum,* cf. Claudiano, *Prob.* 143: *pignora cara [clara* prop. Heinsius] *Probi.*

[127] Dos maneras de indicar su rango de cónsul. En efecto, estos magistrados incluían su nombre en el calendario (los «Fastos») al tomar posesión del cargo; además, en tiempos de Prudencio, se había institucionalizado el uso de la *toga palmata* (cf. Marcial, VII 2, 8) por parte de los cónsules, siendo éste un atuendo de gala que fundía la *toga picta* y *tunica palmata* otrora reservadas a los generales en triunfo y guardadas en el

por someter los fasces de Bruto ante las puertas de un mártir e inclinar ante Cristo las segures ausonias. No dudó la fe bien dispuesta de los Paulinos, no la de los Basos, en entregarse a sí misma a Cristo y en realzar la soberbia estirpe de su familia patricia de cara al siglo venidero. ¿A qué contar en mi canto que los Gracos, devotos del pueblo[128], apoyados en el derecho que su cargo les otorgaba y destacados en las alturas del senado ordenaron retirar las imágenes de los dioses y que, de consuno con sus lictores, se consagraron suplicantes al gobierno de Cristo todopoderoso? Cientos de casas puedo contar de sangre antigua de nobles[129], que se volvieron hacia los estandartes de Cristo y emergieron así de las desoladas profundidades de la abominable idolatría.

Si la ciudad tiene una personalidad o esencia específicas, ellos son su encarnación. Si es el grupo de población de especial preeminencia el que proyecta el perfil de la patria, éstos lo proyectan cada vez que el parecer del pueblo se les une y es una misma la opinión de la mayoría al tiempo que la de los más poderosos. Vuelve tu vista a la ilustre cámara en que se halla la luz del pueblo: apenas encontrarás unos pocos talentos con el poso de las pamemas paganas que retengan con esfuerzo sus aniquilados cultos y a quienes agrade conservar sus ya acabadas tinieblas y no ver el sol que resplandece en medio del día.

templo de Júpiter Capitolino. Por otro lado, también son símbolos del poder romano «las fasces de Bruto» y «las segures ausonias» (e. e. itálicas).

128 Lat. *plebicolas:* aunque aquí alude Prudencio a individuos de su época, llama así a esta familia en recuerdo de sus más afamados miembros, los tribunos populares Tiberio y Gayo (s. II a. C.), que promovieron numerosas reformas de carácter social.

129 Lat. *de sanguine prisco / nobilium:* cf. ESTACIO, *Teb.* III 600-601: *de sanguine prisco / nobilitas*. Por otra parte, traduzco por «Cientos de» lo que en el original latino son literalmente «Seiscientas» *(Sexcentas)*, numeral utilizado, eso sí, sin afán alguno de precisión.

Vuelve a continuación tus ojos al pueblo. ¿Cómo es de grande la parte que no rechaza el altar de Júpiter, infectado de sangre podrida? Toda la multitud que sube a los altos áticos, la que desgasta las negras losas con sus idas y venidas y a la que alimenta el pan repartido desde lo alto de las gradas[130], o bien frecuenta al pie del monte Vaticano la tumba en que está encerrada la famosa ceniza, prenda de amor del Padre[131], o bien en grandes grupos acude al templo de Letrán para poder volver de él con el signo sagrado de la unción real[132]. ¿Y dudamos aún de que Roma te haya sido dedicada a ti, Cristo, que se haya convertido a tu ley y que de buen grado, con la anuencia del pueblo todo y los ciudadanos principales, extienda su reino terreno ya sobre los elevados astros del firmamento? Y no me conmuevo porque una escasísima parte de sus hombres siga con los ojos cerrados, no los abra en medio de la luz y yerre sus pasos. Por más que sean ilustres por sus méritos y afamados por su sangre, que hayan conseguido altos premios al valor y hayan sido encumbrados con títulos honoríficos y cargos de

130 Tres formas de designar a los pobres: el reparto de alimentos —originariamente en grano y, desde tiempos de Aureliano (270-275 d. C.), en forma de pan—; los desplazamientos a pie y no en carro o litera (con fraseología, por cierto, heredada de Juvenal, VI 350-351); y la vida en bloques de pisos *(insulae)* y no en casas.

131 Alusión a la primitiva basílica construida por Constantino, sobre la que se asienta la actual basílica de San Pedro, del s. XVI.

132 Como señala Thomson *(Prudentius*, I, pág. 394, n. *c)*, se alude aquí a la casa a cuyo costado se alza la iglesia de San Juan de Letrán, seguramente propiedad del Plaucio Laterano condenado en el 65 por haber conspirado contra Nerón (cf. Tácito, *Anales* XV 60). Constantino la donó a la Iglesia en el año 313 y fue por algún tiempo residencia papal. Por lo que se refiere a la «unción real», se trata de la confirmación, administrada por aquel entonces justo después del bautismo *(vid.* Lavarenne, *Prudence*, III, pág. 207, nota 1 a la pág. 155). Para el arranque de la siguiente interrogación, cf. Virgilio, *En.* VI 806.

responsabilidad, que hayan alcanzado el alcázar de los Fastos y hayan impreso su propio nombre en los Anales[133] y sean contados entre los antepasados en bustos de cera o bronce, con todo, no es en estos pocos, puesto que su muchedumbre ya disminuye[134], donde se encuentra la personalidad de la patria ni de ellos se compone la curia; y todo cuanto defienden es anhelo de una voluntad particular y ya escasa, pero la aspiración popular protesta con general disensión y condena su tímido murmullo. Si para que las decisiones de los padres conscriptos[135] prosperasen legalmente era necesario en los viejos tiempos el que se contaran trescientos senadores de la misma opinión, conservemos las leyes de nuestros antepasados y que ceda la débil voz del grupo menor y guarde silencio en su pequeña facción.

Mira[136] en qué senado tan lleno nuestros escaños deciden que el abominable cojín de Júpiter y todo ídolo han de ser ahuyentados lejos de esta ciudad purificada. Al lado donde les llama la moción de nuestro egregio emperador, allá se traslada libremente nutrido tropel no ya con sus pies sino especial-

---

[133] Para los Fastos, véase la nota al v. 555; por su parte, los Anales eran los documentos en que los pontífices recogían los sucesos más importantes de cada año. Para la siguiente referencia, recuérdese que correspondía a las familias poderosas el derecho *(ius imaginum)* de guardar en los atrios de sus casas las imágenes de sus antepasados ilustres acompañadas de inscripciones *(tituli)* que contaban sus principales méritos en vida.

[134] Lat. *iam deficiente caterua:* véase la nota a *Psych.* 648.

[135] Se refiere a los senadoconsultos, pues con *patres conscripti* se aludía genéricamente a los senadores, entre los cuales había originariamente algunos miembros natos *(patres)* y otros inscritos *(conscripti),* distinción que desapareció muy pronto fundiéndose ambas designaciones en una sola. Los «viejos tiempos» a que se refiere son los de Augusto, que elevó el número de senadores a seiscientos.

[136] Comienza aquí propiamente la alocución a Símaco. Para el «cojín de Júpiter», véase la nota al v. 248.

mente con su corazón[137]. Y no hay lugar para el resentimiento; no amedrenta a nadie la ruda violencia. A la vista está que así lo desean y todos en bloque secundan un acuerdo que han aprobado y no les ha sido impuesto, convencidos por la sola razón. Por fin, otorgando regalos proporcionados a los méritos terrenos, nuestro buen caudillo[138] reparte a los seguidores del antiguo culto las más altas dignidades, les permite rivalizar con los suyos en gloria y no impide que hombres envueltos por el paganismo pasen por las mundanales alturas que les corresponden, ya que los asuntos celestes no son jamás obstáculo para que los individuos terrestres avancen por su acostumbrado camino. Él mismo te otorgó el puesto de cónsul, él el tribunal y te obsequió con el dorado manto de la toga, él cuya religión te desagrada, oh defensor de dioses caducos, tú, el único que sostienes que hay que reinstaurar los engaños de Vulcano, de Marte[139] y de Venus, las estatuas de piedra del viejo Saturno[140], la frenética locura de Febo, los festivales megalesios en honor de la madre ilíaca[141], los báquicos ritos

---

[137] Alusión al método de las votaciones, en las que cada senador se colocaba junto al promotor de la moción que quisiera secundar.

[138] Lat. *dux bonus:* cf. Horacio, *Odas* IV 5, 5; Prudencio, *Cath.* V 1, *Perist.* III 86, *Psych.* 348 (cf. *Psych.* 11, *Perist.* XII 47).

[139] Lat. *Vulcani Martisque dolos:* cf. Virgilio, *Geórg.* IV 346.

[140] Literalmente sólo dice «las piedras» *(lapides),* expresión que Thomson quiere entender como alusiva a la leyenda de la sucesión de Saturno (Crono): habiéndosele advertido que sería destronado por uno de sus hijos, los iba devorando a todos a medida que nacían, salvo al último, Júpiter (Zeus), en cuyo lugar Rea le dio una piedra. En cuanto a la «frenética locura de Febo», se trata probablemente de una alusión al carácter de posesos que tenían los sacerdotes de sus oráculos.

[141] Se trata de los *Megalensia* o *ludi Megalenses,* celebrados cada 4 de abril en honor de Cibeles, ilíaca por ser de Ilión, segundo nombre de Troya (véase la nota al v. 188). Para la siguiente referencia a Nisa, sépase que era ésta una mítica montaña (o la ciudad adyacente) en que se solía situar el nacimiento (o morada preferida) de Baco.

del dios de Nisa, las pantomimas de Isis que llora sin tregua la pérdida de Osiris, objeto de risa hasta para sus propios calvos[142], y cuantos fantasmas suele albergar el Capitolio.

Oh, lengua que fluyes de portentoso manantío de palabras[143], honra de la romana elocuencia, ante quien habría de ceder incluso el propio Tulio, ¡que hayan de ser éstas las perlas que derrama tu rica facundia! Boca digna de refulgir con eterno baño de oro, si prefiriera alabar a Dios, al que ha antepuesto abominables engendros, profanando así su límpida voz con el pecado. No de otro modo que si alguien trata de remover con rastrillos de marfil un suelo cenagoso y le da por cultivar con azadas de oro ovas llenas de lodo[144]. El negro surco mancilla el resplandor del colmillo brillante y el preciado filo se ensucia en el terruño sórdido.

No temo que cualquiera alegue que confío demasiado en mí y piense que acometo un combate de talentos. Guardo suficiente conciencia de mí mismo y conozco mis propias ligerezas. No osaría trabar liza[145] ni, con mis poco duchas dotes oratorias, provocar los dardos de tan poderosa lengua. Quede ileso su libro y que su excelente obra conserve la

[142] La diosa egipcia Isis, muy venerada en Roma especialmente a partir de época de Augusto, era esposa del gran dios Osiris, que fue asesinado. Los «calvos» son los sacerdotes de este culto, que llevaban la cabeza afeitada.

[143] Para los elogios de Prudencio a las dotes oratorias de Símaco, véase la nota a *Symm.* I *praef.* 75. El «Tulio» mencionado a continuación es, naturalmente, Marco Tulio Cicerón, emblema de la elocuencia.

[144] Seguramente se trate de proverbios en circulación entre los romanos: cf. TERTULIANO, *Cult.* I 5, 3; SUETONIO, *Aug.* XXV 4.

[145] Lat. *conferre pedem:* junto a esta clara y común acepción bélica cabe también pensar que Prudencio estuviera aquí jugando con el significado métrico de *pes,* «pie», queriendo evocar la inferioridad de sus pies o versos frente a la facundia de Símaco.

fama conseguida con el rayo de su oratoria[146]. Pero séame permitido conservar el pecho a resguardo de su herida y repeler su venablo volador con la protección de mi rodela. Pues si nuestra fe, a cubierto ya en era tranquila, ha recibido el embate de fuerzas hostiles y del arte enemigo ¿por qué no me va a ser dado con la contorsión y finta del costado burlar las aéreas saetas impulsadas por inútil lanzamiento?[147].

Mas ya es hora de refrenar la marcha de un libro que se alarga, no sea que un canto arrastrado sin fin fomente el fastidio[148].

---

[146] Los «rayos» *(fulmina)* se aplicaban al estilo oratorio impetuoso y vibrante, y particularmente al de Demóstenes y Cicerón (cf. CICERÓN, *Orador* 234; *Fam.* IX 21, 1; *Ático* XV 1a, 2; COLUMELA, I *pr.* 30; PETRONIO, LXXV 1; QUINTILIANO, *Inst.* VIII 6, 7).

[147] Para esta imagen tomada de la esgrima, cf. CICERÓN, *Cat.* I 15 (cf. en sentido literal CURCIO RUFO, IV 6, 16).

[148] Traduzco *ferat* («traiga», «produzca») como «fomente» para reproducir la aliteración del original: *ne tractum sine fine ferat fastidia carmen,* verso en el que por cierto encuentro resonancias (insistencia consonántica, cláusula, carácter proemial) de OVIDIO, *Met.* I 4: *ad mea perpetuum deducite tempora carmen.* No ha dejado, en fin, de señalarse (así REBULL, *Prudenci. Contra Símmac,* pág. 55, n. 119) la afinidad de tono de este cierre y el broche al segundo de los *Geórgica* virgilianos (vv. 541-542).

LIBRO SEGUNDO

PREFACIO

Simón, al que llaman Pedro[149], principal discípulo de Dios, cierto día a las últimas luces, cuando el purpurino Véspero se arrebola, había levado su ancla curva, atrapando las brisas en los lienzos de sus velas y tratando de atravesar las aguas marinas. La noche alza tal viento de cara[150] que confunde el mar con su fondo, que sacude y zarandea la nave. Griterío marinero entre llanto y alaridos hiere los aires junto con el silbo de las jarcias[151] y esperanza ninguna restaba a los náufragos prontos a hundirse, cuando el grupo, pálido por los peligros, divisa a lo lejos a Cristo pisando el mar con sus pies, como si estuviera paseando por el camino sólido de una playa seca.

---

[149] Expresión bíblica: cf. *Mateo* 4.18; 10.2. «Véspero» es el lucero de la tarde.

[150] Para el episodio, cf. *Mateo* 14.24-32; PRUDENCIO, *Cath.* IX 49-51; *Apoth.* 653-660; *Perist.* VII 61-65, X 947-950; *Tit.* 137-140.

[151] Combinación de diversos pasajes de la *Eneida:* cf. V 140-141, I 87 y III 128.

Aterrados, los demás tripulantes observan con pasmo estos portentos, sólo Pedro no tiembla y reconoce al señor del cielo, de la tierra y del mar intransitable, de cuya omnipotencia es propio someter la marina llanura a sus plantas. Tiende sus manos suplicante, la conocida ayuda solicita. Por su parte, aquél, haciéndole una señal bonancible, le ordena que salte de la nave. Obedece Pedro a sus órdenes, mas apenas había comenzado a mojar sus plantas con la superficie de las olas, comenzaba también, con paso inestable, a hundir sus pies resbaladizos. Increpa Dios al mortal por ser de una fe nada firme[152] y no ser capaz de pisar las corrientes y seguir a Cristo. Entonces levanta con la diestra a su siervo, lo alza y le enseña a caminar por el abultado lomo del mar.

Así a mí[153], que he abandonado el resguardo del silencio, mi lengua locuaz me arroja a peligros inciertos, no fiado, como el discípulo Pedro, de mis méritos y mi fe, sino como a aquél al que los frecuentes pecados voltean como liviano náufrago en medio de los mares. Soy abiertamente temerario, pues consciente en mis adentros de esta noche que estoy viviendo en lo que son las tinieblas de la vida, no temo confiar mi barca al oleaje de tan alto varón, más diserto que el cual nadie hay en el día de hoy[154]. Se entusiasma, ruge, retruena y se hincha con los vientos de la elocuencia; para él es lo más fácil hundir a este inexperto piloto, si tú, Cristo poderoso, no me alargas tu mano con voluntad pro-

[152] Lat. *non stabili fide,* giro que combina la famosa expresión bíblica *modicae fidei* (y, para este pasaje concreto, cf. *Mateo* 14.31) con una alusión a la inestabilidad física de Pedro.

[153] Es decir, comienza aquí la segunda parte (23 versos, frente a los 43 de la primera) o aplicación práctica del símil, en la que Prudencio compara su propia situación con la de Pedro.

[154] Nuevo elogio a las dotes oratorias de Símaco, que aparecerá de modo recurrente a lo largo de todo este segundo libro.

picia, para que el empuje de su boca facunda no me sepulte en las olas, y en cambio, avanzando poco a poco, pueda yo situarme sobre las flotantes mareas.

***

Hasta aquí he narrado el originario nacimiento de los viejos dioses y las causas por las que se forjó en el mundo el embotado yerro, y cómo ya Roma cree en nuestro Cristo. Ahora pasaré revista a las objeciones de mi adversario, ahora rebatiré sus palabras con mis palabras[155]. Pues ¿por dónde dicen que empezó o de qué argumentos partió para poder con más facilidad torcer con su seductora habilidad los sagrados corazones de nuestros caudillos?[156].

SÍMACO: «¿Quién es tan allegado a los bárbaros que no reclame el Altar de la Victoria? Somos cautos de cara al futuro y evitamos presagios de cosas extrañas. Devuélvase al menos a su nombre el honor que se ha negado a su divinidad[157]. Muchas cosas debe a la victoria vuestra eternidad y más todavía le deberá. Nieguen este permiso aquellos a los que ella en nada aprovechó. Vosotros no vayáis a abandonar un patrocinio que es amigo de triunfos. A los deseos de todos los hombres se acopla esa potencia. Nadie diga que no ha de rendirse culto a aquella a la que reconoce deseable».

---

[155] Para la forma del engarce de este libro con el precedente, cf. VIRGILIO, *Geórg.* II 1-2.

[156] Se trata de los emperadores Honorio y Arcadio, si bien hay algo de artificioso en esta alocución colegiada, pues sólo Honorio estaba en Occidente, dado que su hermano gobernaba el Este. Para la inclusión de párrafos de la *Relatio* o *Informe* de Símaco en este libro, *vid.* vol. I, Introducción, págs. 57-58. Para el siguiente pasaje, cf. SÍMACO, *Rel.* III 3.

[157] Para el juego de palabras de esta frase, véase la nota a *Symm.* I 220.

A sus señores de armas, en la florida primavera de la juventud[158], nacidos entre los cuarteles de su padre, criados bajo la imagen de su abuelo, estimulados por los ejemplos acumulados en su propia casa, este astuto orador los incita como si tocase los clarines de guerra, aguijonea sus ánimos y proclama palabras como éstas: «Si os son caras, varones, las victorias que habéis alcanzado o las que en adelante habéis de alcanzar ¡conserve durante vuestro mandato la diosa doncella el templo a ella consagrado! ¿Acaso alguien partidario de los enemigos afirma que a ella no le ha de rendir sagrado culto vuestro imperio, a quien asiste, al que llena de motivos de gloria?».

Cuando el delegado dice esto, contestan las muy bonancibles bocas de los caudillos hermanos: «Sabemos qué dulce es la victoria para los esforzados, varón el más diserto de la lengua ausonia[159], pero conocemos de qué forma, por qué procedimiento ha de invocársela. Ésta fue el arte primera en que nos imbuyó de niños nuestro padre, ésta la que aprendió él mismo de niño del magisterio de su propio padre. No se consigue con altares, no con harina sacrificial[160], el que venga la feliz victoria; el esfuerzo incansable, el tosco valor, una especial energía de espíritu, el ardor, la fogosidad y el esmero la otorgan, la recia fuerza en el manejo de

[158] Lat. *dominos uernantes flore iuuentae:* cf. VIRGILIO, *En.* VII 162, VIII 160; VALERIO FLACO, I 101; SILIO ITÁLICO, I 376, XVI 405; ESTACIO, *Silvas* V 5, 18; *Teb.* VII 301; CALPURNIO, *Égl.* II 89; CLAUDIANO, *Estil.* II 351; AUSONIO, *Mos.* IV 14, 3. Para las siguientes alusiones a su padre y a su abuelo, recuérdese que Honorio y Arcadio eran hijos del emperador Teodosio, hijo éste a su vez del conde Teodosio, destacado general de Valentiniano I en las campañas de África y Britania.

[159] Esto es, de Italia.

[160] Véase la nota a *Symm.* I 203.

las armas[161]. Si estas cualidades faltaran a los guerreros, por más que una Victoria de oro en templo de mármol despliegue sus plumas[162] brillantes y se alce moldeada con mucha riqueza, no les asistirá y la veréis ofendida porque se ha dado la vuelta a las lanzas[163]. ¿Por qué, soldado, si desconfías de tus propias fuerzas, preparas el para ti inútil socorro de una figura femenina? Nunca una legión envuelta en hierro vio a una niña alada que dirigiera los dardos de varones sin resuello. ¿Andas buscando a la señora de los triunfos? La propia diestra de cada uno lo es y Dios todopoderoso[164], no una joven guerrera de cabello peinado, en vilo sobre uno de sus pies desnudos y ceñida de sostén ni vestida de ondulantes pliegues sobre sus senos turgentes. O bien fue la mano de los pintores la que, inventando engendros con la licencia de los poetas, os enseñó a dar forma a la divinidad, o bien fue la graciosa pintura la que de vuestro sagrario tomó algo que imitar y convertir con variadas marcas y cera líquida en una imagen, osando representarlo con coloreados tintes, ayudada por el arte aliado de los poemas[165]. Es así como siguen

[161] Para este final de hexámetro *(robur in armis)*, cf. CLAUDIANO, *III cons. de Hon.* 144, *Estil.* I 31. Una argumentación semejante a la que Prudencio pone aquí en boca de los emperadores puede verse en las palabras de Catón, en SALUSTIO, *Cat.* LII 29.

[162] Lat. *rutilas Victoria pinnas / explicet et...*: cf. OVIDIO, *Cosmét.* 33-34: *laudatas homini uolucris Iunonia pennas / explicat et...* (cf. también Ov., *Met.* VIII 13). Sospecho incluso que no es casual la aparición, en el v. 32 de nuestro poema, del sintagma *femineae... formae*, tan evocador de este poema ovidiano (para la presencia de éste en la obra de Prudencio, véase la nota a *Ham.* 287).

[163] Entiéndase, en señal de huida.

[164] Cf. VIRGILIO, *En.* XI 118.

[165] Para la pintura como medio de inducción al pecado, cf. *Sabiduría* 15.4-5 y *vid.* EVENEPOEL, «Prudentius: *ratio* and *fides*», pág. 321; para la osadía pareja de pintores y poetas, cf. HORACIO, *Arte Poética* 9-10; para la cera como material para la pintura, cf. PLINIO, XXXV 49.

una misma senda, así como conciben sus sueños vacíos de figuras Homero y el bravo Apeles y Numa[166], y emparentado está el mal de los colores, las camenas y los ídolos. Fue cobrando fuerza el triple poder del engaño. Si esto no es así, dígase ¿por qué las fábulas de los poetas os abastecen de objetos de culto tomados de cuadros e imágenes de cera? ¿Por qué el sacerdote del Berecinto[167] arruina y corta sus partes porque la poesía haya castrado al bello Atis? O también ¿por qué no se deja entrar en el templo de Trivia y en las arboledas a ella consagradas a los caballos de córnea pezuña porque la musa haya arrastrado a un casto doncel por la costa en veloz carruaje y esto asimismo un mural de variados colores te lo esboce[168]? Si tienes sentido de la dignidad, pa-

[166] Para Numa, véase la nota a *Symm.* I 103. Apeles, como se sabe, fue célebre pintor griego de la segunda mitad del siglo IV a. C., que «superó a cuantos lo precedieron y a los futuros», a decir de PLINIO (XXXV 79), el único por quien Alejandro Magno deseaba ser retratado. Para las camenas o musas, véase la nota a *Cath.* III 26.

[167] Monte frigio consagrado a Cibeles. A la castración de Atis, sacerdote de Cibeles, dedicó CATULO su poema LXIII (y véase otra versión en OVIDIO, *Fastos* IV 223-244; cf. además PRUDENCIO, *Perist.* X 196-200). Como era de esperar, esta historia de exceso religioso fue objeto de los dardos de los apologistas (véanse los pasajes citados por LAVARENNE, *Prudence,* III, pág. 161). Para la fraseología de este verso y el siguiente, *vid.* R. VERDIÈRE, «Notes de lecture», *Latomus* 30 (1971), 390-392 (pág. 390).

[168] Hipólito, falsamente acusado ante su padre Teseo por parte de su madrastra Fedra, fue muerto por Poseidón a ruegos del propio Teseo. En efecto, cuando viajaba en su carro por las costas rocosas de Trecén, el dios marino hizo salir unos monstruos que espantaron sus caballos, lo que provocó la caída del joven que murió enredado en las riendas y arrastrado por las breñas. Una leyenda itálica, contada entre otros por VIRGILIO *(En.* VII 761-782, de donde [vv. 778-779], por cierto, Prudencio se inspira para los vv. 53-54), pretende que Diana, aquí llamada Trivia (véase nota a *Symm.* I 364), se apiadó de su joven adorador e hizo que Asclepio lo resucitara, viviendo con ella en su santuario itálico de Aricia con el nombre de Virbio

gana estupidez, deja de una vez de dar forma a seres incorpóreos inventándoles miembros, deja de recubrir con plumas la espalda de un ser humano; vano es tener por ave a una mujer y por un gran buitre a la que al mismo tiempo es una diosa[169]. ¿Riquísima Roma, quieres decorar tu senado? Cuelga en él los despojos arrebatados con armas y sangre, amontona, vencedora, las diademas de los reyes que has matado, rompe los vergonzantes adornos de los dioses que has rechazado[170]. Entonces te será guardada en medio del templo la victoria que habrás conseguido no sólo en las tierras sino incluso por cima de los astros».

Habiéndole interrumpido los emperadores con estas palabras, él prosigue e infla su tuba de grandes sinfonías. Aduce la antigua usanza, afirma que nada hay más dulce que lo acostumbrado y que los pueblos y hombres están obligados a su propia tradición: «Igual que a los niños al nacer» dice «les tocan en suerte almas de distinto tipo, así la hora y el día en que comienzan a alzarse unas murallas[171] aportan a sus ciudades el destino o el genio bajo cuyo timón han de reinar». Añade que el misterio de las cosas y los vericuetos de la verdad pueden aprehenderse por medio de una cierta prosperidad, al verificar un bien favorable, si son positivos

(«el que ha sido hombre dos veces»). Otras descripciones de la muerte de Hipólito pueden verse en EURÍPIDES, *Hipólito* 1173-1254 y, entre los autores latinos, OVIDIO, *Met.* XV 497-546, *Fastos* VI 737-756 y, sobre todo, SÉNECA, *Fedra* 1000-1114. Compárese, por último, la descripción de la muerte del mártir Hipólito, inspirada en ésta, tal como nos la brinda el propio PRUDENCIO en *Perist.* XI 111-122.

[169] Alusión a la figura alada y femenina de la Victoria.

[170] Obsérvese que Prudencio no mantiene aquí el espíritu de tolerancia mostrado en *Symm.* I 501-505. Para la fraseología, cf. JUVENAL, III 218.

[171] Lat. *cum primum moenia surgunt:* cf. VIRGILIO, *En.* I 437. Para estos y los siguientes razonamientos de Símaco, cf. *Relatio* III 8-10.

los resultados de aquello que uno somete a prueba: a nuestros mayores todo el culto a los ídolos les ha resultado siempre provechoso y fructífero. Expone la fuerza del largo tiempo transcurrido, despierta a la propia Roma, blanqueada por sus níveos cabellos y surcada de arrugas su frente, y le hace reclamar con voz quejumbrosa sus divinidades: «Soy libre, permítaseme vivir a mi propia usanza. ¿Habrá alguien que censure mis mil años? Situados bajo un único sol a todos nos da la vida un mismo aire, común es la brisa para todos los vivos. Pero siguiendo doctrinas opuestas nos preguntamos quién y cómo es dios y por sendas enormemente separadas marchamos hacia un mismo arcano. Tiene cada pueblo su propia tradición, un camino por el que apresurar sus pasos hacia tan gran misterio».

A estas palabras tan magníficas, a este oleaje de arte tan fino se bastó sola Fe a responder, sin duda ella la más experta en abrir el primer vestíbulo que conduce al sagrario del credo verdadero[172]. Pues, cuando tratamos de asuntos divinos e intentamos concebir en nuestro espíritu a aquél que o bien careció de principio[173] o carecerá de fin, ya que fue anterior al caos y creó el mundo, es muy limitada la fuerza del talento humano y angosta para tamaña empresa. Porque si una naturaleza menor trata de aplicar su agudeza con más empeño del conveniente y de penetrar en las regiones secretas del dios supremo ¿quién dudaría de que, siendo así de frágil, se agotaría, de que su vista quedaría vencida, de que la fuerza de su mente fatigada se vería turbada en la estrechez de su pecho y de que embotada sucumbiría a unas preocupaciones por encima de sus capacidades? Mas el fácil

---

172 Cf. *Hebreos* 10.19 y *vid.* CH. GNILKA, *Studien zur Psychomachie des Prudentius,* Wiesbaden, 1963, pág. 31.

173 Cf. *Apoth.* 267.

sendero de la fe invita a creer que el Todopoderoso es aquel que no sólo otorga bienes presentes sino que también los promete futuros y sin término en el largo paso de los siglos, para que no todo yo acabe diluido en la nada vacía y perezca tras un breve disfrute de la luz. Has de valorar al autor del regalo a partir del regalo mismo. Dones eternos concede un ser eterno, mortales otorga un mortal; divinos un dios, perecederos un ser caduco. Todas las cosas que el tiempo cumple, las que un final se lleva, son despreciables por la brevedad de su esencia y no dignas de un donador eterno cuya natural riqueza estriba en no cejar nunca y en dar al hombre aquello que nunca ceje. Pues si Dios proporciona algo corrupto o corruptible y no posee nada que sea más preciado que eso, es pobre y débil e indigno del culto supremo y no todopoderoso sino una vana sombra de divinidad.

Con este razonamiento Fe sabiamente supone, o mejor, no duda de que es el verdadero Dios aquel que nos hace esperar que nuestra esencia y nuestra vida[174] han de perdurar a salvo por siempre, si lo merecemos. «Si queréis», dice, «ascender a las regiones celestes, expulsad de vuestro espíritu las terrenales cuitas. Pues cuanto la tierra yace por debajo, sometida en su emplazamiento, y cuanto se separa del suelo la regia morada del cóncavo cielo, tanto distan vuestros mundanos afanes de los míos futuros, la saña del bien, la maldad del cariño, lo tenebroso de la claridad serena[175]. Todo lo que puede morir, decreto que lo rehuyáis; todo lo que, según el esquema de la naturaleza, admite defecto y enveje-

[174] Lat. *quod uiuimus:* cf. *Psych.* 762 (cf. *Symm.* II 471).

[175] El pensamiento procede de *Isaías* 55.9, pero algo parecido encontramos también en LUCRECIO, IV 417; LUCANO, VIII 487-488; y LACTANCIO, *Inst.* II 9, 4. Para la «regia morada del cielo» (lat. *regia caeli),* cf. VIRGILIO, *En.* VII 210.

ce, que lo toméis por nada, pues a la nada ha de tornar. Y es que cuanto genera la tierra, cuanto ella contiene, yo mismo lo establecí en el principio y al claro mundo di vistosos adornos y creé sus hermosas semillas. Mas, con todo, quise que hubiera un límite y concedí estas cosas para que fueran disfrutadas con moderación[176], cuanto reclamara la perecedera y enfermiza necesidad del cuerpo y la efímera necesidad de la vida, pero no de forma que el hombre, atrapado por estos afanes y encendido de vana pasión, considerara que todo el bien se hallaba en la dulzura y fútil aspecto de aquellas cosas que yo ordené que corrieran de la mano del tiempo. Y además establecí un período durante el que pudiera poner a prueba los corazones nobles[177], para evitar que la virtud adormecida y no ejercitada tuviese una fuerza enervada sin haber alcanzado el mérito en la palestra[178]. Pues es cautivador y nocivo el sabor de aquellas cosas que, en tanto que pasan, mantienen las mentes cautivas y atadas con sorprendente deleite. Hay que vencer el placer, hay que librar de sus lazos a la constancia de espíritu para que no acabe aplastada, cautiva y encordonada por blandas y flexibles ataduras. Hay que luchar con el más alto esfuerzo, entre amarguras hay que seguir la senda de la virtud para que ésta

---

[176] Para este pensamiento, cf. *Ham.* 330-336.

[177] Cf. Lactancio, *Inst.* V 22, 16-17.

[178] En lugar de este último verso (lat. *robur eneruatum gereret sine laude palestrae)* en algunos códices se lee: *eneruare suum corrupta per otia robur / posset et in nullo luctamine pigra iaceret* ([para evitar que la virtud] «pudiera enervar su robustez en medio de corrompida inactividad y se tumbara como una haragana sin participar en pelea alguna») y en otros estos dos versos interpolados siguen al auténtico: para una —a ratos acalorada— discusión del pasaje, *vid.* Cunningham, «The problem of interpolation...», págs. 132-134 (que no habla de interpolación sino de glosa); Ch. Gnilka, «*Palestra* bei Prudentius», *Illinois Class. Stud.* 14 (1989), 365-382.

no ame los halagos de una condición perecedera, para que no acumule oro en exceso[179], para que no esté deseando contemplar con ambición y vanidad los irisados colores de las piedras preciosas, para que no ande mostrándose a los vientos del pueblo[180] y se engría encumbrada por el ornato de un cargo, para que no amplíe su suelo natal y las huebras del terruño paterno y extienda su anhelo a los campos de afuera[181], para que no consagre a los sentidos del cuerpo todo lo que quiere o hace, para que no anteponga lo útil a lo justo y para que deposite en mí toda esperanza de que nunca han de perecer los dones que yo le daré y de que éstos han de durar una larga jornada».

Así pues, si esto es lo que Dios nos garantiza ¿qué hombre esforzado, con redaños y capaz de valor preferirá para sí cualquier cosa breve a las eternas, o quién en su sano juicio considerará preferibles los gozos del cuerpo a los premios de su alma viva? ¿No es la sola distancia que separa al hombre y las bestias el hecho de que los bienes de los cuadrúpedos se encuentran ante sus ojos y yo en cambio espero aquello que se me reserva para un largo período fuera del alcance de mi vista? Pues si toda mi vida ha de perecer junto con mi cuerpo y no podrá sobrevivir nada mío después de mi muerte, ¿qué rey del cielo hay, qué fundador del orbe, qué dios o qué potestad que merezca ya ser temido?[182]. Iré de exceso

---

[179] Lat. *nimium ne congerat aurum:* cf. TIBULO, I 1, 1; PRUD., *Tit.* 82.

[180] Lat. *popularibus auris:* cf. VIRGILIO, *En.* VI 816; HORACIO, *Odas* III 2, 20; SÉNECA, *Fedra* 488 (y compárese, a nivel general, la alocución del Hipólito senequiano a partir del v. 483, de la que estos versos de Prudencio recogen ecos aquí y allá).

[181] Compárese HORACIO, *Sátiras* II 6, 8-15.

[182] Cf. *I Corintios* 15.19 y 15.32; LACTANCIO, *Ira* XII 4-5 y VIII 5; *Inst.* III 17, 36.

en exceso al bullir de mi deseo, mancillaré lechos, pisotearé el sagrado pudor, diré que no tengo algo que un pariente me haya confiado sin testigos[183], despojaré avariento a mis clientes pobres, haré morir a una madre anciana con mágico ensalmo (la vieja, demorando su muerte, retrasa próspera herencia) y no temo la desgracia. El derecho público es burlado[184]. Se asienta armada la ley, pero ignora el delito hecho a escondidas o, si la cosa queda al descubierto, se corrompe con oro al juez, rara vez el castigo abate a los culpables con segur justiciera.

Pero ¿a qué ando yo pensando tales cosas? Mirad, Dios, amenazador, me llama al orden con su severa majestad, afirma que no ha de anularse por medio de la muerte lo principal de mis obras. «No sucumbirá» dice «el hombre que alienta por dentro, pero sí sufrirá eterno suplicio por haber gobernado mal los miembros a él sometidos[185]. Y no me es difícil envolver en llamas esa naturaleza intangible; aunque se la tenga por un soplo a la manera del noto, la atraparé sin embargo y le aplicaré tormentos yo mismo, que soy incorpóreo y el único sembrador de los espíritus. Es más, decretaré la participación de los cuerpos en los mismos castigos, puesto que puedo hacer retornar las cenizas a su antiguo aspecto, y no hay por qué desesperar de mi poder. Yo que pude formarlo de nuevas lo repararé una vez fenecido[186]. No faltan

---

183 Cf. Juvenal, XIII 60. Para la siguiente referencia a los «clientes», *vid.* nota a *Perist.* III 82.

184 Cf. Tertuliano, *Apol.* XLV 5.

185 Cf. *Mateo* 10.28. Véase además Tertuliano, *Apol.* XLV 7; y, para la idea siguiente, Lactancio, *Inst.* VII 21, 1. Para el noto, mencionado a continuación, véase la nota a *Apoth.* 656.

186 Cf. Minucio Félix, XXXIV 9; Tertuliano, *Apol.* XLVIII 5; Lactancio, *Inst.* VII 23.

ejemplos de mi poderío en las propias semillas: la naturaleza muestra que todas las cosas reverdecen después de su muerte[187]. Pues se secan al desaparecer el vigor con que antes vivieron; entonces, secas y muertas, echadas en surcos u hoyos permanecen ocultas, y sepultadas como en un túmulo se alzan de sus tumbas con brote redivivo. ¿Puedes por caso saber o aventurar qué mañoso artesano dispone eso o qué energía actúa por dentro? ¡No os engañen, desgraciados, los postulados de los físicos[188]! Miradme, yo soy el Señor capaz de crear y de restablecer lo que ha perecido y se ha disipado, cualquier cosa seca la hago tornar con flores u hojas a su antigua forma; y esto mismo algún día lo he de hacer con el hombre, de suerte que nazca de su ceniza inerte y su antigua estructura cobre forma, a fin de que ésta en función de sus merecimientos o bien me pague por sus faltas con tormentos o bien resplandezca en el alcázar de la suprema virtud, para no volver a morir, cualquiera que sea la suerte en que quede. Entretanto, mientras su substancia vive mezclada en un mismo ser, recuerde a su propio creador, venere y suplique sumisa al que fue su hacedor. No creó uno la forma del soplo del alma y otro la del cuerpo, ni son abundantes deidades quienes rigen los bienes de la vida presente. No es un dios el que suministra senaras y trigueñas espigas mientras otro da racimos de mosto y derrama el purpurino zumo de la cepa sobrecargada; soy yo mismo el que hago engordar de bayas los verdes olivos, ésos que vosotros inventáis que nacieron de la griega Palas[189], yo el que

[187] Véase la nota a *Cath.* X 124.

[188] Esto es, de los naturalistas *(physicus,* de *phýsis,* «naturaleza»).

[189] Palas Atenea entregó el olivo a los atenienses y de ahí éste pasó a ser considerado símbolo suyo. Para el fondo bíblico, cf. *Oseas* 2.8.

asigno las horas lucinas[190] a los que nacen. Por mi ley es por la que el doble sexo desea por mutuo contrato engendrar descendencia y disfruta con la propagación de su estirpe[191], fuego que vosotros violáis en vuestros lascivos amores y encubrís vuestro fornicio con la sombra de una diosa Venus. Soy yo solo el que gobierno los elementos y no me fatiga la mole de la empresa como a un desgraciado, débil y frágil. Poseo una luz inmensa, un tiempo de vida imperecedero y una edad no comprensible para vuestros sentidos. De ahí que no precise de delegados para el múltiple gobierno del mundo ni eche de menos ayudantes o aliados. Además, es propio de mí conocer las legiones de ángeles que mi mano creó[192], qué naturaleza poseen estas mis criaturas y para qué clase de usos me están reservadas. Tú me dejas a un lado y rumias mil deidades y te inventas que éstas aparecen con mis virtudes, de forma que me restas poder dividiéndome en partes, a mí, a quien ninguna parte o forma se le puede amputar porque soy una substancia simple y no puedo ser una parte. Sólo las cosas compuestas y hechas son susceptibles de división; a mí nadie me creó de forma que pueda ser desgajado, yo, creador único de todas las cosas[193]. Créelo, lo que formé de la nada no es parte mía. Por eso, venga, mortal, a mí solo constrúyeme un templo y a mí únicamente venera como dios. Renuncio a la cantería, a las piedras que corta Paros y la peña púnica, las que tiene el verde lacede-

---

[190] Alusión a Lucina (o Juno Lucina), diosa protectora de los partos. En lugar de decir «las horas de Lucina», Prudencio opta por inventar el adjetivo *Lucinus,* y dice literalmente *Lucinas... horas,* expresión singular que he preferido mantener.

[191] Cf. LACTANCIO, *Obra de Dios* XII 15.

[192] Cf. *Mateo* 26.53.

[193] Cf. *Ham.* 270-275 y LACTANCIO, *Inst.* I 3, 9.

monio y la moteada Sina[194]. Que nadie me dedique la púrpura innata de los roquedos. Amo el templo del espíritu[195], no el del mármol; en él perduran los dorados cimientos de la fe, se alza su estructura que resplandece con la nívea blancura de la piedad, la elevada justicia cubre sus alturas, por dentro el nutricio pudor salpica y pinta los suelos con la roja flor de la castidad y custodia su entrada. Ésta es la casa adecuada para mí, ésta la hermosísima morada que me acoge, digna de un huésped eterno y celeste. Y no me es nuevo este lugar, fluyó a la carne mi gloria y la luz verdadera de Dios. (Dios iluminó la materia por él nutrida y, siendo su creador, él mismo hizo habitable para sí el cuerpo, con el fin de poder descansar en un templo que fuera de su agrado). Había yo creado al hombre perfecto, le había encargado que, vuel-

[194] La isla de Paros, una de las Cícladas, era famosa por su mármol de extraordinaria blancura («nívea Paros» la llama VIRGILIO en *En.* III 126), como famoso era el mármol verde de Lacedemonia (cf. PLINIO, XXXVI 55; ESTACIO, *Silvas* I 2, 148-149; I 5, 40; II 2, 90-91). La ciudad frigia de Sina (así en Prudencio, aunque más habitualmente Sínada o Sínade) exportaba un bello mármol blanco entreverado de rojo o violeta. Para la «peña púnica», LAVARENNE *(Prudence,* III, pág. 168, n. 1) apuntó la posibilidad de que el adjetivo *punicus* estuviera aquí utilizado por *puniceus* («rojo intenso»), como ya lo emplearon algunos autores antiguos (cf. HORACIO, *Epod.* IX 27; PROPERCIO, III 3, 32; OVIDIO, *Am.* II 6, 22; VALERIO MÁXIMO, II 6, 2), si bien esta interpretación rompe el paralelismo de las cuatro referencias geográficas. Más bien debe de estar pensando en algún mármol de las canteras de Numidia y muy probablemente en el de *Simitthus* (hoy Chemtou), amarillo y entreverado de rojo, llamado «púnico» ya desde su llegada a Roma, a comienzos del s. II a. C., por haber sido los cartagineses sus importadores *(vid.* DAREMBERG, SAGLIO, *Dictionnaire...,* III/2, s. v. *marmor,* 1597b y 1604a-b). La enumeración de tipos de mármol se convirtió en motivo literario entre los autores latinos y de manera muy especial en Estacio (véase H. J. VAN DAM, *P. Papinius Statius, Silvae book II. A commentary,* Leiden, 1984, págs. 246-251 y esp. 250, referencia esta que debo al interés y buen oficio de mi colega y amigo el Prof. Gabriel Laguna).

[195] Para la idea del «templo del espíritu», véase la nota a *Psych.* 822.

tos todos sus sentidos a mí, dirigiera sus ojos a las regiones superiores, mirando hacia arriba con su talle derecho y elevada postura, pero bajó hacia el suelo sus ojos, se inclinó hacia las riquezas del mundo y expulsó de su pecho mi divinidad. Tenía que hacerlo volver a mí. Bajó mi propio espíritu y descendió hasta él[196], y con sus virtudes divinas dio forma a sus entrañas hechas de barro, y ahora el dios supremo ha asumido al hombre y lo ha transformado en deidad y le enseñó a enardecerse de nuevo por mi culto».

Me gustaría saber con qué oídos acoges estos preceptos del Padre tú, muy ducho censor[197] del pueblo de Italia. ¿O es que eliges sin más la antigua costumbre despreocupándote de la razón, y la agudeza y talento de un hombre sabio como tú permiten que se digan estas cosas: «Me es preferible la costumbre primitiva al camino de la justicia, a la piadosa bondad anunciada por el cielo, a la fe en la verdad y a la norma del credo verdadero»?

SÍMACO: «Cada cual tiene su propia costumbre, cada cual su propio rito. Si ya una prolongada época da autoridad a unas creencias religiosas, hay que conservar esa fe otros tantos siglos y nosotros hemos de seguir los pasos de nuestros ancestros, quienes felizmente siguieron a los suyos»[198].

Si es forzoso rendir sagrado culto y mantener todo aquello que la costumbre sostuvo en los rudos años del naci-

---

[196] Cf. *Lucas* 1.35.

[197] Lo llama así por cuanto la primitiva función de los censores era velar por las costumbres y moral pública.

[198] Cf. SÍMACO, *Rel.* III 8. Para el fundamento filosófico (neoplatónico en este caso) de la frase que abre el párrafo, *vid.* R. KLEIN, *Der Streit um den Victoriaaltar,* Darmstadt, 1972, pág. 32 y pág. 177, n. 11.

miento del mundo, desandemos toda la historia por sus propias pisadas hasta el principio, acordemos condenar paso a paso todo lo que después fue descubriendo la sucesiva usanza[199]. Cuando el mundo era nuevo no había campesinos que sometieran los campos; ¿a qué vienen esos arados, a qué la innecesaria ocupación del rastrillo? Mejor se sacia la tripa con bellotas de encina. Los primeros hombres desgajaban con cuñas las hendiduras de la madera; ¡hierva la rígida masa de hierro, reduciendo de nuevo a líquido magma las segures, y regrese gota a gota el filón a su propio yacimiento! El sacrificio de ganados proporcionaba vestimenta, y una fría cueva pequeña morada; ¡volvamos a las grutas, vistamos rudas prendas de pieles cosidas! Los pueblos otrora bárbaros que fueron domeñados y su fiereza sometida ¡lancen ya aciagos bramidos, regresen de nuevo a sus salvajes costumbres y retornen a sus antiguos hábitos! Precipite el joven, con un amor filial propio de Escitia, a su decrépito padre desde el puente votivo (ésa fue en otro tiempo la costumbre)[200]. Humeen los sacrificios de Saturno con la muerte

---

[199] Para este final de hexámetro (lat. *repperit usus),* cf. Virgilio, *Geórg.* II 22. En los versos siguientes Prudencio evoca los tiempos primitivos y para ello echa mano de nuevo de los clásicos y del tono y motivos de sus representaciones de la Antigüedad y la Edad de Oro, en ocasiones con dependencias fraseológicas: cf. Virgilio, *Geórg.* I 125 y I 144; Juvenal, VI 2-3 (para los vv. 288-289).

[200] Para Escitia, nombre aquí utilizado con el valor de pueblo bárbaro sin más, véase la nota a *Apoth.* 424. Prudencio alude a una extraña ceremonia celebrada el 15 de mayo en el puente Sublicio, en Roma, durante la cual se lanzaban al Tíber veintisiete muñecos con forma humana (los *Argei:* cf. Varrón, *Leng. Lat.* V 45) que representaban a ancianos, rito interpretado ya por los antiguos como sustituto de una primitiva ceremonia en que fueran de hecho arrojados seres humanos (los *sexagenarii de ponte* [cf. Varrón, en Nonio, p. 523M], por ello llamados directamente *depontani* [cf. Paulo Diácono, *Epít. Festo,* pág. 75M]). Para más detalles sobre este

de infantes y resuenen las aras crueles con lastimeros vagidos[201]. Que el propio pueblo de Rómulo cubra sus chozas con endebles chamizos (así dicen que vivió Remo)[202]. ¡Extiendan heno sobre los regios lechos o vistan sobre su cuerpo velludo una clámide elaborada con la piel de una osa de Libia[203]! Tales eran las pertenencias del caudillo trinacrio o las del etrusco. La Roma antigua no se mantiene tal cual sino que se ha transformado al pasar de los años y ha cambiado en sus ritos, su ornato, sus leyes, sus armas. Tiene muchas prácticas que no tuvo bajo el reinado de Quirino[204]. Instauró algunas cosas con mejor criterio, algunas abandonó, no dejó de modificar su propia costumbre y las leyes que en un principio había instituido las orientó en sentido contrario. ¿A qué me objetas tú, senador romano, los ritos tradicionales, cuando los cambios de parecer de un criterio inestable han modificado frecuentemente los decretos de los senadores y el pueblo? Además, ahora, cada vez que es provechoso abandonar la antigua usanza y desechar por el nue-

---

ritual, véase la interesante nota de J. G. Frazer en su edición de los *Fastos* de Ovidio (Londres-Cambridge, Mass., 1967 = 1931), págs. 425-429.

[201] Alusión sesgada de Prudencio: se refiere a sacrificios jamás celebrados en Roma pero sí en Cartago, donde se identificaba a su deidad Baal Qarnaim como *Saturnus Balcarnensis:* cf. Tertuliano, *Apol.* IX 2; Agustín, *Ciu.* VII 26 (cf. Lactancio, *Inst.* I 21, 6).

[202] Alusión a la «cabaña de Rómulo», choza situada al SO del cerro Palatino, en las *Scalae Caci* («Gradas de Caco»), devotamente conservada y restaurada como lugar venerable por los romanos.

[203] Lat. *pelle Libystidis ursae:* con este mismo cierre de hexámetro alude Virgilio *(En.* V 37) al atuendo de Acestes, caudillo siciliano o, lo que es lo mismo, trinacrio, y al de Evandro *(En.* VIII 368), que no es etrusco sino arcadio, pero que al fin y al cabo vive ceñido por el Tíber, río «etrusco» a decir de Virgilio *(En.* VIII 473), y que recibió asimismo de los etruscos una oferta de alianza que incluía el propio puesto de rey *(En.* VIII 505-507).

[204] Es decir, Rómulo: véase la nota a *Symm.* I 356.

vo culto los pasados hábitos, nos alegramos de que se haya descubierto algo y de que al fin salga al aire lo que estuvo en secreto. Siempre crece y mejora la vida del hombre con lentos avances y se sirve de una experiencia prolongada[205]. Así está dispuesto el orden móvil del tiempo mortal; así va cambiando la naturaleza sus fases: la primera infancia va a rastras; titubea inestable el andar y el carácter del niño; con sangre fogosa hierve el nervio de la juventud; a continuación llega la firme edad de la fuerza madura; por último, la vejez, mejor por su conocimiento de las cosas pero débil de fuerzas, siente desfallecer el cuerpo aunque se le despeja la mente. Es por estos derroteros por los que, a lo largo de tiempos dispares, condujo el género humano su edad tornadiza. Así al comienzo vivió embotado y hundido en la tierra como si tuviera cuatro patas[206]; a continuación, refinado por su ánimo observador y apto ya para conocer las artes, fue pulido por la variada novedad de las cosas[207]; después, henchido de vicios, su crecimiento alcanzó los años ardientes, hasta que, una vez agotado su exceso de fuerza, afianzó sus

---

[205] Lat. *et longo proficit usu:* cf. JUVENAL, XIII 18. Para la idea de las distintas edades del ser humano, desarrollada a continuación, cf. LUCRECIO, III 447-454, y PRUDENCIO, *Psych.* 845-848.

[206] El v. 327 *(quadrupedis pueri lactantia uiscera traxit)* parece claramente interpolado. Según la lectura de Δ, grupo de códices que sustituye además el final del verso anterior *(ceu quadrupes egit*: así ΓΘ) por *titubauit et instar,* habría que entender estos dos versos de la siguiente forma: «Así al principio titubeó embotado y hundido en la tierra y, a la manera de un niño de cuatro patas, arrastró su cuerpo lactante». Para una discusión del pasaje, *vid.* W. SCHMID, «Die Darstellung der Menschheitsstufen bei Prudentius und das Problem seiner doppelten Redaktion», *Vigiliae Christianae* 7 (1953), 171-186; CUNNINGHAM, «The problem of interpolation...», págs. 130-132.

[207] Lat. *rerum nouitate:* cf. OVIDIO, *Met.* II 31 (LUCRECIO, I 139; SIDONIO APOLINAR, *Poemas* II 114).

energías[208]. Ahora es el tiempo de que ya comprenda las cosas de Dios, capaz, gracias al entendimiento de su mente serena, de indagar con más empeño sus misterios y atender al fin a su salvación eterna.

Aunque, si tan fuerte es tu apego[209] y preocupación por la vieja costumbre y es tu deseo no apartarte del primitivo rito, se halla en los libros antiguos[210] un famoso ejemplo de que ya por los tiempos del diluvio o antes aún había servido a un único dios el pueblo que primero habitó las tierras recién hechas y moró en el orbe desocupado; de él toma su origen la larga línea sucesoria de nuestra estirpe, que ahora reinstaura las normas de su religión nativa. Pero, puesto que estamos hablando del culto romano, te demuestro que el propio pueblo de la sangre de Héctor[211] durante mucho tiempo no adoró a múltiples dioses y que, satisfecho con esporádicos santuarios, colocó unos pocos altares por las colinas. Fue después de entonces cuando Roma, domeñadas otras ciudades por su valor y habiendo obtenido sonados triunfos, creó para sí incontables dioses. En medio de las humeantes ruinas de los templos la diestra armada del vencedor se apoderó de las imágenes enemigas y las llevó cautivas a casa, venerándolas como a deidades. Esta estatua la arrebató del saqueo de Corinto la de dos mares[212], aquélla la incorporó a

---

[208] Lat. *donec decocto solidaret robore uires:* cf. Virgilio, *En.* II 639.

[209] Lat. *si tantus amor:* cf. Virgilio, *En.* II 10, VI 133; Horacio, *Sát.* II 1, 10; Lucano, I 21.

[210] Juega aquí Prudencio con la palabra «antiguo», que aquí designa precisamente la *Biblia*.

[211] E. e., troyana y, por extensión, romana, según la leyenda del troyano Eneas y su llegada a Italia.

[212] Para el epíteto y la disposición en el verso (lat. *bimaris de strage Corinthi),* cf. Ovidio, *Met.* V 407; Horacio, *Odas* I 7, 2. El saqueo a que se hace alusión es la toma y destrucción de esta ciudad por parte de Lucio

su botín en el incendio de Atenas, algunas imágenes de cabeza de perro las dio en su derrota Cleopatra, algunos rostros cornudos contuvieron los trofeos de las Sirtes cuando fueron sojuzgados los arenales de Amón[213]. Cada vez que la ilustre Roma acogió entre aplausos el carro de un general en triunfo, tantas veces añadió altares de dioses y se forjó nuevas deidades con los despojos, deidades que, depuestas al tiempo que sus murallas patrias, no pudieron aportar protección alguna a sus propios santuarios. ¿Ves cómo se demuestra que los pasos de la antigua costumbre siempre oscilaron en distintos sentidos con andar incierto, añadiendo dioses desconocidos para los antepasados, y que se consagró a una religión extranjera y no conservó sus propios ritos? Todos los elementos de vuestro culto están sufriendo destierro y llegaron como algo foráneo a una ciudad enemiga. Así que en vano te aferras, perverso culto, a la tradición; no es la costumbre patria esa que amas, malvado, no lo es[214].

Pero nuestro hábil orador dice que a la urbe la fatalidad le asignó un cierto genio con el que pasar su propia historia. «Pues a todas las naciones y murallas», dice, «les es dado un

---

Mumio el año 146 a. C. Con «el incendio de Atenas» se refiere nuestro poeta al que provocó en el año 86 a. C. Lucio Cornelio Sila en el puerto ateniense del Pireo, después de haber tomado y saqueado la capital, que había tenido cercada durante más de un año por haber caído ésta bajo el ámbito de influencia de Mitrídates VI, rey del Ponto, hostil a Roma. Por último, como es sabido, Cleopatra, junto con Marco Antonio, fue derrotada por Octaviano en la batalla de Accio (31 a. C.).

[213] El dios egipcio Amón tenía cuernos de carnero; para las Sirtes, aquí usado una vez más como equivalente de África y más concretamente de Egipto, véase la nota a *Cath.* VII 30; para Anubis y su «cabeza de perro», véase la nota a *Apoth.* 196.

[214] Cf. TERTULIANO, *Apol.* VI 7-10 y XXV.

destino o un genio, al modo propiamente de nuestras almas, que penetran en los cuerpos recién nacidos con fortuna diversa»[215].

SÍMACO: «Distintos custodios asigna la mente divina a las ciudades; al igual que se asignan las almas a los que nacen, así a las naciones sus genios fatales».

Ya para empezar ignoro qué es un genio o qué estado le cuadra, cuál es su poder y de dónde nace, si es un espíritu sin forma ni cuerpo o posee alguna forma y aspecto, qué sabe, de qué tareas se encarga. Por contra, las almas de los hombres entiendo que están tan entremezcladas por dentro con las venas vitales que la sangre recibe de ellas el ligero impulso y el delicado calor con que vivifica nuestras entretelas en su largo peregrinar por los miembros, con que caldea las partes frías, con que irriga las secas, con que relaja las tensas. Es así como el espíritu vívido templa y gobierna con su criterio la vida del hombre, espíritu que tú intentas comparar con ese imaginario genio de las murallas[216] que no existe en parte alguna ni nunca existió. Es más, el espíritu vivaz vuelca su inteligencia suprema en la rección de los cuerpos, con el fin de disponer protección fiable para su

---

[215] Cf. los versos 71-74 de este mismo libro y, para la idea del «genio», *Symm.* I 447. Para las siguientes palabras de Símaco, cf. *Rel.* III 8.

[216] Lat. *moerorum* (por *murorum),* forma arcaizante que sin embargo creo que debe mantenerse por comparación, entre otros, con LUCRECIO (IV 220, VI 926) y, seguramente, VIRGILIO *(En.* X 24, XI 382): vid. *Thesaurus linguae Latinae* VIII, 1684, 64-72. Por otra parte, nótese la evocación que puede derivarse de esta denominación *moerorum genio,* pues en época de Prudencio, más aún que en períodos anteriores, este genitivo recordaría sin duda la forma análoga *maerorum,* e. e. «este genio de los pesares».

desnudez y debilidad, evitar peligros temibles[217], proveer lo que resulte útil, estimularlo hacia distintas ocupaciones, preocuparse de a qué señor se someta y a quién considere creador del orbe, aquel al que sigue el total del universo[218].

En cambio este genio tuyo de la ciudad, me gustaría que me lo dijeras, ¿cuándo comenzó a penetrar en la esencia de aquella Roma todavía niña? ¿Fluyó de las ubres de loba en los sotos de un valle y, al tiempo que él mismo nacía, alimentó a unos niños gemelos[219]? ¿O fue una sombra desconocida que, revoloteando por los aires junto con los buitres, de repente adquirió de una nube su silueta? ¿Se asienta en lo alto de los tejados o protege las salas interiores? ¿Instituyó las costumbres y va creando las leyes del foro o interviene además en las trincheras del campamento, empuja a las armas a los esforzados varones, los estimula con los clarines, los incita contra el enemigo? ¿Quién de entre los hombres cuerdos no vería estas cosas dignas de una carcajada? Imaginemos, con todo, que haya alguna sombra o ánima que mantenga tales cuidados, por medio de la cual el estado haya recibido su destino y se anime entero en el calor de sus tuétanos: ¿por qué no se ocupa ella misma de poner las bases de la religión? ¿Por qué no alza libre sus ojos al cielo? ¿Por qué piensa como una prisionera que le ha sido prescrito un destino inmutable? ¿Por qué inventa lazos con su horóscopo, ella, a quien le es posible no querer ahora aquello

[217] Lat. *metuenda pericula:* cf., en la misma posición de verso, Horacio, *Epíst.* II 1, 136.

[218] Lat. *quem rerum summa sequatur:* cf. Lucano, V 26.

[219] Alusión a la leyenda de Rómulo y Remo y la loba que los amamantó (véase además la nota a *Psych.* 47). Para la siguiente referencia, recuérdese que, como nos cuenta Tito Livio (I 6, 3 a 7, 3), se consideró auspicio para la fundación de Roma por parte de Rómulo la aparición de doce buitres, frente a los seis que había visto previamente Remo.

que en otro momento le era posible haber querido y acabar con sus yerros y torcer su parecer? Así estuvo errando alrededor de setecientos años[220], indecisa y siempre dudando qué forma de gobierno quería, qué autoridad era justa para el reinado[221]. Cuando la ciudad estaba surgiendo la gobernó un sistema monárquico, no sin situar a los ancianos en una parte de la administración del poder. A continuación vemos que nobles de la estirpe de esos ancianos manejaron el timón del consejo; después, que las muchedumbres plebeyas al lado de los senadores en confusa mezcla y con parejas atribuciones han ejercido duradero mando en la administración de la guerra y la paz; en la figura del cónsul radicó el poder de la nobleza, la plebe confió en su tribuno[222]. Enseguida deja de gustar este sistema y se crean cinco pares[223] de dignidades de mandatarios supremos, a los que rodean doce haces a la vez y una segur para cada uno. De nuevo

[220] Es decir, los transcurridos entre la mítica fundación de Roma (753 a. C.) y la instauración del principado por parte de Augusto (28 a. C.). Enumera Prudencio los diferentes sistemas de gobierno habidos en Roma en ese intervalo.

[221] Lat. *regnandi... aequa potestas:* cf. Horacio, *Arte Poética* 10. Para la siguiente referencia a los ancianos, recuérdese que fue un consejo de ancianos el embrión del senado.

[222] La creación de la figura de los «tribunos de la plebe» se sitúa tradicionalmente en el año 494 a. C. y su misión primera era proteger al pueblo de los excesos de los patricios y sus magistrados, los cónsules (cf. Tito Livio, II 33, 1-2).

[223] Lat. *bis quina* («dos veces cinco» o «dos grupos de cinco»), aunque en realidad quiere decir simplemente «diez»: para estas perífrasis, véase la nota a *Cath.* VII 38-39. Para la efímera institución del mandato de los decénviros (451-449 a.C.), cf. Tito Livio, III 32, 6 a 33, 2. Los «haces» (o «fasces») mencionados a continuación son, como vimos en *Symm.* I 555, los símbolos del poder romano. Consistían en un haz de varas con una segur en el centro, representación de su capacidad para azotar o ejecutar a las personas.

regresa todo el estado a las manos de dos mandatarios colegiados y concede a los cónsules el poder de inaugurar los Fastos[224]. Los últimos tiempos estuvieron turbados por los sanguinarios triúnviros[225]. Por estas olas erró tiempo atrás el destino o genio o espíritu de nuestro pueblo; al fin, habiendo aprendido a tomar el camino correcto, ciñó con una diadema la cabeza augusta[226], dándole el apelativo de Padre de la Patria, rector de pueblo y senado, para que sea caudillo en la guerra y al mismo tiempo dictador y buen censor y árbitro de las costumbres, custodio de los recursos, castigador del delito, dispensador de honores. Y si después de tantos estadios del sistema, después de cambiar tantas veces su parecer, a duras penas se ha llegado al fin a algo que el público respeto aprueba y mantiene con sagrado pacto[227] ¿por qué duda en reconocer la ley divina, anteriormente desconocida para sí y al fin descubierta? Felicitémonos, ya no duda; pues Roma se ha sometido a Cristo, sirve a Dios y odia su culto anterior. Con Roma me refiero a los hombres que consideramos la mente de la ciudad, no a ese genio cu-

[224] Véase la nota a *Symm.* I 555. Como recuerda THOMSON *(Prudentius*, II, pág. 39, n. *d)*, el consulado se abrió a los plebeyos en el año 366 a. C., si bien Prudencio parece ignorar estas modificaciones posteriores. Hay, no obstante, quien piensa que este pasaje (vv. 423-427) está interpolado y no es originario de Prudencio: *vid.* CH. GNILKA, «Zwei Textprobleme bei Prudentius», *Philologus* 109 (1965), 246-258 (págs. 247-252), y la réplica de CUNNINGHAM en «The problem of interpolation...», págs. 121-127.

[225] Alusión al primer triunvirato, entre César, Pompeyo y Craso (60 a. C.), y al segundo, entre Octaviano, Marco Antonio y Lépido (43 a. C.). El calificativo «sanguinarios» alude a las continuas luchas y matanzas que enturbiaron estos últimos años de la República.

[226] Alusión a la proclamación de Octaviano con el título de *Augustus* el 27 a. C.

[227] Obsérvese la habilidad de la argumentación, porque, obviamente, nadie se opondría a los emperadores del momento.

ya imagen en vano se finge. Aunque, ¿por qué me inventáis un único genio para Roma, cuando soléis asignar su genio particular a las puertas, las casas, las termas y los establos, e inventar muchos miles de genios a lo largo de todos los ramales de la ciudad y sus lugares, no vaya a quedar rincón alguno sin su propio fantasma?

Sólo queda que locura semejante imponga un destino a todos los edificios, de forma que cada pared, cimentada y alzada bajo su propia estrella, haya recibido en sus primeras horas la suerte con que ha de mantenerse y de otra parte cuándo ha de desplomarse. Atribuyen a las piedras los poco sólidos hilos de Láquesis[228], creen que las vigas de los techos dependen de las vueltas del huso y asignan sus decretos incluso a las pequeñas traviesas, como si tuviera importancia qué estrella nacía cuando fue arrancado el fresno que había de subir a las elevadas alturas del tejado. Y en fin, que no hay ningún asunto humano, ningún acto en el mundo del que no digan que está sometido a la suerte del hado[229]. Y puesto que éstos son sus decretos, digan para qué se estableció una ley en seis pares de tablas[230] o para qué las amenazas de un código que impide delinquir a unos reos a los que es el férreo destino quien obliga al delito y hunde de modo inevitable. Es más, insinuándoselo, los fuerza a querer un deseo malvado, de forma que a los desgraciados no

[228] Las tres Parcas o Moiras (Átropo, Cloto y Láquesis) regían los destinos humanos hilando, haciendo girar y cortando respectivamente el hilo que representaba la vida de cada ser humano.

[229] Esta idea, secundada por el gran predicamento de la astrología desde finales de la República, se oponía al libre albedrío y fue consiguientemente atacada por los apologistas (para más detalles, *vid.* LAVARENNE, *Prudence,* III, pág. 209, n. 1 a la pág. 174).

[230] Lat. *bis sex in tabulis* («en dos veces seis tablas»), alusión perifrástica *(vid.* nota a *Cath.* VII 38-39) a las Doce Tablas, primitivo código legal redactado durante el mandato de los decénviros.

les sea dado no querer cometer el acto prohibido. ¡Alejaos, si tenéis vergüenza, y mellad vuestra espada, duras leyes que azotáis con el castigo a gentes que en absoluto lo merecen, destruid vuestra cavernosa prisión[231], bajo la cual tenéis los cuerpos de una muchedumbre inocente, puesto que es el destino el que peca! Nadie es culpable si los hados gobiernan la vida[232] y los hechos. Pues no, sí que es culpable todo aquel que a sabiendas osa realizar lo que no le está permitido, porque está en su mano querer lo uno o lo otro y los hados no imponen al hombre el pecado, sino que él mismo se hace responsable por su propio carácter y con tormentos paga el delito que fue de su agrado y sus actos impíos y se pierde por sus merecimientos y no por la suerte. Todo aquel que cree que hay un lugar para el destino, sepa que a nadie le está vedado por astros fatales conocer al díos creador de todo y que no se rechazan las intenciones piadosas por prescripción alguna de la astrología. Y es que el espíritu tiene anhelos más altos, se remonta por cima de las estrellas y atraviesa las sendas y nubes del hado y aplasta con sus pies todos aquellos influjos que se cree fijan la suerte prescrita en el momento del nacimiento. ¡Ven aquí, oh todo el género humano, acudid también aquí, las ciudades! ¡Una luz inmensa os llama, conoced a vuestro hacedor! El credo de la libertad os abre sus puertas; la fatalidad no es nada, y si es algo se desvanece sin efecto ante la oposición de Cristo.

SÍMACO: «Está además la utilidad, que es la que mejor revela los dioses al hombre. Pues, dado que su configuración toda es un enigma para nosotros ¿de dónde nos viene un conocimiento más

---

[231] Lat. *antrum carcereum:* cf. *Perist.* VI 72.

[232] Lit. «lo que se vive» (lat. *quod uiuitur* y, para la expresión, véase la nota al v. 122).

directo de la divinidad que del recuerdo y testimonio de sus favores?»[233].

«Pero es que fueron muchos los dioses que llevaron a Roma por sendas de prosperidad y ella les rinde culto por sus buenos servicios, por haberla obsequiado con grandes triunfos»[234]. Venga entonces, guerrera, cuenta qué fuerza sometió para ti Europa y Libia, di los nombres de esos dioses. Júpiter te concedió con auspicios favorables que seas señora de Creta, Palas de Argos, el Cintio[235] de Delfos; Isis te dejó a los nilícolas[236], Citerea a los rodios, la doncella cazadora te entregó Éfeso[237], Marte el Hebro, Bromio te reservó Tebas, hasta la propia Juno te concedió que sus protegidos africanos sirvieran a los nietos de Frigia[238] y aquella

[233] Cf. SÍMACO, *Rel.* III 8. Para el pensamiento, cf. MINUCIO FÉLIX, XXV 1, y TERTULIANO, *Apol.* XXV 2.

[234] Entiendo, con Lavarenne, que estos versos deben ponerse en boca de Símaco, como glosa del pasaje anterior, en consonancia con las restantes apariciones de fragmentos de la *Relatio*. La siguiente referencia a Libia equivale, según la acostumbrada sinécdoque, a África.

[235] Es decir, Apolo, patrón del archiconocido santuario de Delfos, llamado «Cintio» por haber nacido en el Cinto, monte de la isla de Delos. Por otra parte, Júpiter estuvo especialmente vinculado a Creta desde su infancia; Palas aparece aquí como diosa radicalmente griega (por sinécdoque, de Argos).

[236] Para esta designación de los egipcios, véase la nota a *Psych.* 655; para Isis, la nota a *Symm.* I 630; para Venus como Citerea, la nota a *Apoth.* 189.

[237] Se trata de Diana, que tenía en Éfeso un famoso templo (cf. *Hechos* 19.24 ss.); el Hebro designa en general su región de Tracia (véase nota a *Apoth.* 424), muy vinculada al culto de Marte; para Baco («Bromio») y su vinculación a Tebas, véase la nota a *Symm.* I 122.

[238] Es decir, a los romanos, descendientes de los troyanos o frigios. Para la predilección de Juno por Cartago, véase la nota a *Symm.* I 183 (cf. además OVIDIO, *Fastos* VI 45-52). Nuestros versos 498-499 *(dominam dea gentibus esse / si qua fata sinant, iam tum tenditque fouetque),* son

ciudad que la diosa ya por aquel entonces intenta y promueve que sea señora de pueblos sometidos, si es que algún hado lo permite, hizo que viviera sujeta a las riendas de Rómulo. ¿Fue por perfidia de los dioses lugareños por lo que cayeron tantas ciudades?, ¿por su propia traición yacen destruidos sus altares? ¡Vaya piedad! ¡Vaya sagrada lealtad! La divinidad desleal entregó los lugares por ella misma criados, ¡y se cree en esos dioses que merecieron la advocación desertando! ¿O es que quiso salvar a los suyos y luchando mucho intentó ese dios repeler a las tropas enemigas, poniendo dura resistencia a los escuadrones romanos, pero un valor más aguerrido lo derrotó en el luctuoso polvo de los campos? Así es, desde luego, carente de verdad la superstición fue vencida por las armas y la fuerza, y la gloria huyó de su inconsistencia. Mas tampoco fue una victoria difícil o especialmente complicada para un pueblo nacido para la milicia el derrotar a unos cobardes e inclinar los cuellos blandos de dioses de todo tipo[239]. ¿Acaso el rudo samnita y el marso con escaso sudor movían guerra contra los coribantes del Dicte[240]? ¿Acaso el soldado etrusco luchaba con guardias provistos de látigo y con púgiles im-

---

calco de VIRGILIO, *En.* I 17-18 (de ahí esa determinación temporal *tum*, «por aquel entonces», que en nuestro texto resulta un tanto fuera de sitio). Para el fondo, cf. además TERTULIANO, *Apol.* XXV 8.

[239] Lat. *omnigenum... deorum:* cf. VIRGILIO, *En.* VIII 698.

[240] Propiamente sacerdotes del culto a Cibeles, los Coribantes fueron tradicionalmente confundidos con los Curetes, genios que velaron en Creta (de ahí la alusión al monte cretense Dicte) la infancia de Júpiter, evitando que fuera descubierto y consecuentemente devorado por su padre Saturno. Los marsos y samnitas eran pueblos itálicos. Para entender mejor la alusión de Prudencio, recuérdese que los romanos creían que sus victorias sobre los demás pueblos se debían a haber comprendido el papel rector de la divinidad sobre el mundo (cf. CICERÓN, *Arúsp.* IX 19).

pregnados de aceite y del arte de la lucha?[241]. Ni Mercurio, el del famoso pétaso, había podido salvar del desastre sus propias palestras después de la toma de Lacedemonia. El enemigo seguidor de Cibeles, al trabar liza con la infantería apenínícola[242], ¿cómo pudo defender Asia y el Ida siendo un galo el que empujaba las tropas al combate? Salvo si, quizá, eso de someter a servidumbre las rosas del Idalio, el laurel del profético citaredo, las flechas y el arco de la niña moradora de bosques[243], y aplastar y domar sus ritos sagrados fue cosa de difícil factura e inmenso esfuerzo. Fueron acordes musicales los que dieron a Egipto la señal de guerra en las olas de Accio, pero enfrente bramaba la corneta[244].

[241] Prudencio emplea en este pasaje el vocablo *mastigophorus,* helenismo *(mastigophóros*, «portador de látigo») con que se designaba en latín postclásico a los centinelas de los espectáculos públicos. Nótese el zeugma «impregnados de aceite y del arte» (lat. *oleoque et... arte unctis)* —con un claro paralelo, por cierto, en *Perist.* IV 102-103— y, para el rechazo de los gimnasios, véase la nota a *Ham.* 361-362. El pétaso, nombrado a continuación, era un tipo de sombrero de ala ancha utilizado por los viajeros y se convirtió en otro de los atributos de Mercurio por cuanto dios viajero, es decir, mensajero de los dioses; aquí, además, se lo representa como protector de los atletas.

[242] Mantengo este extraño vocablo ideado por VIRGILIO *(En.* XI 700; cf. además SILIO ITÁLICO, V 626 y VI 167), al igual que hice con los nilícolas *(vid.* v. 494) y los cristícolas *(Cath.* III 56). Para la siguiente referencia, recuérdese que el culto a Cibeles tuvo un foco fundamental en Frigia, en Asia (de ahí la alusión al monte Ida, y véase la nota a *Symm.* I 188); sus sacerdotes eran llamados «galos» y se castraban a sí mismos (cf. *Perist.* X 196-200), de ahí que Prudencio ridiculice su figura como comandantes de tropas.

[243] Alusiones respectivas a Venus, simbolizada por las rosas y el monte Idalio, en Creta; Apolo, dios profético y patrón de la música; y Diana, virgen cazadora y selvática.

[244] VIRGILIO *(En.* VIII 696) y PROPERCIO (III 11, 43, verso del que nuestro pasaje recoge ecos) representan a Cleopatra convocando con el sistro, típico instrumento musical egipcio, a sus tropas para la batalla de Accio: para ésta, véase la nota al v. 352; una versión poética de la misma

Fueron ligeros esquifes y frágiles faluchos los que entre torreadas liburnas[245] acosaban los mascarones de Menfis. Nada pudieron el dios Sérapis y el ladrador Anubis. Bajo la guía de un hombre de la estirpe de Julo[246] venció el ejército fogoso enviado por el Álgido desde su región helada. No vino entonces en su ayuda Venus pertrechada de armas, no Minerva provista de escudo, no asistió a las armas romanas la hilera de sus dioses, degenerada y expulsada de su patria. Vencida ella misma antes, tampoco ayudó a las huestes enemigas, si es que de hecho era capaz de conservar su antiguo resentimiento. Pero dices que los dioses eligieron un lugar en que el uso de sus templos perdurara sin fin más venerado por una nutrida concurrencia de fieles, y ello siguiendo de grado y sin presión de nadie las enseñas vencedoras de los varones enéadas por amor al rey Numa[247]. ¿Acaso del mismo modo fue voluntad de Palas elegir las

---

en VIRGILIO, *En.* VIII 675-713; para un contexto análogo, cf. *Psych.* 435; para un análisis de este pasaje y sus fuentes, *vid.* A. CERRI, «Prudenzio e la battaglia d'Azio», *Athenaeum* 46 (1968), 261-272.

[245] Nave originariamente usada por los piratas liburnos y por tanto ligera y rápida. Fue utilizada por Octaviano en esta batalla a decir de Horacio *(Epod.* I 1-2, pasaje en que, por cierto, se inspira el nuestro). Los «mascarones de Menfis» son, obviamente, las naves de Antonio y Cleopatra, por ser Menfis una ciudad emblemática del bajo Egipto. Sérapis fue un dios egipcio asociado al culto de Isis y Osiris (véase la nota a *Symm.* I 630), que tuvo no pocos seguidores entre los propios ciudadanos de la Roma imperial. Por lo que se refiere a la prosodia de este nombre, por cierto, aparece así, con abreviación de la *a*, tanto aquí como en el v. 869; con ello Prudencio no hace sino recoger la acentuación griega: *Sérapis (vid.* nota a *Ham.* 520). Para el «ladrador Anubis», véase la nota a *Apoth.* 196.

[246] Octaviano, por su vinculación con la *gens Iulia,* se sentía descendiente de Julo Ascanio, el hijo de Eneas. El Álgido es uno de los montes Albanos, en el Lacio, al sur de Túsculo, que Horacio *(Od.* I 21, 6) ya calificó de «helado».

[247] Para este personaje, véase la nota a *Symm.* I 103.

tiendas de Diomedes y el campamento del sañudo Ulises cuando fueron asesinados los guardias de su ciudadela, para sudar allí afligida bajo la forma de una estatuilla humedecida?[248]. ¿O es que cada vez que el bravísimo caudillo de los macedonios formó altos montones con las cenizas de los templos en sus victorias sobre Amiclas fue deseo de los dioses capturados incorporarse al botín de su señor y ser conducidos al alcázar de la asiria Babilonia?[249].

No tolero que se denigre el nombre de Roma, sus tan bregadas guerras y los títulos logrados con tan gran caudal de sangre. Sustrayendo está a las invictas legiones y amenguando a Roma los premios que les son propios, aquel que asigna a Venus todo aquello que se ha realizado con bravura. Le roba la palma a los vencedores. Vana sería, entonces, nuestra admiración por esos carros de cuatro tiros que figuran en la parte más elevada del arco triunfal, por los generales alzados en esos altos carros, los Fabricios, los Curios, aquí los Drusos, allí los Camilos[250], por los cautivos con la rodilla doblada al pie de los generales, abatidos bajo el yugo y con las manos atadas a la espalda[251], y por los trozos de

---

[248] Alusión al robo del Paladio (véase la nota a *Symm.* I 196) en Troya por parte de Diomedes y Ulises, narrado por Virgilio en *En.* II 163-175.

[249] Alejandro Magno murió en Babilonia. Sin embargo, no tuvo ninguna relación especial en sus conquistas con la ciudad lacedemonia de Amiclas, cercana a Esparta, que aquí seguramente aparece por sinécdoque referida a toda Grecia, a la vez que brinda a Prudencio una vez más la oportunidad de evocar (lat. *uictis cumulauit Amyclis)* un fin de hexámetro virgiliano (cf. *En.* X 564).

[250] Relación de personajes descollantes de Roma: cf., de modo análogo, Virgilio, *Geórg.* II 169, *En.* VI 824-825, y cf. asimismo Juvenal, VIII 3, del que recoge ecos nuestro v. 557.

[251] Lat. *manibusque in terga retortis:* cf. Ovidio, *Amores* I 2, 31 (Horacio, *Epíst.* II 1, 191; Ovidio, *Met.* III 68). El tronco mencionado a

sus venablos suspendidos de un pesado tronco, si es que a Breno, Antíoco, Perses, Pirro y Mitridates los doblegaron Flora, Matuta, Ceres y Larentina[252].

«Sin embargo, fue bajo el auspicio de estos dioses como los presagios favorables nos dieron éxitos dichosos y estuvo a nuestro lado el ave de la fortuna»[253].

¿Qué es la virtud, qué la gloria, si a Corvino lo ayudó el cuervo de Apolo con su pluma o su graznido?[254]. Y sin em-

---

continuación es análogo al trofeo construido por Eneas con las armas de Mecencio (cf. VIRGILIO, *En.* XI 5-11).

[252] Breno fue el jefe de los galos que saquearon Roma el 390 a. C.; Antíoco III de Siria fue derrotado por Lucio Escipión el 190 a. C.; Perses o Perseo fue el último rey de Macedonia, que fue conquistada en 168 a. C. por Lucio Emilio Paulo; Pirro fue el rey del Epiro que, después de haber invadido el sur de Italia y Sicilia, fue derrotado el año 275 a. C.; Mitridates, rey del Ponto (véase la nota al v. 352), fue finalmente vencido por Gneo Pompeyo el año 63 a. C. (THOMSON, *Prudentius,* II, pág. 51, nota *c*). Los siguientes personajes femeninos son enumerados de modo igualmente caótico: para Flora, véase la nota a *Symm.* I 266; *Mater Matuta* era diosa de la mañana (Aurora) y en su honor se celebraban los *Matralia* el 11 de junio; Ceres, de sobra conocida, era diosa del trigo; Larentina o Aca Larencia fue la mujer que, junto a sus doce hijos, se encargó de criar a Remo y a Rómulo (TITO LIVIO, I 4, 7), si bien otro personaje algo posterior del mismo nombre estuvo también asociado al crecimiento primitivo de Roma. Para los ataques de los apologistas a los personajes de Flora, Matuta y Larentina, véase el aparato de fuentes de LAVARENNE, *Prudence,* III, *ad loe.*

[253] Para esta intervención inavisada del adversario ficticio (aunque en este caso claramente identificable con Símaco), véase la nota a *Apoth.* 284 y cf. *Symm.* II 843-846.

[254] Como cuenta TITO LIVIO (VII 26, 1-5 y 12), en el año 349 a. C. el romano M. Valerio consiguió derrotar a un gigantesco galo con la ayuda de un cuervo que se lanzó al rostro y los ojos de aquél, de donde el vencedor tomó el nombre de *Coruus* («cuervo») que acabó derivando en *Coruinus.* Sin embargo, como bien hace notar LAVARENNE *(Prudence,* III, pág.

bargo, ¿por qué faltó este cuervo en aquel día aciago en que la muerte cubría los suelos de la infausta Cannas y caía el cónsul sobre los montones de cadáveres?[255]. ¿Por qué en las vegas del Crémera nadie entre los dioses advirtió con una corneja o una lechuza de mal agüero que los trescientos Fabios habían de perecer con Marte en contra, de suerte que toda la estirpe se salvara de milagro en un solo individuo?[256]. ¿Es que no hubo ninguna lechuza de Tritonia que en la triste Carras se adelantara volando a anunciar a Craso que la diosa estaba de su parte, o es que blancas palomas transportaron a la de Pafos, ante cuyo dorado cinturón habría de temblar el pueblo de Persia?[257].

Pero veo cuáles son los ejemplos del antiguo valor que te conmueven. Dices que el mundo fue sojuzgado por tierra

209, n. 1 a la pág. 178), no se habla ahí de ningún graznido, elemento que Prudencio a buen seguro ha tomado de la fraseología de VIRGILIO, *Geórg.* I 410 y 423, versos en los que se mencionan cuervos y en los que aparece el ablativo *gutture* en el quinto pie del hexámetro, al igual que en nuestro pasaje.

[255] La famosa batalla de Cannas, como se sabe, tuvo lugar el año 216 a. C. y en ella murió uno de los cónsules, Lucio Emilio Paulo (cf. TITO LIVIO, XXII 49, 1-12). Para el final de nuestro v. 569 *(funera Cannas)*, cf. CLAUDIANO, *Get.* 387.

[256] Según cuenta TITO LIVIO (II 48-50), el año 477 a. C. la familia de los Fabios acometió por sí sola la empresa de promover guerra contra la ciudad etrusca de Veyos; la batalla decisiva se libró en las cercanías del río Crémera y en ella murieron trescientos seis Fabios, salvándose tan sólo uno de corta edad.

[257] Otra de las severas derrotas sufridas por los romanos fue aquélla infligida por los Partos a Marco Licinio Craso y su ejército el 53 a. C. en la ciudad de Carras, en Mesopotamia. Por otra parte, la lechuza era considerada ave de Minerva (Tritonia), como las palomas lo eran de Venus («la de Pafos»: véase nota a *Symm.* I 286). El cinturón de esta diosa, a decir de HOMERO *(Il.* XIV 214-221), tenía poderes extraordinarios, pero más bien en el sentido de seducir e inspirar deseo.

y por mar, repasas los asuntos felices y todos los momentos de prosperidad[258], enumeras por su orden los mil desfiles triunfales y las angarillas de despojos llevadas por medio de Roma. ¿Quieres que te diga cuál fue la causa que elevó a tal altura tus esfuerzos, romano, cuál la protección que ha hecho aumentar tu gloria y le ha dado tal renombre que impone sus riendas al mundo y maneja sus frenos[259]? Dios, queriendo unificar pueblos de lenguas discordantes y reinos de culturas diversas[260], decidió que se sometiera a un solo mando toda tierra de costumbres civilizadas y soportara los suaves lazos de un yugo concorde, para que el amor a la religión mantuviera unidos los corazones de los hombres; pues no hay unión digna de Cristo si un espíritu único no aúna los pueblos involucrados. Sólo la concordia conoce a Dios, sólo ella rinde culto, adecuado y calmo, al Padre benigno. El muy pacífico acuerdo de la alianza humana gana su favor para el mundo, lo ahuyenta con la disidencia, lo irrita con las crueles armas, lo sustenta con el don de la paz, lo retiene con la sosegada piedad. En todas las tierras que envuelve el océano de occidente e ilumina Aurora con su rosado nacimiento, Belona enloquecida embarullaba todo lo mortal y armaba manos fieras para mutuas heridas[261]. Con

[258] Lat. *prospera quaeque retexis:* cf. Horacio, *Sát.* II 3, 2.

[259] La expresión final de este verso *(frenet habenis)* tiene posibles paralelos en Sulpicia, 28, y Draconcio, *Poem. men.* X 157 *(vid.* Verdière, «Notes de lecture», pág. 390).

[260] Cf. Lucano, III 289-290; Claudiano, *Estil.* I 152-153. Para esta visión universalista y providencialista de la Historia, *vid.* P. J. Galán, *El género historiográfico de la «chronica». Las crónicas hispanas de época visigoda,* Cáceres, 1994, esp. págs. 25-40, y, para este pasaje en concreto, Rodríguez, *«Poeta...»,* págs. 140-141.

[261] Para Belona, véase la nota a *Psych.* 236. Para los precedentes literarios de este canto a la paz, véase la nota a *Psych.* 770 y cf. además Claudiano, *Estil.* III 150-173.

el fin de frenar esta furia Dios enseñó a las naciones de todos los confines a inclinar la cabeza bajo unas mismas leyes y a hacerse todos romanos, aquellos que baña el Rin y el Histro[262], el aurífero Tajo y el gran Ebro, aquellos por cuyas tierras discurre el río cornudo de las Hespérides[263], aquellos a los que el Ganges alimenta y a los que bañan las siete bocas del tibio Nilo. Una ley común los hizo iguales, los enlazó en un mismo nombre y una vez sometidos les puso cadenas fraternas. En regiones de toda procedencia se vive no de otra forma que si una ciudad patria encerrase con una única muralla a ciudadanos de un mismo nacimiento y estuviéramos todos unidos en torno al lar de nuestros mayores. Regiones distantes por su emplazamiento y costas separadas por el mar se encuentran, ya por una citación ante un tribunal único y común, ya en concurrida reunión para comerciar con sus productos, ya por casamiento para los trámites legales de una boda extranjera[264]; pues con sangre mezclada se está tejiendo una única estirpe, con la participación alternativa de dos pueblos. Esto es lo que se ha conseguido con tan grandes éxitos y triunfos del poder romano. Créeme, era pa-

[262] Histro era el nombre que recibía antiguamente el curso inferior del Danubio. Eran proverbiales las corrientes auríferas del Tajo. Nótese que, siguiendo un procedimiento literario habitual, las referencias geográficas pretenden abarcar los cuatro puntos cardinales (véase la nota a *Apoth.* 424).

[263] Hesperia es literalmente «la región de poniente»: para los itálicos lo fue Hispania; para los griegos, como aquí, Italia. Por tanto, se alude aquí al Tíber, que es «cornudo» porque en más de una ocasión los romanos compararon los ríos con toros. Para el comienzo de este hexámetro *(corniger Hesperidum),* cf. Virgilio, *En.* VIII 77; para el v. 607, referido al Nilo, cf. Virgilio, *En.* VI 800; Estacio, *Silvas* III 5, 21.

[264] Téngase en cuenta que el matrimonio de romanos con extranjeros siempre estuvo prohibido y sólo aumentó su ámbito geográfico desde que, en el 212 d. C., Caracala decretó la ciudadanía romana para todos los habitantes del imperio (Lavarenne, *Prudence,* III, pág. 179, n. 2; Thomson, *Prudentius,* II, pág. 56, n. *a*).

ra Cristo, que ya por entonces estaba en camino, para quien fue preparada la senda que desde hacía tiempo nuestra generalizada afición por la paz construyó con el gobernalle de Roma. Pues ¿qué lugar para Dios podría haber en un mundo feroz y en los corazones discordantes de unos hombres que defendían cada cual sus derechos de distinta forma, como ocurrió en otro tiempo? Así, cuando los sentidos están desordenados en el corazón de un hombre, cuando hay facciones separadas en su alma y el pacto está roto, ni la diáfana Sabiduría los visita ni Dios penetra en ellos[265]. En cambio, si el cimero del alma logra la capacidad de gobernar, refrena los impulsos del conflictivo encono y la carne rebelde y mantiene todas sus pasiones en el solo ámbito de la razón, nace un ritmo de vida estable, una determinación fija absorbe a Dios en el corazón y se somete a un solo señor.

¡Ea, ven, Todopoderoso, derrámate sobre estas tierras llenas de concordia![266]. Cristo, ya te alberga un mundo que la paz y Roma mantienen en íntimo vínculo. Tu orden es que éstas sean capital y cima del mundo: no apruebas una Roma sin paz y es la superioridad de Roma, que sujeta con su poder y reprime con el terror varios tumultos a un tiempo, la que hace que esa paz sea de tu agrado. Y no es cierto que, al pasar los siglos, haya quedado despojada de la energía de su anterior valor ni que se haya resentido de sus años, ni coge las armas con brazos trémulos cuando la guerra llama ni suplica a los venerables príncipes con boca tan rastrera como pretende aquel ilustre senador[267], poderoso

[265] Cf. *Sabiduría* 1.4.

[266] Para este elogio de la paz y su doble inspiración bíblica y estoica, *vid.* RODRÍGUEZ, *«Poeta...»*, págs. 142-143.

[267] Cf. *Symm.* II 80-90 y SÍMACO, *Rel.* III 9 (capítulo recogido a continuación). En la siguiente comparación alude Prudencio a la máscara que

por su habilidad oratoria y ducho en inventar argucias y en aparentar un falso aplomo de persona grave, al igual que el actor trágico cubre su rostro con una pieza de madera horadada para exhalar por la gran abertura de su boca algún hecho terrible.

SÍMACO: «Pensemos ahora que Roma se halla aquí presente y mantiene con vosotros este diálogo: 'Inmejorables príncipes, padres de la patria, respetad estos mis años, a los que me han traído mis ritos piadosos. Seguiré practicando mis ceremonias ancestrales y es que no me arrepiento de ello. Viviré a mi manera puesto que soy libre. Es este culto el que ha sometido el orbe a mis leyes. Son éstos los sagrados rituales que rechazaron a Aníbal de mis murallas, a los sénones del Capitolio'»[268].

Si nos es dado simular una voz, desde luego es más adecuada a Roma esta voz que ahora en su nombre voy a proferir[269]. Ella, dado que considera vergonzoso llorar el rechazo de los templos, decir que la égida había luchado por ella en momentos de incierto peligro y reconocerse abrumada por el peso de la vejez, abrazada a sus caudillos dice así alegremente[270]: «Salud, ilustres mandatarios, noble descen-

utilizaban los actores, amplia y horadada en el centro por una boca grande de forma que les sirviera de caja de resonancia.

[268] Los sénones eran una tribu celta que en tiempos de César tenía su asentamiento en el valle del Sena (cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 4, 6). Sin embargo, otra rama de la misma se había asentado ya a comienzos del siglo IV a. C. en la región itálica de Umbría y desde allí llegó a hacer una incursión sobre Roma, alcanzando prácticamente el Capitolio, que se salvó porque el cacareo de unos gansos consagrados a Juno (cf. v. 703) que allí se encontraban dio la alarma a los guardianes (cf. además el v. 688 y, para el suceso, TITO LIVIO, V 35, 3 y V 47; AGUSTÍN, *Ciu.* II 22).

[269] Para la tradición literaria de estos discursos puestos en boca de la ciudad de Roma, *vid.* LAVARENNE, *Prudence,* III, aparato de fuentes *ad loc.*

[270] La égida es el escudo de sorprendentes poderes que Júpiter se construyó con la piel de Amaltea, su cabra nodriza, una vez que ésta mu-

dencia de un príncipe invicto bajo cuyo reinado renací y abandoné todo síntoma de decrepitud y vi mis canas dorarse de nuevo; pues, aunque la vejez amengua todas las cosas mortales, a mí mi larga andadura me proporciona una nueva vida, a mí que viviendo prolongadamente aprendí a despreciar el ocaso. Ahora, ahora encuentran mis años el justo respeto, ahora con razón se me llama venerable y cabeza del orbe, ahora que sacudo bajo fronda de olivo mi casco y mi rojo penacho, que cubro mi fiero cincho con verde guirnalda y, aunque armada, adoro a Dios sin crímenes de sangre. Pues a crímenes (¡ay, ahora me pesa!), a crímenes atroces me había incitado Júpiter, a que, manchada de la sangre sagrada de los justos, tiznara con su muerte mi espada avezada a las guerras. A instancias de aquél, Nerón, después de matar a su madre, fue el primero que bebió sangre de los apóstoles[271], me mancilló con el asesinato de los píos y, salvaje, dejó sobre mis carnes la marca de su propio crimen. Tras éste, también Decio alimentó su desquiciada furia en un frenesí de gargantas degolladas; a partir de ahí ardió en muchos[272] una sed semejante, que se abrasaba por arrancar almas nobles a través de horribles heridas, hacer pasatiempo

rió. También fue atributo de Minerva (cf. v. 535). Los «caudillos» a que se alude son Honorio y Arcadio (véase la nota al verso 6).

[271] Pedro y Pablo. Para la muerte de Agripina la Menor, cf. Tácito, *Anales* XIV 1-9. Para la siguiente referencia a Decio, recuérdese que este emperador (249-251 d. C.) llevó a cabo una dura persecución de los cristianos.

[272] Fundamentalmente en Valeriano (y especialmente con los edictos promulgados entre 257 y 259) y posteriormente en Diocleciano y sus colegas, desde el 303 hasta la promulgación del edicto de Milán (Thomson, *Prudentius,* II, pág. 60, n. *b).*

de los castigos[273], derramar sobre mi regazo los borbotones de sus muertes y segar, en nombre de la ley, cuellos inocentes. Tan sólo el tiempo de vuestro mandato me ha limpiado de la culpa de esta masacre. Vivo piadosamente gracias a vosotros y reconozco mi anterior impiedad debida a las mañas de Júpiter; porque ¿qué cosa no cruenta me entregó él o qué cosa calma y plácida me pidió para sí? Barruntando que arraigaba el culto a Cristo, se ensañó y mancilló con sangre su desgraciada era. Y hay quienes incluso no dudan en imputarnos reveses bélicos desde que despreciamos los altares de los templos y llegan a afirmar que el libio[274] Aníbal fue repelido desde los mismos goznes de la Puerta Colina por el poderío de Júpiter y Marte, que los sénones victoriosos fueron ahuyentados de la ciudadela del Capitolio porque desde lo alto de la elevada peña eran los dioses quienes luchaban. Aquellos que una vez más me recuerdan pasados desastres y sufrimientos antiguos, no olviden que ya en vuestra época no sufro nada semejante. Ningún enemigo bárbaro embiste con su lanza mis cerrojos, ningún individuo de armas, vestimenta y cabellos extraños deambula por todos los rincones de esta ciudad haciéndola cautiva y pone a mis jóvenes en cadenas de allende los Alpes.

---

[273] Recuérdense a este respecto las palabras de CLAUDIANO (*Teod.* 224): *qui fruitur poena, ferus est* («el que disfruta con el castigo es un salvaje»).

[274] Por sinécdoque, africano: cf. *Apoth.* 443, *Symm.* II 491 y la nota a *Symm.* I 183. El suceso histórico a que se hace referencia es la marcha y asentamiento de Aníbal, el año 211 a. C., en las inmediaciones de la propia Roma, desde donde se permitió incluso una incursión con la caballería hasta la Puerta Colina (cf. TITO LIVIO, XXVI 10; AMBROSIO, *Epíst.* LXXIII 4-6; JUVENAL, VI 291). Para los sénones, véase la nota a la última alocución de Símaco.

Intentó hace poco un tirano geta[275] destruir Italia y vino desde su Histro patrio después de haber jurado[276] asolar estos alcázares, deshacer con las llamas mis techos dorados, vestir con zamarras a mis próceres togados[277]. Y ya en su carrera había arrasado con sus escuadrones los campos del Véneto, había devastado las riquezas de los ligures y oprimía la fértil campiña del profundo Po y, después de rendido este río, el suelo de Etruria. No fue un ganso en vela, avisando del peligro oculto en las tinieblas de la noche, el que repelió estos nubarrones de jinetes[278], sino la fuerza sangrante de unos hombres, sus pechos rotos en el choque[279] y un ánimo que no teme sucumbir a la muerte por su patria y

[275] El caudillo visigodo Alarico penetró con sus tropas en Italia el 401 d. C., llegando hasta las propias murallas de la capital, Milán; se enfrentó con el regente y suegro de Honorio, Estilicón, el 6 de abril del 402 en Polentia *(vid.* v. 720), y ese mismo verano (o en el 403) en la definitiva batalla de Verona. En ambas resultó vencedor Estilicón, si bien es cierto que Alarico siguió conservando intacto su ejército. El tono de Prudencio —como el de Claudiano en el poema monográfico que dedicó al tema, la *Guerra contra los Getas*— es excesivamente triunfalista, como lo demuestra sin ir más lejos el que Alarico, en el 410, impusiera a Átalo como emperador de la corte ya trasladada a Rávena y saqueara terriblemente durante tres días la misma Roma, llevándose de ella todos los bienes muebles. Para el Histro, véase la nota al v. 604. Para las implicaciones de esta referencia en la datación del poema, vid. *Introducción*, págs. 18-19.

[276] Para el contexto, cf. Claudiano, *Get.* 81.

[277] O lo que es lo mismo, acabar con la civilización romana, cuyo símbolo era la toga: *vid.* nota a *Symm.* I 35 y, para un análisis del pasaje, *vid.* H. A. Gärtner, «Rome et les Barbares dans la poésie latine au temps d'Augustin: Rutilius Namatianus et Prudence», *Ktèma* 9 (1984), 113-121 (págs. 115-118).

[278] Lat. *nimbos equitum:* cf. Claudiano, *Estil.* I 353: *equitum nimbos;* Virgilio, *En.* VII 793: *nimbus peditum,* en la misma posición.

[279] Lat. *perfracta congredientum / pectora:* cf. Virgilio, *En.* XI 614-615.

buscar en las heridas la belleza de la gloria[280]. ¿También bajo los auspicios de Júpiter concedió aquel día tan gran premio al valor? El caudillo de nuestro ejército y nuestro imperio fue un joven poderoso por la ayuda de Cristo y su compañero y padre Estilicón[281]; el único dios de ambos, Cristo. Las trompas no resonaron sino después de que se hubiera rezado en sus altares y hubieran marcado la cruz en sus frentes. Por delante de los dragones de los estandartes avanza la primera línea de lanzas, que en todo lo alto muestra el monograma de Cristo[282]. Aquel día ese pueblo de Panonia que durante tres décadas nos había resultado funesto, aniquilado al fin pagó su castigo[283]. Sus cuerpos otrora enriquecidos por sus ya famosas rapiñas yacen hacinados a montones; posteridad, te sorprenderás en siglos tardíos ante la extensión de cadáveres sin enterrar que con sus huesos cubrieron los campos polentinos. Si después de haber sido arrasada por las manos de los galos pude elevar mi cabeza de la miseria de las cenizas; si al regreso de Camilo acogí sus enseñas aún humeante pero con mi frente ya marcada por una sonrisa[284]; si pude engalanar mis pobres ruinas con

---

[280] Para la fraseología, cf. VIRGILIO, *Geórg.* IV 218; *En.* IX 401, XI 647.

[281] En realidad más éste que aquél (véase la nota al v. 696).

[282] Se trata del lábaro (véase la nota a *Symm.* I 487). Para los dragones, véase la nota a *Cath.* V 56.

[283] Para la sobrevaloración que Prudencio hace del triunfo en Polentia, véase la nota al v. 696. Los visigodos habían dado problemas a Roma desde que, en el 376 d. C. y empujados por los hunos, cruzaron el Danubio y se dedicaron al pillaje en esos territorios. Para el contexto, cf. CLAUDIANO, *Get.* 633-634.

[284] Cuenta TITO LIVIO (V 48-49) que, siendo Roma hostigada por los galos a principios del s. IV a. C. (véase la nota a la última alocución de Símaco) hasta el punto de haber pactado ya una rendición con ellos, fue salvada por el general M. Furio Camilo, que a la sazón había sido nombrado dictador.

guirnaldas y envolver con laurel mis torres peligrosamente inclinadas ¿en qué regazo te acogeré, esforzadísimo príncipe, qué flores esparciré en tu honor, con qué coronas ceñiré mis atrios[285], qué mantones colgaré en mis puertas festivas, yo que he quedado a salvo de tan imponente guerra, que me he sentido libre mientras tú estuviste en armas y que he sabido de las revueltas getas sólo de oídas? ¡Sube al carro triunfal, recoge tu botín y acompañado de Cristo allégate hasta aquí! ¡Dejadme que quite los grilletes a estas muchedumbres cautivas, deshaceos de las esposas desgastadas por larga servidumbre, gentío de madres y mozos![286]. Desaprenda el anciano a servir como esclavo desterrado de su hogar ancestral y aprenda el niño a saberse libre de nacimiento, ahora que su madre ha regresado al umbral paterno. Fuera todo temor[287]: vencimos, estoy deseando saltar de alegría. ¿Sucedió algo comparable cuando en otro tiempo repelieron al general de los púnicos? Aquél, después de golpear y hacer temblar los cerrojos de la puerta que era su objetivo, relajado por las aguas de Bayas disipó en el lujo su fuerza tan recia y rompió el poder de su espada con los placeres[288]. En cambio, nuestro Estilicón, luchando cuerpo a

[285] Lat. *quibus insertabo coronis / atria:* para la construcción y sentido del verbo *inserto* (cf. *serta)* en este pasaje, vid. *Thesaurus linguae Latinae* VII, 1, 1881, págs. 38-41. Para la siguiente expresión, «a salvo de tan imponente guerra» (lat. *inmunis tanti belli),* cf. Virgilio. *En.* XII 559.

[286] Cf. Claudiano, *Get.* 616-622.

[287] Lat. *timor omnis abesto:* cf. Virgilio, *En.* XI 14; Juvenco, III 107 (Estacio, *Teb.* VI 630).

[288] Se trata de una versión poética de los hechos históricos: es cierto que Aníbal, el «general de los púnicos», pasó el invierno que siguió a la batalla de Cannas en la fértil y agradable región de Campania, pero en Capua y no en Bayas, aunque Prudencio traslada aquí la narración por tratarse de un paraje buscado por los romanos pudientes y, más significativo, los disolutos, situado en la bahía de Nápoles y afamado además por sus aguas termales. Por otra parte, la estancia de Aníbal en Campania tuvo lu-

cuerpo, obligó a esos hombres a volver sus espaldas aún recubiertas de férrea armadura desde la línea misma de batalla. Aquí nos asistió Cristo Dios y el desnudo valor[289]; allí, fértil Campania, tus encantos vencieron a un enemigo lascivo. No fue Júpiter quien protegió al valiente Fabio sino que lo ayudó la deliciosa Tarento, que permitió pisotear al tirano y vencerlo con sus atractivos[290].

A cambio de estos favores[291] no tengo adecuado pago que darte. Esculpir tus miembros en estatuas es cosa vil y nada vil cuadra al valor; pues vil es aquello que el tiempo se lleva: cae el bronce o se disipa el rubio oro o se desvanece el brillo de la plata si no se usa, y oscurecido el metal por la herrumbre echa a perder su color. A ti, príncipe, se te debe una gloria viva, el reconocimiento vivo de tu valor, porque has perseguido un honor inmortal. Como rector del mundo

---

gar *antes* de su acercamiento a Roma. Para la relajación de Aníbal y los suyos durante ese invierno, *vid.* Tito Livio, XXIII 18, 9-16. Para la tradición literaria de los elogios de Campania y sus ciudades, *vid.* p. ej. Laguna, *Estacio...*, págs. 339-346 y 379-390.

289 Nótese la debilidad de la argumentación de Prudencio, que refuta el credo pagano en la participación de los dioses en sus triunfos desde una postura racional, esto es, atribuyéndolos al esfuerzo personal, y en cambio sí admite —no podía ser de otra forma: ése es el sentido del poema— la ayuda de Cristo al mérito de los cristianos. Los detalles de esta desmitificación de la creencia pagana han sido analizados por Gärtner («Rome et les Barbares...», págs. 116-118), quien sin embargo pasa por alto el detalle que aquí comentamos. Véase también el artículo, ya citado, de W. Evenepoel («Prudentius: *ratio* and *fides*», esp. págs. 326-327), quien sí encuentra coherencia en los pronunciamientos globales de Prudencio sobre el problema razón-fe.

290 Quinto Fabio Máximo *Cunctator* recuperó para Roma la posesión de Tarento, en manos de los cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica.

291 Lat. *His ego pro meritis:* cf. Claudiano, *Gildón* 52. En estos versos Prudencio (o mejor, Roma) se dirige particularmente al emperador Honorio.

serás asociado a Cristo por siempre, porque bajo su guía conduces mi reino hacia las regiones celestes. Que en nada te mueva, te lo ruego, la voz de este gran rétor que, bajo la apariencia de un delegado y llorando la muerte de sus rituales, con los dardos de su talento y la fuerza de su palabra se atreve, ay, a atacar nuestra fe y no ve que tú y yo, Augusto, somos devotos de un dios en cuyo honor hemos cerrado sus sucios templos y derribado sus altares empapados de sangre añeja. Que solo Cristo dirija y proteja nuestro palacio. Que ningún demonio conozca ya los castillos de Rómulo y que, en cambio, mi corte sirva tan sólo al señor de la paz».

Habiendo así hablado, Roma suplicó a sus piadosos pupilos que despreciaran a ese delegado que pedía lo inadmisible, delegado enviado desde los santuarios de Júpiter por un arúspice, pero no por su patria: que la gloria de su patria es Cristo.

Persiste, con todo, afirmando que la senda de nuestra jornada es ramificada y varia cuando se busca un único dios; que unos apresuran a él su paso desde aquí, otros desde allí, por separado, cada cual por su propia fragura, pero que al final se unen en una misma encrucijada y confluyen en un mismo sitio[292]; más aún, que el cielo y la tierra, los vientos, los mares, las nubes nos son dados a todos en común, tanto a quienes te rendimos culto a ti, Cristo, como a quienes ofrendan tripas podridas a piedras talladas.

Símaco: «Es justo que todo aquello a lo que todos rinden culto sea considerado una única cosa. Contemplamos los mismos astros. Nos es común el cielo. Un mismo firmamento nos envuelve. ¿Qué

---

[292] Lat. *concurrere in unum:* cf. Claudiano, *Rufino* I 295. Para el pensamiento, cf. *Symm.* II 85-90.

importa por medio de qué proceso mental indague cada cual la verdad? Por un único camino no se puede llegar a tan gran secreto»[293].

No niego que para todos los vivientes sea común el disfrute del aire, los astros, el piélago, la tierra y la lluvia[294]. Es más, el injusto y el justo viven juntamente bajo un mismo cielo, una misma brisa respira el impío y el pío, el decente y el indecente, la furcia y la esposa, y el soplo que mantiene la vida con su bocanada de aire alienta por igual en la boca del sacerdote y en la del gladiador. Deja caer lluvia la nube de primavera a impulsos del céfiro[295], mas fecunda igualmente los campos del ladrón y los del honrado campesino. A la corriente pura del torrente en verano acuden igual, cuando están cansados, el viajero y el salteador. El mar sirve igual al pirata y al mercader[296] y no son más remolonas las olas para obedecer al enemigo que cuando portan las bancadas de una nave legítima. Así pues, la naturaleza, capaz de una y otra cosa, se ofrece para la creación de los pueblos y no está en su mano distinguir diferentes méritos entre los vivos, a los que tan sólo se le ha encargado de alimentar. El universo, por tanto, nos sirve, no nos juzga; esto se lo reserva para el momento prefijado el supremo señor de la naturaleza. Los dones que nos fueron dados asisten ahora al hombre con las mismas condiciones con que se nos concedieron de una vez para siempre: la fuente derrama su lí-

---

[293] Cf. SÍMACO, *Rel.* III 10.

[294] Cf. *Mateo* 5.45 (TERTULIANO, *Apol.* XLI 3; AGUSTÍN, *Ciudad de Dios* I 8).

[295] El céfiro o favonio es el viento del Oeste que trae las aguas de la primavera.

[296] Cf. SÉNECA, *Sobre los favores* IV 26, 1.

quido, el río riega los campos, el mar de trasiego velero[297] es hendido por los bajeles, la lluvia se derrama sobre nosotros, vuela el aura fina, el aire en movimiento se aviva y los agentes de la naturaleza se hacen públicos y están al alcance de todos, siempre que esos elementos a nuestro servicio conserven el rumbo que les es propio. Es así como el hombre honrado y el reo de crimen capital disfrutan de los mismos astros y bonanza de la bóveda celeste. La vida es cosa común pero no lo son los méritos. En fin, el romano, el daha, el sármata, el vándalo, el huno, el getulo, el garamante, el alamano, el sajón, el galaula[298], todos andan sobre una misma tierra, el cielo es para todos uno mismo[299] y uno mismo el océano que rodea nuestro mundo. Añado algo más: los animales beben de nuestras fuentes, el mismo rocío cría mis mieses y la grama del burro, la cerda inmunda nada en nuestros ríos, nuestro aire entra hasta en los propios perros y con su soplo ligero anima los cuerpos de las alimañas[300].

---

297 Lat. *ueliuolum... mare:* cf. Virgilio, *En.* I 224; Ovidio, *Ponto* IV 16, 21.

298 Se trata de una enumeración caótica (para este recurso retórico, *vid.* nota a *Perist.* X 326) de pueblos bárbaros que no tiene más objetivo que su oposición a lo romano (cf. v. 816). Los dahas eran una tribu escita que moraba más allá del mar Caspio; los sármatas habitaban al norte del Cáucaso y los hunos a su vez al norte de éstos; los vándalos procedían del norte de Germania y ocupaban territorios de la actual Polonia; los getulos habitaban la *Libya interior,* entre la Sirte pequeña *(vid.* nota a *Cath.* VII 30) y el Atlántico; los garamantes, al este del Sáhara; los alamanos, la cuenca superior del Rin y el Danubio; los sajones extendían sus territorios desde el Mar del Norte al tramo inferior del Rin. Por lo que se refiere a los galaulas, se trata de un nombre desconocido en latín y que no aparece sino hasta este pasaje concreto. Posteriormente, Orosio *(Hist.* I 2) los identificó con los autóloles, pueblo de la Mauritania tingitana.

299 Lat. *caelum omnibus unum est:* cf. Virgilio, *Geórg.* III 244: *amor omnibus idem* («amor para todos el mismo»).

300 Cf. Lactancio, *Ira* XIII 7. Para el siguiente motivo de la oposición entre lo romano y lo bárbaro y su evolución en Prudencio hacia la

Pero tanto distan lo romano y lo bárbaro como separación hay entre un cuadrúpedo y un bípedo o entre lo mudo y un ser dotado de habla; tanto, asimismo, se apartan quienes convenientemente siguen los preceptos de Dios, de los cultos estúpidos y de sus yerros. No nos hace iguales, por tanto, en lo que toca a la preservación de la fe, la comunidad del aire y del cielo; ésta tan sólo produce los cuerpos, los nutre y repara, y conserva sus simientes, que vuelven a nacer. Y no importa de qué linaje o qué belleza o qué mérito, con tal de que sean cuerpos producidos por la tierra cuyo vigor procede de los elementos terrenos, porque la obra del Padre hacedor fluye por un territorio común a todos, sin distingo alguno, y discurre con generosidad no avara, pues nos fue dada antes de que Adán, el primer hombre, se manchara. Y no escasea ni merma por los yerros de quienes la disfrutan o se sustrae a los indignos de ella, ni evita lo feo y vergonzante. No de otra forma el rayo del sol ilumina en conjunto todos los lugares esparciendo sobre ellos su brillo: hiere los techos dorados, pero hiere también las techumbres tiznadas por el negro humo; entra en los mármoles del claro Capitolio, pero entra en las rendijas de la prisión, en los asquerosos huecos del apretado estiércol y en la sucia cámara del oloroso burdel[301]. Mas no serán los oscuros calabozos aquello que son los regios artesonados dorados por el mineral engastado de pedrería[302]. Con más razón, quienes buscan

oposición entre cristianos e infieles, *vid.* F. PASCHOUD, *«Roma aeterna». Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Roma, 1967, págs. 229-231; GÄRTNER, «Rome et les Barbares...», esp. págs. 118-120; KLEIN, «Die Romidee...», pág. 137, n. 41, así como las consideraciones de J.-L. CHARLET, «Aesthetic trends in late Latin poetry», *Philologus* 132 (1988), 74-85 (págs. 79-80) en torno al triunfalismo propio de los poetas de la época.

[301] Cf. TERTULIANO, *Espect.* XX 2.

[302] Lat. *gemmato laquearia fulua metallo:* cf. ESTACIO, *Teb.* I 144.

a la divinidad en urnas y tumbas y aplacan con sangre sus fantasmas no serán aquello que son quienes veneran al supremo señor del cielo, ofrendan su justicia y engalanan el templo de su pecho.

«Pero el gran secreto de esta razón oculta no puede buscarse de otro modo que si el camino se multiplica en trechos diseminados y sus vueltas pisan cien veredas para con distintos métodos rastrear a ese dios escondido»[303].

Muy otra es la verdad; pues muchos recodos en el camino provocan fraguras llenas de dudas y conducen a errores más intrincados. Sólo está libre de error el camino simple que no se aparta a un desvío ni ofrece las dudas de numerosas bifurcaciones.

No niego, con todo, que a nosotros siempre se nos presenta una ruta doble[304], que las cosas mortales caminan por dos partes cuando dudamos de a dónde conduce el paso nuestra ignorancia. Una parte está ramificada, por contra la otra es sencilla y única. La una sigue a Dios, a muchas deidades venera la otra y tantas son sus encrucijadas cuantas estatuas las de sus templos, cuantos fantasmas revolotean como espectros de aire vano. A unos los arrastra a las Dionisíacas de Baco, portador del tirso[305], a otros los atrae a las

---

[303] Se trata de la paráfrasis amplificada de una frase de Símaco (cf. *Rel.* III 10): *uno itinere non potest perueniri ad tam grande secretum* («por un único camino no se puede llegar a tan gran secreto»). Para intervenciones repentinas de este tipo, véase la nota al v. 565.

[304] Para este motivo, véase la nota a *Ham.* 789.

[305] El tirso, un bastón recubierto de hiedra y hojas de parra, era un atributo de Baco y sus seguidores; las Dionisíacas eran los festivales celebrados en honor de este dios (véase la nota a *Symm.* I 122).

fiestas de Saturno[306] o les muestra qué ritos sacros el niño Júpiter, escondido, exige que se le tributen entre broncíneo tintineo[307]. Y ya van buscando las fustas de las fiestas Lupercales y sus desnudas carreras de jóvenes[308]; de otra parte llaman para oscuras respuestas al eunuco megalesio, inflamado de intenso arrebato[309]. Hay quienes, dispuestos a marchar por cruces más cortos, veneran viles verduras en las huertas del Nilo, osando imponer a las nubes cual dioses al puerro y la cebolla y emplazar sobre los astros del cielo los ajos y la orquídea[310]. Pues Isis, Sérapis, la Mona de cola grande y el Cocodrilo son lo mismo que Juno, Laverna,

---

[306] Los *Saturnalia* eran una de las fiestas más populares de Roma. Daban comienzo el 17 de diciembre y duraban varios días. En ellas participaba todo el pueblo e incluso los esclavos.

[307] Los curetes, haciendo entrechocar objetos de bronce, evitaron que los llantos del recién nacido Júpiter, escondido en una cueva, fueran descubiertos por su padre Saturno. Como estos genios se fundieron posteriormente con los sacerdotes de Cibeles, los coribantes, el golpeteo de objetos metálicos pasó asimismo a formar parte de los rituales de éstos: para unos y otros personajes, véase la nota a *Symm.* II 515-516; para el episodio, cf. Lucrecio, II 629-639; Ovidio, *Fastos* IV 199-214.

[308] Los *Lupercalia* eran una fiesta de carácter mágico celebrada el 15 de febrero y dedicada a Fauno. En ella, dos grupos de jóvenes (los *Luperci)* corrían desnudos alrededor del cerro Palatino y golpeaban a la concurrencia —especialmente a la femenina, para propiciar su fecundidad— con tiras del cuero de una cabra previamente sacrificada (cf. Ovidio, *Fastos* II 267-474).

[309] El «eunuco megalesio» es el Galo o sacerdote de Cibeles: para éste y para las fiestas, véanse las notas a *Symm.* I 628 y II 521.

[310] Sigo la conjetura *orchin* de Verdière («Notes de lecture», pág. 392; cf. Plinio, XXVI 95). No parece que haya una base sólida para afirmar tales divinizaciones entre los egipcios, aunque Prudencio se basa para ellas en las burlas de Juvenal (XV 1-11). Cf. además, para estos versos y los siguientes, *Números* 11.5; Tertuliano, *Apol.* XXIV 7; Minucio Félix, XXVIII 8; Agustín, *Ciu.* II 22; Prudencio, *Perist.* X 251-265; la divinidad de los animales era refutada ya por Cicerón, *Nat.* III 12, 29.

Priapo[311]; tú, Nilo, veneras a éstos, a aquéllos tú, Tíber, adoras. Es una misma la superstición[312] aunque el yerro no tenga las mismas tonalidades. De aquí nace una nueva senda recubierta de sombría maleza, aquella que recorren los ganados, las alimañas mudas y aquellas que se esconden en los bosques: en esa hura mora la mente de los hombres y desconoce el cielo, viviendo prisionera de cruel tirano[313]. Ésta piensa que no hay dios alguno, pues todo da vueltas por el azar y los siglos ruedan sin nadie que los gobierne. Esta vía de ninguna manera difiere gran trecho de estos caminos que holláis vosotros, quienes consideráis dios supremo a muchas deidades y variados engendros[314]. Así pues, Dios es guía del camino simple. Él es quien ordena al género mortal marchar por este único camino que él mismo dirige, que se eleva sobre el cerro derecho hacia las altas crestas[315]. El aspecto primero de ese camino es agreste, erizado, amargo, difícil, pero al final es bellísimo, dotado de grandes riquezas y bañado en una luz eterna, tal que llega a compensar por las pasadas fatigas. El guía del camino ramificado es el Demonio, que por la parte izquierda confunde la ruta con cien desvíos. Por un lado trae barbudos[316] so-

[311] Laverna fue una antigua diosa romana vinculada con el mundo subterráneo a quien se atribuyó el patronazgo sobre los ladrones o defraudadores (cf. p. ej. Horacio, *Epíst.* I 16, 60-62). Para Isis, véase la nota a *Symm.* I 630; para Sérapis, a *Symm.* II 531; para Priapo, a *Symm.* I 103.

[312] Lat. *una superstitio est:* cf. Virgilio, *En.* XII 817, y véase la nota a *Symm.* I 198.

[313] El Demonio, naturalmente (cf. v. 889). Para la siguiente idea, cf. Juvenal, XIII 86-87.

[314] Véase la nota a *Apoth.* 189-190.

[315] Para este y los siguientes versos, cf. de nuevo *Ham.* 789-801 y, para su fondo bíblico, *Mateo* 7.13-14.

[316] Era uno de los atributos típicos del filósofo: cf. el «barbudo Platón» en *Apoth.* 201 y véase la nota a *Ham.* 402. Cf. además Juvenal, XIV 12 y Lactancio, *Inst.* III 25, 6.

fistas, por otro, hombres poderosos por riquezas o posición. Los atrae con lenguas de pájaros[317], los engaña por medio de arúspices, los empuja con los circunloquios de una vieja Sibila posesa, los enreda con la astrología, los empuja a las prácticas mágicas, los inquieta con presagios, los embauca por medio de augures, los espanta con tripas. ¿Veis cómo es uno solo el camino, perdido entre muchas fragosidades, que soporta un guía semejante, ese que no permite caminar hasta el señor de la salvación sino que a través de sus extravíos muestra la ruta de la muerte, extravíos tachonados de bienes fugaces pero espantables justo al final y hundidos en los barrancos de una súbita Caribdis?[318].

¡Lejos de aquí, paganos![319]. No compartís camino alguno con el pueblo de Dios. Retiraos buen trecho y meteos en vuestro caos, al que os llama aquél que os antecede hacia la noche infernal a través de perdidas sinuosidades. Para nosotros, en cambio, que buscamos al único señor de la vida, la luz es nuestra ruta y el día claro y la gracia sencilla[320]. Seguimos nuestra esperanza, avanzamos por nuestra fe y disfrutamos de los dones futuros, a los que no llegan los goces de la vida presente: no corren parejos el placer alcanzado y el por alcanzar.

---

[317] Cf. VIRGILIO, *En.* III 361 y X 177. Para la referencia, más abajo, a las «tripas», recuérdese que la observación de las entrañas de las víctimas era uno de los procedimientos más usados para la captación de presagios.

[318] Para Caribdis, aquí equivalente a la ruina, véase la nota a *Cath.* VI 107. Para el fondo bíblico, cf. *Eclesiástico* 21.11.

[319] Para la *prórrēsis* o expulsión de los elementos profanos, aquí utilizada en su sentido más propio (como en *Apoth.* 487), véase la nota a *Cath.* II 4.

[320] Cf. *Juan* 14.6 y, para el siguiente pensamiento, *Romanos* 5.2.

SÍMACO: «¿Con qué beneficio para vuestro erario se ha suprimido la prerrogativa de las vírgenes vestales? Se deniega en tiempos de los más generosos emperadores lo que los más parcos concedieron. Éste es el único honor que hay en esa especie de sueldo por su castidad. Al igual que las ínfulas[321] dan realce a su cabeza, así se tiene por distintivo de su sacerdocio la exención de tributos. Nadie piense que sólo atiendo a la causa de las religiones. De acciones inadecuadas de este tipo han surgido todos los perjuicios para el género humano. Había honrado la ley de nuestros padres a las vírgenes vestales y a los servidores de los dioses con una módica pensión y justos privilegios. Se mantuvo esta prebenda en su integridad hasta que los banqueros, que carecen de escrúpulos, convirtieron el incentivo de la sagrada castidad en paga de viles mozos de cuerda[322]. A esta medida siguió una pública hambruna y una flaca cosecha defraudó la esperanza de todas las provincias. Esto no es fallo de las tierras. No atribuyamos responsabilidad alguna a los austros[323]. No ha sido el añublo el que ha perjudicado las espigas ni la cizaña la que ha matado las mieses: la añada se nos secó por un sacrilegio. Pues fue forzoso que se echara a perder para todos aquello que se negaba a los cultos religiosos. ¿Sufrieron algo semejante nuestros ancestros cuando el honor público alimentaba a los servidores de los cultos religiosos?»[324].

La última queja que el delegado expone con hondo dolor es que, dice, se le niega el trigo a los fuegos de Palas, el óbolo a las mismísimas vírgenes y el sustento a su casto colectivo, y que se hurta a las llamas de Vesta su habitual

[321] Véase la nota a *Cath.* IX 5.

[322] Recuérdese que, al suprimir Graciano estos privilegios en el 382 d. C., el capital destinado a ellos fue traspasado a la financiación del correo.

[323] A los vientos *(vid.* nota a *Apoth.* 612).

[324] Estas líneas pertenecen a varios pasajes de Símaco *(Rel.* III 11 y 15-17). Se trata del último argumento refutado por Prudencio.

presupuesto[325]. Afirma que por ello los campos se secan y su fruto es más escaso[326], que una triste hambruna nos azota y por todo el mundo palidecen los mortales, sin recursos y faltos de pan. Qué hambruna tan grande y tan odiosa ha surgido en el momento presente, movida por la ira de Triptólemo y Ceres para castigar la afrenta al aprovisionamiento de las vestales, no lo recuerdo y ni siquiera las públicas voces comentan nada semejante[327]. Escucho que por los campos de Faros discurre el Nilo a su modo habitual y empantana los sembrados de la verde Canopo. O si no, que venga y traiga ese río seco el heraldo que anuncia que Menfis se agosta de sed y de ayuno bajo el polvo y que ya no rezuma agua el barro de la laguna de Pelusio[328]. ¿Es que acaso se secó su fuente, oculta por cerrado misterio de la naturaleza,

---

[325] Recuérdese que, en el templo circular de Vesta, sito en el Foro, se custodiaba el fuego sagrado del Estado.

[326] Lat. *steriles frugescere rarius agros:* cf. VIRGILIO, *En.* III 141: *sterilis exurere Sirius agros.* Este modelo formal, por cierto, ha de ser añadido a los argumentos en apoyo de la lectura *rarius* frente a *parcius,* pues resulta clara la evocación fónica *Sirius-rarius (vid.* CUNNINGHAM, «Notes on the text of Prudentius», pág. 67).

[327] Triptólemo recibió de Ceres, diosa de las tierras cultivadas y especialmente del trigo, el obsequio de un carro tirado por dragones alados desde el que éste iba sembrando trigo por cuantas regiones recorría. Para la siguiente referencia a Faros, véase la nota a *Cath.* V 82; Canopo, por su parte, era el nombre de una ciudad e isla situadas en la boca occidental del Nilo (para la fraseología del pasaje, cf. VIRGILIO, *Geórg.* IV 287-288). Nótese, por último, que la anterior argumentación de Prudencio no deja de ser capciosa, puesto que niega la existencia de esa hambruna «en el momento presente», esto es, bastantes años después de que fuera denunciada por Símaco (tuvo lugar en el 383).

[328] Pelusio era una ciudad egipcia situada en la boca más oriental del Nilo (cf. *Cath.* V 58); para la expresión de Prudencio *(nec Pelusiacae,* a comienzo de hexámetro), cf. VIRGILIO, *Geórg.* I 228. Para la ciudad de Menfis, véase la nota al v. 531. Para la siguiente alusión a las fuentes del Nilo, recuérdese que éstas eran un enigma en la Antigüedad.

y el venero apenas deja salir un hilillo de agua? ¿Es que acaso el río huye evitando tocar nuestras orillas y tuerce su curso hacia los abrasados indios[329]? ¿Es que acaso, en medio de su trazado, su lecho absorbe y devora la corriente del río y son tragadas las aguas por repentina abertura, de forma que no puedan cubrir los surcos con sus olas, ni fluir por las secas llanuras de Egipto, ni mullir, derramando su caudal, los endurecidos terrones hasta formar rico lodo con el que puedan las mieses ondear como extensas melenas de los campos y vestirse más prieto el llano de cargadas espigas? Mira a ver si acaso el labriego del campo de Libia deja de cargar de grano sus barcas y de enviar montones de trigo a las bocas del Tíber para alimento del pueblo, y si el que llena de surcos la campiña leontina cesa de echar a la mar desde las costas de Lilibeo barcazas repletas de grano y no confía sus velas al piélago, y si la flota que transporta los atiborrados graneros de los sardos no hace reventar los silos de Roma[330]. ¿Así que, entonces, el labriego púnico llena su mesa de peras silvestres, el sículo se alimenta de las hierbas que arranca y ya Cerdeña suministra al pueblo de Remo bellotas de encina, ya son las bayas del cornejo, duras como la pie-

[329] Lat. *exustos... ad Indos:* seguramente Prudencio está empleando aquí este gentilicio como equivalente de «etíopes», por una confusión ya presente en VIRGILIO, *Geórg.* IV 293. Véase además *Ham.* 497, donde otros traductores también interpretan esta misma traslación, si bien, como expongo en la nota a aquel pasaje, creo que allí es otra la inspiración de Prudencio. Por otra parte, la expresión «nuestras orillas» debe entenderse referida a las del Mediterráneo.

[330] Enumera así Prudencio los principales proveedores de grano de Roma: Egipto; África, designada aquí como Libia; Sicilia, representada por las ciudades de Leontini (actual Lentini, al este) y Lilibeo (hoy Marsala, en la punta occidental); y, por último, Cerdeña.

dra, el sustento de los Quirites?[331]. ¿Quién viene con hambre a los espectáculos del gran circo? ¿Qué barrio soporta los rigores del ayuno por estar vacías las gradas o qué muela del Janículo descansa en silencio?[332]. Cuán grande es el volumen de frutos que aporta cada provincia y de qué fecunda abundancia rebosa el fértil mundo, lo indica el suministro que en nombre del estado se da, Roma, a tu plebe y alimenta la prolongada inactividad de tanta gente.

Tal vez haya un año un poco menos fecundo; eso no es sorprendente ni nuevo en el mundo. Lo aprendieron los antiguos sufriendo frecuentes hambrunas, si alguna vez un aire infecto secó las delgadas nubes bajo el ardor del sol y apretadísima lluvia no derramó sus aguas de primavera cuando la cosecha está nueva y verde, o si la mies, crecida antes de dar cuerpo con tierna savia a sus tuétanos en formación, coaguló su jugo ante el soplo de un euro caliente[333], produjo famélicos tallos y un bosque estéril de pajas defraudó los inútiles votos del campesino. A tales infecciones y azotes, si no estoy equivocado, estuvo también expuesto el campo antes de que el Paladio y antes de que Vesta guardasen los penates bajo el lar de Pérgamo con el fuego fuera del alcance de la vista[334], antes de que el padre de Príamo alzara las

---

[331] Para los Quirites o romanos, véase la nota a *Symm.* I 356. Para la inspiración fraseológica de estos versos, cf. Virgilio, *En.* III 649-650; *Geórg.* II 34, I 305; Tibulo, II 1, 38; Ovidio, *Fastos* I 676.

[332] Para las gradas del reparto de pan, véase la nota a *Symm.* I 582. En el Janículo había molinos públicos de grano, cuya existencia vemos confirmada por textos epigráficos, aunque no se les mencione en los textos clásicos, lo que apunta a un conocimiento directo por parte de Prudencio (*vid.* Charlet, *«Sit deuota...»*, pág. 34).

[333] El euro es un viento del Este (*vid.* nota a *Apoth.* 656).

[334] Para Pérgamo, véase la nota a *Symm.* I 193; para el Paladio, Vesta y los penates, a *Symm.* I 196. Cf. Virgilio, *En.* II 293-297, V 743-744.

murallas contratando albañiles[335], antes de que la doncella Palas fundase su querida Atenas, pues fue en estas ciudades, según cuentan, donde las brasas de Vesta tomaron su origen a partir de un primer rescoldo, y fueron el frigio o el griego quienes sacralizaron esos fuegos y los alimentaron.

Es por antiguos errores por lo que los elementos se muestran inestables y, sacados de sus límites propios, por lo general dan resultados distintos de los que marca su ley o el curso del año. A veces el añublo voraz, originado en la ponzoña de un aire maligno, consume las mieses; a veces, en una primavera tibia, después de haber soplado los céfiros[336], el frío del helado aquilón deja su marca abrasada en la cosecha y tiñe de tizón la cabeza quemada del tallo. O también, mientras germina y se hincha el brote de la tierna semilla, se echa a perder, encogido por continuas y excesivas escarchas, y no es capaz de sujetar a la tierra su delgada fibra. Después, expulsada la raíz del suelo a medida que la helada va calando, queda allí encima, al desnudo, arrancada y privada de tierra. Nacen los abrojos de doble punta y el crespo cardo; a los primeros los hace crecer la sequedad de la sed, al segundo lo saca adelante la abundancia de humedad. Es la temperatura, por defecto o exceso, la que provoca esas plagas en las tierras y hiere y hace enfermar al mundo.

No de otro modo un funcionamiento incorrecto de nuestro cuerpo deriva por lo general en algún fallo, no mantiene

[335] El padre de Príamo fue Laomedonte, quien se sirvió de la ayuda de Apolo y Neptuno como «albañiles» para construir las murallas de Troya; a éstos, por cierto, les negó después el pago y ello trajo enormes desgracias a su ciudad.

[336] Para el céfiro, véase la nota al v. 788; para el helado aquilón, la nota a *Apoth.* 656.

el orden adecuado y, por anomalía en su dirección, daña los miembros. Pues es una misma la condición del mundo y la de este cuerpo que llevamos: una misma naturaleza sustenta uno y otro. Ambos crecen salidos de la nada y, a la nada abocados, o bien se tambalean con enfermedades o, vencidos por el tiempo, envejecen, y no está libre de faltas la naturaleza a la que un fin apremia. Siempre, créelo, el cielo urdió sus años con diferentes resultados; a unos los enriqueció con abundantes cosechas, a otros los condenó a la desdicha con astros hostiles, frustrando el cuidado de los campesinos con una esperanza vana y estéril.

Pero, si es a las niñas vestales a quien está vengando esta plaga que perversamente nace de un mundo desleal, ¿por qué no arrasa únicamente los campos de los cristícolas[337], los promotores de que se hayan negado a vuestras vírgenes las prebendas establecidas? Disponemos de las rentas del campo así como de nuestro método de cultivo (y no nos avergüenza trabajar con las manos), y si en tiempos se alzó allí una piedra que el antiguo yerro acostumbraba a ceñir con bandas o a suplicar con un pulmón de gallina, se la rompe y se ofende a Término no ofreciéndole sacrificio alguno de tripas, y el árbol adornado de cintas que albergaba los humeantes candiles cae cortado por hacha justiciera[338]. Y, sin embargo, no es por ello menor el fruto de nuestro huerto o la alegre calma del tiempo sereno o el viento

[337] Para este vocablo, véase la nota a *Cath.* III 56.

[338] Las piedras o árboles de las lindes también fueron objeto de adoración en la religión romana: en ellos se hallaba el espíritu del dios Término, en cuyo honor se celebraba, cada 23 de febrero, la fiesta de los *Terminalia,* durante la cual se engalanaban estos hitos y se realizaban sacrificios rituales, si bien no tenemos noticia de la ofrenda mencionada por Prudencio (para esta fiesta, cf. Ovidio, *Fastos* II 639-684).

lluvioso que templa nuestros barbechos ya en cultivo. Mas tampoco necesitamos mucho los que vivimos parcamente y, cuando llegan cosechas muy buenas, no nos disipamos en goces por nuestras amplias ganancias ni nos dejamos llevar por el avaro empeño del lucro. Pues para aquellos cuya esperanza se orienta hacia una vida eterna, es insignificante todo bien aportado por la edad presente.

Oh, harto feliz[339] el que al mismo tiempo es sabio y hombre de campo, quien cultivando las tierras y el espíritu dedica a ambos una atención constante, como aquéllos a los que enseñó Cristo, nuestro fundador, y a quienes, una vez elegidos como sus braceros, hizo los siguientes encargos: «Cuando confiéis a los surcos las semillas[340], tened cuidado con la tierra dura y árida por los guijarros, no vaya a ser que caiga allí lo sembrado, porque al principio la simiente feraz se llena de brotes, pero luego, al faltarle la savia, sediento bajo el fuego del astro abrasador se agosta y se quema; tampoco caigan las semillas en espinosos zarzales, pues sus recios ganchos enredan la espiga al crecer y el cardo oprime sus frágiles cañas con sus nudos punzantes; y que tampoco se lancen los granos y queden esparcidos en la tierra del camino, porque éstos están desprotegidos y expuestos a las

---

[339] Lat. *O felix nimium:* introduce así Prudencio el motivo retórico del *makarismós (vid.* nota a *Cath.* IX 19). Otros contextos fraseológica o temáticamente análogos, por ejemplo, en Virgilio, *Geórg.* II 490, *En.* IV 657; Estacio, *Sil.* III 3, 25; Virgilio, *Geórg.* II 458-474; Horacio, *Sát.* II 2, 3; Cicerón, *Tusc.* III 8, 18; Prudencio, *Ham.* 330-336. Véanse además los comentarios de J. Fontaine, «Valeurs antiques et valeurs chrétiennes dans la spiritualité des grands propriétaires terriens à la fin du IVe siècle occidental», en *Études sur la poésie latine tardive. D'Ausone à Prudence,* París, 1980, págs. 241-265 (esp. págs. 261-262).

[340] Cf. Virgilio, *Geórg.* I 223. Para el trasfondo, cf. *Mateo* 13.3-8 y, para su interpretación (vv. 1035-1063), *Mateo* 13.18-23.

aves y por doquier los devoran y están, allí en el suelo, a merced de la burla indigna de los sucios cuervos».

Con estos preceptos confirma Dios al campesino. Aquél no recibe la ley celestial del Padre con oído superficial sino que prepara al mismo tiempo el sembrado de su corazón y el del campo, para que con el cuidado interno no brillen menos sus entretelas que cuando sus alegres huebras exhiben sus propias mieses. Porque extirpamos de nuestro pecho las espinosas zarzas para que sus renuevos nocivos no maten el germen de la vida; para que el punzante escaramujo de los males, con sus abundantes pecados y faltas, no obstaculice el fruto y cosecha del alma; para que la fina gravilla con sus arenas carentes de alimento no seque la fe, agostándola en el corazón; para que el ardor del pecho no prenda en llamas y abrase los dones divinos en sus venas agotadas; en fin, para que una atención indigna no deje a Dios en una parte gastada de nuestro interior, para que no abandone la esperanza de la que nos nutrimos por dentro y la entregue al festín de aves siniestras y, lanzada al exterior, la fe no sea presa del alado enemigo. Industria semejante producirá en nuestros campos frutos centuplicados[341], por los que con gran empeño se afana; y no teme que el gorgojo arrase los colmados montones o la negra hormiga los esconda en sus cuevas[342]. También nuestras doncellas tienen espléndidas prerrogativas: el pudor, el rostro cubierto por sagrado velo, el honor de su vida privada, una belleza no conocida ni pública, escasos y ligeros convites, una mente siempre sobria y su ley de castidad, culminada con el fin de la vida. Por eso es por

---

[341] Cf. *Cath.* VII 220.

[342] Cf. *Mateo* 6.19-20, si bien la fraseología recuerda a VIRGILIO, *Geórg.* I 185-186.

lo que llegan multiplicados por sesenta[343] los frutos a sus graneros, graneros jamás expuestos al ladrón nocturno porque al cielo no llega ningún ladrón y las puertas celestes nunca son abiertas por el engaño: el engaño bulle abajo, en las tierras[344].

Ahora analizaré cuál es el prestigio de la virginidad de las vestales, con qué baremo controla toda la gloria otorgada al pudor. Para empezar, se las coge de pequeñas[345], en sus tiernos años, antes de que sea la libre tendencia de su propia voluntad, espoleada por el lustre del recato y el amor a los dioses, la que pueda condenar el vínculo legítimo del

---

[343] Lat. *decies seni* («diez veces sextuplicado»), según la acostumbrada perífrasis (véase la nota a *Cath.* VII 38-39). Frente a esta lectura, defendida por Cunningham, el común de los editores mantiene *decies deni* («diez veces diez», e. e. «centuplicados»: cf. v. 1051). Aunque con dudas, he optado por seguir la primera lectura porque, si bien una y otra están igualmente respaldadas por la *Biblia (Mateo* 13.8 y 13.23), el peso manuscrito de aquélla es mayor y además está avalada por *Perist.* XIV 121. Para los versos siguientes, cf. LACTANCIO, *Inst.* VI 12, 35.

[344] Nótese la artificiosidad estilística de estos últimos versos: tras la *gradatio* o anadiplosis progresiva de los vocablos «graneros» y «ladrón» (lat. *horrea... / horrea... furi/... fur)* Prudencio remata con una anáfora en el seno del v. 1063, al comienzo y tras la cesura *(fraude... fraus).*

[345] Concretamente entre los seis y diez años (una detallada descripción de la ceremonia, en AULO GELIO, I 12). Permanecían en el sacerdocio al menos treinta años (diez dedicados al aprendizaje, diez al ejercicio y diez al magisterio), después de los cuales podían optar por continuar —lo que ocurría casi siempre— o retirarse a la vida civil. Las pocas que seguían esta última opción se arrepentían el resto de sus vidas, a decir de PLUTARCO *(Numa* X 1-2), lo cual suponía de hecho un revulsivo para las demás. En los siguientes versos puede observarse el claro sesgo en la interpretación prudenciana de cualquier aspecto relativo a la religión pagana (a este respecto, véase la nota a *Apoth.* 190). De hecho, la corporación de las vestales fue tal vez una de las instituciones más serias y veneradas de aquel credo (cf. p. ej. PLUTARCO, *Numa* X 3).

sexo matrimonial. Su pudor, prisionero, es consagrado a altares que les son ingratos y el deseo de su cuerpo intacto no desaparece en esas desdichadas por desprecio sino porque se lo quitan. Su mente no se mantiene intacta y no se da reposo alguno[346] a esos lechos en los que una mujer soltera suspira por esa herida secreta y las teas nupciales perdidas. Además, su esperanza queda a salvo y no mata por completo ese fuego, pues algún día les será permitido prender fuego a las ociosas antorchas y cubrir de festivos velos nupciales sus canas decrépitas. Vesta exige durante un tiempo prescrito la inviolabilidad de sus cuerpos, pero al fin se harta de una vejez virginal[347]. Mientras la energía necesaria para el tálamo estuvo en su plenitud, ningún amor fecundó aquellas entrañas inútiles con parto materno. Se desposa una vieja veterana después de haber cumplido su servicio sagrado[348] y, habiendo abandonado los fuegos a los que esclavizó su juventud, traspasa sus arrugas jubiladas al lecho conyugal y aprende como recién casada a calentarse en una cama helada. Entretanto, mientras una cinta[349] trenzada sujeta sus cabellos sueltos y como sacerdotisa soltera mantiene encendidas las brasas fatales, es llevada por medio de las plazas como si de un desfile público se tratara, sentada en mullida carroza[350], y esta doncella se ofrece, con el rostro descubierto, a la vista de una ciudad atónita. Acto seguido, su pudor modélico y su piedad libre de sangre van a sentar-

---

[346] Lat. *nec requies datur ulla:* cf. VIRGILIO, *En.* VI 600.

[347] Lat. *uirgineam... senectam:* para el posible paralelo en EURÍPIDES, *Hel.* 283, *vid.* VERDIÈRE, «Notes de lecture», pág. 391.

[348] Nótese el efecto sarcástico de la terminología militar.

[349] Se trata de una ínfula *(vid.* nota a *Cath.* IX 5) blanca y roja colocada a modo de diadema. Era símbolo de su castidad (cf. OVIDIO, *Fastos* III 30; JUVENAL, IV 9; cf. además AMBROSIO, *Epíst.* LXXIII 11).

[350] Cf. VIRGILIO, *En.* VIII 665-666.

se en el anfiteatro para ver cruentos choques y muertes de hombres y contemplar con sus ojos sagrados heridas vendidas a cambio de alimento[351]. Está ella sentada, bien visible por las venerables galas de sus ínfulas y disfruta con los que azuzan a los gladiadores. ¡Vaya un espíritu delicado y suave! Se pone en pie ante los golpes, cada vez que el vencedor clava su espada en el cuello del otro ella dice que ése es su preferido, y esta doncella recatada ordena, volviendo su pulgar[352], que revienten el pecho del hombre caído, para que no quede pizca alguna de aliento oculta en lo hondo de aquellos órganos vitales, mientras el gladiador se retuerce en estertores con la espada clavada bien hondo. ¿Es éste su famoso mérito, que, como se dice, mantienen constante desvelo en favor de la grandeza del Palatino del Lacio[353], que rediman la vida del pueblo y el bienestar de los nobles, que con gracia derraman sus cabellos por el cuello o con gracia ciñen sus sienes con cintas y añaden hilos a su pelo[354], que bajo tierra y con las sombras por testigos degüellan reses expiatorias sobre las llamas mientras pronuncian extraños bisbiseos?[355]. ¿O que, sentadas en una parte mejor del pal-

---

[351] Véase la nota a *Ham.* 374.

[352] Lat. *conuerso pollice:* para la deuda de este pasaje con Ovidio, *Am.* III 6, 71, y su presencia en el poeta carolingio Angilberto *(Ad Carolum Regem* 97), *vid.* J. Pucci, «The *pollex* of Ovid in Prudentius and Angilbert», *The Classical World* 81 (1988), 153-164, aunque creo que este autor sobrevalora el alcance de la imitación de Ovidio tal como la debió de concebir Prudencio *(vid.* esp. pág. 159).

[353] Es decir, de Roma.

[354] Lat. *et licia crinibus addunt:* cf. Virgilio, *Geórg.* I 285-286.

[355] Hay discrepancia en torno a la interpretación de estos hechos. Según Thomson *(Prudentius,* II, pág. 94, n. *b)* se alude a los *Consualia,* fiestas celebradas en honor del dios Consus, que tenía un altar subterráneo en el Circo Máximo y en cuyo sacrificio (al menos en el del 21 de agosto) se hallaban presentes las Vestales, aunque el oficiante era el *Flamen Quirinalis* (cf. Tertuliano, *Espect.* V 7, y, para más detalles sobre esta fies-

co, contemplan cuán frecuentes golpes de jabalina y de tridente sacuden un rostro cubierto de bronce y por qué anchas llagas riega su parte de arena el herido al huir y con cuánta sangre marca sus pasos[356]?

Que la dorada Roma no conozca ni un día más este tipo de crimen, te lo ruego a ti, el más augusto caudillo del reino de Ausonia[357], y que ordenes que rito tan repugnante, al igual que los demás, sea suprimido. Mira ¿no está libre ese espacio entre los méritos de tu padre, espacio que Dios y el amigable cariño de tu progenitor dejaron para que tú lo rellenaras? Para no hacerse él solo con los premios de tan gran virtud, dijo: «Hijo, reservo una parte para ti» y te dejó entero e intacto este honor. Caudillo, no dejes escapar esta

---

ta, *vid.* Daremberg, Saglio, *Dictionnaire...*, I/2, s. v. *Consus, Consualia,* 1484b). Frente a esta teoría y con el fin de despejar la expresión «con las sombras por testigos» (lat. *testibus umbris),* que él no ve clara en su aplicación a los *Consualia* (a mi modo de ver, justificada por el carácter ctónico de Consus), H. le Bonniec («Sur deux vers énigmatiques de Prudence *(Contre Symmaque*, II, 1107-1108)», *Rev. Ét. Lat.* 47 bis, *Mélanges M. Durry,* 1969, págs. 115-122), sostiene que se trata de los *Parentalia,* festivales de difuntos que se celebraban entre el 13 y el 21 de febrero. Concretamente, cree que Prudencio alude a la *parentatio* del 13 de febrero, que tenía lugar en la cámara subterránea del *Campus Sceleratus,* y las «sombras» serían las ánimas de aquellas vestales que habían violado su voto de castidad y consiguientemente habían sido enterradas vivas (para este castigo, cf. Plutarco, *Numa* X 4-7). Para la fraseología de este último verso (lat. *in flammam iugulant pecudes et murmura miscent),* cf. Virgilio, *En.* XI 199, XII 214, IV 210.

[356] Lat. *et quanto uestigia sanguine signet:* cf. Virgilio, *Geórg.* III 171.

[357] De Italia (cf. *Apoth.* 380; *Symm.* I 557; II 19). Cierra el poema, como broche de las críticas precedentes, una exhortación a Honorio para que queden abolidos los espectáculos sangrientos *(vid.* nota a *Ham.* 361-362 y cf. además *Perist.* VI 61-66). Para la idea siguiente, véase la nota a *Symm.* I 382.

gloria extendida hasta tus días y ten tú como sucesor suyo el mérito que tu padre te ha cedido. Él prohibió que la ciudad se tiznara con sangre de toros[358], impide tú que se ofrenden las muertes de unos pobres hombres. Que no caiga en la ciudad nadie cuyo castigo sea deleite de otros ni las vírgenes entretengan sus ojos con matanzas. Que en adelante la infame arena se contente sólo con las fieras y no ofrezca ningún espectáculo homicida de ensangrentadas armas[359]. Que Roma sea devota a Dios, que sea digna de tan alto príncipe, a un tiempo poderosa por su valor y ajena a los pecados, y que siga en la piedad a aquel a quien sigue como adalid en sus guerras.

---

[358] Es decir, con sacrificios de animales, prohibición de Teodosio efectiva a partir del 24 de febrero del año 391: para la postura de Teodosio en estas materias, *vid.* J. Matthews, *Western Aristocracies and Imperial Court A. D. 364-425,* Oxford, 1975, págs. 98-100; véase además Baldini, «Il *Contra Symmachum...*», págs. 123-124.

[359] La abolición definitiva de los combates de gladiadores tendría lugar en el año 404, lo cual nos permite además fechar este poema en los años previos. Para la falta de verdad histórica que, pese a Prudencio, afecta a los versos siguientes, *vid.* J. Fontaine, «La dernière épopée de la Rome chrétienne: le *Contre Symmaque* de Prudence», *Vita Latina* 81 (1981), 3-14 (pág. 14, n. 31).

LIBRO DE LAS CORONAS
(LIBER PERISTEPHANON)

I

Himno en honor de los santos mártires Emeterio y Celedonio de Calahorra

Escritos están en el cielo los nombres de dos mártires, que Cristo allí anotó con letras de oro[1], los mismos que entregó a la tierra con marcas de sangre.

Poderosa y feliz en el mundo la tierra de Iberia por esta corona[2]; a Dios pareció este lugar digno de albergar sus huesos, haciendo que fuera modesto anfitrión de sus cuerpos bienaventurados.

Esta tierra, empapada de doble asesinato, absorbió aquellas olas calientes y ahora sus lugareños visitan las arenas impregnadas de su sangre santa, implorando con rezos, con votos y ofrendas.

También llega aquí el colono del mundo exterior, pues por todas las tierras ha ido corriendo un rumor, publicando

---

[1] Cf. *Lucas* 10.20; *Apoc.* 3.5, 13.8, 20.12, 21.27.

[2] Referencia a la corona del martirio (véase la nota a *Cath.* IX 87), si bien en este caso Prudencio no utiliza el vocablo habitual, e. e. lat. *corona,* y en su lugar emplea el helenismo *stemma* («corona», «diadema»), introducido en latín en época imperial. Para el elogio de la sede de los mártires, *vid.* nota a *Perist.* II 530.

que aquí se hallan patronos del orbe a los que pueden acudir suplicantes.

Nadie que aquí haya rogado ha acumulado en vano sus preces sinceras, contento se vuelve de aquí el suplicante, enjugadas sus lágrimas, al sentir que ha conseguido todo aquello que con justicia ha solicitado[3].

Tan grande es el desvelo con que nos apoyan en nuestros peligros: no permite que nadie exhale sin efecto un soplo de su voz; escuchan y al punto lo transmiten al oído del rey eterno.

Entonces se derraman sobre las tierras desde la fuente misma generosos dones que bañan las dolencias de los suplicantes con aquellos remedios que andaban buscando; el Cristo bueno jamás negó nada a sus testigos[4],

testigos a los que el miedo a las cadenas o a la dura muerte no impidió reconocer al único Dios al precio de su sangre, pero ese gasto de su sangre se lo recompensa una luz más prolongada[5].

Es éste un bello modo de muerte[6], éste el digno de honrados varones, ofrendar a la espada enemiga esos miembros que han de consumir los achaques, compuestos de lánguidas venas, y vencer al enemigo con la muerte.

Bella cosa sufrir el azote del sable del perseguidor, a través de esta ancha herida se abre a los justos la noble puer-

---

[3] Para los favores del mártir a sus peregrinos, *vid.* nota a *Perist.* II 566.

[4] El lat. *testis* es traducción del gr. *mártys* (cf. *martyréō*, «testimoniar»). Con este sentido de «mártir» lo iremos encontrando en todos estos himnos.

[5] Esto es, una vida más prolongada. Nótese la doble anadiplosis de «testigos» *(testibus / testibus)* y «sangre» *(sanguinis... / sanguinis)*.

[6] Lat. *Hoc genus mortis decorum,* expresión que recuerda a HORACIO, *Od.* III 2, 13 (y para el horacianismo de todo este himno, *vid.* A. M. PALMER, *Prudentius on the martyrs,* Oxford, 1989, págs. 144-152).

ta y el alma, lavada en la fuente roja[7], se eleva desde su asiento en el corazón.

Y no habían llevado antes una vida ajena al duro trabajo estos soldados a los que Cristo llama a eterna milicia: su valor, avezado a la guerra y las armas, combate en favor de los altares.

Abandonan los pendones del César, eligen el signo de la cruz y en lugar de las enseñas de dragones infladas por el viento[8] que antes portaban prefieren el ilustre leño que sojuzgó al dragón.

Consideran despreciable llevar dardos en sus diestras libres de trabas, hostigar murallas con bélica maquinaria, ceñir cuarteles con trincheras, ensuciar de cruentas masacres sus manos impías.

El cruel mandatario que por aquel entonces gobernaba la corte del mundo había a la sazón ordenado a los segundos sucesores[9] de Israel acudir a los altares, hacer sacrificios a los negros ídolos, ser desertores de Cristo.

[7] Entiéndase, la del martirio. Para el sentido de la estrofa, cf. *Cath.* X 89-92.

[8] Para estos estandartes, véase la nota a *Cath.* V 56. Nótese además cómo juega Prudencio con la palabra «dragón», que aquí designa un motivo ornamental pero en el verso siguiente se refiere al Demonio, la serpiente (lat. *draco* y gr. *drákōn)* por excelencia. El «ilustre leño» (lat. *insigne lignum)* es, naturalmente, la cruz.

[9] Como bien señala THOMSON *(Prudentius,* II, pág. 100, n. *b),* se trata de una expresión tomada del lenguaje jurídico: el «segundo heredero» era aquel que ocupaba el lugar del primero en caso de fallecimiento o renuncia de éste. Por ello, los cristianos eran segundos herederos o sucesores de Israel por la renuncia de los judíos.

Ceñido de espada este azote acosaba la libertad de la fe, pero aquélla, impertérrita por su amor a Cristo, salía brava al encuentro de varas, segures y ahorquillados garfios[10].

La cárcel embarga sus cuellos, enredándolos en los duros botones de una cadena, el torturador aplica sus manos salvajes[11] en cada tribunal, la verdad es tenida por crimen, se castiga la voz de la fe.

Entonces la virtud, batida por la espada, golpeó el triste suelo y, colocada sobre pesarosas piras, absorbió con su boca las llamas[12]; entonces para los justos fue dulce ser quemados, dulce soportar el hierro.

En nuestro caso, los pechos queridos de los dos hermanos[13], a los que leal camaradería había unido durante toda su vida, se llenan de ardor. Dispuestos se hallan a sufrir cualquier cosa que la suerte última les traiga,

ya haya que exponer su cuello al hacha pública después de haber sufrido la violencia de los restallidos del látigo,

---

[10] Distintos instrumentos de tortura que reaparecen a lo largo de estos poemas.

[11] Cf. Horacio, *Odas* III 5, 49-50: *barbarus tortor* («torturador salvaje»).

[12] Se sorbía el fuego y el humo para morir más pronto: cf. *Perist.* III 159-160 y Marcial, I 42, 5, y véanse otros lugares citados por P. Howell *(A Commentary on Book One of the Epigrams of Martial*, Londres, 1980) en su comentario a ese pasaje. Para la imitación del último verso de esta estrofa por parte de Venancio Fortunato *(Poem.* II 1, 24), *vid.* S. Mariner, «Prudencio y Venancio Fortunato: influencia de un metro», *Helmantica* 26 (1975), 333-340 (págs. 334-335).

[13] Lat. *hic duorum cara fratrum... pectora:* cf. Virgilio, *En.* XI 215-216, pasaje a cuya imitación responde seguramente la presencia un tanto anómala del adverbio *hic* en nuestro texto.

después de los estrados[14] de fuego, ya haya que ofrecer el pecho a los leopardos o los leones.

«¿Nosotros, descendientes de Cristo, nos vamos a consagrar a Mammón[15] y, siendo portadores de la forma de Dios, serviremos al siglo? ¡Lejos el que el fuego celestial se mezcle con las tinieblas![16].

Baste que nuestra vida, atrapada bajo nuestro primer juramento, haya pagado todas sus deudas y cumplido con los asuntos del César; ahora es tiempo de pagar a Dios lo que de Dios es propio[17].

Marchaos, jefes de estandartes, y vosotros, tribunos, alejaos[18]; llevaos estos collares de oro, premio a los heridos, nos llama ya lejos de aquí la insigne milicia de los ángeles.

---

[14] Lat. *catastas*, propiamente aquellos en que se exponía a los esclavos para su venta, pero que aquí designa la plancha sobre la que se torturaba a fuego a los mártires (cf. además *Perist.* II 399, VI 33, X 467).

[15] Cf. *Mateo* 6.24. Para Mammón, espíritu del mundo y la riqueza, véase la nota a *Ham.* 427.

[16] Para el fondo, cf. *II Corintios* 6.14, *Efesios* 5.8-11. La expresión «Lejos...» (lat. *absit ut...*: cf. *Apoth.* 284-285, *Symm.* I 447, *Perist.* X 123-124 y 691-692) conoce ciertas fórmulas afines en el latín de época imperial (vid. *Oxford Latin Dictionary*, s. v. *absum*, 5b, 14), aunque Prudencio podría haberla tomado directamente de sus numerosas apariciones en la *Biblia* (cf. p. ej. *Génesis* 18.25).

[17] Pensamiento inspirado en *Mateo* 22.21. El «juramento» a que se hace alusión es probablemente el de su enrolamiento como soldados.

[18] Para este motivo de la *prórrēsis* o expulsión del elemento profano, *vid.* nota a *Cath.* II 4. Con la expresión «jefes de estandartes» (lat. *signorum magistri)*, que aquí valdría por *draconum magistri* («jefes de dragones»: cf. v. 35), hay quien piensa que Prudencio está utilizando terminología estrictamente militar: *vid.* M. P. Speidel, «The master of the dragon standards and the golden torque: an inscription from Prusias and Prudentius' *Peristephanon*», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 115 (1985), 283-287, quien asimismo analiza la siguiente alusión a collares de oro como recompensas al valor.

Cristo preside allí cohortes vestidas de blanco[19] y, reinando desde su alto trono, condena a los dioses infames y a vosotros, que os forjáis deidades con monstruos ridículos.»

Tal diciendo se cargan de mil castigos los mártires: la retorcida rigidez de la soga envuelve ambas manos con sus nudos y el acero rodea y rae sus cuellos con pesadas roscas.

¡Ay descuidado olvido de un tiempo pasado que calla! Se nos niegan esos detalles y se acalla la propia tradición, pues un día un súbdito blasfemo sustrajo los documentos

para evitar que las generaciones, instruidas por la evidencia de esos libros, con dulce lengua esparcieran y divulgaran por los oídos de su descendencia los detalles, momento y modo de este martirio[20].

Sin embargo, esto es lo único que esconden los viejos silencios: si criaron largos cabellos[21] bajo continuas cadenas, cuáles fueron los dolores o cuál el triunfo con que los enalteció el torturador.

Pero hay un mérito que no nos es oculto ni envejece con el tiempo[22]: que sus ofrendas, enviadas a lo alto, levantaron

[19] Para la simbología de estos ropajes, véase la nota a *Perist.* IV 145.

[20] Suele atribuirse la ausencia de actas a la exhaustiva búsqueda y posterior destrucción decretada por Diocleciano, si bien es cierto que también la propia indicación episcopal de redactar dichas actas podría haber caído en desuso durante los años de esa persecución (*vid.* D. Ruiz Bueno, *Actas de los Mártires,* Madrid, 1968², págs. 139-140).

[21] Lat. *longum... capillum pauerint:* cf. Virgilio, *En.* VII 391; Estacio, *Teb.* VIII 492 (cf. Horacio, *Sát.* II 3, 35).

[22] Desde aquí y a lo largo de las próximas tres estrofas (vv. 82-93) desarrolla Prudencio otro de los motivos o partes recurrentes en estos poemas: el milagro acaecido durante el martirio (cf. *Perist.* II 373-392; III 161-165; V 269-324 y 397-420; VI 91-99, 103-108, 121-123 y 139-141; VII 26-30, 46-50 y 71-75; X 856-860 y 926-960; XIV 46-47 y 59-60), que ratifica la santidad de las víctimas, ya avaladas por su heroica resistencia: cf. *Perist.* II 401-408; III 135; V 117-120, 125-128, 221-224 y 233-236; X

el vuelo a través de los aires para mostrar, al tiempo que su brillo se adelantaba, que el camino del cielo está franco.

El anillo de uno de ellos, representación de su fe, es transportado por una nube; el otro, según cuentan, da como prenda el pañuelo de su cara y ambas cosas, arrebatadas por el soplo de las alturas, penetran en las honduras de la luz.

Por la bóveda del claro cielo se esconde el brillo del oro y la blancura del tejido huye de las miradas que lo siguen por largo trecho; son elevados hasta los astros[23] y ya no se les ve más.

Esto lo vio la concurrencia, lo vio el propio verdugo y detuvo su mano, quedándose inmóvil, y palideció de asombro; mas, con todo, continuó su golpe, para que la gloria de aquéllos no muriera.

¿Te convences ahora, bruta gentilidad pretérita de los vascones[24], de qué sagrada era la sangre que inmoló vuestro cruel error? ¿Te convences de que los espíritus de aquellas víctimas fueron devueltos ante Dios?

Mira qué a la vista son aquí[25] domeñados los feroces demonios que al modo de lobos atrapan y devoran los corazo-

121-122 (y, en general, véase la postura desafiante de Román en todo ese poema, hasta la clara exageración, como queda comentado en la nota al v. 561). El milagro ocupa en los poemas de Prudencio el lugar del suceso mitológico pagano, si bien nuestro autor pretende dar garantía empírica de aquél, lo que no impide, a su vez, el recurso a los moldes virgilianos para la introducción de tales escenas (*vid.* CHARLET, «L'apport...», págs. 211-214).

[23] Para el sentido ascético de la expresión, *vid.* nota a *Cath.* X 92.

[24] Territorio al que pertenecía Calahorra (cf. *Perist.* II 537) al menos desde el s. II a. C. (*vid.* G. FATÁS, «La Antigüedad cristiana en el Aragón romano», *Bol. Museo Zaragoza* 1 [1982], 177-219 [pág. 188]).

[25] Es decir, en la escena representada en el sepulcro de los mártires: para un empleo análogo del mostrativo, cf. *Tit.* 13, 93, 105, 157 y 189 (cf. además v. 168).

nes, estrangulan incluso las mentes y se mezclan con los sentidos.

Entonces el hombre, ya lleno de su propio enemigo[26], se detiene enloquecido, resoplando espumarajos de baba, volviendo sus ojos inyectados en sangre[27], y hay que purificarlo con un interrogatorio por culpas que no son suyas.

Podrías oír quejumbrosos gemidos, aunque no hay allí torturador; su cuerpo es desgarrado por los azotes, aunque no se ve látigo alguno; crece él colgado de ataduras invisibles.

De este modo la virtud de los mártires golpea al sucio ladrón[28]; ella lo refrena, lo tortura, lo abrasa, ella lo pone en cadenas y, atormentado, el bandido abandona los tuétanos y sale de ellos.

Deja su presa incólume, huye de ella con sus fauces secas[29], desde la última uña hasta el cabello lo devuelve todo a salvo, confesando su propio incendio, pues es morador de la Gehena.

¿Qué decir[30] de la curación de cuerpos empalidecidos por prolongadas enfermedades, cuando un helado espanto

---

[26] Lat. *suo iam plenus hoste,* e. e., poseído por el Demonio. Para la expresión, véase la nota a *Cath.* VII 60; para los posesos, la nota a *Apoth.* 414.

[27] Lat. *cruda torquens lumina:* cf. VIRGILIO, *En.* VII 448-449, *Geórg.* III 433; PROPERCIO, I 21, 3; CLAUDIANO, *Pros.* III 261; PRUDENCIO, *Perist.* V 203.

[28] Es decir, al Demonio (véase la nota a *Ham.* 390).

[29] Entiéndase, de sangre; para la expresión (lat. *faucibus siccis),* cf. VIR., *En.* II 358. Para la Gehena o infierno, véase la nota a *Cath.* XI 112.

[30] Lat. *quid loquar,* fórmula habitual para introducir la figura retórica de la *praeteritio,* consistente en pasar por alto algo cuya enumeración cabal resultaría enojosa: en nuestro caso, se trata de una manera efectiva de ponderar la eficacia y abundancia de los favores de los mártires a sus fieles (para éstos, *vid.* nota a *Perist.* II 566).

sacude sus miembros sin color? Aquí la hinchazón abandona el rostro, allá torna el color verdadero.

Esta bendición nos la concedió el mismísimo Salvador para nuestro disfrute, cuando consagró en nuestra[31] ciudad los cuerpos de los mártires, que ahora resguardan a los colonos de las vegas que baña el Ebro.

¡Alzaos ahora, madres, entonad himnos por haber recuperado a vuestros pequeños! ¡Resuene la voz de las esposas, feliz por la salvación de sus maridos! ¡Séanos festiva esta fecha, sea sagrado nuestro gozo!

II

Pasión del muy bienaventurado mártir Lorenzo

Antigua madre de templetes, Roma, ya entregada a Cristo, vencedora bajo la guía de Lorenzo triunfas del bárbaro rito.

Habías vencido a reyes soberbios, habías reprimido y frenado a pueblos enteros, ahora impones el yugo de tu poderío a los ídolos monstruosos.

Era ésta la única gloria que faltaba al honor de esta ciudad togada[32], que, después de hacer prisionera la barbarie de los paganos, domeñara al sucio Júpiter,

---

[31] Lit. *nostro... oppido:* para las implicaciones de esta afirmación en la biografía de Prudencio, véase la *Introducción,* págs. 9-10. Para la función estructural del elogio de la sede del mártir, véase la nota a *Perist.* II 530.

[32] Lat. *urbis togatae:* cf. Virgilio, *Eneida* I 282; y véase también la nota a *Symm.* I 35.

no con las fuerzas violentas de Coso[33], Camilo o César, sino con el combate no falto de sangre del mártir Lorenzo.

Armada luchó la fe, generosa de su propia sangre; pues con la muerte abatió a la muerte y se sacrificó a sí misma para su propia salvación.

El sacerdote Sixto[34], clavado a la cruz, ya había advertido que esto ocurriría, al ver llorar a Lorenzo al pie mismo del mástil de su cruz:

«¡Deja de derramar sentido llanto por mi partida! Me adelanto a ti, hermano; tú también me seguirás dentro de tres días».

Las últimas palabras del obispo, agoreras de la gloria de Lorenzo, en nada erraron, pues el día señalado le trajo la palma[35].

---

[33] A. Cornelio Coso fue un tribuno militar que, en la guerra contra Veyos, en el año 425 a.C., en combate personal mató al rey de los enemigos, Tolumnio, y consiguientemente se hizo acreedor de los despojos opimos *(spolia opima)*: cf. Tito Livio, IV 19, 1 a 20, 2; Virgilio, *En.* VI 841. Por contra, Thomson *(Prudentius*, II, pág. 108, n. *a)* cree que se refiere al dictador del mismo nombre que en el año 385 a. C. derrotó a los volscos (cf. Tito Livio, VI 11, 10 a 13, 8). Según esta segunda interpretación los tres personajes nombrados por Prudencio habrían tenido en común el cargo de dictador (para Camilo, véase la nota a *Symm.* II 723).

[34] En realidad era obispo de Roma (Sixto II) en el 258 d. C., cuando el segundo edicto de Valeriano condenaba a muerte a todos los sacerdotes cristianos. A decir de Thomson *(Prudentius*, II, pág. 109, n. *c*, y véase además M. Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs. The «Liber Peristephanon» of Prudentius*, Ann Arbor, 1993, pág. 109, n. 2), seguramente murió decapitado y no crucificado, como afirma Prudencio. Lorenzo era su primer diácono, encargado del tesoro (cf. vv. 37-44). Para la aplicación del término *sacerdos* a obispos (especialmente cuando éstos aparecen nombrados junto con sus diáconos), cf. *Perist.* VI 14-15, 43 y 52, y tal vez también IV 79 y XII 67.

[35] E. e., la de la victoria de Lorenzo. Según el *Martirologio Romano* oficial, su muerte tuvo lugar el 10 de agosto del 258.

¿Con qué voz, con qué grandes alabanzas celebraré el proceso de tu muerte? ¿Con qué poema cantaré dignamente cada momento de tu pasión?

Éste, el principal de los siete varones que se sitúan muy cerca del altar, levita[36] de mayor rango y superior al resto,

estaba al cargo de la custodia de los objetos sagrados, controlando con llave fiable el secreto de la casa celestial y administrando las riquezas ofrendadas.

El hambre de dinero ronda al prefecto de la regia ciudad, ministro de un jefe desquiciado, recaudador de oro y de sangre,

y busca la forma violenta de arrancar las monedas escondidas, creyendo que bajo el sagrario ocultos se guardan montones y montones de talentos.

Ordena que traigan a Lorenzo ante él, le pregunta por el arca repleta de ricos lingotes y las montañas de monedas brillantes que guarda.

«Soléis quejaros», dice, «de que nos ensañamos más de lo justo cuando de forma más que cruenta desgarramos los cuerpos de los cristianos.

No hay aquí un juez abrasado por impulsos de encendida saña; con buenas maneras y calma solicito de ti aquello que deberías asumir por propia iniciativa.

Se ha difundido que es ésta la usanza y modo de vuestros ritos, ésta la regla de vuestra alianza: que vuestros sacerdotes hagan sus libaciones en copas de oro.

Cuentan que en tazas de plata humea la sangre sagrada y que en las ceremonias nocturnas los cirios se alzan clavados en oro.

[36] E. e., diácono (cf. *Perist.* V 30 y 145, VI 3 y 15). Para los siete levitas, cf. *Hechos* 6.1-6.

Además, según confirma el rumor de boca en boca, la mayor preocupación de vuestros hermanos es ofrecer miles de sestercios, vendiendo para ello sus propiedades[37].

El sucesor desheredado lamenta la adjudicación de los predios de sus abuelos en vergonzosa subasta, indigente gracias a unos padres santos[38].

Estas riquezas se ocultan en los rincones escondidos de las iglesias y se tiene por el más alto gesto de piedad el dejar desnudos a los dulces hijos[39].

Saca esos tesoros que obtienes a montones convenciendo con perversa impostura, los que encierras en lúgubre gruta.

Esto lo exige la utilidad pública, lo exige el fisco y el erario, que vuestro dinero ayude a nuestro general pagando el sueldo a los soldados.

Así es vuestro dogma, según tengo oído: 'Devuelve a cada uno lo suyo'. Ahí tenéis, el César reconoce su estampa inserta en vuestras monedas[40].

Lo que sabes que es del César, al César dáselo; sin duda es justo lo que pido. Si no me equivoco, tu dios no acuña dinero alguno,

ni, cuando vino, trajo consigo filipos de oro[41], sino que su boca dio preceptos pero su talega estaba vacía.

---

[37] Cf. *Hechos* 4.34-35.

[38] Evidentemente está jugando Prudencio con el sentido de la palabra «santo»: el prefecto ironiza sobre la piedad paternal de aquellos que dejan sin herencia a sus hijos con tal de hacerse santos, pero además debe recordarse *(vid.* nota a *Psych.* 607) que «santo» era denominación que los cristianos se daban a sí mismos por oposición a los paganos.

[39] Lat. *dulces liberos:* cf. Horacio, *Epod.* II 40, en idéntico contexto rítmico.

[40] Cf. *Mateo* 22.20-21.

[41] Propiamente se trata de una moneda acuñada por Filipo II de Macedonia, aunque aquí está usada como moneda, sin más.

¡Probad que hay en sus palabras esa fiabilidad[42] con que os vendéis a lo largo del mundo, devolved de grado las monedas, sed ricos en palabras!».

Nada grosero o violento contesta Lorenzo a esas palabras, sino que asiente dócilmente, como dispuesto a obedecer.

«Es rica», dice, «no lo niego, y tiene nuestra iglesia enorme cantidad de riquezas y oro, y nadie en el mundo es más rico.

Ese mismo Augusto que ocupa el trono, cuyo nombre se inscribe en toda moneda, no posee tal cantidad de imágenes de plata.

Y tampoco rehúso enseñarte el arca de nuestra rica deidad; sacaré a la luz y te mostraré todos los tesoros que Cristo posee.

Pero una sola cosa te ruego y reclamo; una pizca de tregua para poder más eficazmente cumplir mi compromiso,

mientras hago ordenado inventario de todos los bienes de Cristo, pues hay que hacer recuento de ellos desde el principio y luego anotar el total al pie».

Feliz se llena de gozo el prefecto y engulle ávidamente su esperanza[43], exultante como si el oro ya reposase guardado en su casa.

Acordaron el plazo de tres días, después elogia y deja marchar a Lorenzo, garante de sí mismo y garante de un inmenso tesoro.

---

[42] Lat. *Implete dictorum fidem* (lit. «llenad la fe de sus palabras»): nótese cómo juega con los sentidos del término *fides,* como «fiabilidad» y como «fe».

[43] Lat. *spem deuorat*: para esta atrevida imagen, cf. VIRG., *En.* X 648.

Durante tres días recorre la ciudad agrupando y congregando a la tropa de los débiles y a todos cuantos piden limosna.

Allá un hombre que mostraba vacías las cuencas de ambos ojos guiaba, adelantando su bastón, su vacilante y errático paso

y un cojo con la rodilla quebrada u otro con una pierna amputada o con una más corta que otra, andaban a pasos desiguales.

Hay quien ve supurar pus infectada por sus miembros cubiertos de llagas, hay quien tiene una mano reseca que contrae los tendones hacia el antebrazo.

Tales son aquellos que recluta por todas las plazas, acostumbrados a alimentarse de las alacenas de la madre Iglesia, a los que el mismo Lorenzo como despensero conocía.

Recuenta al punto a cada uno, anotando sus nombres individuo por individuo, y les hace formar en larga fila ante el templo.

Y ya había pasado el plazo prescrito y se hallaba fuera de sí el espíritu hirviente del juez avaro, que reclamaba el cumplimiento de lo prometido.

Entonces el mártir le dice: «Quiero que vengas y admires en persona las dotaciones colocadas[44] que en su santuario posee nuestro riquísimo dios.

Verás el enorme patio relumbrar con vasos de oro y altas ringleras de talentos por las galerías abiertas».

---

[44] Lat. *dispositas opes,* que puede significar «las riquezas puestas en orden» o «las tropas en formación», de ahí la traducción ambigua «dotaciones». La buscada anfibología, sin embargo, no acaba aquí, pues «en su santuario» recoge un lat. *in sanctis,* que asimismo va referido a «los santos», e. e. los cristianos (véase la nota al v. 80).

Va aquél, no le avergüenza seguirlo. Llegados a la puerta sagrada, en pie se hallaba el tropel de los pobres, gentío de desaliñado aspecto.

Se alza el fragor de los pordioseros, pasmado se espanta el prefecto y se vuelve amenazador a Lorenzo con la mirada turbia.

Aquél, por su parte, le dice: «¿Qué bramas y amenazas, qué te disgusta? ¿Acaso es esto sucio y sin valor, acaso lo consideras despreciable?

El oro que en ti despierta ardiente sed lo producen escombreras excavadas y es la fatiga del condenado[45] la que lo arranca de la sucia mina,

o bien es un arroyo torrencial el que lo lleva en su seno y lo envuelve en sus enturbiadas arenas, oro que, por estar terroso y sucio, forzoso es fundir con llamas.

Por causa del oro se echa a perder la vergüenza, se viola por oro la integridad, por él muere la paz, se acaba la lealtad y hasta las mismas leyes sucumben[46].

¿Por qué sublimas tú el veneno de la gloria y le das tanto valor? Si buscas un oro más auténtico, ése es la luz[47] y el género humano.

Éstos son los pupilos de la luz, a los que oprime un cuerpo débil, no sea que la salud de sus órganos haga insolentarse y ensoberbecerse su alma.

[45] Es decir, los trabajos forzados, introducidos en época imperial y destino de buen número de cristianos.

[46] Cf. Propercio, III 13, 48-50. Otros contextos análogos de execración del oro, por ejemplo, en Virgilio, *En.* III 56-57; Horacio, *Odas* III 3, 49-52; 16; 24, 48-49.

[47] Como representación de Dios: cf. *Juan* 1.4-9.

Cuando la enfermedad desgarra los miembros cobra fuerzas un ánimo más robusto y, por contra, en unos miembros fuertes resulta herida la fuerza del espíritu[48].

Porque una sangre enfervorecida hacia el pecado proporciona menos fuerzas[49] si ese ardor está agotado por los males del cuerpo y limita y quita energías a su ponzoña.

Si el azar me diera la opción, preferiría sufrir el durísimo dolor del fragmentarse de mis miembros y vivir bello por dentro.

Pon a la par las formas de nuestros azotes y compara uno y otro tipo de plagas: ¿es más terrible la enfermedad de la carne o las llagas del alma y las costumbres?

Los nuestros, débiles de cuerpo, por dentro son de una belleza intacta y llevan con elegancia y libres de fatigas un espíritu sin tacha;

a los vuestros, de cuerpos vigorosos, los corroe interna lepra, su yerro cojea baldado y su ciega farsa nada ve.

Cualquiera de esos ricos[50] tuyos de deslumbrante ropaje y apariencia, te demostraré que es más débil que quien pertenece a mi escuadrón de pobres.

A este que se ensoberbece por sus sedas, el que altanero es transportado por un carro, acuosa hidropesía lo abate por dentro con su traslúcida ponzoña.

---

[48] Cf. *II Corintios* 12.10.

[49] Entiéndase, para pecar.

[50] Lat. *diuitum (BTES)*, que se opone a «los pobres» *(pauperum)* del v. 236. Frente a esta lectura, el códice *A* recoge *principum* («príncipes», «ciudadanos principales»), lectura seguida por la mayoría de los editores y avalada asimismo por los «poderosos del siglo» *(potentes saeculi)* del v. 279.

O este avaro cierra sus manos recurvas y, plegando su palma con uñas ganchudas, no es capaz de estirar sus tendones.

A ése, arrastrado entre públicas rameras, el hediondo deseo lo ensucia con el lodo de las cloacas, mientras anda mendigando asquerosas coyundas.

¿O qué? Aquél, abrasado por la intriga, sofocado por la sed de medrar, ¿no pierde el aliento por las fiebres ocultas y enloquece con el fuego metido en sus venas?

Quienquiera que, incapaz de callar, se muere por contar lo que exige silencio, sufre tormento, araña su hígado y soporta la sarna de su corazón.

¿Para qué voy a abordar[51] los hinchados tumores de los pechos envidiosos, para qué las llagas purulentas y lívidas de los malintencionados?

Tú mismo, que riges Roma, despreciador del dios eterno, al rendir sórdido culto a unos demonios padeces regia enfermedad[52].

Estos a los que en tu soberbia desprecias, a los que juzgas dignos de maldición, en breve se desharán de sus cuerpos ulcerosos y estarán sanados,

cuando, despojados y libres al fin de su carne tan podrida, en el más bello estado de vida relumbren en el alcázar del Padre,

[51] Para la función ponderativa de la *praeteritio* o *paráleipsis,* véase la nota a *Perist.* I 112.

[52] Ése era uno de los nombres que se daba a la ictericia (cf. CELSO, III 24, 1; ESCRIBONIO LARGO, CX; PLINIO, XX 15, XXXI 103, XX 219; HORACIO, *Arte Poética* 453). Nótese además el juego de palabras establecido entre «que riges Roma» (lat. *qui Romam regis)* y «padeces regia enfermedad» (lat. *morbo laboras regio).*

no sucios y débiles como se muestran mientras tanto, sino brillantes por sus estolas purpurantes y sus coronas de oro.

Entonces, si hay ocasión, me gustaría que ante tus propios ojos se nos dieran a contar esos poderosos del siglo.

Los verías cubiertos de andrajos, con las narices mocosas, el mentón empapado de babas, legañosos sus párpados infectados.

Nada hay más asqueroso que un pecador, nada tan leproso o podrido, sangrante está la herida de sus pecados y huele como la caverna del Tártaro[53].

Cambiadas las tornas, se les asigna una forma corrompida a sus almas, aquellas a las que un bello aspecto había antaño deleitado en su sede del cuerpo.

Ahí tienes, pues, las monedas de oro que hace muy poco te prometí, monedas que ni las ruinas pueden sepultar entre sus cenizas ni robarlas un ladrón[54].

Además añado piedras nobles para que no consideres pobre a Cristo, las piedras de brillante destello con que se adorna este templo[55].

Ves a las doncellas consagradas, con admiración contemplas a las ancianas intactas que, tras la pérdida de su primer marido, no han conocido un segundo fuego[56].

Éste es el collar de la Iglesia, con estas piedras se engalana, ésta es la dote que agrada a Cristo, así adorna su elevada cabeza.

Aquí tienes los talentos, tómalos, adornarás con ellos la ciudad de Rómulo y no sólo enriquecerás el patrimonio del emperador sino que tú mismo te harás más rico».

---

[53] El infierno (véase la nota a *Cath.* I 70).

[54] Cf. *Mateo* 6.19-20, *Lucas* 12.33 y PRUDENCIO, *Symm.* II 1051-1054.

[55] Cf. *Psych.* 851-874.

[56] Es decir, un segundo amor.

«¡Se ríe de nosotros», exclama bramando el prefecto, «y asombrosamente somos burlados por medio de tantas imágenes! ¡Y aún sigue viva la cabeza de este loco!

¿Crees, bribón, que has hilado impunemente tantas tretas con chanzas de mimo, representando esta opereta bufonesca?[57].

¿Te ha parecido fino y educado montarme este cuadro? ¿Es que me has vendido a las carcajadas y he sido espectáculo festivo[58]?

¿Hasta tal punto es nula la severidad, nula la censura de mis haces? ¿Hasta tal punto la blanda suavidad ha embotado las públicas segures?[59].

Dices: 'Con gusto moriré, un deseo es la muerte para un mártir'. Ése es, lo sé, vuestro vano convencimiento.

Mas no concederé a tus deseos el que se te dé el abreviado fin de una muerte rápida, no te permitiré acabar apresuradamente.

Retendré tu vida y la prolongaré con el tormento constante de la espera, y una muerte de lazos tenaces irá estirando para ti largos dolores.

Extended brasas tibias, para evitar que un ardor demasiado encendido alcance el rostro de este testarudo y penetre en los recodos de su corazón.

Que sea poca la intensidad de la vaharada decrépita, para que, esparcida por soplo ligero, vaya moderando poco a poco el tormento de su cuerpo a medio quemar[60].

---

[57] Alude respectivamente a los géneros literarios menores del mimo y la pantomima, esencialmente musical este último. Para las «chanzas de mimo» (lat. *cauillo mimico),* cf. Amiano Marcelino, XXVI 6, 15.

[58] Lat. *acroma festiuum:* cf. Cicerón, *Verres* II 4, 49.

[59] Para estos símbolos del poder en Roma, véase la nota a *Symm.* II 423.

[60] Lat. *semustulati corporis:* cf. Virgilio, *En.* III 578.

Está bien que entre todos ellos haya sido el propio misteriarca[61] quien cayera, él solo dará ejemplo de lo que habrán de temer en adelante.

Sube a la pira que te han preparado, reclínate en un lecho digno de ti y entonces, si te quedan ganas, ¡porfía que no es nada mi Vulcano[62]!».

Así diciendo el prefecto, por uno y otro lado siniestros verdugos se disponen a despojar al mártir de su manto, atar sus miembros y tumbarlo.

El rostro de aquél resplandeció de belleza y un halo brillante lo envolvió; tal semblante trajo el portador de la ley al regresar del monte,

ante el cual el pueblo de Judea, tiznado por el culto al buey de oro, quedó aterrado y pálido y volvió hacia atrás su cara por no poder soportar a Dios[63].

También mostró una gloria comparable en el resplandor de su rostro el gran Esteban, cuando miraba al cielo abierto en medio de una lluvia de piedras[64].

Ésta es la luz que desde lejos percibieron los hermanos[65] recién purificados, a los que el bautismo, poco antes dispensado, había capacitado para recibir a Cristo.

---

[61] Traslado así el vocablo *mysteriarches,* hápax ideado por Prudencio para hacer que el prefecto designe, con un tono no exento de burla, al «que preside los misterios» o ritos sagrados *(mystēri-árchēs),* en este caso Lorenzo.

[62] Es decir, por cuanto dios del fuego (cf. los vv. 393-394).

[63] Para Moisés y él becerro de oro, cf. *Éxodo* 32 y 34.29-30.

[64] Cf. *Hechos* 7.55-58 y PRUDENCIO, *Tit.* 173-176.

[65] E. e., los cristianos compañeros de Lorenzo, cuyo rostro irradiaba esa luz que a su vez evocaba la de Esteban. Para este tipo de fenómenos milagrosos, *vid.* nota a *Perist.* I 82.

En cambio, la ceguera de los impíos, envuelta en negro velo, ve su cara cubierta por el poso de la noche, no ve en ella claridad,

al modo de la plaga egipcia que, mientras a los bárbaros castigaba con las tinieblas, a los hebreos mostraba el día con luz diáfana[66].

Es más, la propia cualidad del olor que despide la piel al quemarse afecta de distinta manera a unos y a otros: tufo es para éstos, para aquéllos, néctar.

La misma sensación, modificada por soplo desigual, o bien ataca las narices con justiciero espanto o bien las acaricia de placer.

Así Dios, fuego eterno (pues Cristo es el fuego verdadero)[67], es quien al tiempo llena de luz a los justos y abrasa a los pecadores.

Una vez que la duradera vaharada acabó de quemar y dorar un costado, por sí solo se dirige Lorenzo al juez desde su estrado[68] con estas pocas palabras:

«Da la vuelta a esta parte del cuerpo, ya suficientemente expuesta a la continua acción del fuego, y comprueba qué ha hecho tu ardiente Vulcano[69]».

El prefecto ordena que le den la vuelta. Entonces dice Lorenzo: «Ya está hecho; ¡devóralo y prueba si está mejor crudo o pasado!»[70].

---

[66] Cf. *Éxodo* 10.22-23.

[67] Es decir, por oposición a Vulcano (cf. v. 356).

[68] Para este estrado o plancha, véase la nota a *Perist.* I 56.

[69] Lat. *Vulcanus ardens:* cf. Horacio, *Odas* I 4, 8, en análogo contexto métrico.

[70] Esta famosa broma aparece ya en Ambrosio, *Off.* I 206, e *Hymn.* XIV 31-32.

En tono de chanza había dicho esto, después alza al cielo sus ojos y gimiendo, compadecido de la ciudad de Rómulo, lanza estos ruegos:

«Oh Cristo, nombre único[71], oh resplandor, oh fuerza del Padre, oh hacedor del orbe y la bóveda del cielo y fundador de estas murallas,

tú que situaste el cetro de Roma en la cima del universo, decretando que el mundo sirviera a la toga de Quirino[72] y cediera ante sus armas

para así domeñar bajo unas mismas leyes las costumbres y el respeto de naciones discordantes, sus lenguas, su talante y sus sagrados ritos,

mira, todo el género de los mortales ha quedado bajo el reino de Remo, costumbres de distinta lengua hablan una misma voz, sienten una misma cosa.

Esto se determinó para que con mayor facilidad la ley del nombre cristiano atara en un solo lazo cuantas tierras hay.

¡Concede, Cristo, a tus queridos romanos que sea cristiana su comunidad, aquella por medio de la cual concediste a los demás pueblos tener una práctica religiosa única!

De aquí y de allá se confederan todos los miembros en su símbolo, se aplaca el orbe sometido; apláquese también su capital absoluta.

Advierta que regiones alejadas se reúnen en una misma gracia, hágase fiel Rómulo y sea creyente ya hasta el propio Numa[73].

[71] Cf. *Filipenses* 2.9 y, para los siguientes títulos, *Hebr.* 1.3 y *Juan* 1.3.

[72] Para esta designación indirecta de Roma, *vid.* nota a *Symm.* I 356. Para la idea aquí expresada, cf. PLINIO, III 6; CLAUDIANO, *Estil.* III 150-160; para la expresión *armis cedere,* cf. CICERÓN, *Off.* I 77.

[73] Para este personaje, *vid.* nota a *Symm.* I 103.

El yerro troyano confunde aún a la curia de los Catones, venerando en escondidas hogueras los penates desterrados de los frigios.

Es a Jano bifronte y a Estérculo a quienes rinde culto el senado; espanto me da enumerar todos esos monstruos de los senadores y las fiestas del viejo Saturno[74].

¡Limpia, Cristo, este desdoro, envía a tu querido Gabriel para que la errada ceguera de Julo reconozca al dios verdadero!

Y ya tenemos los más leales fiadores de esta esperanza, pues aquí reinan ya los dos príncipes de los apóstoles,

el uno es llamador de los gentiles[75], el otro, al frente de la primera cátedra, franquea las puertas de la eternidad que le fueron encomendadas.

¡Aléjate[76], adúltero Júpiter, manchado por el ayuntamiento con tu hermana, deja libre a Roma y huye ya del pueblo de Cristo!

Pablo te destierra de aquí[77], te expulsa la sangre de Pedro, te estorba el acto de Nerón, que tú mismo habías armado.

---

[74] Para Jano, véase la nota a *Symm.* I 235; para Saturno, cf. *Symm.* I 42-58 y, para sus fiestas, la nota a *Symm.* II 859. Por su parte, Estérculo, también conocido como Esterces, era el padre de Pico (*vid.* nota a *Symm.* I 235). Se trata de una extraña deidad asociada a Saturno a la que se atribuía la introducción en el Lacio de la técnica de la estercoladura de los campos. Nótese la intencionalidad descalificadora en la selección de las divinidades paganas (cf. p. ej. *Apoth.* 197). Para Julo, mencionado en la estrofa siguiente y símbolo asimismo de Roma, véase la nota a *Symm.* II 533.

[75] Alude, naturalmente, a Pedro y Pablo. Para esta expresión, cf. *II Timoteo* 1.11.

[76] Para el recurso retórico de la *prórrēsis,* vid. nota a *Cath.* II 4. La hermana y esposa de Júpiter es Juno.

[77] Lat. *Te Paulus hinc exterminat,* verbo este último que Prudencio no utiliza más que aquí y con el que, a decir de D. Shanzer (*«De Iovis exterminatione», Hermes* 114 (1986), 382-383), el mártir estaría evocando jocosamente la *cohabitación* de los dioses Júpiter y Término en el Capito-

Veo que un día ha de llegar un príncipe[78] que, como siervo de Dios, no permita que Roma sea sierva de la sucia mugre de tus rituales,

que atranque la entrada de tus templos, que bloquee sus batientes de marfil, que condene sus nefastos umbrales y corra los cerrojos de bronce.

Entonces, limpios de toda sangre, al fin brillarán los mármoles y se alzarán sin tacha los bronces que ahora son tenidos por ídolos»[79].

Éste fue el fin de sus ruegos[80] y a la vez el fin de su carnal atadura; su espíritu se lanzó fuera de grado, detrás de la voz.

Sobre sus cuellos transportaron el cuerpo algunos senadores a los que la sorprendente libertad de aquel hombre había persuadido a seguir a Cristo.

El carácter de éste se había colado y había inundado sus tuétanos y había empujado a aquéllos a aborrecer sus antiguas vanidades por amor al dios excelso.

Decayó desde aquel día el culto a los dioses vergonzantes; el pueblo, más escaso en sus santuarios, corre al altar de Cristo.

---

lio. La siguiente referencia al «acto de Nerón» alude a la ejecución de los dos apóstoles (cf. *Perist.* XII 11 y 23).

[78] Con este *uaticinium ex euentu* o «vaticinio a posteriori» alude Prudencio al emperador Teodosio, que ordenó el cierre de los templos (cf. vv. 477-480), aunque no su destrucción (vid. *Codex Theodosianus* XVI 10, 15).

[79] Para el desmarque de Prudencio con respecto a las tendencias iconoclastas de muchos cristianos de la época, cf. *Symm.* I 501-505.

[80] Lat. *hic finis orandi fuit:* cf. Virgilio, *En.* X 116.

Luchando de este modo, Lorenzo no ciñó su costado con la espada sino que torció hacia atrás el sable enemigo y lo dirigió contra quien lo empuñaba.

Hostigando el Demonio en combate a este invicto testigo[81] de Dios, cae él mismo traspasado y para siempre yace por tierra.

Aquella muerte del santo mártir fue en verdad la muerte de los templos, entonces notó Vesta que sin castigo eran abandonados los lares de Palas[82].

Cuantos Quirites antes acostumbraran a orar ante la copa ritual de Numa[83], llenan ahora los atrios de Cristo y hacen resonar en sus himnos el nombre del mártir.

Hasta las mismas lumbreras del senado, antaño Lupercos o Flámenes[84], besan llenos de fervor los umbrales de apóstoles y mártires.

Vemos casas ilustres[85], nobles de padre y madre, ofrendar sus prendas de amor, sus muy esclarecidos hijos.

El pontífice otrora coronado de ínfulas es admitido entre los que se persignan con la cruz y la vestal Claudia entra, Lorenzo, en tu santuario[86].

---

[81] Para esta designación de los mártires, véase la nota a *Perist.* I 21. Para la victoria del mártir sobre su enemigo mediante la constancia y sus precedentes clásicos, *vid.* CHARLET, «L'apport...», pág. 210.

[82] La expresión está condensada: los lares eran divinidades de las encrucijadas y del hogar, y el templo de Vesta era el custodio de los lares del pueblo romano; se les llama «de Palas» porque en este templo se hallaba asimismo el Paladio, que también encarnaba el bienestar de Roma (para éste, véase la nota a *Symm.* I 195).

[83] Lat. *orare simpuuium Numae:* cf. JUVENAL, VI 343. Para los Quirites, *vid.* nota a *Symm.* I 356; para Numa, a *Symm.* I 103.

[84] Para los Lupercos, *vid.* nota a *Symm.* II 863; para los Flámenes, a *Apoth.* 484.

[85] Para la conversión de estas familias, cf. *Symm.* I 544-607.

[86] Las ínfulas eran atributo de los sacerdotes paganos *(vid.* nota a *Cath.* IX 5). La mención de una vestal de la familia Claudia puede obede-

¡Oh tres y cuatro y siete veces dichoso el morador de la ciudad[87] que te celebra de cerca a ti y a la sede de tus huesos,

a quien es posible prosternarse a tu lado, quien salpica tu espacio con su llanto, quien aprieta su pecho contra tu tierra, quien derrama sus preces con un simple susurro!

A nosotros nos separa el vasco Ebro, alejados por doble cadena alpina[88], allende las cumbres de los Cotianos y allende los nevados Pirineos.

---

cer simplemente a que ésta fue siempre una de las más poderosas familias de Roma, pero también puede ser referencia (cf. OVIDIO, *Fastos IV 291-328*; PROPERCIO, IV 11, 51-52) a Quinta Claudia, cuya decencia, puesta en entredicho, quedó bien probada al concederle Cibeles, a la sazón transportada desde Frigia a Roma, que ella sola y sólo ella pudiera hacer desencallar la nave que se había atascado en las arenas de la boca del Tíber (para este traslado de Cibeles, *vid.* nota a *Symm.* I 188).

[87] Por antonomasia, de Roma (cf. vv. 543 y 570 y *Perist.* IX 105). Como parte constitutiva de este tipo de poemas, Prudencio procede aquí a cantar la suerte de aquellos que pueden visitar cuando quieren la tumba de los mártires, a diferencia de él, separado por muchas leguas de tierra (cf. vv. 537-548): para ello, nada mejor que el motivo retórico clásico del *makarismós (vid.* nota a *Symm.* II 1020 y cf. *Perist.* V 505-512). Frente a éste, obsérvese la variación del himno I (cf. vv. 4-12 y 115-117), en el que la sede es la propia patria de Prudencio, o la del himno VI (vv. 142-147), localizado en la relativamente cercana Tarragona. Para el entusiasmo de los cristianos de la época por la peregrinación a estos privilegiados lugares, *vid.* PALMER, *Prudentius on the martyrs,* págs. 229-230, y P. BROWN, *The Cult of the Saints: Its Rise and Function in Latin Christianity,* Chicago, 1981, pág. 3. Para la fraseología de estos versos (lat. *o ter quaterque et septies / beatus...*), cf. VIRGILIO, *En.* I 94 (SILIO ITÁLICO, IX 159; [TIBULO] III 3, 26).

[88] A juzgar por la especificación posterior, Prudencio emplea aquí el nombre de los Alpes (lit. dice «por los dos Alpes», *binis... Alpibus)* como equivalente de cordillera elevada. Los Alpes Cotios o Cotianos, llamados así en honor del príncipe lígur Cotio, eran aquellos en que nace el Po, en el paso entre la península itálica y el sur de la actual Francia y parte, por tanto, de la ruta desde Hispania (cf. TÁCITO, *Hist.* I 61, 1). Por otra parte,

Apenas nos llega la noticia de cuán llena está Roma de sepulcros[89] de santos, qué rico florece de sagradas tumbas el suelo de la ciudad.

Mas los que carecemos de estas ventajas y no podemos ver en persona los rastros de su sangre, lanzamos nuestra mirada al lejano cielo.

Así, santo Lorenzo, buscamos nosotros tu pasión, pues tienes una corte doble: la de tu cuerpo, aquí; en el firmamento la de tu alma.

Allí, admitido como convecino de la ciudad inefable, en el alcázar de la curia eterna portas la corona cívica[90].

Me parece ver a este varón[91] resplandeciente de gemas brillantes; la Roma celestial lo ha elegido para su dicha como su cónsul perpetuo.

---

para las implicaciones del calificativo «vasco» aplicado al Ebro en la biografía de Prudencio, véase nuestra *Introducción*, pág. 11.

[89] Lat. *uix fama nota est abditis / quam plena sanctis Roma sit:* ésta es a buen seguro la mejor interpretación (cf. *Perist.* IV 197-198), aunque cabe también la posibilidad de entender que *abditis* (cf. *Perist.* XIII 51) sea dativo referido a un *nobis* no expreso, con lo que el sentido sería: «Apenas nos llega a estas tierras apartadas la noticia de cuán llena está Roma de santos».

[90] Se trata de la condecoración otorgada a aquel soldado que había salvado en combate la vida de un compañero. Aquí, metafóricamente, se le concede a Lorenzo por haber salvado la vida eterna de todos aquellos que con su ejemplo se convirtieron. Para la influencia de estos versos (549-560) sobre el tratado *Humanae referunt,* vid. A. Cameron, «Celestial consulates: a note on the pelagian letter *Humanae referunt*», *Journal of Theol. Stud.* 19 (1968), 213-215.

[91] Lat. *uir,* término que la épica reservaba para el héroe y que Prudencio (cf. *Perist.* V 222, 284; VII 1; X 452, 1005, 1106; XI 103; XIII 96) aplicará al héroe (cf. incluso el propio término *heros* en *Perist.* X 52 y 457) de su particular epopeya, e. e. al mártir: *vid.* Charlet, «L'apport...», págs. 209-210; Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 41-43; para la aportación concreta de Virgilio a este nuevo género de epopeya

Cuál es el poder que se te confía y qué importante misión te han asignado, lo demuestra el alborozo de los Quirites, a cuyos ruegos asientes[92].

Aquello que cada cual te pide suplicante, se lo lleva felizmente conseguido[93]; piden, ruegan, ponen precio a tus favores[94] y ni uno solo vuelve triste,

---

martirial, G. Richard, «L'apport de Virgile à la création épique de Prudence dans le *Peristephanon*», *Caesarodunum* 3 (1969), 187-193.

[92] Para los Quirites, *vid.* nota a *Symm.* I 356.

[93] Otro elemento recurrente en la estructura de estos himnos es la enumeración de los favores del mártir a sus devotos: cf. *Perist.* I 13-20, 109-114 y 118-119; IV 197-200; V 547-548; VI 157-159; VIII 7-12; IX 3-4 y 95-106; XI 175-182 y 235-236; XIII 106; XIV 4-6, o bien la súplica de los mismos (habitualmente hacia el final de la composición, en este caso): cf. II 581-584; V 549-576; VI 160-162; X 1136-1140; XI 239-246; XIV 124-133 y *vid.* nota al v. 584. Para la figura del mártir como *patronus* (e. e. una imagen extraída del ámbito jurídico romano, de la relación del *patronus* y sus *clientes),* probablemente una ocurrencia de Ambrosio, *vid.* Palmer, *Prudentius on the martyrs,* págs. 222-223, y Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs*, págs. 19-27.

[94] Lat. *poscunt, precantur, indicant,* según la propuesta de L. Alfonsi («Nota Prudenziana», *Latomus* 10 (1951), 27-28), frente a la lectura vulgata, transmitida por los mejores códices, *poscunt, iocantur* («bromean»), *indicant,* que tiene visos de corrupción (véase sin embargo su defensa en Cunningham, «Notes on the text of Prudentius», pág. 68, o en Rebull, *Prudenci. Llibre...*, I, pág. 18). Entre las distintas propuestas de enmienda yo destacaría la de M. Lavarenne («Note sur un passage du 'Peristephanon' de Prudence», *Latomus* 8 [1949], 281-282): *poscunt, rogant et [ac* en el artículo citado; *et* en su edición] *uindicant* («piden, ruegan y reclaman») que, si bien mejora el no del todo claro *indicant,* rompe sin embargo el asíndeton tan propio del estilo de Prudencio (de hecho, los paralelos que él mismo aduce de series de tres sinónimos van todos ellos en asíndeton o polisíndeton). La conjetura de L. Alfonsi corrige conscientemente *(vid.* pág. 28, n. 2) este defecto de la anterior. No obstante, como he dicho más arriba, sigue sin convencerme plenamente la lectura *indicant,* al menos si hemos de entenderla con su sentido habitual de «hacer señales», «indicar algo» («tell» es la traducción de Thomson). He optado por traducirla como «ponen precio a tus favores» por el valor que este verbo conoció ya desde

como si siempre estuvieras disponible y a tus pupilos de la ciudad abrazaras en tu pecho suculento y los alimentaras con amor de padre.

Entre éstos, oh tú, joya de Cristo, escucha a este poeta pueblerino[95], que reconoce las faltas de su pecho y hace públicos sus actos.

Indigno soy —lo reconozco y sé— de ser escuchado por el propio Cristo, mas a través del patronazgo de los mártires se puede esta cura conseguir.

¡Escucha benigno las súplicas de Prudencio, reo de Cristo, y libra de las ataduras del siglo a este esclavo del cuerpo![96].

---

el período arcaico, e. e. «tasar», «fijar el precio de algo» (cf. el sust. *indicatura* y *vid.* p. ej. *Oxford Latin Dictionary,* s. v. *indico*[1], 4, pág. 882). El sentido sería que los fieles fijan el compromiso que asumen en el caso de que sus ruegos sean atendidos, lo que comúnmente se conoce como «promesa» en la terminología cristiana.

[95] Lat. *poetam rusticum:* interpreto (y en ello coincido con Rodríguez, *«Poeta...»,* pág. 88) que el calificativo *rusticus* opone a Prudencio con respecto a los «pupilos de la ciudad» (lat. *alumnos urbicos)* del v. 570 (y para la tradición del término y de toda la profesión de humildad que con él se inicia, *vid.* K. Thraede, *Studien zu Sprache und Stil des Prudentius,* Göttingen, 1965, págs. 61-65; *vid.* además J. Fontaine, *Naissance de la poésie dans l'occident chrétien,* París, 1981, pág. 182, esp. n. 339). La traducción «pueblerino» intenta recoger el toque de humildad evocado por el poeta (cf. en el mismo sentido Virg., *Égl.* III 84: *Pollio amat nostram, quamuis est rustica, Musam,* «A Polión le encanta mi musa, por más campesina que es ella»).

[96] A partir del v. 573 da un giro Prudencio en el canto de los favores del mártir para solicitar la intercesión de éste para su propia persona pecadora (y obsérvese, por cierto, que es ésta la única ocasión en que el poeta utiliza su nombre), con una fórmula que ha sido comparada con el final *mihi domo familiae* de las rogativas públicas *(vid.* Rebull, *Prudenci. Llibre...,* I, págs. 18-19). Para contextos análogos en la obra de Prudencio, cf. *Praef.* 43-45, *Ham.* 931-966 —el himno, por cierto, que cierra ese poema— (cf. *Cath.* III 201-205, VIII 77-80) y *vid.* nota al v. 566.

III

Himno en honor de la pasión de la muy bienaventurada mártir Eulalia

Noble de estirpe y más noble por la talla de su muerte, Eulalia, sagrada doncella, adorna con sus huesos y honra con su amor a su querida Mérida[97], a cuyas ubres se crió.

Es un lugar muy cercano a occidente el que produjo esta gloria soberbia[98], poderoso por su ciudad, rico por sus gentes, pero más poderoso por la sangre de este martirio y la lápida de su doncella.

Al cabo de tres y nueve cursos del sol cuatro veces tres inviernos había alcanzado[99] cuando, al crepitar de la pira, con su carácter indómito dejó aterrados a sus temblorosos verdugos, al tener por dulce su propio suplicio.

Ya anteriormente había dado muestras de que se orientaba hacia el trono del Padre[100] y de que su cuerpo no estaba destinado al tálamo; hasta el sonajero había rechazado, muñeca desconocedora de juegos.

---

[97] La antigua colonia *Emerita Augusta*.

[98] Lat. *decus egregium:* cf. Virgilio, *En.* VII 473; Prudencio, *Perist.* XIII 73.

[99] Es decir, había cumplido doce años. Aunque Prudencio nos tiene más que acostumbrados a este tipo de perífrasis numéricas *(vid.* nota a *Cath.* VII 38-39), en ésta se supera a sí mismo.

[100] Lat. *patris ad solium* (cf. *Perist.* VII 55, X 639): cf. Virgilio, *En.* XII 849 (cf. además Prudencio, *Cath.* III 189, *Apoth.* 585, *Tit.* 98).

Despreciaba el ámbar[101], deploraba las rosas, le asqueaban los collares de rubio oro, severo su rostro, humilde su andar, y en sus maneras aún muy jóvenes ensayaba el canoso proceder de los ancianos.

Mas cuando la peste desquiciada se alza contra los siervos del Señor y obliga sanguinaria a los cristícolas a quemar incienso, a ahumar a unos dioses mortíferos con el hígado de una res,

bramó el sagrado espíritu de Eulalia, su talante feroz se dispone a quebrantar ese violento ataque y, sin resuello su inexperto pecho ante la presencia de Dios[102], una hembra provoca armas de varones.

Pero la piadosa solicitud de su madre[103] hace que la animosa doncella quede oculta en casa, escondida en el campo y lejos de la ciudad, no sea que la brava niña, por amor a la muerte, se apresure a recibir el pago de su sangre.

Ella, asqueada ante la idea de tolerar con indigna espera las ventajas de su inactividad, de noche, sin que nadie la

---

[101] Esto es, como material precioso, especialmente para la fabricación de joyas. Para la siguiente expresión («deploraba las rosas»: lat. *flere rosas)* y sus variantes textuales, *vid.* CUNNINGHAM, «Notes on the text of Prudentius», pág. 68; REBULL, *Prudenci. Llibre...*, I, págs. 20-21. Para este cuadro de Eulalia como personaje «antisocial», esto es, contrario a los patrones de la época y por tanto abocado a la ruina, *vid.* MALAMUD, «Making a virtue...», págs. 283-287; para su madurez mental, e. e. para el tópico del *puer senilis,* PALMER, *Prudentius on the martyrs,* pág. 157.

[102] Lat. *et rude pectus anhela deo,* variante de la expresión *plena deo* que ya hemos visto anteriormente (vid. *Thesaurus linguae Latinae*, II, 68, 5-6, y la nota a *Cath.* VII 60), con ecos además en el *pectus anhelum* de la Sibila virgiliana *(En.* VI 48; comentarios interesantes de esta estrofa, en PALMER, *Prudentius on the martyrs,* págs. 157-159, y en MALAMUD, «Making a virtue...», págs. 285-286).

[103] Lat. *pia cura parentis:* cf. VIRGILIO, *En.* I 646 y III 341. Para el sentido familiar, no religioso, del adjetivo «piadoso» en contextos como éste, véase la nota a *Apoth.* 555-556.

vea, sale afuera, abre en su fuga la cerca que la rodea y a continuación echa a andar por aquellas soledumbres.

Avanza, con los pies desgarrados, por lugares enmarañados de brozas[104] y zarzas, acompañada por el coro de los ángeles y, aunque en medio del silencio hirsuto de la noche, cuenta ella sin embargo con la guía de la luz.

Del mismo modo el noble tropel de nuestros ancestros contó con la columna de un rayo que, capaz de atravesar las tinieblas, con su foco diáfano les proporcionó una senda en medio de la noche, haciendo desaparecer el caos[105].

No de otra forma se ganó su día la piadosa doncella siguiendo la senda en la noche y no fue enterrada por las tinieblas, pues huía de los reinos de Canopo y disponía su camino por encima de los astros[106].

Ella, rauda y con paso desvelado, recorre muchas millas antes de que la región de Oriente abra el firmamento; de mañana, soberbia se presenta ante el tribunal y se planta en medio de los haces[107],

gritando: «¿Qué locura es, contestadme, echar a perder vuestras almas, prosternar sobre cantos pulidos[108] unos cora-

---

[104] Lat. *per loca senta situ:* cf. VIRGILIO, *En.* VI 462 y *vid.* los comentarios de PALMER, *Prudentius on the martyrs,* págs. 160-161, y ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 92 y 96.

[105] Los ancestros son los hebreos (cf. *Éxodo* 13.21, 14.20); el caos equivale aquí a la oscuridad profunda.

[106] Para Canopo, aquí sinécdoque de Egipto (éste, a su vez, metáfora del mundo pecador), *vid.* nota a *Symm.* II 920; para el destino estelar del martirio, nota a *Cath.* X 92. Un interesante comentario de este pasaje puede verse en ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* pág. 103.

[107] Es decir, de los magistrados (*vid.* nota a *Symm.* II 423).

[108] Es decir, las estatuas de los dioses paganos. Para la precisión «pulidos», que en principio alude a la condición de piedra tallada de estas estatuas pero que también podría ser referencia a su desgaste físico por efecto de la continua adoración, véase la nota a *Apoth.* 457. Para el eco

zones malamente generosos de sí mismos y negar a Dios, padre de todas las cosas?

¿Buscáis, oh tropa digna de lástima[109], la grey de los cristícolas? Aquí estoy yo. Enemiga de los rituales demoníacos, aplasto bajo mis pies vuestros ídolos, reconozco a Dios con mi pecho y mi boca.

Isis, Apolo y Venus no son nada y el propio Maximiano nada es: aquéllos no son nada por cuanto hechos con las manos, éste por cuanto rinde culto a cosas hechas con las manos; vana cosa en ambos casos y en ambos casos nada[110].

Que Maximiano, señor poderoso y sin embargo él mismo cliente[111] de unas piedras, prostituya y ofrende a sus dioses él mismo su propia cabeza, pero ¿por qué golpea el pecho de gentes biennacidas?

Ese buen caudillo[112], ese excelente juez se alimenta de sangre inocente y, ávido de los cuerpos de los píos, desgarra sus entrañas sobrias y goza atormentando la fe.

Así que ¡vamos, verdugo, prende fuego, corta, despedaza mis miembros pegados con barro! Es fácil deshacer una

---

virgiliano de la expresión «¿Qué locura...?» *(quis furor)*, cf. p. ej. *En.* V 670.

[109] Lat. *o miseranda manus:* cf. VIRGILIO, *En.* XI 259. Para los «cristícolas», *vid.* nota a *Cath.* III 56; para la expresión «Aquí estoy yo» *(en ego sum)*, cf. VIRGILIO, *En.* V 672 (VII 452); para «aplasto bajo mis pies vuestros ídolos» *(idola protero sub pedibus)*, cf. *Cath.* III 150, *Perist.* XIV 112.

[110] Maximiano fue colega de Diocleciano en el puesto de emperador (286-305 d. C.) y tenía Hispania bajo su cargo. Para la diosa egipcia Isis, *vid.* nota a *Symm.* I 630.

[111] Es decir, en su sentido antiguo romano: el cliente era alguien que se colocaba bajo la protección de otro ciudadano más poderoso que él, el «patrono», a quien debía ciertas consideraciones.

[112] Lat. *dux bonus:* cf. HORACIO, *Odas* IV 5, 5; PRUDENCIO, *Cath.* V 1, *Symm.* I 618, *Psych.* 348 (cf. *Psych.* 11, *Perist.* XII 47).

cosa frágil, pero la punzada del dolor no penetrará en las honduras de mi alma».

Desatadas las iras del pretor por tales palabras, éste dice: «¡Agárrala y túmbala, lictor, y cúbrela de tormentos! Que sienta que existen los dioses patrios y que no es poca cosa el poder del emperador.

¡Cómo desearía, sin embargo, antes de tu muerte, si puede ser, hacer desaparecer tu perversión, torva chiquilla! ¡Piensa qué alegrías tan grandes estás segando, aquellas que te procura el honor del matrimonio!

Arruinada, tu casa te sigue con lágrimas y gime angustiada la nobleza de tu estirpe porque mueres en la tierna flor de la edad, muy cerca de la dote y el tálamo.

¿No te dice nada el dorado boato del matrimonio, nada el venerable cariño de tus mayores, a los que con tu temeridad estás atormentando? Mira, aquí están preparados los aparejos para una muerte atroz.

La espada herirá tu cabeza, o bien las fieras despedazarán tu cuerpo, o serás entregada, entre gritos y llanto de los tuyos, a la fumífera hoguera y te disiparás convertida en ceniza.

Dime ¿qué esfuerzo te supone librarte de estos tormentos?[113]. Si quisieras, doncella, con buena voluntad estirar levemente tus dedos y tocar una pizca de sal y un poquito de incienso, desaparecería este grave castigo».

Nada responde la mártir a eso, sino que, de hecho, grita y escupe sobre los ojos del tirano, desparrama después las

[113] Nótese que esta pregunta es el contrapunto, temático y aun fraseológico, de la que Eulalia formuló en los versos 66-70.

estatuillas y escarba con el pie en la sagrada harina colocada en los pebeteros[114].

Y no esperaron más[115]; dos verdugos desgarran su pecho de junco, los garfios oprimen ambos costados de la doncella y cortan hasta el hueso, mientras Eulalia va contando cada marca.

«Mira, Señor, se escribe tu nombre sobre mí. Qué alegría leer estos signos que marcan, Cristo, tus triunfos. Hasta la misma púrpura de la sangre derramada dice tu santo nombre»[116].

Estas cosas cantaba contenta e impávida, sin lloros ni gemidos. De su alma está ausente el duro dolor y sus miembros, embadurnados con su sangre fresca, lavan su piel con manantial nuevamente cálido.

A continuación, la última tortura, que no es un desgarramiento hiriente hasta la armazón de sus huesos ni el labrado de su piel, sino que por doquier llamas de antorchas se ensañan con sus costados y su vientre.

Su fragante cabello había caído sobre su cuello, esparciéndose por sus hombros[117], a fin de dejar ocultos su pudoroso pudor y su encanto virginal tras este velo de su cabeza,

---

[114] Obsérvese que, para la descripción de la violenta respuesta de Eulalia —concretamente en la expresión *pede prosubigit* («escarba con el pie»)—, Prudencio echa mano de un pasaje de Virgilio (*Geórg.* III 256) en que éste describe las maneras de un animal fogoso, aunque en este caso el brío proviene nada menos que de la fogosidad del celo. Para la harina sagrada, *vid.* nota a *Symm.* I 203.

[115] Lat. *nec mora*: para esta expresión, véase la nota a *Apoth.* 755. Para la crudeza de descripciones como la que sigue, véase la *Introducción,* págs. 91-92.

[116] Para la metáfora de la escritura en Prudencio y su tradición previa, *vid.* Thraede, *Studien...*, págs. 79-140 y, para este pasaje en particular, págs. 119-121.

[117] Lat. *inuolitans umeris:* cf. Horacio, *Odas* IV 10, 3. Con la siguiente expresión «pudoroso pudor» recojo el lat. *pudibunda pudicitia*.

y crepitando, la llama vuela sobre su rostro y, acrecentada entre su cabellera, ocupa su cabeza y rebasa la cima de su cráneo. La doncella, ansiando rápida muerte, busca y bebe el fuego por su boca[118].

Entonces salta al punto entre las llamas una paloma más blanca que la nieve: se la vio abandonar la boca de la mártir y dirigirse a los astros; era éste el espíritu de Eulalia, de lechoso candor, rápido, inocente[119].

Lánguido cae su cuello al marchar el alma y se apaga la fogosa pira; se concede la paz a sus miembros exánimes; en los aires su espíritu bate alas triunfales y busca volando los templos excelsos.

También el propio esbirro[120] vio al ave salir públicamente de la boca de la muchacha; pasmado y atónito salta y huye de sus propios actos, y aterrado huye también el lictor.

He aquí que el invierno glacial[121] deja caer nieve y cubre todo el foro y cubre al mismo tiempo el cuerpo de Eulalia, que yacía bajo el cielo helado, haciendo las veces de pequeño manto de lino.

Deje paso el amor de las personas que con sus lágrimas acostumbran a tributar las supremas honras, deje paso también el cumplimiento del llanto: son los propios elementos los que, a la orden de Dios, celebran, doncella, tus exequias.

---

[118] Véase la nota a *Perist.* I 50.

[119] Para el milagro, *vid.* nota a *Perist.* I 82.

[120] Con este término despectivo (lat. *satelles:* cf. *Perist.* V 13, VI 121) designa seguramente al pretor (cf. v. 97), esbirro o acólito del emperador.

[121] Lat. *glacialis hiems:* cf. Virgilio, *En.* III 285. Obsérvese la prosopopeya, de corte clásico, de la naturaleza doliente. Compárese, además, esta alusión a la nieve con la que hace F. García Lorca en la tercera parte («Infierno y Gloria») de su *Martirio de Santa Olalla,* si bien el poeta granadino insiste en el elemento blanco como frío y desolación en que queda el frágil cuerpo mutilado de Eulalia, mientras que Prudencio lo convierte, como vemos, en un elemento aliado.

Ahora es Mérida[122] el lugar de su tumba, ilustre colonia de Vetonia atravesada por el memorable río Ana, que violento lava las bellas murallas con sus verdes aguas.

Aquí, donde el brillo, forastero y auctóctono[123], del vistoso mármol ilumina los atrios protectores, aquí está la tierra venerable que guarda en su seno sus restos y sagradas cenizas.

En lo alto, techos brillantes lanzan sus resplandores desde áureos artesonados, y piedras recortadas matizan el suelo de tal forma que se podría pensar que son prados cuajados de rosas que se arrebolan con las tonalidades de mil flores.

¡Arrancad purpúreas violetas, segad sanguino azafrán! Éstos no faltan a este invierno nupcial[124], el hielo se entibia y mulle los campos hasta abarrotar de flores nuestros cestos.

¡Niñas y niños, dadle esos dones cogidos de las hojas frondosas! Por mi parte, en medio del coro yo le llevaré

---

[122] Comienza el elogio de la sede del sepulcro *(vid.* nota a *Perist.* II 530). El río Ana (así, *Ana,* en Prudencio, frente a la forma habitual *Anas),* mencionado a continuación, es obviamente el Guadiana.

[123] Aplicados al brillo por hipálage, estos adjetivos insinúan la doble procedencia de los mármoles del templo. Nótese además la hendíadis que cierra la estrofa.

[124] Lat. *genialis hiems:* cf. Virgilio, *Geórg.* I 302, y véanse los vv. 176 *(glacialis hiems)* y 105 *(genialis honor)* de este mismo himno. Con esta expresión Prudencio viene a insinuar que Eulalia (cuya fiesta se celebraba el 10 de diciembre) es la desposada de Cristo *(vid.* Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 98-100, quien además entiende alegóricamente la ofrenda floral que aquí se menciona: es decir, las flores son virtudes espirituales). De otra parte, debo al Prof. V. Cristóbal la sugerencia de que aquí nos encontramos ante lo que él denomina un anti-*carpe diem* cristiano: Prudencio se sirve de la imagen de la flor y del aviso de que es preciso cortarla, tan propios ambos de la imaginería del tópico, pero en un contexto radicalmente distinto, opuesto incluso: ahora son las flores del martirio las que hay que cortar.

guirnaldas trenzadas con pie dactílico[125], insignificantes y ajadas, pero festivas.

Así deseo venerar sus huesos y el altar sobre sus huesos situado; ella, colocada a los pies de Dios[126], lo ve desde arriba y, ganada a nuestra causa por mi canto, tutela a su pueblo.

IV

Himno en honor de los dieciocho santos mártires de Zaragoza

Nuestro pueblo guarda bajo un único sepulcro las cenizas de nueve pares[127] de mártires: Zaragoza llamamos a la ciudad que alberga tan gran tesoro.

Esta casa llena de grandes ángeles no teme la caída del mundo frágil, pues lleva en su seno tantos dones que ofrecer en bloque a Cristo.

---

[125] Recuérdese que este verso está compuesto en ritmo dactílico. Para alusiones análogas, cf. *Cath.* III 28, IX 1; *Epil.* 7-8 y *Perist.* VI 162, inserto este último pasaje en un contexto análogo de súplica y exaltación final del mártir.

[126] Cf. *Apocalipsis* 6.9. Para estas últimas seis estrofas, *vid.* J. San Bernardino, «*Eulalia Emeritam suam amore colit:* consideraciones en torno a la fiabilidad de un testimonio prudenciano *(Pe.* 3.186-215)», *Habis* 27 (1996), 205-223, articulo en el que el autor defiende la tesis de una presencia efectiva del poeta en el templo y en la celebración que aquí se describe.

[127] Lit. «dos veces nueve» *(bis nouem)*. Para estas perífrasis, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39. Un análisis del contexto histórico de este himno puede verse en Fatás, «La Antigüedad...», págs. 190-197.

Cuando Dios, agitando su refulgente diestra[128], venga apoyado en una nube roja a poner para los pueblos su justa balanza de peso preciso,

de los confines del gran orbe vendrán apresuradamente a Cristo, alzando sus cabezas, cada una de las ciudades, trayendo en canastos sus preciadas ofrendas[129].

Cartago la africana mostrará tus huesos, doctor Cipriano de facunda boca. Córdoba dará a Acisclo y Zoilo y otras tres coronas[130].

Tú ofrendarás a Cristo tu bella diadema de tres gemas, Tarragona, madre de hombres piadosos, para quien Fructuoso hiló una cinta con estos ribetes[131].

Éste es el nombre de la gema cosida a tu banda; a su lado brillan dos piedras gemelas y arde parejo el resplandor de ambas con fuego radiante.

Será la gloria de Félix la que presentará la pequeña Gerona, rica por su cuerpo sagrado. Nuestra Calahorra llevará a los dos que veneramos[132].

Barcelona se alzará confiada en su ilustre Cucufato y también Narbona, hermosa por Pablo, y la próspera Arles será la que te tenga a ti, santo Ginés.

---

[128] Lat. *cum deus, dextram quatiens coruscam:* cf. Séneca, *Fedra* 155-157; Virgilio, *Geórg.* I 328-329. Para el fondo, cf. *Mateo* 24,30.

[129] Lat. *pretiosa portans / dona canistris:* cf. Virgilio, *En.* VIII 180-181.

[130] Cipriano fue obispo de Cartago y a su martirio está dedicado el poema XIII de esta colección. Para las «otras tres coronas» de Córdoba, Lavarenne *(Prudence,* IV, pág. 65, n. 1) apuntó los nombres de Fausto, Jenaro y Marcial.

[131] Al martirio de Fructuoso, Augurio y Eulogio, aludidos en la siguiente estrofa, va asimismo dedicado el poema VI.

[132] Para el alcance de esta expresión en la fijación de la patria de Prudencio, véase la *Introducción,* pág. 10. Los dos mártires a que se hace referencia son Emeterio y Celedonio, cantados en el poema I.

La ciudad que es capital de los burgos lusitanos cogerá presta las cenizas de su niña adorada, las llevará a Cristo y las ofrecerá ante su propio altar[133].

Será la alegría de Compluto[134] traer en su regazo la sangre de Justo y Pastor junto a él, dos bandejas y un regalo doble: los miembros de ambos.

Su Tánger natal, concurrido mausoleo de los reyes masilios, traerá a Casiano[135], cuyas cenizas sometieron a sus gentes y las pusieron bajo el yugo de Cristo.

Unas pocas agradarán a Dios por un único testigo[136] de Cristo, algunas por dos o tres e incluso por cinco, después de haber ofrecido estas sus víctimas en prenda.

Diez y ocho santos portarás tú, Zaragoza, devota a Cristo, tu cabeza ceñida de dorada oliva, honor de la paz[137].

Tú sola has dispuesto tan nutrido tropel de mártires para su encuentro con el Señor, tú sola, tan rica en piedad, gozarás de luz a raudales.

Apenas es digna la populosa madre del mundo púnico, apenas la propia Roma, situada en el trono, de superarte en esa ofrenda a ti, orgullo nuestro[138].

---

[133] Alusión a Mérida y Eulalia, motivo del himno anterior.

[134] La actual Alcalá de Henares.

[135] Se trata de un Casiano distinto de aquel a quien se dedica el *Himno IX*. Los masilios, por otra parte, eran un pueblo de Numidia, en el norte de África. Por último, la siguiente referencia a las «gentes» de África puede entenderse tanto en el sentido de «pueblos» como en el de «gentiles», esto es, los paganos convertidos por el santo.

[136] Es decir, mártir: *vid.* nota *Perist.* I 21.

[137] Para el olivo como símbolo de la paz, cf. *Ham.* 366.

[138] Lat. *decus nostrum:* cf. Virgilio, *En.* VI 546. La «madre del mundo púnico» es Cartago, cuna de importantes figuras del Cristianismo como Tertuliano y Cipriano.

La sagrada sangre inmolada cerró todas las puertas al linaje de los odiosos demonios y mantuvo a las negras tinieblas lejos de esta ciudad purificada.

Ningún horrible espectro se esconde en su interior, pues este azote fue expulsado y huyó de su pueblo; Cristo habita en sus plazas todas, Cristo está en todas partes.

Creerías que es la patria que se debe a las sagradas coronas de los mártires, aquélla desde donde se alza y busca el cielo el níveo [139] coro de su nobleza togada.

Ahí nació, Vicente, la palma de tu victoria, aquí alcanzó el clero tan importante triunfo, aquí la casa, coronada de ínfulas, de los sacerdotes Valerios [140].

Cada vez que el terrible ciclón de las antiguas tormentas [141] asoló e hizo temblar el orbe, una rabia más aciaga volcó su saña sobre ese templo.

Y no hubo golpe de aquella locura que se desvaneciera sin gloria para nosotros o quedara exento de nuestra ilustre sangre: el número de mártires creció siempre bajo cada temporal.

Tú, Vicente, aunque habías de ser muerto como mártir en otra parte, ¿no marcaste en estas tierras con el rocío de tu sangre la imagen de tu porvenir, cuando estaba tu muerte cercana? [142].

---

[139] Para este adjetivo, *vid.* nota al v. 145.

[140] A Vicente, natural de Zaragoza aunque muerto cerca de Sagunto, se dedica el próximo poema (cf. además los vv. 97-100 de este mismo). Para el atributo pagano de las ínfulas, aquí aplicado a sacerdotes cristianos, *vid.* nota a *Cath.* IX 5.

[141] Esto es, las persecuciones a los cristianos.

[142] Según cuenta Eugenio de Toledo (med. s. VII) en su *Epigramma de basilica S. Vincentii in Caesaraugusta (P.L.* 87, col. 361), Vicente sufrió en Zaragoza una hemorragia nasal (Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 220, n. 1 a la pág. 67). Para «el rocío de tu sangre» (lat. *sanguinis rore),* cf. Virgilio, *En.* XII 339-340; Estacio, *Teb.* V 590.

Esto lo honran sus conciudadanos, como si su tierra patria encerrara el propio cuerpo y, albergándolos en la tumba de su familia, guardara los huesos del bienaventurado mártir.

Él es nuestro[143], por más que, habiendo sufrido su pasión lejos de aquí, en ciudad desconocida, con su victoria casualmente concediera la gloria de su sepultura a un lugar cercano a las playas de la alta Sagunto.

Es nuestro y es en nuestros gimnasios donde, de niño, ungido del arte de la virtud y del aceite de la fe[144], aprendió a domeñar con sus fuerzas al bárbaro enemigo.

Sabía que en ese templo se habían alcanzado ocho y diez[145] nombradas victorias y, aleccionado por los laureles de su patria, alcanzó el mismo premio en su carrera.

Aquí también, Engracia, reposan los huesos de tus virtudes, con las que amancillaste, violenta doncella, el espíritu de un mundo embrutecido.

A ninguno de los mártires le fue dado habitar nuestras tierras conservando la vida, tú sola, sobreviviente a tu propia muerte, vives en el mundo.

Vives y reconstruyes el proceso de tu tormento y, reteniendo lo que hubiera sido el despojo de tus carnes cercenadas, nos cuentas qué amargos son los tajos de tus espantosas heridas.

El despiadado torturador[146] despedazó todo tu costado, tu sangre se perdía, tus miembros fueron lacerados, tu seno

---

[143] Para el patronazgo de Vicente sobre Zaragoza desde época antigua, *vid.* FATÁS, «La Antigüedad...», pág. 183.

[144] Para un zeugma y contexto análogos, véase la nota a *Symm.* II 517-518.

[145] Lit. «ocho veces y diez veces» (lat. *octies... deciesque):* para este procedimiento expresivo, véase la nota a *Cath.* VII 38-39.

[146] Lat. *barbarus tortor:* cf. HORACIO, *Odas* III 5, 49-50, y PRUDENCIO, *Perist.* I 47.

fue arrancado y el pecho quedó abierto bajo el corazón mismo.

Es menor el precio que se paga cuando se alcanza al cabo la muerte, pues ésta, anulando el dolor envenenado, concede rápido descanso a los miembros con su sueño final.

Largo trecho te embargó una herida abierta y el dolor quemante se aferró[147] largo tiempo a tus venas, mientras humor corrompido consume tus tuétanos y los va pudriendo.

Aunque la espada envidiosa de tu perseguidor te negara la muerte definitiva, con todo, mártir, un suplicio completo te otorga la corona como si hubieras muerto.

Vimos que un trozo de tus entrañas[148] yacía arrancado a lo lejos con la señal de unos garfios clavados: la pálida muerte posee algo de ti aunque tú al mismo tiempo estés viva.

Fue el propio Cristo quien concedió a nuestra Zaragoza[149] el disfrute de este honor sin precedentes: ser la casa consagrada de una mártir en vida.

Así que, sagrada por tus seis tríos de mártires de blanco ropaje[150], rica por Optato y Luperco a un tiempo, sigue tú cantando en tus salmos a ese senado por ti alistado.

Proclama a Suceso, canta a Marcial, sea objeto asimismo de tus sinfonías la muerte de Urbano, que tus cánticos hagan sonar el nombre de Julia así como el de Quintiliano.

---

[147] Lat. *dolor haesit:* cf. CICERÓN, *Filípicas* II 64; CLAUD., *Ruf.* II 280.

[148] Lit. «de tu hígado», aunque parece referirse al seno que le fue arrancado (cf. v. 123).

[149] Para las posibles implicaciones de esta expresión, vid. *Introducción,* pág. 9.

[150] Lat. *ter senis sacra candidatis:* el color blanco simboliza la pureza (cf. v. 75; *Apoth.* 536; *Symm.* I 546; *Perist.* I 67, I 89; V 373; VI 139; XI 203; XIII 86-87; XIV 93; además, cf. *Mateo* 17.2; *Apocalipsis* 3.5, 6.11 y véase ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* pág. 49, n. 27). Para la perífrasis en la expresión del numeral, *vid.* nota al v. 106.

Que el coro narre la historia de Publio y rememore qué grande fue el trofeo de Frontón, qué cosas soportó el valiente Félix, cuáles el bravo Ceciliano,

cuánta sangre tiñó, Evocio, tus luchas, cuánta las tuyas, Primitivo, y que entonces perdurable alabanza recuerde, Apodemo, tus triunfos.

Queda todavía por ensalzar el nombre de cuatro varones a los que el metro se resiste[151]: Saturninos cuenta la antigua tradición que se les llamaba.

El amor hacia sus nombres dorados se cura poco de las reglas del verso y el empeño en hablar de los santos no es nunca incorrecto ni tosco[152].

---

[151] Se resiste la mención genérica de estos cuatro mártires como «Saturninos», pues la cantidad larga de la *a* de este nombre obliga a Prudencio a abrir el endecasílabo sáfico con una secuencia de dos sílabas largas en lugar de la esperable, e. e. larga-breve, de ahí la excusa de la estrofa siguiente (y para el uso de este mismo vocablo en contexto idéntico por parte de Sidonio Apolinar, *vid.* Rodríguez, *«Poeta...»,* pág. 160). Según Thomson *(Prudentius,* II, pág. 167, n. *a),* a partir del poema de Eugenio de Toledo antes mencionado, estos cuatro mártires podrían identificarse tal vez como Casiano, Jenaro, Matutino y Fausto, si bien cabe objetar que estos nombres encajan todos en la estrofa sáfica, incluso el de Matutino, que, a pesar de las tres largas seguidas, podría haberse servido de la ambivalencia admitida desde antiguo para la cuarta sílaba del endecasílabo, más aún teniendo en cuenta que precisamente Prudencio *siempre* utiliza una larga para ese contexto *(vid.* J. Luque, *La versificación de Prudencio,* Granada, 1978, pág. 101, y, para una discusión sobre estos nombres, Fatás, «La Antigüedad...», págs. 194-195, y Palmer, *Prudentius on the martyrs,* págs. 241-242). Para excusas análogas del obstáculo del metro, cf. Horacio, *Sat.* I 5, 87; Ovidio, *Ponto* IV 12, 9-16; Marcial, IX 12, 10-17. Véase, en fin, Fatás, «La Antigüedad...», pág. 193 y n. 8, donde se defiende que sencillamente «nadie conocía ya, en tiempo de Prudencio, el nombre de los cuatro mártires».

[152] Entiéndase, en el sentido técnico.

Plena medida del arte es recitar para Cristo las formas de sus nombres tal como se han transmitido, las que tiene el libro celestial que habrá de abrirse llegado el momento[153].

Entonces un ángel, en presencia del Padre y del Hijo, recordará a estos ocho y diez santos que ostentan el gobierno de una sola ciudad por el derecho que les confiere el estar sepultados en ella.

Es más, al antiguo número se añadirán la niña que siguió viva tras modélico suplicio y la muerte de Vicente, quien encontró en ella la fuente de su sangre y de su gloria;

agréguense[154] (pues no han de silenciarse) Gayo y tú, Cremencio, a quienes cupo recibir honor sin sangre en su lid secundaria[155] por la gloria.

Por reconocer al Señor ambos se alzaron bravamente contra los improperios de los ladrones, ambos degustaron ligeramente el sabor del martirio.

Perdón pide para nuestros deslices esta tropa situada al pie del altar eterno[156], protegida por esta madre de próceres purpurados.

---

[153] Cf. *Apocalipsis* 20.12. Nótese la evocación de la terminología métrica al comienzo de la estrofa.

[154] Esta y la siguiente estrofa (vv. 181-188) no aparecen en *A*, el manuscrito más antiguo, y fueron por ello secluidas por Bergman. Para la expresión del siguiente paréntesis (lat. *nec enim silendi)*, cf. HORACIO, *Odas* I 12, 21.

[155] Sigo así la propuesta de Arévalo para interpretar este oscuro sintagma (lat. *ex secundo agone),* frente a la otra posibilidad, recogida por Thomson, e.e. «en su lid victoriosa». El primer sentido sugiere que el sufrimiento de estos hombres por defender su credo, por cuanto no culminado con la muerte, es secundario en comparación con el martirio completo. Hay que reconocer que esta explicación plantea problemas sobre la situación análoga de Engracia, si bien conviene tener en cuenta que, aunque no ejecutada, aquélla sí murió a consecuencia de las heridas infligidas durante el martirio *(vid.* REBULL, *Prudenci. Llibre...*, I, págs. 22-23).

[156] Cf. *Apocalipsis* 6.9. La madre mencionada a renglón seguido es Zaragoza.

Venga, lavemos[157] nosotros con piadoso llanto los trazos del mármol con que está cubierta mi esperanza de desatar los lazos de mis grilletes.

Prostérnate toda tú junto conmigo, noble ciudad, ante estos santos sepulcros; después, cuando vuelvan a alzarse sus almas y cuerpos, toda tú marcharás en pos de ellos[158].

V

Pasión del mártir san Vicente

Bienaventurado mártir, haz propicio tu día triunfal, en el que se te da, Vicente, la corona como premio de tu sangre[159].

Este día en que venciste a tu verdugo y a tu juez te elevó al cielo desde las tinieblas del siglo y te devolvió victorioso a Cristo.

Ahora, en compañía de los ángeles luces radiante la gloriosa estola que como testigo[160] indomable con ríos de tu sangre bañaras,

---

[157] Lat. *date, perluamus:* cf. Virgilio, *En.* IV 683-684.

[158] Para estas señales de agradecimiento de los mártires, *vid.* nota a *Perist.* II 566.

[159] Para la «corona» del martirio, *vid.* nota a *Perist.* I 4. Para la idea, cf. *Apocalipsis* 2.10, *Timoteo* II 2.5. Para la fraseología del v. 2 (lat. *diem triumphalem tuum),* cf. Horacio, *Epod.* VIII 12. Por otro lado, recuérdese que a la figura de este mártir nacido en Zaragoza se han dedicado los vv. 77-108 del himno anterior.

[160] Esto es, mártir *(vid.* nota a *Perist.* I 21). Para la estola, cf. *Apocalipsis* 6.11 y 3.5.

cuando el esbirro[161] del ídolo, armado de negras leyes, te empujaba con hierro y grilletes a hacer sacrificios a los dioses gentiles.

Y al principio, para convencerte, con tono zalamero te había dicho suaves palabras, cual lobo embaucador que primero juguetea con el choto que pretende arrebatar.

Dice: «El rey mayor del orbe, que ostenta el cetro de Rómulo, decretó que todo se sometiera a los antiguos cultos de los dioses.

Vosotros, nazarenos, asistid y despreciad vuestro tosco rito. Estas piedras que el emperador venera, aplacadlas con humo y con víctimas».

Entonces Vicente, levita[162] de la tribu sagrada, ministro del altar de Dios, una de las siete columnas de lechosa blancura, grita:

«Presidan tu vida esas deidades, rinde tú culto a piedras, ríndeselo tú a un madero, hazte tú pontífice muerto de unos dioses muertos;

nosotros, Daciano, reconoceremos al Padre, creador de la luz[163], y a Cristo su hijo, el único y verdadero dios».

Entonces aquél, más inquieto ya: «¿Osas, desdichado[164] », dice, «transgredir con inamigables palabras esta autoridad de dioses y emperadores,

---

[161] Aquí, el juez. Para el vocablo (lat. *satelles)*, cf. *Perist.* III 171.

[162] Esto es, diácono, como Lorenzo (cf. *Perist.* II 39). Para las «siete columnas», cf. *Hechos* 6.1-6 y *Proverbios* 9.1.

[163] Cf. *Juan* I 1.5 y 1.7 (cf. *Gén.* 1.3 y *Cor.* II 4.6). Daciano fue gobernador de Hispania a las órdenes del emperador Maximiano (para éste, véase la nota a *Perist.* III 80).

[164] Lit. «no feliz» *(non felix):* cf. HORACIO, *Epod.* XII 25.

autoridad tanto sagrada como pública a la que se somete el género humano, y no te mueve el peligro que amenaza tu hirviente juventud?

Entiende pues mi decisión: o rezas ahora mismo ante este altar con ofrendas de incienso y césped[165] o sufres una muerte sangrienta».

Responde aquél, de su parte: «¡Vamos entonces, todas tus fuerzas, todo tu poder, muéstralos, públicamente me niego!

Escucha cuál es nuestra voz: Dios es Cristo y el Padre; somos sus siervos y testigos[166] ¡Arráncanos, si puedes, la fe!

La tortura, la cárcel, los garfios, la silbante lámina al rojo vivo y hasta la última de las penas, la muerte, es una nadería para los cristianos.

¡Oh insustancial vanidad la vuestra y obtuso decreto el del César! Nos ordenáis rendir culto a deidades adaptadas a vuestra manera de entender,

talladas por mano de artesano y recocidas con huecos fuelles, que carecen de voz, de andares, inmóviles, ciegas, mudas.

---

[165] Como bien señala LAVARENNE *(Prudence,* IV, pág. 75, n. 2), tuerce aquí Prudencio (y, añádase, en *Apoth.* 187) los hechos al convertir en ofrenda a los dioses el césped, cuando éste tan sólo fue materia eventual para la fabricación de altares improvisados. La razón es seguramente el simple deseo de nuestro poeta de asociar dos vocablos que él recuerda cercanos en HORACIO, *Od.* I 19, 13-14 y III 8, 2-4 (para un procedimiento semejante, cf. *Symm.* II 567). Es cierto que este error aparentemente se repite, sin la concurrencia del incienso, en *Perist.* X 186-187 («¿ante qué altar ordenas que humee mi césped con el sacrificio de un carnero?»), pero en realidad ahí no se dice necesariamente que el césped sea la ofrenda, sino que humea, probablemente por efecto de la quema del animal.

[166] *Vid.* nota a *Perist.* I 21.

En su honor se alzan suntuosos templos de espléndido mármol, en su honor caen golpeados por el hacha los cuellos de mugientes toros.

'Pero hay también espíritus en ellos'[167]; los hay, pero son maestros del mal y tramperos de vuestra salvación, erráticos, descomedidos, asquerosos,

que a escondidas os incitan y empujan a todo crimen, a masacrar a los justos, a hostigar al pueblo de los píos.

Saben en su fuero interno y sienten que Cristo es poderoso y vive y que está a punto de llegar su reino, temible para los infieles.

Claman, reconociéndolo al fin, cuando son expulsados del escondrijo de la carne[168] por la virtud y el nombre de Cristo, dioses y al mismo tiempo demonios».

No sufrió el juez sacrílego las atronadoras palabras del mártir; grita: «¡Tapadle la boca, que no siga profiriendo barbaridades!

Acallad su voz y traedme rápidamente a los lictores, aquellos de mano experta que se ceban con la carne de los reos[169].

---

[167] Para la presencia del adversario ficticio, *vid.* nota a *Apoth.* 284.

[168] Así (lat. *uiscerum),* entre otros, el códice *A;* otros manuscritos dan *corporum* («de los cuerpos»): en cualquier caso se trata de una alusión al exorcismo (para este motivo, *vid.* nota a *Apoth.* 414). Para la expresión final de esta estrofa, cf. *I Corintios* 10.20-21.

[169] Lat. *illos reorum carnibus / pastos manuque exercitos,* texto de *TES,* frente al transmitido por otros códices (entre ellos *A)* y admitido por no pocos editores desde Bergman, e.e.: *illos reorum Plutones / pastos resectis carnibus* («aquellos Plutones de los reos que se ceban con sus carnes retazadas»). Esta segunda lectura, si bien da pleno sentido, tiene en su contra la abreviación de la *o* de *Plutones,* sin correlato en la obra de Prudencio (cf. *Symm.* I 367 y 398) pero sí comparable con otro verso claramente espurio: para más detalles, *vid.* G. MEYER, *«Prudentiana», Philolo-*

Haré que este ultrajador sienta la ley del pretor, para que no se haya divertido impunemente destruyendo a nuestros dioses.

¿Es que tú solo, cabezota, vas a pisotear los rituales tarpeyos[170], tú solo, además, vas a pasar por encima de Roma, del senado, del César?

Atadlo[171] con los brazos retorcidos a la espalda y tirad de él por arriba y por abajo hasta que cruja la juntura de sus huesos, descuajada miembro a miembro.

Después, con tajos bien abiertos desnudad el interior de sus costillas, para que a través del hueco de sus heridas palpite su hígado al descubierto».

Se reía de esto el soldado de Dios, increpando aquellas manos ensangrentadas porque el garfio que tenía clavado no entraba más hondo en sus miembros[172].

Y ya toda la potencia de aquellos hombres robustos había desaparecido arrancando sus entrañas, y su esfuerzo, sin aliento, había extenuado los músculos cansados de sus brazos; él, en cambio, tanto más alegre ilumina su frente serena, libre de toda maraña, porque está viendo, Cristo, tu presencia.

«¿Qué cara es ésa? ¡Qué bochorno!», decía furioso Daciano. «¡Está disfrutando, sonriendo y provocando, más bravo el torturado que el torturador!

---

gus 87 (1932), 249-260 y 332-357 (pág. 256). Para la expresión «cebarse con la carne», cf. *Perist.* VI 17.

[170] Es decir, romanos (*vid.* nota a *Apoth.* 508).

[171] Comienza aquí la pormenorizada descripción de la tortura. Para estos detalles, vid. *Introducción,* págs. 91-92.

[172] Para esta actitud desafiante y heroica en los mártires, véase la nota a *Perist.* I 82.

Aquella violencia ejercitada en la muerte de tantos malhechores, de nada aprovecha en esta lid; es vencido el arte de hacer sufrir[173].

Y vosotros, pupilos de la cárcel, pareja que hasta ahora no me habéis fallado, refrenad por un momento vuestras manos a fin de que vuestro agotado vigor recobre aliento.

Cuando las llagas vuelvan a estar bien secas al unirse la cicatriz de la sangre ya fría, las reventará vuestra mano hurgando de nuevo».

Con estas palabras contesta por contra el levita: «Si ves que se agota ya el valor de tus perros ¡vamos, tú, verdugo mayor,

enséñales cómo pueden destazar los recodos profundos, mete tú mismo las manos y bebe los arroyos hirvientes de mi sangre!

Te equivocas, sanguinario, si crees que me infliges castigo cuando despedazas y matas mi cuerpo sujeto a la muerte.

Hay otro ser, hay dentro de mí alguien[174] a quien nadie puede hacer violencia, libre, tranquilo, indemne, exento de tristes dolores.

Esto que te empeñas en arruinar con las poderosas fuerzas de tu saña es una deleznable vasija de barro[175], abocada a romperse de un modo u otro.

Así que ¡venga, intenta ahora cercenar y golpear a aquel que sigue dentro, el que pisotea, tirano, tu desvarío!

---

[173] Literalmente «el arte (o técnica) de los dolores» (lat. *ars dolorum).*

[174] Cf. *II Corintios* 4.16 y Prudencio, *Symm.* II 185.

[175] Para la imagen del cuerpo como vasija, véase la nota a *Apoth.* 1024. Para la fraseología de este pasaje *(uas est solutum ac fictile),* cf. *Cor.* II 4.7.

¡A éste, hostiga a éste, derriba a éste, que es invicto, insuperable, no sometido a tempestad alguna y a Dios solo sujeto!».

Dice así y de nuevo es desgarrado por los garfios chirriantes; el pretor, con boca taimada, le silba estas palabras viperinas:

«Si es tal el empecinamiento que endurece tu encallecido pecho, que con horror rehúsas que tu mano toque nuestro cojín[176],

al menos descúbrenos las páginas ocultas, vuestros libros secretos, para que la doctrina sembradora del mal sea quemada en fuego justiciero»[177].

Al oír esto dice el mártir: «El fuego con que amenazas, malvado, a los textos de nuestro misterio, te hará arder a ti más justamente.

Una lanza vengará los libros celestiales, abrasando con su rayo la lengua que pone en palabras tan amargo veneno.

A tu vista están los rescoldos que indican los pecados de Gomorra y no se te esconden las cenizas de Sodoma, testigo de su muerte eterna[178].

Ésta es tu estampa, serpiente; pronto el hollín del azufre y el embreado alquitrán te embargarán en las honduras de Tártaro[179]».

---

[176] Lat. *puluinar*, aquel sobre el que se situaba la imagen de la divinidad (*vid.* nota a *Symm.* I 248).

[177] Alusión a una de las medidas incluidas en el primer edicto de Diocleciano contra los cristianos (23 de febrero del 303), esto es, la quema de las copias de las Sagradas Escrituras.

[178] Cf. *Génesis* 19.24-25.

[179] E. e., del infierno (*vid.* nota a *Cath.* I 70).

Afectado por estas palabras el perseguidor empalidece, enrojece, se agita y, volviendo sus ojos enloquecidos[180], entre rechinar de dientes arroja espumarajos.

Entonces, después de dudar largo rato, decide al fin: «Aplíquesele la más extremada de las torturas: el fuego, el jergón y las láminas»[181].

Vicente se precipita a paso rápido para estos menesteres y acelerado por la alegría se adelanta a los propios encargados del castigo.

A la liza de la gloria se ha llegado, compiten la esperanza y la crueldad, entablan incierta lucha, de un lado el mártir, del otro el verdugo[182].

Barras dentadas con pinchos salteados forman riguroso lecho y una buena cantidad de carbón exhala en él vivos vapores.

A esta pira asciende espontáneamente el santo varón[183] con semblante impertérrito, como si ya, sabedor de su corona, subiera al excelso tribunal.

Una capa de sal allí extendida chisporrotea y crepita por debajo; bullen las punzadas chirriantes, que se clavan por todas partes en su cuerpo.

---

[180] Lat. *insana torquens lumina:* cf. Virgilio, *En.* VII 448-449, *Geórg.* III 433; Propercio, I 21, 3; Claudiano, *Pros.* III 261; Prudencio, *Perist.* I 101.

[181] Lo que aquí designa como «jergón» (lat. *grabatus,* del gr. *krába-[t]tos)* debe de corresponder al estrado o plancha ardiente que antes *(Perist.* I 56, II 399) llamó *catasta* (cf. también *Perist.* VI 33). Las láminas (cf. *Perist.* V 62; X 486, 760) eran placas quemantes que se aplicaban al cuerpo del torturado.

[182] Para la dualidad de planos —espiritual y material— en que se sitúan, en el primer caso, el mártir y, en el segundo, el juez y sus verdugos, *vid.* Charlet, «L'apport...», págs. 212-213.

[183] Lat. *uir sanctus:* para esta designación, *vid.* nota a *Perist.* II 558.

Después, untan de manteca un hierro al rojo vivo, que resulta bañado al fundirse aquélla; el violento rocío humeante que allí se forma se va derritiendo poco a poco por sus miembros.

En medio de esto él permanece quieto, como si no supiera de dolores, y tiende a lo alto sus ojos, pues las sogas habían inmovilizado sus palmas[184].

Lo alzan entonces más embravecido de lo que llegara; es arrastrado a lúgubre cueva, para evitar que el libre disfrute de la luz animara su ya de por sí elevado espíritu.

Hay allí dentro, en el fondo de la mazmorra, un lugar más negro que las tinieblas, al que bloquean y asfixian las piedras angostas de una bóveda bajo el nivel del suelo.

Eterna noche se esconde allí, desconocedora del astro diurno; se cuenta que esta horrible cárcel tiene aquí sus propios infiernos.

Es en este Báratro[185] donde arroja al mártir el salvaje enemigo y pone entre sus pies un madero, dejando sus piernas abiertas.

Pero más aún, este ducho artífice de tormentos añade un nuevo castigo, desconocido por todos los tiranos y nunca oído en tiempos pasados.

Ordena que bajo su espalda yacente pongan una capa de bastos trozos de teja con los ángulos sin pulir, trozos puntiagudos, sin forma regular.

---

[184] A pesar de la diferencia del metro, Prudencio se las ha ingeniado para modelar estos dos últimos versos *(tenditque in altum lumina, / nam uincla palmas presserant)* siguiendo muy de cerca sendos hexámetros virgilianos *(En.* II 405-406). La expresión anterior «permanece quieto» (lat. *inmotus manet)* tiene asimismo correlatos en la obra de VIRGILIO (cf. *Geórg.* II 294; *En.* IV 449, VII 314).

[185] Es decir, infierno (cf. *Cath.* XI 40).

Dolores angustiosos arman de agujas todo su lecho, pinchando con sus puntas la parte inferior de su costado sin dejarle dormir.

Éstos eran los sutiles espantos que aquel taimado había con astucia dispuesto y construido, pero Cristo destruye las invenciones ladinas de Belcebú[186].

Y es que la ciega oscuridad de la cárcel relumbra ahora con el brillo de la luz y el doble mordisco de la traba salta en pedazos rompiendo los orificios.

En ello reconoce Vicente que ha llegado el esperado premio a tan hondo sufrimiento: Cristo dador de la luz.

Ve entonces que los trozos de teja ya se revisten de blandas flores y la cárcel despide intenso olor a néctar.

Es más, se encuentra allí nutrida concurrencia de ángeles y conversan a su lado; uno de ellos, de rostro especialmente venerable, se dirige a nuestro varón[187] con estas palabras:

«¡Levántate, mártir ilustre, levántate sin cuidarte ya de ti, levántate y súmate como un miembro más a nuestra augusta compañía!

Ya bastante has cumplido con los deberes del temible tormento y tu pasión toda queda culminada con el bello desenlace de tu muerte.

¡Oh tú, más que invencible soldado, bravo entre los más bravos, ya hasta el cruel y terrible suplicio tiembla ante tu victoria[188].

Cristo Dios, que ha contemplado tu martirio, te lo recompensa con una vida sin término y con su mano generosa corona al que ha sido colega de su propia cruz.

---

[186] Comienza a continuación la prolongada narración del milagro (para éste, véase la nota a *Perist.* I 82).

[187] Para el término (lat. *uirum),* cf. el v. 222.

[188] Véase una expresión análoga en *Perist.* VI 33.

¡Depón este caduco envase[189], forjado de ensambladuras de tierra, que se disipa y desvanece, y ven libre al cielo!».

Así aquél; la luminosidad interior desborda las puertas cerradas y el brillo de la luz escondida se deja ver a través de las finas ranuras.

Esto contemplaba pasmado y lleno de miedo el portero del negro zaguán al que estaba reservado durante toda la noche el encargo de vigilar la fúnebre morada,

oye además el dulcísimo salmodiar del mártir, a quien contesta como una segunda voz el hueco calabozo.

Aterrado, entonces, mira el interior, acercando al quicial su vista tanto como ésta puede penetrar por las estrechas juntas de los goznes.

Ve que en la capa de tejas brotan multitud de flores y que el propio Vicente, con las ataduras arrancadas, pasea mientras entona sus canciones.

Llena este milagro los oídos del turbado pretor, llora vencido y entre gemidos reconsidera su ira, su dolor y su ridículo.

«Sácalo de la celda», dice, «y que se recupere un poco con benignas atenciones para que, una vez recobrado, dé nuevo pasto al tormento».

Podrías ver que de toda la ciudad concurría la grey de los fieles, mullía y alzaba su lecho, secaba sus heridas sangrantes.

Aquél recorre a besos los dobles surcos de los garfios, éste disfruta lamiendo la purpurante sangre de su cuerpo.

La mayoría moja paños con la sangre que le cae gota a gota, con la intención de conservarlos en casa como sagrada protección para sus descendientes.

---

[189] Lat. *uasculum: vid.* nota al v. 163.

En ese momento el propio guarda de la cárcel y portero de las celdas, según cuentan los antiguos testimonios, creyó de repente en Cristo.

Era éste el que había visto que, cerrada y con las trancas corridas, la cueva de espesa penumbra se había llenado de destellos con el brillo de una luz foránea.

Pero una vez que el mártir alcanzó el descanso del lecho, enfermo por el tedio de la espera y abrasado de sed de muerte,

—si es que hay que considerar muerte aquella que deja el espíritu libre del calabozo del cuerpo y lo devuelve a Dios, su creador,

un espíritu lavado con la sangre, despegado[190] por el baño de la muerte, que se ofreció a sí mismo y su propia vida para ser inmolados en honor de Cristo—,

una vez, pues, que reclinó hacia atrás su cabeza sobre los acolchados cobertores, su espíritu abandonó victorioso el cuerpo y buscó el camino del cielo.

Para él se abre por la alta región un camino recto hacia el Padre, el que ya había subido el bienaventurado Abel, cuando fue muerto por su impío hermano[191].

Por todas partes cortejan su marcha blancos coros de santos y Juan el Bautista lo llama, enviado Vicente desde la cárcel como él mismo[192].

---

[190] Lat. *erutam*, frente a la sugerente variante *elutam* («lavado»), que efectivamente parece ser una glosa *(vid.* Cunningham, «Notes on the text of Prudentius», pág. 68). El sentido sería que ese espíritu es arrancado o despegado de la costra del cuerpo sangriento mediante el baño o bautismo de la muerte.

[191] Cf. *Génesis* 4.8. Para el sentido propio de «impío», *vid.* nota a *Apoth.* 555-556.

[192] Cf. *Mateo* 14.10. Para los «blancos coros», *vid.* nota a *Perist.* IV 145.

Mientras tanto, el inútil veneno de la hiel calentaba al enemigo del nombre cristiano y su furia había abrasado el envidioso corazón de aquél.

Podrías creerlo una serpiente que se ensaña inerme, con los dientes rotos: «Se me ha escapado triunfante», dice, «y, aun siendo un rebelde, se ha llevado la palma.

Pero me queda un último recurso: aplicarle castigo ya muerto, entregar a las fieras su cadáver y dárselo a los perros para que lo despedacen.

Haré desaparecer hasta sus huesos para que no disfrute de entierro y un sepulcro que pueda honrar la gente de su grupo, en donde pongan el rótulo de 'mártir'»[193].

Ruge así entre dientes este sacrílego y (¡ay crueldad abominable!)[194] expone entre los carrizos el cuerpo sagrado, desnudo, negándole un manto.

Mas no hay hambre de bestia o ave salvaje que se atreva a desfigurar con su repugnante contacto el glorioso trofeo.

Es más, si alguna se había puesto a dar vueltas desde lejos en torno suyo con perverso graznido, emprendía la fuga, expulsada por el ataque de un ave violenta.

Porque un cuervo, animal otrora entregado a Elías como portador de su alimento[195], cumple esta tarea con diligencia y monta guardia a poca distancia.

---

[193] Aunque el motivo de la indignidad del insepulto está presente en los orígenes mismos del pensamiento clásico y así queda consecuentemente reflejado en su poesía desde Homero (cf. p. ej. *Il.* I 4-5), compárense estas dos estrofas con los versos de Catulo (64, 152-153), en que Ariadna se lamenta, consecutivamente, de estar destinada al despedazamiento de las fieras y a no ser enterrada (o también, cf. Sófocles, *Antígona* 27-30; Virgilio, *En.* IX 485-486; Ovidio, *Heroidas* X 96).

[194] Lat. *a dirum nefas!:* cf. Virgilio, *En.* IV 563.

[195] Cf. *III Reyes* 17.6.

Éste, desde unos arbustos próximos, ahuyentó un lobo salvaje atacándole con el ruido de las alas y golpeando sus ojos con los remos.

¿Qué infiel se atrevería a creer que esta fiera depredadora, capaz de enfrentarse a los toros, se retiró ante blandas plumas?

Iba murmurando maldiciones, asustado por vuelo liviano y estaba huyendo, por las amenazas de un débil guardián, de la presa que había descubierto.

¿Qué sensación tuviste entonces, Daciano, al oír tales noticias?[196]. ¿Con qué clavos te atravesaba el dolor oculto hasta hacerte gemir,

al verte vencido por la virtud de un cuerpo muerto, inferior tú a sus propios huesos y de menor talla que sus miembros vacíos de vida?

Pero, tirano testarudo, ¿qué desenlace pondrá cota a este tu descomedido espíritu? ¿No habrá límite que acabe contigo?[197].

«Ninguno, y nunca cejaré. Pues, si la saña de las fieras se amansa y la clemencia aplaca a los cuervos voraces,

sumergiré el cadáver en las aguas; la locura de la ola nunca se apiada de los náufragos y las espumosas profundidades nada saben de perdón.

Allí, siempre en movimiento, a merced del juego incierto de las olas, será transportado por las erráticas corrientes, sirviendo de pasto a escamosos rebaños[198],

---

[196] Lat. *Quis audienti talia, / Datiane, tunc sensus tibi:* cf. VIRGILIO, *En.* IV 408.

[197] Obsérvese cómo el poeta-narrador se convierte casi en interlocutor de los personajes, introduciendo de ese modo al lector aún más en la escena: nótese que la entrada subsiguiente de Daciano comienza de hecho con una respuesta al narrador, a Prudencio.

[198] Lat. *squamosa... agmina:* cf. NEMESIANO, *Égl.* IV 28 *squamea turba.*

o bien bajo fragosas peñas, entre los recovecos de los escollos, las ásperas aristas de las piedras desgarrarán y destrozarán sus entrañas.

¿Quién hay de mis hombres, ducho en impulsar briosamente la barca con remo, escota y vela, que seas capaz de surcar el ponto,

retires del pantanoso césped el cuerpo que allí yace intacto y te lo lleves por el ancho mar, colocado en liviana barquilla?

Pero que un odre de esparto envuelva y cierre el cadáver y que una piedra atada a éste con una soga lo arrastre hasta las abismales honduras.

Y tú salta raudo por las olas con las húmedas palas de tu remo, hasta que la lejanía de tu mirada esconda la tierra que has dejado atrás».

A cumplir estas órdenes se aprestó, con enardecido entusiasmo, un soldado (Eumorfión era su nombre) violento, temerario, salvaje.

Fabrica un tejido de cuerda que llena con el cuerpo allí cosido y, después de recorrer buen trecho en el mar, lo arroja en medio de los temporales.

¡Oh muy poderosa virtud de Dios, virtud creadora de todas las cosas, que otrora allanara el hinchado mar al paso de Cristo[199]

para que éste, pisando los lomos del piélago[200], anduviera con paso seco y para que no mojara en las olas sus plantas aquel caminante del desolado oleaje!

---

[199] Cf. *Marcos* 6.48 y 51, y *vid.* nota a *Tit.* 137. Para el «hinchado mar» *(turgidum... mare),* cf. Horacio, *Odas* I 3, 19: *turbidum* [sic Vα : *turgidum* β] *mare.*

[200] Lat. *terga calcans aequoris*: cf. Séneca, *Hérc.* 535. Para la expresión del v. 479 *(plantas nec undis tingueret),* cf. Virgilio, *En.* VII 811.

Era esta misma virtud la que había hecho entreabrirse el Rojo mar, mientras, con el fondo expedito, el pueblo tranquilo holla un camino seco[201].

Esta misma hace también ahora que el ponto, amansando sus corrientes e inclinándose hacia las combadas playas, sirva al cuerpo santo.

El peñasco, del peso de piedra de molino[202], flota como blanca espuma, y las olas transportan el cestillo como custodio de tan preciada prenda.

Lo distinguen boquiabiertos los marinos: viene desandando la bruñida superficie, se desliza suavemente hacia atrás con la ayuda de la marea y las brisas.

Porfían éstos en cortar los mares haciendo acelerar su falucho, pero el cuerpo vuela muy por delante hacia el blando regazo de la tierra.

Al fin, lo acoge de vuelta el suelo tranquilo antes de que la quilla, por más que empujada con enorme esfuerzo, tocase puerto[203].

¡Dichoso[204] el rincón aquel de esa costa encantadora que, dando abrigo con sus arenas a las sagradas entrañas, hizo las veces de una tumba,

en tanto el piadoso desvelo de los santos[205] adorna entre lágrimas un túmulo y, confiando su cuerpo a esa tumba, lo guarda para la vida futura!

---

201 Cf. *Éxodo* 14.21; PRUDENCIO, *Tit.* 33-36.

202 Para la expresión, cf. *Psych.* 418.

203 Lat. *carina portum tangeret,* típica expresión clásica: cf. VIRGILIO, *Geórg.* I 303 (cf. *En.* IV 612, 657-658); OVIDIO, *Arte de amar* III 748 (cf. *Remedios* 811-812).

204 Para la función estructural de este tipo de *makarismós* en el himno al mártir, véase la nota a *Perist.* II 530.

205 Para esta designación de los cristianos, *vid.* nota a *Psych.* 607 o a *Perist.* II 80.

Pero luego, reducidos los enemigos, una vez devuelta la paz a los justos, un altar concede a sus bienaventurados huesos el debido reposo;

porque éstos, situados bajo el santuario, ocultos al pie del ara, absorben la brisa de la ofrenda celestial[206], que allá abajo sobre ellos se derrama.

Así su cuerpo; mas a su persona la recibe y acoge la morada de Dios junto con los hermanos Macabeos, próximo a Isaías, también mutilado[207].

Pero ellos por su tormento consiguieron una única corona, pues el supremo trance de la muerte puso fin a sus males.

¿A qué cosa semejante se atrevió el aserrador de Isaías? ¿Acaso los trozos amputados de su cuerpo, después de pasarlos por la sierra, los arrojó a las fieras o los entregó a las olas?

¿Acaso el tirano dio a las aves sanguinarias la lengua descuajada del mártir macabeo o la piel arrancada de su cráneo?[208].

Tú solo, oh, dos veces ilustre, sólo tú conseguiste la palma de un doble triunfo, tú alcanzaste al mismo tiempo dos laureles.

Vencedor en tu muerte terrible, con sólo tu cuerpo pisoteas al ladrón[209], por ser además vencedor con análogo triunfo después de la muerte.

---

[206] Es decir, la misa.

[207] Para los siete hermanos Macabeos que, por negarse a comer carne de cerdo, fueron ajusticiados ante su madre, que los exhortaba a tener coraje, cf. *II Macabeos* 7 y PRUDENCIO, *Perist.* X 751-778; para la referencia, de tradición judía, a la mutilación de Isaías con una sierra de madera, cf. JERÓNIMO, *Coment. a Isaías* 57.1-2; TERTULIANO, *Paciencia* XIV 1.

[208] Cf. *II Macabeos* 7.4; PRUDENCIO, *Perist.* X 761-775.

[209] Es decir, al Demonio *(vid.* nota a *Ham.* 390).

¡Asístenos ahora y escucha las voces suplicantes de quienes te rogamos, tú, eficaz defensor de nuestros pecados ante el trono del Padre!

Por ti, por aquella cárcel que hizo aumentar tu honor, por las cadenas, el fuego, los garfios, por la traba carcelera,

por el pedazo aquel de teja con que creció la gloria que habías alcanzado y por el lecho que, temblorosos, tus descendientes besamos con fervor,

apiádate[210] de nuestras preces para que Cristo, benévolo con los suyos, incline benigna su oreja y no tome en cuenta todas nuestras faltas.

Si veneramos debidamente este día de fiesta con nuestra voz y nuestro corazón, si nos postramos con gozo al pie de tus reliquias,

baja un momento entre nosotros y tráenos el favor de Cristo, para que nuestras almas abrumadas noten el alivio de su perdón.

Así que, no haya demora alguna para que tu noble espíritu ocupe de nuevo y resucite tu carne, que dio muestras de pareja virtud,

a fin de que aquélla que participó de sus fatigas y corrió un riesgo común sea también coheredera de su gloria por todos los siglos de la eternidad.

[210] Para la plegaria final del himno, *vid.* nota a *Perist.* II 566.

VI

Himno en honor de los muy bienaventurados mártires Fructuoso, obispo de la Iglesia de Tarragona, y sus diáconos Augurio y Eulogio[211]

La afortunada Tarragona, Fructuoso, alza su cabeza que destella con tus fuegos y reluce desde lejos por los dos levitas[212].

Dios mira con buenos ojos a los hispanos, pues la poderosa Trinidad con trío de mártires corona este alcázar de Iberia.

En llamas intenta Augurio alcanzar el éter y asimismo Eulogio a su lado se dirige, bañado en luz, al excelso trono de Cristo.

Caudillo, precursor y maestro de aquéllos iba Fructuoso, ilustre por su rango episcopal, hacia tan alta honra,

pues, mandado llamar por repentina orden del gobernador, había llegado este sacerdote[213] al foro acompañado de los dos levitas.

---

[211] Opto por seguir así la versión completa del título, transmitida por *BTS* y aceptada por la generalidad de los editores, frente a la de *E*, seguida por Cunningham, que termina así: «... Fructuoso, obispo, y Augurio y Eulogio». Al martirio de estos tres hombres, quemados en el año 259, aludió ya Prudencio en *Perist.* IV 21-28. Para el acta del mismo, *vid.* Ruiz Bueno, *Actas...*, págs. 781-800; Palmer, *Prudentius on the martyrs,* págs. 207-208.

[212] Esto es, diáconos *(vid.* nota a *Perist.* V 30).

[213] Para esta designación de un obispo, *vid.* nota a *Perist.* II 22. Para la siguiente expresión «cebado con sangre» (lat. *pastus sanguine),* cf. *Perist.* V 99-100.

Desde allí un verdugo cebado con sangre arrastraba a estos varones a las cadenas de la cárcel; con gusto corre por sí solo Fructuoso.

Y, para que ningún temor hiriera a sus compañeros, el preceptor con su paso decidido los reafirma e inflama su fe con el calor de Cristo:

«Estaos aquí conmigo, varones; la serpiente sanguinaria llama al castigo a los ministros de Dios. ¡No os asuste la muerte! Se nos ha dispuesto la palma[214].

La cárcel para los cristícolas es un paso hacia la corona, la cárcel conduce a las alturas del cielo[215], la cárcel gana el favor de Dios para los bienaventurados».

Tras estas palabras se dirigen a la cueva de los condenados, practican allí el misterio del bautismo[216] y las tinieblas contemplan con asombro la purificación del agua.

Aquí permanecen encerrados seis días seguidos y por fin se presentan ante el tribunal del bárbaro enemigo: los estrados tiemblan ante los tres hermanos[217].

Sobre ellos se erguía el juez Emiliano, salvaje, violento, soberbio, impío[218], y les ordenaba rendir culto ante las aras del Demonio.

---

[214] Es decir, el triunfo del martirio (la «corona» mencionada a continuación). Para el término «cristícola», e. e. «seguidor de Cristo», *vid.* nota a *Cath.* III 56.

[215] Para su correlato pagano *(per ardua ad astra)*, *vid.* nota a *Cath.* X 92.

[216] En el acta de este martirio se nos dice que Fructuoso «bautizó en la cárcel [la 'cueva de los condenados' de Prudencio] a un hermano nuestro, de nombre Rogaciano» *(vid.* RUIZ BUENO, *Actas...*, pág. 789).

[217] Para una expresión semejante, cf. *Perist.* V 295-296 y, en este mismo himno VI, los vv. 101-102. Los «estrados» (lat. *catastae)* eran las planchas ardientes del tormento *(vid.* nota a *Perist.* I 56).

[218] Caracterizaciones semejantes, la de Eumorfión en *Perist.* V 467, o la de Galerio en X 33, o la de un soldado y un efebo en XIV 70-72.

«Tú», le dice, «que con tu magisterio siembras nuevo género de fantasías, haciendo que las alocadas niñas dejen los bosques sagrados y abandonen a Júpiter,

desdícete, si estás en tus cabales, de ese dogma de viejas. Ha ordenado la voz del césar Galieno que todos veneremos lo que venera el príncipe»[219].

A estas palabras responde tranquilo el sacerdote[220]: «Venero al eterno príncipe de los días, al creador y señor de Galieno,

y a Cristo, engendrado por el Padre perenne, a quien sirvo y de cuya grey soy pastor». Aquél, sonriendo, dice: «Ya has dejado de serlo».

Su furor no espera ni refrena su ira. Los destina a ser quemados en terrible fuego; exultantes, prohíben llorar a la muchedumbre.

El sacerdote ve que algunos de entre el pueblo les ofrecen una copa para que beban: «Estamos ayunando», les dice, «rechazo la bebida.

Aún la hora nona no ha franqueado el día[221]; nunca faltaré a la ley sagrada y ni la propia muerte anulará mis religiosos deberes.

De igual modo Cristo, sediento en la hora de la cruz, rechazando la copa que se le ofrecía y sin querer probarla, soportó la sed hasta el final».

---

[219] P. Licinio Egnatio Galieno fue colega de su padre P. Licinio Valeriano en el puesto de emperador desde septiembre del 253. Para el «dogma de viejas» (lat. *anile dogma),* cf. *Perist.* IX 18.

[220] Para esta designación, que reaparece en el v. 52, *vid.* nota al v. 14.

[221] Es decir, no ha puesto fin al ayuno *(vid.* nota a *Cath.* VIII 12).

Penetran entretanto en un lugar cerrado por redondo graderío[222], empapado de la mucha sangre de fieras que la locura de la gente suele contemplar,

cuando braman los sangrientos espectáculos, el insignificante gladiador cae bajo el golpe de la cruel espada y es entonces el griterío del placer.

Aquí sombrío oficial, recibida la orden de disponer el ardiente suplicio de una pira llameante, ha colocado las últimas teas en la hoguera

que, al tiempo que deshace los cuerpos abocados al fuego, ha de romper la cavernosa prisión[223] y franquear el camino a sus almas abrasadas de amor a la luz.

Rivalizan en prestar ayuda piadosos compañeros; desatando sus pies, inclinado hacia adelante se afanaba uno por quitarle el calzado,

pero el venerable Fructuoso le prohíbe que incline y rebaje su rostro: «Marchaos», les dice, «y que vuestras atenciones no agraven nuestra muerte;

yo mismo desataré mis pies, no sea que mis plantas, estorbadas por las ataduras, tarden mucho en entrar en el fuego.

¿Por qué los lamentos bañan vuestras húmedas mejillas? ¿Por qué me rogáis que me acuerde de vosotros? Será por todos los pueblos por quienes ruegue a Cristo».

Apenas había dicho esto desata él mismo el calzado de sus pies, como en otro tiempo había hecho Moisés al acercarse a la zarza[224].

---

[222] Esto es, en un anfiteatro. Para la «locura del circo», *vid.* nota a *Ham.* 361-362.

[223] Lit. «la caverna de la cárcel» (lat. *carceris... antro):* una expresión análoga aparece en *Symm.* II 469: *antrum carcereum* (cf. *Psych.* 6 y 774: *pectoris antro).*

[224] Cf. *Éxodo* 3.5. Para la fórmula épica de transición que abre esta estrofa (lat. *Vix haec ediderat),* cf. Virgilio, *En.* V 693.

No podía pisar las sagradas brasas o presentarse ante Dios antes de que las marcas de sus pies fueran desnudas.

Estaba Fructuoso allí alzado y sin nada en sus pies, y he aquí que resuena desde el cielo el Espíritu e inspira en él estas palabras que hicieron temblar a todos los que las oyeron[225]:

«No es castigo, creedme, lo que estáis viendo, pues pasa rápido, en un momento, y no se lleva consigo la vida sino que la transforma.

¡Felices las almas a quienes cupo subir a las alturas del Tonante por medio del fuego: de ellas huirá algún día el fuego eterno!».

En medio de estas palabras entran con rápidos pasos en la hoguera crepitante, amenazando incluso los fogones de las llamas, que tiemblan ante ellos[226].

Los nudos, en fin, que habían retenido sus manos atadas atrás, a la espalda, caen quemados pero su piel sigue intacta.

No osó el tormento sujetar sus palmas que debían ser alzadas al Padre en forma de cruz[227]: deja libres los brazos para que recen a Dios.

---

[225] En la interpretación de esta estrofa (e. e. el Espíritu Santo inspira las palabras de Fructuoso) sigo a Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs*, págs. 116-117. Para la función del milagro durante el martirio, *vid.* nota a *Perist.* I 82. Obsérvese que en esta ocasión viene además reforzado por un *makarismós* (cf. nota a *Perist.* II 530) de las almas de los torturados (quizá inspirado fraseológicamente —lat. *felices animae*— en Virgilio, *En.* VI 669). Para la referencia a Dios Padre como «Tonante», *vid.* la nota a *Cath.* VI 81.

[226] Para esta idea, *vid.* nota al v. 33.

[227] Cf. *Cath.* XII 169-172.

Pensarías que se trataba de una representación de los tres de antaño que un día observara pasmado y temblando el tirano mientras cantaban en medio del fuego de Babilonia[228].

Pero en aquella ocasión una llama piadosa les perdonó, pues aún no era época apta para la pasión: Cristo no había inaugurado todavía la gloria de la muerte.

En vista de que la fogosa vaharada los rehuía, ruegan que rápido el fuego se les echara encima y pusiera fin a su angustiosa zozobra.

Ante estas súplicas, la grandeza de Dios ordena que mueran al fin sus siervos, libres de sus cuerpos caducos, y le sean devueltos.

Desde la casa del gobernador vio un acólito[229] que el cielo estaba abierto de lado a lado para los mártires y que los ilustres varones eran transportados por las estrellas.

Es más, avisando a la hija de su señor, le muestra la señal del crimen de su padre: viven en el cielo aquellos que el foro mató.

La inocencia de aquella niña mereció ese día ver claramente estos sucesos a través del despejado cielo, a pesar de que su padre seguía ciego, hasta el punto de que los miembros de la casa temían el crimen de su señor.

---

[228] Este relato bíblico (cf. *Daniel* 3.23-24) de los tres mancebos quemados por orden de Nabucodonosor es recreado con más detalle por el propio PRUDENCIO en *Apoth.* 128-154.

[229] Lat. *satelles:* cf. *Perist.* III 171. En realidad, el acta de este martirio nos habla de dos servidores de Emiliano, llamados Babilán y Migdonio (*vid.* RUIZ BUENO, *Actas...*, pág. 793).

Entonces se recogen las cenizas de los sagrados cuerpos y los huesos, rociados con vino puro[230], reliquias que a porfía cada cual reclamaba para sí:

tan grande era el deseo de sus hermanos de llevarse a casa los dones consagrados de sus santas cenizas o portarlos en su regazo como prenda de fe.

Mas con el fin de que su emplazamiento en distintas urnas no disperse los restos que han de resucitar y estar luego juntos al lado del Señor,

se dejan ver tocados de níveas estolas[231]; encargan que el polvo sagrado sea devuelto y guardado todo junto en hueca urna de mármol.

¡Oh triple honor, oh triforme cumbre con que se alza la cabeza de nuestra ciudad, descollando por cima de todas las ciudades de Iberia!

Gozo es enorgullecerse por los tres patronos a cuyo abrigo nos protegemos todos los pueblos de las tierras pirenaicas.

Forme anillo un coro de ambos sexos; vosotros, joven bravo, doncella, niño, viejo y ancianilla ¡entonad debidamente salmos a vuestro Fructuoso!

Resuene vuestro himno en loa de Augurio e iguale a Eulogio engarzando ambos ritmos; dediquemos a dos hombres parejos parejas Camenas[232].

---

[230] Según la antigua costumbre pagana, se apagaban con vino los rescoldos que quedaban de la incineración; para estos versos Prudencio se inspira en VIRGILIO, *En.* VI 227-228.

[231] Para el ropaje blanco de los santos, *vid.* nota a *Perist.* IV 145.

[232] Esto es, poemas, pues las Camenas eran la versión latina de las Musas *(vid.* nota a *Cath.* III 26).

Suenen por aquí, en lo alto de la ciudad, los dorados techos, álcese por allá el suave murmullo de la playa y entonen su canto los mares en fiesta.

Algún día llegará el momento[233], al desplomarse el mundo, en que a ti, Tarragona, Fructuoso te librará de duro tormento protegiéndote del fuego.

Tal vez se dignará también, con el favor de Cristo, dar alivio a mis tormentos, cuando recuerde mis dulces endecasílabos[234].

VII

Himno en honor del muy bienaventurado mártir Quirino, obispo de la iglesia de «Siscia»

Los muros de la ciudad de *Siscia*[235] con su abrazo patrio albergan al mártir que se les ha concedido, Quirino, varón de insigne mérito, del agrado de Dios.

---

233 Lat. *olim tempus erit... / cum...*: se trata de una expresión arraigada entre los clásicos (cf. Teócrito, XXIII 33; Virgilio, *En.* X 503; Tibulo, I 4, 79-80; Ovidio, *Arte de amar* III 69-70; *Cosmét.* 47), pero normalmente cargada de tono admonitorio, lleno de presagios negativos, tono que Prudencio sustituye aquí por una visión esperanzada del futuro más allá de la vida (y, para el patronazgo del mártir, *vid.* nota a *Perist.* II 566).

234 Alude así al tipo de verso en que está compuesto este himno, es decir, el endecasílabo falecio; para el calificativo «dulces», recuérdese que, por ejemplo, ya Catulo (LXV 3) llamó a la creación literaria *dulcis Musarum fetus* («dulces retoños de las Musas»). Para referencias análogas al metro, véase la nota a *Perist.* III 209, pasaje este inserto asimismo en un contexto final equivalente, de solicitud de favor (*vid.* nota a *Perist.* II 566).

235 La actual ciudad croata de Šišak, cercana a Zagreb; referencia, por cierto, inexacta, ya que Quirino sufrió martirio en *Sabaria* (Panonia) y

Se cuenta que éste, bajo el gobierno de Galerio[236], quien por entonces oprimía con su poder el golfo de Iliria, dio brillo mediante su muerte a la fe católica.

Ni la rigidez de la espada ni el fuego ni las fieras acaban con su vida en cruel matanza, sino que el remolino de un río, al engullirlo, lo limpia[237] en sus aguas transparentes.

Nada importa el que la pasión moje al mártir en corrientes cristalinas o en un río de sangre: cualquiera que sea el líquido que la bañe, la gloria sobreviene por igual.

Desde lo más alto de elevado puente es lanzado de cabeza al río el obispo del pueblo santo, llevando colgada de corredizo lazo una enorme piedra de molino[238].

---

tampoco es cierto que éste tuviera lugar en tiempos de Galerio (v. 6), sino que ocurrió bajo sus predecesores Diocleciano y Maximiano. La causa de tanto desajuste radica en que Prudencio no utilizó los *Acta* del martirio sino que leyó la entrada correspondiente a Quirino en el *Chronicon* de Eusebio de Cesarea en la versión latina de Jerónimo: sobre estos pormenores, *vid.* Palmer, *Prudentius on the martyrs,* págs. 236-237. Para la siguiente alusión a Quirino como «varón de insigne mérito» (lat. *Insignem meriti uirum), vid.* nota a *Perist.* II 558.

[236] Emperador entre 305 y 311, aunque ya fue César (e. e. príncipe heredero) desde el 293 bajo el mandato de Diocleciano —su suegro— y Maximiano; fue perseguidor encarnizado de los cristianos hasta pocos días antes de su muerte. En el reparto con su colega Constancio, la zona de Iliria estaba a su cargo. Sin embargo, como queda dicho en la nota anterior, parece haber un error en esta datación del martirio. Para la expresión «golfo de Iliria» *(Illyricos sinus),* cf. Virgilio, *En.* I 243.

[237] Entiéndase en su doble sentido: porque todo martirio purifica y porque este tipo de muerte —e. e., ahogado— evoca de cerca las aguas del bautismo. Para la expresión *lymphis fluuialibus,* cf. Virgilio, *En.* IV 635.

[238] Para el «pueblo santo», e. e. cristiano, *vid.* nota a *Psych.* 607 o a *Perist.* II 80; para la «piedra de molino», a *Psych.* 418 (cf. *Perist.* V 489); para el prodigio narrado a continuación, a *Perist.* I 82.

Con muy calma superficie lo recibe el río en su caída y no consiente en que se hunda en su seno, sosteniendo en prodigiosa flotación el inmenso peso de la piedra.

A distancia, desde tierra firme, asustada contempla al doctor la multitud; pues el pueblo de Cristo, en gran número, había formado una barrera en las sinuosidades[239] de la orilla con apretada fila.

Pero Quirino, según fue volviendo su rostro desde lo alto de la corriente, ve a los suyos, ay, asustados por su ejemplo, sin que él se acuerde para nada de sí mismo en medio del peligro de las aguas.

Reafirma sus piadosos pechos rogándoles con cariñosas palabras que a nadie asusten tales cosas, que no vacile la constancia de su fe ni considere un castigo morir.

Los lomos del río lo transportan en sus aguas flotantes mientras esto dice y la profundidad que yace a sus pies no se atreve por sí sola a abrirse a la piedra, al lazo y al hombre.

Notó el obispo mártir que le eran arrebatados la palma de la muerte que ya había conseguido y el final, y que le era negado el ascenso al trono del Padre eterno[240].

«Jesús omnipoderoso», dice, «para ti no es en absoluto insólita o nueva esta gloria de pisar el rumor de los mares y detener los ríos en su descenso.

Sabemos que tu discípulo Pedro, asustado al mojar sus pies porque al fin y al cabo eran pisadas humanas, sostuvo sus plantas por encima del mar con la ayuda de tu mano[241].

---

[239] Para los «acantilados sinuosos», *vid.* nota a *Ham.* 144.

[240] Lat. *aeterni ad solium patris: vid.* nota a *Perist.* III 17.

[241] Cf. *Mateo* 14.29-31; PRUDENCIO, *Cath.* IX 49-51, *Apoth.* 653-660, *Symm.* II *pref.* 1-43, *Perist.* X 947-950, *Tit.* 137-140.

Y también tenemos noticia de que el Jordán, errático y de corriente revuelta, al tiempo que se arrastraba con empuje avasallador, echó atrás con huidiza corriente[242].

Éstos son los milagros que obra tu virtud, Señor, como que ahora, flotando con ligero esfuerzo sobre las aguas de un río, esté yo suspendido por más que en el cuello arrastro un peñasco[243].

Ya está completo el honor de tu nombre y es manifiesta su fuerza, ante la que queda pasmada la estupidez pagana[244]. Por favor, tú, el mejor de los seres, acaba ya con la espera de ésta mi alma.

Cuál es tu poder lo demuestra el agua fluvial que transporta una roca. Concédeme ya esto que queda, más preciado que lo cual nada hay: ¡morir por ti, Cristo Dios!».

Mientras hace estos ruegos, al tiempo el aliento y la voz y el calor lo abandonan, trepa su espíritu a las alturas, se hace pesada la carga de la piedra, acogen las aguas su cuerpo[245].

---

[242] Recrea así Prudencio (y en *Cath.* XII 178, *Ham.* 482 y *Tit.* 57-60) el episodio bíblico (*Josué* 3.13-17), que no dice que las aguas del Jordán refluyeran sino que se pararon. Este detalle añadido al prodigio lo ha tomado nuestro autor de otro pasaje bíblico (*Salmos* 113.3-5), aunque lo elabora formalmente con influencias de la imaginería mágica antigua: cf. p. ej. Eurípides, *Medea* 410; Propercio, II 15, 33; III 19, 6; Tibulo, I 2, 44; Ovidio, *Met.* VII 200; *Am.* I 8, 6; II 1, 26; *Her.* V 30; *Cosmét.* 40 (cf. *Rem.* 257).

[243] Para la interpretación de este pasaje, *vid.* G. Meyer, «Zu Prudentius», *Philologus* 93 (1938), 377-403.

[244] Para apelativos semejantes, cf. *Symm.* II 57, *Perist.* I 94.

[245] Obsérvese la eficaz sucesión del polisíndeton y el asíndeton final y compárese el final del poema IX.

VIII

Sobre el lugar en que sufrieron unos mártires; ahora es un baptisterio en Calahorra

Cristo eligió este lugar donde alzar hasta el cielo con sangre y lustrar con agua unos corazones de probada virtud[246].

Aquí dos varones[247], asesinados por defender el nombre del Señor, se ganaron con bella muerte la púrpura del martirio.

Aquí también la indulgencia brota de manantial cristalino[248] y lava con su corriente nueva las antiguas manchas.

Aquél que desea ascender al eterno reino de los cielos, que venga acá abrasado de sed: veréis que el camino está dispuesto.

Antiguamente eran los testigos coronados[249] los que subían a los elevados atrios, hoy buscan las alturas las almas bautizadas.

El Espíritu Santo, acostumbrado a bajar con su eterno vuelo, igual que en su día concediera la palma, así hoy concede el perdón[250].

---

[246] Alusión al bautismo de la sangre y al del agua.

[247] Probablemente Emeterio y Celedonio.

[248] Lat. *liquido... fonte:* cf. Virgilio, *Geórg.* II 200, IV 376.

[249] Es decir, los mártires (*vid.* notas a *Perist.* I 4 y 21).

[250] Para las «prestaciones» o virtudes benéficas del santuario, véase la nota a *Perist.* II 566.

Absorbe la tierra el sagrado rocío de la fuente o la sangre y está continuamente empapada de líquido para su Dios. El Señor de este lugar es aquél de cuyos costados marcados por sendas heridas brotó a borbollones, de un lado, la sangre, del otro, el agua[251].

Marcharéis de aquí, según pueda cada cual, a través de las heridas de Cristo, elevado el uno por la espada, por las aguas el otro.

IX

PASIÓN DE CASIANO DE «FORUM CORNELII»

Cornelio Sila[252] fundó un foro; los ítalos lo llaman ciudad y le dan el mismo nombre de su fundador.

Aquí, cuando me dirigía, Roma, a ti, la más grande del orbe[253], nació en mí la esperanza de que Cristo me sería favorable.

Hincado en tierra, estaba yo prosternado ante la tumba que con la consagración de su cuerpo adorna el santo mártir Casiano.

---

[251] Cf. *Juan* 19.34; PRUDENCIO, *Tit.* 165-166.

[252] Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.), dictador de Roma durante los años 82-79. Para la siguiente aparición del término «foro», téngase en cuenta que aquí designa un tipo de ciudad con capacidad para celebrar en ella causas legales; el mencionado aquí en concreto, *Forum Cornelii,* es la actual ciudad italiana de Ímola, cercana a Bolonia.

[253] Lat. *rerum maxima Roma:* cf. VIRGILIO, *En.* VII 602.

Mientras entre lágrimas rememoro para mis adentros mis heridas, todas las fatigas de mi vida y las punzadas del dolor,
alcé al cielo el rostro y frente a mí se erguía la imagen del mártir, pintada con coloreados tintes,
portando mil llagas, desgarrados todos sus miembros, mostrando la piel rota por minúsculas picaduras.
En torno suyo incontables niños (¡lamentable espectáculo![254]) pinchaban y horadaban sus miembros con los pequeños punzones
con que solían recorrer las tablillas de cera y anotar la escolar cantilena.

Pregunté al sacristán y me dijo: «Forastero, lo que estás contemplando no es vana fábula de viejas[255].
Esta pintura cuenta una historia que, transmitida en los libros, muestra la fe auténtica del pasado.
Él había estado al frente de una escuela de niños y, rodeado de nutrido grupo de pupilos, había ocupado su puesto de maestro de escritura,
hábil para transcribir todas las palabras con breves signos y anotar al vuelo y con raudos trazos lo que se dijera[256].

---

[254] Lat. *Innumeri circum pueri (miserabile uisu)*, expresión que combina dos versos de Virgilio: *En.* VI 706 y I 111 (cf. además Ovidio, *Met.* XIII 422; Estacio, *Teb.* I 534; Silio Itálico, VII 706, XIV 329, XVII 602). Los punzones o estiletes a que se alude a continuación son aquellos que utilizaban los escolares para escribir sobre tablillas de madera recubiertas de cera. Uno de sus extremos no era punzante sino achatado y servía para pasarlo sobre la cera y borrar así lo escrito, tal como lo describe el propio Prudencio más adelante (vv. 51-54).

[255] Lat. *anilis fabula:* cf. Quintiliano, I 8, 19; Horacio, *Sát.* II 6, 77-78 (cf. *Perist.* VI 40: *anile dogma;* X 250 y 304-305).

[256] Tenemos constancia del uso de un sistema taquigráfico ya en las llamadas *Notae Tironianae,* vinculadas al nombre de M. Tulio Tirón, edi-

En ocasiones sus preceptos parecían severos y crueles y habían llenado de ira y de miedo al grupo de imberbes[257];

así que el profesor era siempre amargo para sus jóvenes estudiantes y no había materia dulce para infante alguno.

He aquí que venía recia tempestad a hacer cimbrearse la fe y a oprimir al pueblo consagrado a la gloria cristiana.

El guía de la grey de alumnos es arrancado de en medio de la reunión porque había rehusado con desprecio hacer súplicas ante los altares.

Al preguntar el ejecutor de los castigos cuál era el oficio de hombre tan rebelde y de altivo espíritu,

le responden: 'Dirige una tropa de tiernos infantes[258] a los que enseña a transcribir palabras con una convención de signos'.

'Lleváoslo', grita, 'lleváoslo preso y que además sea entregado a sus propios alumnos aquel que los azotaba.

Mófense de él como les apetezca, hiéranlo sin peligro de ser castigados y manchen sus manos exentas de trabajo con la sangre de su maestro.

Me divierte que el propio profesor severo proporcione divertimento a los discípulos a quienes reprendió en exceso'.

Despojado de su manto, le atan las manos a la espalda[259] y se le acerca la tropa pertrechada de agudos punzones.

---

tor y biógrafo de Cicerón, así como al de Séneca, sistema éste posteriormente utilizado en las escuelas carolingias.

[257] Para la severidad de la escuela en la Antigüedad, *vid.* nota al v. 8 del *Prefacio*.

[258] Lat. *agmen tenerum ac puerile:* cf. VIRGILIO, *En.* V 548-549.

[259] Lat. *Vincitur post terga manus:* cf. *Ham.* 435 *(Symm.* II 560).

Todo el odio que cada cual había concebido en callado rencor, lo derrama con violencia dando al fin rienda suelta a su hiel.

Le arrojan unos las frágiles tablillas, las rompen contra su cara y la madera se hace añicos al chocar en su frente,

cruje el boj encerado al impactar contra sus mejillas sangrantes y, mutilada y húmeda, enrojece su página a causa del golpe.

A continuación otros blanden los buriles y sus puntas de hierro, por la parte con que escriben sobre la cera sus surcos de arado

y por aquella con la que se borran las letras que fueron talladas y se restaura, dándole nuevo brillo, el espacio de la superficie que no está lisa.

Con ésta pinchan al confesor de Cristo y con aquélla lo cortan, una parte penetra en sus blandas entrañas, la otra disecciona su piel.

Doscientas manos a la par horadaron todos sus miembros y otras tantas gotas destilan a un tiempo de sus heridas.

Más encarnizado torturador era el niño que había agujereado la parte exterior de su cuerpo que el que perforara las honduras de sus vísceras,

pues aquél, al golpear superficialmente y no matarlo, halla la manera de ensañarse con las solas punzadas del dolor;

éste, cuanto más adentro hurga en los recodos vitales, más alivio da, pues va aproximando la muerte.

'¡Sed valientes, por favor, y suplid con reciedumbre vuestros jóvenes años! ¡Compense la crueldad lo que a vuestra edad le falta!'[260].

---

[260] Aunque el texto no lo deja claro, creo que estas palabras deben ponerse en boca del mártir, ante todo por la expresión «por favor» (lat. *precor),* que cuadraría menos al director del martirio *(vid.* un contexto seme-

Mas la malvada empresa, inexperta y débil, avanza a duras penas, aumenta el suplicio en la medida en que desfallece el verdugo.

'¿Por qué gimes?', grita alguien, 'tú mismo nos diste como maestro ese hierro y con él armaste nuestras manos.

Ahora, fíjate, te devolvemos tantos miles de trazos como aprendimos en pie y llorando bajo tu magisterio.

No puedes enfadarte porque escribamos; tú mismo exigías que nunca estuviese quieto el punzón en nuestra mano.

No te pedimos ya, avaro profesor, las vacaciones escolares tantas veces negadas durante tu enseñanza.

Ahora nos apetece marcar los puntos, unir surco con surco, enlazar los trazos curvos[261].

Ahora puedes revisar y corregir larga hilera de líneas, por si una mano inepta ha cometido algún error.

Ejerce tu autoridad[262], tienes derecho a castigar las faltas si es que alguno de tus alumnos traza en ti signos con especial pereza'.

Tales eran las burlas de los niños mientras recorrían el cuerpo de su maestro, pero el largo castigo no acababa de liberar al hombre, ya fatigado.

Por fin, apiadándose de su lucha, Cristo ordena desde el cielo que se suelten los lazos de su pecho,

desata la espera difícil de su alma y las amarras de la vida y abre a la luz sus angostos recodos[263].

---

jante en *Perist.* X 516), así como por la réplica de un alumno a Casiano a partir del v. 69.

[261] Remeda así sarcásticamente el alumno los preceptos de su maestro.

[262] Lat. *exerce imperium,* a comienzo de hexámetro: cf. Virgilio, *Geórg.* II 370.

[263] Esta estrofa y la anterior están inspiradas en Virgilio, *En.* IV 693-695.

La sangre, siguiendo el camino abierto desde la fuente interior de las venas, abandona el corazón

y aquel cálido aliento vital de los tejidos sale por tantos agujeros como se habían hecho en su cuerpo.

Éste es, forastero, el mensaje de los claros colores que estás admirando, ésa es la gloria de Casiano.

Formula tu voto, si tienes alguno justo o digno de aprecio, si hay en ti alguna esperanza, si algo se agita dentro de ti.

Créeme, este muy benigno mártir oye todas las súplicas, las sopesa y concede las que considera dignas de aprobación»[264].

Obedezco; abrazo la tumba y derramo lágrimas, además; se entibia el altar al contacto de mi boca, la piedra al de mi pecho.

Entonces reconsidero el total de mis oscuros afanes, entonces susurro aquello que andaba buscando, aquello que me desazonaba,

tanto el hogar que había dejado atrás expuesto a un azar incierto como el vacilante anhelo de una bonanza que tal vez llegue[265].

---

[264] Prudencio cierra este himno con la enumeración de los favores del mártir (*vid.* nota a *Perist.* II 566). Nótese que en este caso, al haberse convertido el autor en personaje del propio poema, la súplica de los favores no se hace directamente, sino que se narra.

[265] O bien «el anhelo, tal vez afirmativo, de una bonanza futura», que cuadra mejor a la posición de *forte* en el verso (lat. *et spem futuri forte nutantem boni).* Según esta interpretación el adjetivo *nutantem* iría referido a *spem* por hipálage y fuera del mundo poético evocaría a esa incierta autoridad (de la que, por cierto, es propio el *nutare)* a la que Prudencio iría a solicitar su demanda.

Soy escuchado, voy a la ciudad, dispongo de éxito en mis asuntos, vuelvo a casa, alabo a Casiano[266].

X

Román

Román[267], valiente anunciador de Cristo Dios, asísteme y haz sonar el órgano de mi boca privada de lengua, regala un himno esmerado al hombre más pobre en palabras y haz que yo celebre el milagro de tu gloria, que tú precisamente sabes que pueden los mudos hablar[268].

---

266 Para el estilo rápido y asindético con que se cierra este poema, compárese el final del himno VII. Para la referencia antonomástica a Roma como «la ciudad», *vid.* nota a *Perist.* II 530. Para una interpretación parcialmente distinta de este dístico, vid. *Introducción,* págs. 72-74.

267 Román fue diácono de Cesarea (Palestina), si bien su martirio tuvo lugar en Antioquía (Siria) en el año 303. Para detalles sobre éste, véase H. Delehaye, «S. Romain martyr d'Antioche», *Analecta Bollandiana* 50 (1932), 241-283, artículo en que se defiende *(vid.* págs. 275-276) que Prudencio se basó en una *passio* griega en prosa de este mismo martirio, texto cuya edición asimismo se ofrece (págs. 249-260). Para una discusión de la dependencia y autonomía de Prudencio con respecto a aquélla (o a alguna de sus versiones latinas), *vid.* R. Henke, «Der Romanushymnus des Prudentius und die griechische Prosapassio», *Jahrb. für Ant. & Christ.* 29 (1986), 59-65.

268 Alusión, aclarada en la siguiente estrofa, a la mutilación de Román, a quien fue arrancada la lengua (el «plectro del paladar y la garganta» y cf. además los vv. 935 y 988 y, para las fuentes de esta expresión, *vid.* Rodríguez, *«Poeta...»,* págs. 23-26) y aun así siguió hablando (cf. vv. 896-910, 926-960 y 1006-1100 y, para el motivo, *Sabiduría* 10.21). Obsérvese que, de forma análoga a la invocación pagana a las Musas, Prudencio pide

El salvaje torturador te arrancó el plectro del paladar y la garganta y aun así no impuso silencio a la boca con que reconocías a Dios. La voz que es testigo[269] de la verdad no puede ser acallada ni aunque aletee con sus canales cortados.

Así mi habla se atasca, balbucea con lengua débil y a duras penas emite ritmos desacompasados, mas si rocías mi corazón con lluvia celestial y riegas mi pecho de leche espiritual, mi voz ronca hará salir sus acordes ahora presos.

Escribió el evangelista[270] que el propio Mesías dio estos preceptos a los apóstoles: «No busquéis de antemano las palabras para cuando tengáis que proclamar mis sagrados misterios; yo os inspiraré lo que hayáis de decir aunque no lo hayáis preparado».

Yo soy mudo, pero Cristo, poderoso orador, hará las veces de mi lengua y hablará con brillantez[271]. Él mismo contará qué desórdenes produjo el Demonio con su último aliento al verse sometido, azote aún más pernicioso en este su postrer desvarío.

Así una serpiente, herida por el golpe de un dardo, se vuelve a morder el hierro y, más fiera por el dolor, lo agita e insiste con los dientes clavados, pero el venablo permanece hincado más hondo y no siente el vano peligro de los mordiscos.

---

en este caso esa inspiración al propio mártir sobre el que versa la composición: cf. un procedimiento parcialmente distinto en el arranque de la *Psychomachia* y *vid.* nota al v. 5 de ese poema; además, *vid.* K. Thraede, «Die Infantia des christlichen Dichters», en *Mullus. Festschrift Th. Klauser*, Münster, 1964, págs. 362-365, artículo en el que se analiza la deuda de Prudencio en estos versos hacia la retórica de la época.

[269] Para el mártir como testigo, *vid.* nota a *Perist.* I 21. Para el «aleteo» (lat. *palpitet*) de la voz, cf. Lucano, II 181-182.

[270] Cf. *Mateo* 10.19-20.

[271] *Vid.* nota a *Psych.* 5.

A la sazón, según cuentan los informes antiguos, dirigía y gobernaba Galerio el estado del mundo romano, hombre violento, atroz, áspero, implacable[272]. Había enviado por toda la extensión del mundo este edicto: que negara a Cristo todo aquel que prefiriera conservar la vida.

Es aquella serpiente[273] la que por medio de la regia boca dicta estas cosas, la cual, saliendo de las tumbas de los muertos, grita: «¿Por qué con tan pronta llegada disuelves mi reino antes de tiempo? No te ensañes conmigo, hijo del Altísimo, u ordena que ocupe los corazones de los cerdos»[274].

Asclepiades[275], prefecto al cargo de estos asuntos, ordena a sus soldados ir y arrancar a la grey de la Iglesia de los propios santuarios y ponerla en grilletes si no rechaza la ortodoxia nazarena.

Después, tramando irrumpir él en persona en el templo y empeñado en arrasar el sanctasanctórum, sacrílego se disponía a derribar con armas impías el altar de sacrificios hasta su base y a abatir las puertas mismas.

Al enterarse de pronto de esto, se adelanta corriendo a dar aviso Román, héroe[276] de brava excelencia, anuncia que vienen en armas los enemigos y alza con su aliento los ánimos de los temerosos para que estén preparados y no cedan al vendaval.

---

[272] Para Galerio, *vid.* nota a *Perist.* VII 6; para caracterizaciones de este tipo, la nota a *Perist.* VI 35.

[273] Es decir, el Demonio (*vid.* nota a *Perist.* I 35).

[274] Cf. *Mateo* 8.29-31, *Marcos* 5.1-13, *Lucas* 8.26-33. Para el uso de este episodio por parte de Prudencio, *vid.* nota a *Apoth.* 414.

[275] Frente a la acentuación normal de este nombre, e. e. Asclepiades, Prudencio alarga la *a* interior para mantener así la acentuación originaria griega *(Asklēpiádēs)*, procedimiento ya empleado con otros nombres propios (*vid.* nota a *Ham.* 520).

[276] Para el tratamiento (lat. *heros), vid.* nota a *Perist.* II 558.

Aliado en un único espíritu respira al unísono el rebaño cristiano, impertérrita tropa de mujeres, hombres, niños y muchachas; firme y decidido el parecer de todos: proteger su fe o morir de buen grado.

Rechazados, los soldados informan ante el tribunal de que el cabecilla de la plebe rebelde es Román, que todos están inflamados de su audacia tozuda, que muestran obstinadamente su garganta al descubierto para sucumbir como bravos en muerte gloriosa.

Se ordena entonces que Román sea rápidamente arrestado y que él solo, como incitador y chispa de todos, se enfrente a juicio en lugar de la plebe impenitente. Va él sin resistirse y pide que lo encadenen e incluso, sin que nadie le obligue, vuelve a la espalda sus manos.

Su deseo de alcanzar la corona[277] casi se adelanta al salvaje oficio del lictor, ofreciendo por propia iniciativa sus costillas desnudas para que las desgarren los garfios dobles. Irrumpe en el alto zaguán y, mudos de asombro los alguaciles, va tirando él mismo del verdugo.

Se planta ante la cara del tirano y éste le dice así: «Monstruo infame, ruin, abominable, tú, agitador de la ciudad y tempestad del vulgo casquivano, inquietas su tornadizo pensamiento para que la masa ignorante no se entregue a la observancia de las leyes.

El tropel analfabeto ha creído hallar algo beneficioso para el pueblo bajo una apariencia de gloria, hasta llegar a creer que se han de consagrar por los siglos de los siglos si mueven guerra contra los dioses, como los gigantes, y, vencidos, quedan sepultados por las llamas de los montes[278].

---

[277] Es decir, el triunfo del martirio (*vid.* nota a *Perist.* I 4).

[278] Alusión a la Gigantomaquia: en efecto, los Gigantes, hijos de la Tierra, declararon la guerra a los dioses olímpicos; fueron derrotados y muchos cayeron en la batalla; otros, como Encélado, fueron sepultados

Tú has organizado, desgraciado, el espectáculo de esta sangrienta masacre que habrá de hacerse con ciudadanos, a los que es forzoso ejecutar como sacrílegos y convictos de haber mancillado nuestra edad bajo tu magisterio. Tú eres la causa de su muerte, tú el abanderado de sus males.

Si no me equivoco, es justo que aquello que tú, instigador perverso, has empujado a muchos a padecer como si fueras su verdugo, recaiga sobre ti, y que en pago a tanta matanza como está a punto de producirse seas tú el primero en padecer tormento y sufras tú mismo lo que en tus prédicas resultaba digno de sufrirse».

Esto le contesta aquél con voz libre: «Me avengo, prefecto, y no me escabullo, a ser inmolado yo solo en lugar del pueblo fiel; si me preguntas, soy digno de sufrir todo cuanto ordenare tu crueldad.

A los esclavos de ídolos y demonios no les está permitido entrar en la santa casa de nuestra salvación, para que no se mancille ese lugar puro de oración. En el Espíritu Santo tengo depositada mi confianza de que jamás te será dado poner el pie en el bienaventurado umbral,

a no ser que te hagas de los nuestros y merezcas ser aceptado en nuestra grey, y ¡ojalá Dios Padre lo cumpla!». Inflamado de ira por estas palabras, Asclepiades había dado orden de que su cuerpo fuera destripado y colgado de lo alto del potro, y que fuera estirándose a fuerza de garfios y sogas.

Mas los servidores advierten a su jefe furibundo que aquél es hombre noble de rancio abolengo y que por sus muchos méritos es ciudadano principal. Ordena aquél que

---

bajo una isla, en el volcán Etna (cf. [Virgilio], *Etna* 41-73 y esp. 71-73; Virgilio, *En.* III 578-582; Claudiano, *Poem. griegos. Gigant.* 67-77).

se retire el tronco del castigo[279] para que no sea un tormento plebeyo el que condene a un hombre ilustre.

Dice: «Reciba buena cantidad de azotes y que su cerviz fustigada se hinche con el plomo. Cada persona es castigada adecuadamente e importa mucho si es vil o noble. Los tormentos se adaptan a la graduación de los reos»[280].

Golpeado, pues, el mártir por aquel recio chaparrón, después de haber entonado un himno en medio de los golpes de plomo[281], erguido dice: «Lejos eso de que sean la sangre de mis ancestros o una ley de la curia los que me hacen noble; es el biennacido credo de Cristo el que ennoblece a los hombres.

Por si estás indagando, a través de nuestro árbol genealógico, cuál es el origen primero de nuestra cuna, comenzó nuestra existencia en la boca de Dios Padre[282]. Todo aquel que le sirve es auténticamente noble; el que es rebelde al Padre se demuestra un malnacido.

Además se añade un nuevo honor a este linaje y sobre él recae brillo enorme, como el de un cargo público, si las

---

[279] Es decir, el potro antes mencionado.

[280] Tanto por el tono como por el léxico (cf. *competenter,* «adecuadamente»: *vid.* P. C. W. Glare (ed.), *Oxford Latin Dictionary,* s. v., 376; Lewis, Short, *A Latin Dictionary,* s. v. *2. competenter*, en *competo,* 389), estas afirmaciones son un remedo sarcástico del lenguaje jurídico. El «plomo» mencionado antes era el que se añadía al extremo de las correas del látigo.

[281] Para la resistencia heroica (a menudo desafiante en el caso de Román) de los mártires durante el suplicio, *vid.* la nota a *Perist.* I 82; para la expresión «Lejos...» (lat. *absit ut...*), la nota a *Perist.* I 60; para la «sangre de mis ancestros» (lat. *sanguis parentum),* cf. Horacio, *Odas* II 20, 6. Para la concepción cristiana de la nobleza como «nobleza moral», *vid.* R. Henke, *Studien zum Romanushymnus des Prudentius,* Francfort-Berna-Nueva York, 1983 (págs. 152-170).

[282] Cf. *Génesis* 2.7.

marcas de las heridas del hierro y el fuego nos señalan como honrados testigos[283] del nombre que ha de ser proclamado y la muerte ínclita sucede a la violencia del dolor.

Cuídate de querer ser torcidamente bueno y no me perdones con blanda indulgencia. ¡Aplícate a mi cuerpo, verdugo, y hazme noble! Si disfruto del realce de este triunfo, se me dará una higa del linaje de mi padre y de mi madre.

Estas mismas cumbres de vuestros rangos ¿qué crees que son? ¿No pasan al vuelo los haces, las segures, la silla curul y la toga pretexta, el lictor, el tribunal y las trescientas enseñas con que os infláis para al momento desinflaros?[284].

Cuando tomáis posesión del consulado (vergüenza da decirlo) cebáis pollos con trigo, como hacen los esclavos[285]. De un águila de marfil procede la arrogancia de su portador y éste, ensoberbecido, se engríe con un hueso de animal que tiene forma de pájaro.

Y ya, si os humilláis ante los altares, al pie de estatuillas, situados bajo imágenes de encina tallada ¿qué hay que yo pueda considerar más abyecto que vosotros? Sé que en los rituales de la madre del Ida los próceres togados desnudan sus plantas ante el carruaje de aquélla[286].

---

[283] *Vid.* nota al v. 9.

[284] Enumera variados distintivos del poder en Roma (cf. *Perist.* II 327 y *vid.* notas a *Symm.* I 349, II 423), inspirándose para ello en un verso de JUVENAL (X 35). Para el desprecio de las vanidades del mundo, *vid.* nota a *Perist.* XIV 99.

[285] Uno de los procedimientos para la toma de auspicios consistía en ofrecer grano a los pollos sagrados y observar si éstos lo comían o no y, en caso de hacerlo, con qué avidez. Para el águila de marfil, originariamente atributo de generales en triunfo y aquí símbolo de poder sin más, cf. *Symm.* I 349 y JUVENAL, X 43.

[286] La «Madre del Ida» es Cibeles (*vid.* nota a *Symm.* I 188), a cuyos festivales Megalesios (*vid.* nota a *Symm.* I 628) se hace también referencia en esta y la siguiente estrofa, pues en estas fiestas la piedra de la diosa era

Una piedra negra con rostro de mujer es colocada en cofre de plata y situada en un carro que ha de transportarla; mientras la lleváis a bañar, abriendo la marcha, arruináis vuestros pies por haberos quitado el calzado, hasta que llegáis a la débil corriente del Almón.

¿Y esa lamentable procesión? Demuestra claramente que sois innobles cuando corréis como Lupercos[287]. ¿A quién no he de tener por el más vil de los esclavuchos, si corre desnudo por todas las plazas fustigando a las muchachas a golpe de festiva fusta?

Pena me da de tus ritos, de tus príncipes y tus costumbres, Roma, capital suprema del mundo. Venga, prefecto, aireemos, si no te importa, vuestros misterios; ya es forzoso que oigas, lo quieras o no, a qué mugre rendís culto.

Y no me asusta esa locura con que te hinchas, cariacontecido, estirado y envarado, al amenazarme con los tormentos de una muerte terrible. Si intentas afectarme de algún modo, lucha conmigo utilizando la razón, no la saña[288].

Me exiges que, abandonando el culto de Cristo y el Padre, adore contigo mil hembras y varones, diosas, dioses y seres de doble sexo, a los hijos, nietos y tataranietos que tuvieron y a la sórdida descendencia de tantas sucias coyundas.

---

transportada en carro y lavada ritualmente en las aguas del Almón, afluente del Tíber.

[287] *Vid.* nota a *Symm.* II 863.

[288] La llamada a la razón como criterio de validez de la religión es constante en la obra de Prudencio y opera continuamente en la refutación del credo pagano en los libros *Contra el discurso de Símaco*. Incluso encontramos personificada esta lucha en *Psych.* 501-506. Para un análisis de la importancia que Prudencio asigna a la racionalidad de la fe, *vid.* W. Evenepoel, «Prudentius, *ratio* and *fides*», *L'Antiquité Classique* 50 (1981), 318-327.

Se desposan niñas, a menudo se las burla con engaños, son forzadas por los ardides de sus amantes, bullen los incestos, hierven las furtivas relaciones de los disolutos, el marido engaña, la esposa odia a la concubina, las cadenas atenazan a los dioses adúlteros[289].

Explícame, por favor, ¿ante qué altar ordenas que humee mi césped[290] con el sacrificio de un carnero? ¿He de ir a Delfos? Mas lo prohíbe la mala reputación del joven gimnasta al que vuestro dios hizo mujer, valiéndose de la licenciosidad de la lucha atlética[291].

Después lo lloró el impuro, cuando éste fue muerto por pesado disco, y divinizó a este súcubo floreciente. Empleán-

---

[289] La mitología griega y latina está llena de estas experiencias y muchas de ellas han ido desfilando por los libros *Contra el discurso de Símaco:* de bodas tempranas LAVARENNE *(Prudence,* IV, pág. 223, n. 1 a la pág. 126) pone los ejemplos de Juno con Júpiter, de Venus con Vulcano y de Prosérpina con Plutón; para ejemplos de engaño en la conquista amorosa, cf. *Symm.* I 57-68; los incestos, infidelidades y amores secretos son inacabables; la alusión a la «rival» puede ir referida, entre otros muchos, a los celos de Juno hacia Ganimedes (cf. *Symm.* I 69-71); por último, los dioses adúlteros encadenados son Venus y Marte, descubiertos por Vulcano y apresados en una malla fabricada al efecto, para servir así de escarnio ante los demás dioses, episodio narrado ya por HOMERO *(Od.* VIII 266-366).

[290] Para la aparente imprecisión de una ofrenda de césped, *vid.* nota a *Perist.* V 50.

[291] Alusión a los amores de Apolo y Jacinto, que acabaron trágicamente al matar el dios al joven involuntariamente cuando practicaban el lanzamiento de disco. Apolo inmortalizó a su amado haciendo crecer una flor —el jacinto— de la sangre derramada; en sus pétalos pueden leerse las letras *AI,* esto es, el lamento del dios, o bien *Y,* inicial del nombre del joven (gr. ‘Υάκινθος). Prudencio aprovecha, con invención debida a su propio caletre, para culpar del nacimiento de estos amores a la licenciosidad de los ejercicios atléticos *(vid.* nota a *Ham.* 361-362). Con el calificativo «floreciente» (lat. *florulentum)* de la siguiente estrofa crea nuestro poeta el doble sentido de «en la flor de la edad» y «convertido en flor».

dose a sueldo este mismo dios apacentó ganado ajeno y luego, habiendo sufrido el robo y pérdida de su rebaño, este boyero haragán perdió hasta sus armas[292].

¿O me iré al sagrado bosque de pinos de Cibebe? Pero es que me lo estorba un niño galo por la pasión de la diosa[293], libre del abrazo de esta indecente a causa de una herida lamentable, de un tajo en sus vergüenzas, eunuco al que la Gran Madre habría de llorar en muchas de sus ceremonias rituales.

Pero, entonces ¿he de abrazarme al umbral del gran Júpiter? Si éste fuera citado como acusado por vuestras leyes, acabaría enredado en los lazos de la temible ley Julia y, condenado, pagaría el castigo de la severa ley Escantinia[294], digno de ir a la cárcel aunque fueras tú el instructor del caso.

---

[292] Para vengarse de Júpiter, que había fulminado a su hijo Asclepio, Apolo mató a los Cíclopes, forjadores del rayo. Júpiter quiso acabar con Apolo pero al fin consintió en castigarlo con un año de servicio a las órdenes de un mortal; Apolo pasó así a ser pastor de Admeto, rey de la ciudad tesalia de Feras. El ladrón de sus ganados y sus armas fue su astuto hermanillo Mercurio.

[293] La expresión «galo por» equivale a «castrado por», pues los galos eran los sacerdotes de Cibebe (o Cibeles, o la Gran Madre), que se castraban a sí mismos (*vid.* nota a *Symm.* II 521). El origen de esta extraña costumbre se encuentra —según la versión de Ovidio (*Fastos* IV 223-244), que aquí sigue Prudencio— en el amor (casto según Ovidio) de la diosa hacia el joven Atis (*vid.* nota a *Symm.* II 51), guardián de su templo, al que exigió castidad. Sin embargo, éste no pudo resistirse a los ofrecimientos de la ninfa Sagaritis y Cibeles mató a ésta y enloqueció temporalmente a Atis, quien, en este intervalo, se castró.

[294] La *lex Iulia de adulteriis,* promulgada en el año 18 a. C., fue uno de los instrumentos con que Augusto intentó llevar a cabo su reforma moral y se añadía, entre otras, a la *lex Scantinia,* de la que tenemos noticia al menos en el 50 a. C., aunque es anterior, que atacaba en este caso el *stuprum cum masculo,* e. e. las relaciones de pederastia. Desde el punto de vista literario, encontramos mencionadas ambas leyes en un mismo contexto en Juvenal, II 37 y 44.

¿O qué? ¿Crees que hay que rendir culto al fundador de los tiempos dorados, ese que no niegas que huyó y se mantuvo escondido por temor a una desgracia?[295]. Si Júpiter se entera de que vive dichoso, forzoso es que castigue a los cómplices de su ocultamiento.

¿Qué piensas que hay que hacer cuando nos encontramos entre altares de dioses en discordia? Ofendido se indignará el valor de Marte si se rinde culto al de Lemnos; sentirá la ira de Juno todo aquel que consagre la divinidad de Hércules mediante estatua o capilla[296].

Dices que esto lo inventó la licencia de los poetas[297]; pero también están ellos como tú consagrados a tales misterios y veneran aquello que pintan. ¿Por qué lees tú esas abominaciones con tanto deleite? ¿Por qué se aplaude esto en el teatro estando tú de espectador?

El cisne violador consuma su pecado en escena, el histrión representa a un Tonante con cuernos de toro[298]; tú, pontífice sumo, sentado[299] contemplas estas cosas y hasta te

---

[295] El fundador de la Edad de Oro era Saturno (*vid.* nota a *Symm.* I 42 y cf. *ibid.* vv. 72-73).

[296] Vulcano, esposo de Venus (y de ahí enemigo de Marte: cf. v. 185), intercedió en favor de su madre Juno cuando ésta discutía con su padre Júpiter a cuenta de Hércules. Éste, enojado, lo arrojó del Olimpo y, después de un día completo de caída, fue a dar con sus maltrechos huesos en la isla de Lemnos, donde fue socorrido aunque quedó cojo para siempre. La ojeriza de Juno hacia Hércules se debe simplemente a que éste era fruto del adulterio de su marido con Alcmena.

[297] Refuta este mismo argumento LACTANCIO, *Inst.* I 11, 17.

[298] Nueva alusión a los amores de Júpiter (el «Tonante»: *vid.* nota a *Cath.* VI 81) con Leda y Europa respectivamente (cf. *Symm.* I 61-64).

[299] Nótese la contraposición semántica en *pontifex summus sedes* (lit. «el pontífice más alto te sientas»), como insinuando lo impropio de su afición hacia tales espectáculos. Por otro lado, opto por mantener la forma *sedes* de los códices, frente a la enmienda *sedet* de CUNNINGHAM («el pontífice sumo se sienta»: *vid.* sus «Notes on the text of Prudentius», pág.

ríes, y no acabas con ello negándolo, cuando es el buen nombre de tan alta deidad el que están manchando.

¿Por qué tú, hombre consagrado, te deshaces en carcajadas cuando el dios se finge marido de Alcmena?[300]. Una ramera de farándula llora públicamente con libidinoso afecto a su Adonis herido ¿y a ti no te subleva ese burdel de la santa chipriota?[301].

¡Y qué, si hasta en las propias estatuas se hace evidente la verdad, moldeada en bronce con los trazos de esas fechorías! ¿Qué significa la estatuilla del ave lacaya de Júpiter, que siempre se le asocia? Evidentemente, el veloz escudero es el alcahuete que trajo aquel bujarrón al tirano[302].

Ceres porta ante sí una antorcha y se remanga el vestido; ¿por qué va esa madre perdida e insomne buscando a su hija doncella en la noche, si no es porque algún dios se la ha raptado?[303]. Vemos al tirintio dando vueltas al huso; ¿por qué, si no es que fue el hazmerreír de una Neera?[304].

69), sugerente en cualquier caso por cuanto elimina este inesperado apóstrofe al emperador como pontífice máximo, cuando la alocución se entiende dirigida a Asclepíades. Sin embargo, me resulta aún más chocante esta alusión en tercera persona al pontífice para a renglón seguido seguir apostrofando en segunda a Asclepíades. Prefiero considerarlo un apóstrofe intempestivo, lamentablemente no el único desacierto de este poema.

[300] Júpiter se hizo pasar por Anfitrión, esposo de Alcmena, para lograr los favores de ésta.

[301] Venus, especialmente venerada en Chipre (*vid.* nota a *Symm.* I 286), lloró a su amado Adonis cuando éste fue muerto por un jabalí.

[302] El ave lacaya de Júpiter, su escudero, es el águila, que raptó para él a Ganimedes (*vid.* nota a *Symm.* I 71). Júpiter es «tirano» por cuanto usurpador del trono (*vid.* nota a *Symm.* I 46).

[303] Para el rapto de Prosérpina, *vid.* nota a *Symm.* I 356.

[304] El «tirintio» es Hércules, por haber tenido su hogar, según la leyenda, en la ciudad de Tirinte, en la Argólide. Éste tuvo que «dar vueltas al huso» como penitencia por haber dado muerte a Ífito. En efecto, el oráculo exigía que, para su purificación, el héroe se vendiera como esclavo y

¿Cómo? ¿He de abjurar de esos espectros de dioses rurales, de los Faunos y Priapos, esos que dirigen las flautas, de las ninfas nadadoras que moran en las aguas, asentadas en los hondos de los lagos al modo de ranas, divino poder localizado en las algas despreciables?[305].

¿Al culto de éstos me llamas, buen censor? ¿Puedes, si es que estás en tus cabales, tener por santa alguna cosa tal? ¿No mueve tus pulmones la risa, al ver las bobadas esas que inventan en sueños las viejas vinolentas[306]?

O, si nos toca venerar los vanos misterios de todas partes, da tú el primer paso. Adora indistintamente cuanto de sagrado hay en las tierras, a los dioses latinos y a los dioses egipcios, aquellos a los que Roma hace sacrificios y aquellos a los que Canopo súplicas[307].

Ruegas a Venus, pídele también a la Mona. Te gusta el áspid sagrado de Esculapio[308]; ¿por qué te desagradan el Co-

---

sirviera a su dueño durante tres años. Su propietaria fue Ónfale, reina de Lidia, quien se enamoró de él, de ahí el calificativo de Neera (e. e. «mujer enamorada» y, de ahí, para Prudencio, «ramera»: *vid.* nota a *Symm.* I 144).

305 Fauno era una antigua divinidad romana, protector de rebaños y pastores, pronto identificado con el griego Pan, inventor de la siringa o flauta pastoril. Para Priapo, *vid.* nota a *Symm.* I 103. Obsérvese, en fin, cómo Prudencio vuelve a hacer uso del plural despectivo para la descalificación de las deidades paganas (cf. *Apoth.* 189-190; 292). Para la expresión final (lat. *in algis uilibus),* cf. Virgilio, *Égl.* VII 42.

306 *Para la alusión despectiva a las viejas, cf. Perist. IX 18 y X 304-* 305.

307 Para el culto a divinidades egipcias, cf. *Apoth.* 194-196, *Symm.* II 865-872; para Canopo (e. e. Egipto), *vid.* nota a *Symm.* II 920.

308 Una serpiente enroscada en un bastón era uno de los atributos de Esculapio (o Asclepio), dios de la medicina. Para la «Mona», cf. *Symm.* II 869.

codrilo, la Ibis o el Perro?[309]. Ponle pequeños altares devotos a los puerros, venera la amarga cebolla, el ajo mordaz.

¿Se aplacan con incienso vuestros tiznados lares[310] y en cambio son despreciadas las sagradas hortalizas? O ¿de qué se cree que puede ser mayor la divinidad de un fogón que aquélla nacida en los huertos ya escardados? Si hay divinidad en las ollas[311], hay divinidad también en los puerros.

'Pero es cosa bella una figura cincelada en bronce'[312]. ¿Cuál será mi maldición para los talleres de Grecia, que crearon dioses para unos pueblos tontos? Las tenazas de Mirón, el mazo de Políclito[313], ésa es la naturaleza y origen de vuestros celestiales dioses.

---

[309] La ibis era un tipo de ave sagrada para los egipcios; para su asociación literaria al cocodrilo, cf. JUVENAL, XV 2-3. La alusión al perro podría entenderse referida a Anubis *(vid.* nota a *Apoth.* 196). Para las siguientes referencias a hortalizas, *vid.* nota a *Symm.* II 868.

[310] Para los lares o espíritus domésticos, *vid.* nota a *Symm.* I 203 y téngase en cuenta que su capilla solía colocarse cerca del hogar, de ahí el calificativo «tiznados» y las posteriores referencias al «fogón» y, probablemente, a las «ollas». Para los ecos literarios, cf. HORACIO, *Odas* III 23, 3-4.

[311] Lat. *si numen ollis:* coincido con LAVARENNE *(Prudence,* IV, pág. 225, n. 2 a la pág. 129) en que ésta es la interpretación más verosímil para *ollis*, e. e. de *olla* (cf. *Epíl.* 17), aunque es cierto que podría ser una forma de *olle* u *ollus*, paradigma arcaizante correspondiente a *ille* (cf. *Ham.* 730; además, *Ham.* 139 y 544; *Apoth.* 305), con lo que el sentido sería: «Si hay divinidad en aquéllos [e. e. en los Lares]...».

[312] Para la aparición del «adversario ficticio» (interpretación que aquí prefiero incluso a suponer una breve intervención de Asclepíades), *vid.* nota a *Apoth.* 284. Para la siguiente maldición, que yo creo que no ha de tomarse muy en serio, véase la nota a *Symm.* I 505.

[313] Se trata de dos célebres escultores griegos del s. V a. C. Prudencio altera el nombre del segundo abreviando su penúltima sílaba de forma que resulte esdrújulo, como en griego *(Polýkleitos),* según práctica habitual en él *(vid.* nota al v. 42). Para la fuente literaria de estas referencias, cf. JUVENAL, VIII 102-104, por donde pasan asimismo los también célebres artistas griegos Méntor y Fidias, mencionados por Prudencio en los vv. 291-292.

Su arte, eficaz para la siembra de mentiras, al tiempo que llena de roscas las rígidas barbas de Júpiter, al tiempo que moldea en dulce caída la melena y lima los cabellos y racimos de yedra de Líber[314], y al tiempo que crispa de serpientes el pecho de Minerva,

ha inoculado el negro miedo en las gentes y las ha llenado de pánico para que se espanten de un rayo de bronce como si fuera el del Tonante, tiemblen ante el veneno de la silbante Górgona, piensen que un muchachito, después de vencer en la India, puede atacarles con su tirso aunque esté borracho[315].

También, al ver a Diana sensualmente remangada, temen terriblemente el arco de la virgen cazadora. O, si una masa fundida con su líquido encrespado da forma al rostro de un Hércules poco amigable, se cree que la clava les amenaza si no se le rinde culto[316].

O bien, ¿qué espanto embarga los corazones de estas gentes aterradas, si sabe con belleza expresar las iras de Juno? Haciendo como si volviera la mirada y apartara su rostro de la víctima que le sacrifican, con su ceño severo esa piedra finge amenazas.

Me sorprende que no hayáis sacralizado al propio Méntor y que Fidias[317] mismo no tenga un templo y un altar, pues

[314] Es decir, Baco (cf. *Symm.* I 144 y la nota al v. 122 de ese mismo libro). Para la siguiente referencia, recuérdese que en su escudo Minerva había puesto la cabeza de la Górgona (cuyos cabellos eran serpientes), regalo de Perseo, que tenía la propiedad de petrificar a quien la mirara.

[315] Para Júpiter como «Tonante», *vid.* nota a *Cath.* VI 81; para los triunfos de Baco en la India, nota a *Symm.* I 122; para su bastón o «tirso», nota a *Symm.* II 858.

[316] La clava es la maza típica de Hércules *(vid.* nota a *Ham.* 402).

[317] *Vid.* nota al v. 269.

son creadores de vuestros dioses o bien padres de vuestras deidades, y si ellos hubieran dedicado menos atención a sus hornos, hoy no habría ningún Júpiter de metal fundido.

¿No te sonrojas, tonto dedicado al culto pagano, por haber estado siempre gastando tal cantidad de vituallas como ofrendaste neciamente a dioses semejantes, a los que dieron forma peroles, calderos, jarros, sartenes y vasijas rotas y fundidas?

Con todo, esto lo perdono en las fatuas gentes del vulgo que se asustan con un trozo de lana de distinto color sobre un tronco[318], a quienes a menudo engaña un embaucador donoso, para los que es santo todo aquello cuyo temor vino aconsejado por las rancias cantilenas de las viejas desdentadas.

Lo que me produce pasmo es que vosotros, varones eruditos y doctos a los que rige una guía de vida bien ponderada, no conozcáis el ámbito del poder divino y mortal, qué grande es la divinidad que gobierna cuanto fue creado, aquella que todo lo creó.

El Dios eterno es[319] algo de valía inestimable, no se abarca con el pensamiento ni con la vista, excede toda medida de la mente humana, no puede ser aprehendido por nuestra visión y todo lo llena por fuera y por dentro y aun lo desborda.

---

[318] Posiblemente se trata de una alusión a los *Terminalia* (cf. *Symm.* II 1010-1011). Para la siguiente referencia a las viejas, *vid.* nota al v. 250.

[319] Desde aquí y hasta el final de su alocución (vv. 311-390), Román diserta sobre la naturaleza de Dios: si el pasaje anterior se correspondía claramente con el tono de los libros *Contra el discurso de Símaco*, éste evoca la esencia de sus poemas teológicos *(vid.* nota a *Cath.* IX 12). Para la imperceptibilidad física de Dios, cf. *I Timoteo* 6.16.

Es intemporal, anterior al primer día, solo él puede existir y haber existido siempre; él es la luz verdadera y el creador del verdadero esplendor, siendo esplendor derramó su propio esplendor y este fulgor nacido de la luz es el Hijo[320].

Es una la esencia del Padre y una misma la esencia del Hijo, y un mismo resplandor, engendrado por una única luz, es el que destelló desde la divinidad plena de la claridad[321]; es unitaria y poderosa la naturaleza de este único dios y todo cuanto existe fue fundado por su poder único,

el cielo[322] y la tierra, la fuerza del torbellino marino, los redondos astros que presiden días y noches, los vientos, las borrascas, los rayos, las lluvias y las nubes, las dos Osas[323], el Véspero, el calor y las nieves, las fuentes, la escarcha, minerales y ríos,

los farallones, las llanadas y las hondas navas de los montes, las fieras, las aves, los reptiles y los nadadores, los jumentos, el ganado y las bestias de arrastre, las flores, los setos, los brotes, las hierbas y los árboles, las plantas que dan olor y las que maduran para dar alimento.

Dios mandó que estas cosas existieran, aplicándose a ello no con esfuerzo y maña sino con una orden que profirió su poder; hízose lo que no existía[324]. Fue por medio del

---

[320] Cf. *Apoth.* 278-282.

[321] Entendida ésta como sobrenombre de Dios.

[322] Quizá la enumeración caótica que aquí comienza sea la más exagerada entre las numerosas que nuestro autor nos ofrece. Véanse otras p. ej. en *Cath.* IX 112-113; *Apoth.* 393-396; *Ham.* 395-397 y 545-546; *Psych.* 229; *Symm.* II 808-809; *Perist.* X 347-350, 356-363, 508-510 y 626-627; XIII 101; XIV 100-111.

[323] Lat. *septem triones:* son las siete estrellas que forman las Osas Mayor y Menor (cf. *Symm.* I 331). El «Véspero» es el lucero de la tarde.

[324] Evocación de la creación *(Génesis* 1.3 ss.); para los versos siguientes, cf. además PRUDENCIO, *Cath.* XI 17-24.

Verbo como creó este omniforme engranaje, pero la virtud paterna siempre estuvo dentro del Verbo.

Ya sabéis quién es Él; aprended ahora el rito y manera de su culto, cuál es la naturaleza de su templo, qué exvotos decretó que se le dedicaran, cuáles son las plegarias que exige, qué sacerdotes quiere, qué néctar manda que allá se le consagre.

Él mismo se construyó en el alma del hombre una morada[325] viva, serena, sensible, franca al Espíritu, imposible de demoler, indeleble, bella, graciosa, de techumbre descollante, pintada de distintos colores.

En su sagrado umbral se encuentra la virginal sacerdotisa, Fe, que guarda las primeras puertas, anudados sus cabellos con lazo regio; exige les sean ofrecidas a Cristo y al Padre las víctimas blancas y sencillas que sabe de su agrado:

el recato de un rostro, la inocencia de un corazón, la quietud de la paz, la castidad del cuerpo, el temor a Dios, la norma de la sabiduría, la parca sobriedad de los ayunos, una esperanza no abatida y una mano siempre generosa.

De ofrendas tales se alza deleitosa vaharada, que vence al olor del bálsamo, el incienso y el azafrán y a los aires cuajados de perfumes de Persia; de allí se eleva y asciende hasta el cielo y regala con su dulzura a Dios, ganándolo a nuestro favor[326].

Quienquiera que con su hostilidad prohíbe este modo de obrar, prohíbe la manera de vida que él aprueba y la observancia de sus sagradas disposiciones, prohíbe que la energía del alma remonte altos vuelos, hace bajar a la tierra la agu-

---

[325] Para el templo del alma y sus fuentes, *vid.* nota a *Psych.* 822.

[326] Para esta nueva enumeración, *vid.* nota al v. 326.

deza de nuestra chispa y no deja que se avive la fuerza de la sabiduría.

¡Oh ceguera pagana, hundida en el lodo, oh pueblos de espíritu carnal, oh craso error, oh tenebrosa estirpe amiga de lo terreno, entregada a un cadáver, que miras siempre a tus pies y jamás hacia arriba!

¿No es el más evidente de los desatinos y el grado último de la locura considerar dioses a seres creados de la unión de cónyuges, buscar con criterios terrenos una realidad espiritual, consagrar a los altares los elementos del mundo, tener por creador aquello que ha sido creado[327],

suplicar a un leño desbastado, salpicar con sangre de verraco piedras grabadas, rogar ante los altares con taquitos de buey y, aun sabiendo que aquéllos que estás divinizando fueron hombres, besar las urnas muertas de esos pecadores?[328].

¡Cesa, juez, de imponer a unos hombres valientes y libres esta tan enorme blasfemia del siglo! Nada hay más elevado que el amor a la verdad; aquéllos que afirman el nombre del Dios eterno no tienen miedo a nada y la muerte misma les queda por debajo».

Llevaba largo rato Asclepiades, mientras el mártir hablaba, rumiando disimulada ira en sus entrañas, estomagado por profunda hiel, al tiempo que guarda largo silencio y segrega bilis en lo hondo de sus entretelas, hasta que al fin vomita con violencia su furia escondida:

---

[327] A esta idea (inspirada en *Romanos* 1.25) dedica otro largo pasaje: *Symm.* I 297-407.

[328] Posiblemente se trata de una alusión a emperadores divinizados pero muertos y con sepulcros conocidos, a los que llama «pecadores» por su actitud hacia los cristianos (LAVARENNE, *Prudence,* IV, pág. 133, n. 2).

«¡Ay Júpiter! ¿Qué es lo que le estoy oyendo a este individuo? Se halla en medio de los altares, de las imágenes de los dioses y, cosa que debo reconocer, en el centro del foro, mientras yo estoy callado, y este hombre acabado expone su disertación ensuciando con su boca impía cuanto de sagrado hay.

¡Oh justicia del pasado, oh antiguo estado de la moral! Nuestra generación demuele lo instituido por los reyes Pompilios[329] en favor del bien público. ¿Qué nuevo error ha empujado a estos sofistas a porfiar que no hay que rendir culto a los dioses?

Ahora nos nace el dogma cristiano, después de mil relevos consulares desde que Roma es Roma, por no remontarme a los Néstores. Todo aquello que surge como algo nuevo no existió anteriormente. ¿Deseas conocer la esencia de las cosas? ¡Consulta a Pirra![330].

¿Dónde estaba entonces ese dios supremo vuestro cuando Rómulo, niño de Marte[331], con el favor de los dioses fundaba el bastión de las siete colinas? El poderío de Roma, asentada con buenos augurios, lo debe a Júpiter Estátor y demás dioses.

---

[329] E. e. Numa *(vid.* nota a *Symm.* I 103).

[330] Decir «los Néstores» es decir la legendaria época de Troya, pues Néstor fue uno de los personajes de la epopeya homérica: obsérvese cómo un romano podía llegar a evocar su propio pasado mediante la mención de un griego. Para el argumento siguiente, cf. *Apoth.* 282-284. Para Pirra, por último, *vid.* nota a *Apoth.* 292.

[331] Lat. *puer Mauortius... Romulus:* cf. Virgilio, *En.* VI 777-778. Para la relación de ambos, *vid.* nota a *Symm.* I 168. Por lo que se refiere a la advocación de Júpiter como Estátor (lat. *Stator,* «el que detiene»), cuenta Tito Livio (I 12, 6-7) que, tras el rapto de las Sabinas, los romanos perdían en una batalla contra los sabinos. Rómulo prometió un templo a Júpiter con ese epíteto si detenía la huida de los romanos o bien el empuje del enemigo. Ese templo estuvo al pie del Palatino, donde hoy se halla el arco de Tito.

Esto es lo que ha estado decretado desde siempre, esto es lo que nuestros ancestros nos han transmitido: hemos de granjearnos el favor de los templos para ayudar a los triunfos del príncipe, a fin de que una campaña propicia secunde su gloria y, subyugando al enemigo, nuestro caudillo refrene con sus leyes un mundo en paz[332].

Así que disponte, seas quien seas, cúmulo de perversión, a orar ritualmente a los dioses junto con nosotros por la vida del príncipe, o bien, cosa que es forzoso que sufra un enemigo público, paga castigo con tu sangre. Haber despreciado los templos es haber desdeñado al príncipe».

Dice entonces aquél: «Jamás en pro del bienestar del príncipe y de sus insuperables y bravísimas cohortes haré otro ruego que no sea que luchen por la fe, renazcan para el Padre gracias al agua pura de Cristo y reciban desde el cielo al propio Paráclito[333],

y así desdeñen la bruma de la idolatría, contemplen aquel lucero de la esperanza eterna que ni penetra por nuestra aguanosa mirada ni lanza destellos a través de las ventanas de nuestro cuerpo sino que reluce en el interior de las almas puras.

La tosca pupila de carne percibe cosas toscas y un órgano caduco ve aquello que ha de perecer: para ver realidades cristalinas es adecuada la cristalina esencia del alma; sólo una naturaleza fogosa capta la esencia radiante de la fogosísima divinidad[334].

---

[332] Lat. *ductor quietum frenet orbem legibus:* cf. CLAUD., *Estil.* II 1-2.

[333] Es decir, al Espíritu Santo *(vid.* nota a *Cath.* V 160).

[334] Para la oposición entre los ojos del cuerpo y los del alma, cf. *Apoth.* 18-21; *Ham.* 2-7, 863-930.

Éste es el lucero que deseo que conozca tu emperador y el mío, si es que quiere llegar a serlo mío; pues si se opone al nombre cristiano, no será mío emperador semejante. Al que me ordena un crimen, créeme, nunca le serviré».

«¿Os quedáis parados, oficiales?», dice a gritos el juez, «¿os quedáis parados y contenéis esas manos justicieras? ¿No abrís canales en su cuerpo, descuartizáis sus entrañas y dejáis salidas para su alma, escondida en el interior, alma de donde salta esa voz sacrílega contra el príncipe?».

Con la punta ahorquillada de los garfios hienden los abominables soldados ambos costados del varón, que estaba suspendido; lentamente van surcando largas heridas por sus miembros, cortan los tajos curvos con otros rectos y los rectos con otros transversales, hasta que el pecho blanquea de huesos al descubierto[335].

Jadean por el esfuerzo, están bañados en sudor, aunque está quieto el héroe en que se ensañan. En éstas Román añade por su cuenta estas palabras: «Prefecto, si buscas conocer la verdad, todo este descuartizamiento no me duele.

Me duele que en tu pecho anide el error, que arrastres contigo a la perdición a esas gentes. De todas partes vienen corriendo en nutrido tropel a ver el espectáculo, pueblo pagano, cuerpos, ay, dignos de ser llorados, y tiemblan ante el sangriento ejemplo de mi suerte.

[335] Para estas descripciones cruentas, véase la *Introducción*, págs. 91-92; para la resistencia heroica del mártir, la nota a *Perist.* I 82, y para su designación como «varón», e. e. héroe (cf. vv. 52 y 457), la nota a *Perist.* II 558.

Oídme todos, lo grito a lo lejos y lo proclamo, mando mi voz desde la altura de este cadalso[336]. Cristo, resplandor de la gloria del Padre, dios también él, creador del mundo y al mismo tiempo partícipe de nuestra naturaleza, garantiza la salvación eterna a los que en él crean,

la salvación del alma, la única que no muere sino que persevera sin término bajo suertes opuestas: o brilla en la luz o se hunde en las tinieblas; si sigue a Cristo, penetra en el glorioso reino del Padre; si se aparta de Cristo, es entregada al arbitrio del Tártaro[337].

He de preocuparme por la naturaleza del premio[338] que vaya a tener un día mi sustancia eterna, pues poco me importa de qué modo termine mi cuerpo, que ha de terminar sin duda por ley de su propia constitución. Ya llega su caída: pues que caiga lo que ha de desintegrarse.

Y da lo mismo que el fuego y las sogas[339] se ensañen o que penoso abatimiento torture el cuerpo adoleciente, pues a menudo es una saña[340] más intensa la que da armas a las enfermedades. No es tan fuerte la violencia con que los garfios

---

[336] Propiamente «estrado» (lat. *catasta*): *vid.* nota a *Perist.* I 56. Para el fondo bíblico de los siguientes versos, cf. *Hebreos* 1.3; *Colosenses* 1.15-16; *II Corintios* 4.4, 6.

[337] Para esta designación del infierno, frecuente en nuestra obra, *vid.* nota a *Cath.* I 70.

[338] Para el uso del sustantivo *merx* con el valor de *merces* (e. e. «premio», «recompensa»), cf. Columela, X 117, y Prudencio, *Perist.* XIII 43, y vid. *Thesaurus linguae Latinae* VIII, 852, 12-37.

[339] Lat. *fidiculae:* especie de potro de tortura, con especial referencia hacia sus correas (cf. v. 550).

[340] Lat. *saeuia:* para los problemas textuales del pasaje, *vid.* G. Meyer, «*Prudentiana*», *Philologus* 87 (1932), 249-260 y 332-357 (pág. 255), y cf. Cunningham, «Notes on the text of Prudentius», pág. 69.

horadan el costado como la punzada con que los castiga la terrible pleuresía[341],

y no arde igual la piel quemada por las láminas[342] como cuando la fiebre devora las venas con su negra hiel, o cuando un calor de fuego se extiende y recalienta la superficie de la piel, o cuando abrasadora calentura hace brotar pústulas: podrías creer que te queman con cauterio silbante.

¿Os parece una desgracia el que yo esté colgado y estirado con los brazos torcidos a la espalda, el que me desuellen los pies, el que suenen mis articulaciones al crujir de los tendones? Así exclaman entre gemidos que se les separan los huesos aquellos a los que tortura la nudosa gota y la artritis.

Horror os causan a todos las manos de estos verdugos. ¿Acaso son más delicadas las manos de los médicos cuando se ceba la carnicería hipocrática? Amputan los órganos en vivo y la sangre reciente mancha el escalpelo mientras se arranca la parte infectada.

Pensad que son cirujanos que aplican a mis costillas sus terribles instrumentos de hierro y que éstos me cortan por motivos de salud. No es amargo aquello que restablece la salud[343]. Se les ve arrancar mis miembros engangrenados, pero están sanando en mi interior las raíces de la vida.

---

[341] La comparación entre el sufrimiento de la tortura y el de la enfermedad era un *tópos* de la filosofía popular estoica: CICERÓN, *Filíp.* XI 4, 8; SÉNECA, *Epíst.* I 14, 6: sobre este aspecto, véase ORTEGA-RODRÍGUEZ, *Prudencio,* pág. 654, n. al v. 478, y de forma más exhaustiva, F. KUDLIEN, «Krankheitsmetaphorik im Laurentiushymnus des Prudentius», *Hermes* 90 (1962), 104-115.

[342] Para el tormento de las láminas, *vid.* nota a *Perist.* V 208.

[343] Téngase en cuenta que Prudencio está jugando aquí con el doble sentido del vocablo latino *salus,* e. e. «salvación» y «salud»: el médico corta para restablecer la salud, como el verdugo actúa para otorgar la salvación al mártir.

Y ¿quién no sabe cuán virulenta es la infección de la carne contaminada y perecedera? Se ensucia, se inflama, supura, hiede, duele, se hincha por la ira, se gasta por la lujuria y a menudo, manchada de hiel, coge un tono lívido.

El oro que vamos registrando en nuestras arcas ¿no se adquiere para la carne? Ropajes llenos de adornos, gemas, seda, púrpura, se buscan con mil ardides para disfrute de la carne, el exceso de la gula cría tocinos en las carnes, el desenfrenado deseo de la carne se va despeñando por todo tipo de faltas[344].

Verdugo, pon remedio, por favor, a tan graves males, corta, arranca el pasto de los pecados, haz que, cortando la sentina de la carne débil, sobreviva mi espíritu libre de cualquier clase de dolor y no siga acarreando aquello que un represor le pueda amputar.

No os asustéis vosotros, gentes que me rodeáis. Pierdo tan sólo lo que ha de morírsenos a todos, al rey, al cliente, al pobre y al rico[345]. La carne de los esclavos se pudre igual que la de los senadores cuando están enterradas en lo hondo de una tumba.

Insignificante es la pérdida que nos muerde y leve el daño, si lo que tememos perder es aquello de que hemos de vernos privados. ¿Por qué no se anticipa nuestra voluntad a aquello que es forzoso? ¿Por qué nuestro natural no se in-

---

[344] Para la insistencia en el vocablo «carne» y sus fuentes bíblicas, vid. *Apoth.* 368-371. Para la expresión final (lat. *omne per nefas ruit),* cf. Horacio, *Odas* I 3, 26.

[345] El tema de la universalidad de la muerte era un lugar común en la Antigüedad: cf. Horacio, *Odas* I 4, 13-14, y véase R. G. M. Nisbet & M. Hubbard, *A commentary on Horace: Odes book 1,* Oxford, 1970, observaciones a I 28, 16, pág. 329; véase asimismo el tratamiento de este motivo en *Perist.* XIV 94-111. Para el «cliente», *vid.* nota a *Perist.* III 82.

clina al logro de la gloria? Rebajemos la pérdida que la ley nos causa con aquellos premios que nos aporta.

Mas veamos cuál es la forma de los premios de los valientes[346], aquélla, naturalmente, que no perece nunca. De vuelta al cielo nuestro espíritu se elevará volando, gozará eternamente de la luz de Dios Padre allá, en la real fortaleza donde reina Cristo.

Y cuando el cielo se pliegue como un libro[347] caerá sobre la tierra el globo del rodado sol y en su caída destruirá la esfera que marca los meses[348], Dios será el único superviviente y con él permanecerán los justos en compañía de los ángeles sempiternos.

Desprecia, hombre sensato, la utilidad presente, a la que has de poner fin, que has de abandonar; ¡olvídate del cuerpo, instrumento de la muerte y de las tumbas, dirígete a la gloria futura, sigue hacia Dios, entérate de quién eres, vence al mundo y al siglo!».

Apenas el mártir había terminado de pronunciar esta alocución, cuando enfurecido dice Asclepiades: «Que el verdugo vuelva sus golpes sobre la boca que dice esas cosas y traslade sobre la mandíbula las manos, los tajos agudos y las sogas[349].

Reviéntese el nido mismo de su palabrería para que, horadados los pulmones, su verborrea pierda a raudales el aire del habla, a cuyo sonido no pone coto ley alguna. Quiero que sufran tormento hasta las mismas palabras cuando habla».

---

346 Cf. *I Corintios* 9.25.

347 Cf. *Isaías* 34.4, *Apocalipsis* 6.13-14.

348 Es decir, la luna.

349 Para éstas, *vid.* nota al v. 481.

El impío lictor da cumplimiento a estas órdenes. Graba ambas mejillas con los trazos de los garfios y raja su faz con marcas sangrientas; a trozos se va desprendiendo su piel de crecida barba y su rostro por entero es retazado hasta el mentón.

Entre los chorros de sangre así dice el mártir[350]: «Prefecto, debo darte muchas gracias porque ya puedo predicar a Cristo por tantas bocas como tengo abiertas. Resultaba estrecha para la proclama de su ancho nombre una sola salida, insuficiente para la loa de Dios.

Mi voz, al salir, encuentra rendijas abiertas y, repartida por los muchos orificios, proyecta más sonido por doquier y desde todas partes proclama la eterna gloria de Cristo y el Padre. Mira por dónde, los alaban tantas bocas como heridas tengo».

Paralizado por semejante tesón, el magistrado ordena que cese el castigo; entonces dice así: «Juro por el fuego del Sol que con sus círculos alternos[351] gobierna nuestros días y con cuyo retorno se sostienen la luz y el año,

que tendré ya que hacer que dispongan para ti el fuego de una triste pira, para que devore con un final digno ese cuerpo que persevera y se resiste tan perversamente al antiguo culto y no se rinde, vencido por las agujas del dolor, sino que con el castigo se torna más fuerte.

---

[350] Nótese que, como comentábamos al hablar de este poema en la *Introducción,* Prudencio pierde el sentido de la mesura en su intención de crear *páthos,* tensión dramática, consiguiendo el efecto contrario; es decir, a medida que avanza el martirio, la resistencia y verbosidad intempestiva de Román rayan cada vez más en lo grotesco.

[351] Expresión oscura. Tal vez, como dice LAVARENNE *(Prudence,* IV, pág. 225, n. 1 a la pág. 139), se esté refiriendo así a la alternancia en el alargamiento y recorte de sus círculos según las estaciones. Para la fórmula de juramento (lat. *per Solis ignem iuro),* cf. JUVENAL, XIII 78.

¿Qué estupidez dio tal inflexibilidad a tu pecho? Tu mente se ha empecinado, todo tu cuerpo está encallecido, tan grande es la locura del nuevo dogma que reina sobre ti. Porque, al fin y al cabo, no hace tanto tiempo que vivió este Cristo vuestro[352], del que tú mismo reconoces que fue colgado en una cruz».

«Aquella cruz de entonces es esta salvación presente de todos nosotros», dice Román, «esta redención del ser humano. Sé que tú, impío, eres incapaz del sacramento, que con tus ciegos sentidos no puedes asimilar nuestro misterio. La noche no capta nada del día[353].

Mas en medio de las tinieblas yo portaré brillante antorcha y el que esté sano verá, el legañoso velará sus ojos. 'Quitad esa luz', dirá el incurable, 'es molesta la claridad para el que no ve nada'. Oye bien, sacrílego, qué es lo que te irrita y odias[354].

Un rey eterno produjo un rey eterno que estaba aguardando en su interior, que no es menor en edad pues el tiempo no le afecta. Porque, nacido del Padre, Cristo es la remota fuente de los comienzos y los días y los tiempos. El Padre es esto que el Hijo es.

Éste se prestó a la contemplación de los mortales. Mortal era el cuerpo que asumió su inmortalidad, a fin de que, al portar un dios eterno un cuerpo caduco, pueda el nuestro atravesar hasta las regiones celestes. Un hombre murió y resucitó un dios.

---

[352] Es decir, rechaza el cristianismo por falta de *antiquitas,* a lo que responderá Román en todo su alegato y especialmente en los vv. 611-625.

[353] Para estos pensamientos, cf. *I Corintios* 2.14, *Juan* 1.5.

[354] Se dispone Román a exponer su tesis teológica, exposición que llega hasta el v. 647.

Se enfrentó la muerte a un dios que llevaba un cuerpo; pero, al atacar nuestra naturaleza, huyó ante la de lo inmortal. ¿Os parece tonto esto, sofistas del siglo?[355]. Mas el dios supremo eligió las cosas tontas del mundo, para que aquel que fuera tonto respecto del siglo fuera sabio respecto de Dios.

Vuelves a contar la antigüedad de Rómulo, la loba de Marte[356] y el presagio primero de los buitres. Si desprecias las cosas modernas nada hay tan reciente como eso; con escasamente mil fastos llena esta corta etapa el curso de los días desde que el augur fundó nuestra ciudad.

Puedo recordarte, si hubiera espacio, seiscientos reinos hace largo tiempo fundados en todo el orbe, reinos ilustres ya antes de la cabrita de Gnosos, de la que cuentan que mamó Júpiter, padre de Marte[357]. Aquéllos ya no existen, y tampoco existirán los de hoy algún día.

Esa cruz de Cristo, que decís que es nueva, fue expresada por símbolos, manifestada en escritos, cuando al nacer el mundo se hizo el hombre, y su llegada fue pronosticada a través de mil milagros por la voz acorde de los vates[358].

---

[355] Devuelve así Román el término insultante lanzado por Asclepíades contra los cristianos en el v. 404. Para el pensamiento siguiente, cf. *Mateo* 11.25, *I Corintios* 1.20-25, y *vid.* EVENEPOEL, «Prudentius: *ratio* and *fides*», pág. 324.

[356] Es decir, por extensión: se trata de la loba que amamantó a Rómulo y Remo, nacidos de la unión de Marte con la vestal Rea Silvia; para esto y para la siguiente referencia a los buitres, cf. *Symm.* II 395-398. Para los «fastos» (e. e. «años»), mencionados a continuación, *vid.* nota a *Symm.* I 555.

[357] La «cabrita de Gnosos», e. e. de Creta, es Amaltea, nodriza del pequeño Júpiter durante su crianza en esa isla (*vid.* notas a *Symm.* II 493, 515 y 654).

[358] Seguramente los profetas del Antiguo Testamento. Para un ejemplo de estas prefiguraciones de la cruz, véase la nota a *Psych. pref.* 22.

Los reyes, los profetas, los jueces y los príncipes, con su valor, sus guerras, sus cultos, sus rituales y su pluma no cesaron de trazar la forma de la cruz[359]. La cruz fue prefigurada, la cruz fue ya anteriormente esbozada, de la cruz se impregnaron conjuntamente las generaciones antiguas.

Descifradas al fin las voces de los profetas, en nuestros tiempos su antigüedad más que probada ha brillado públicamente con un rostro bien visible, para que no oscilara la verdad en las aguas de una fe vacilante, en el caso de que no tuviera la inmediata evidencia del testimonio de la vista.

Por esto creemos nosotros que no muere siquiera el cuerpo que entregamos al festín de la tumba, porque Cristo hizo resucitar con él el cuerpo que en él murió en la cruz y lo llevó hasta el trono del Padre y a todos nos enseñó el camino para la resurrección[360].

Aquélla es nuestra cruz, subimos nosotros al patíbulo, por nosotros murió Cristo y por nosotros regresó Cristo como dios, él, que, en el momento de morir, es un hombre; su doble naturaleza muere y a la muerte doma y regresa a aquel estado incapaz de perecer[361].

Baste el haber dicho estas pocas palabras sobre el misterio de nuestra salvación y sobre el avance de nuestra esperanza. Ya, ya me callo. Tenemos prohibido esparcir las perlas de Cristo entre cerdos inmundos, para evitar que bestias enfangadas destrocen lo que es sagrado[362].

---

[359] Para este tipo de enumeraciones, *vid.* nota al v. 326.

[360] Para el fondo doctrinal, cf. *I Corintios* 15.13. Para la expresión «hasta el trono del Padre» (lat. *ad solium patris), vid.* nota a *Perist.* III 17.

[361] Cf. *Gálatas* 2.19, *Romanos* 6.9-10.

[362] Aunque se trata de una clara evocación de *Mateo* 7.6, ésta no deja de resultar altamente provocadora, combativa y desde luego nada conciliadora, en la situación de Román.

Pero, puesto que no me es dado disputar contigo con razón profunda[363], consultemos lo que está a nuestro alcance. Preguntemos, sin ir más lejos, el criterio, simple y sin artificio, de una inteligencia natural; que nos asista un árbitro que no conozca añagazas.

Trae un niño de unos siete años o menos, que esté libre de parcialidad y no odie a ninguno y que no incurra en vicio alguno de razonamiento; probemos qué dice su infancia reciente que hay que seguir, qué es lo que piensa su nuevo vigor»[364].

Aquél acepta gustoso esta propuesta del santo mártir y ordena que de entre el tropel de los críos se coja uno pequeño, destetado no ha mucho tiempo[365], y que lo traigan ante sí. «Pregunta lo que quieras», dice, «y sigamos lo que apruebe esta criatura».

Román, deseoso de comprobar la inocente naturaleza de su boca lactante, «Hijito», le dice, «di ¿qué te parece verdadero y congruente, rendir culto sólo a Cristo y en Cristo al Padre, o implorar a dioses de formas miles?».

---

[363] *Vid.* la nota al v. 175.

[364] La elección de la figura de un niño como árbitro dado su comportamiento natural (e. e. no viciado) es un motivo literario antiguo. En un contexto análogo al nuestro, es decir, como árbitro entre juez y mártir, aparece asimismo un niño en un panegírico del santo antaño atribuido a Juan Crisóstomo, aunque hoy esa autoría es más que discutida. Sin embargo, no debe de ser ésta la fuente de nuestro poeta sino que parece claro, más bien, que Prudencio tomó este detalle de la *passio* latina que le sirvió de fuente, que a su vez recogía la información de distintas fuentes griegas *(vid.* PALMER, *Prudentius on the martyrs,* pág. 247; *vid.* además HENKE, *Studien...*, págs. 133-151; REBULL, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 16 y pág. 53, n. 105).

[365] Lat. *nec olim lacte depulsum:* cf. VIRGILIO, *Égl.* VII 15; HORACIO, *Odas* IV 4, 15.

Sonrió el crío y sin tardanza contestó: «Sea lo que sea eso que los hombres llaman dios, debe ser uno solo, y lo que pertenece a uno solo, es único. Dado que Cristo es algo así, Cristo es el verdadero dios[366]. Que haya múltiples tipos de dioses, ni siquiera los niños lo creen».

Mudo quedó el tirano, dudando en medio del bochorno, pues no cabía que las leyes descargaran su violencia en la inocencia de tan tierna edad, ni su rabia enfurecida le permitía no hacer nada contra quien tales cosas decía. Dice: «¿Quién te ha enseñado eso que dices?».

Aquél responde: «Mi madre, y a mi madre, Dios. Ella, instruida por el Espíritu, asimiló del Padre aquello con que poder alimentarme en la misma cuna; yo, al tiempo que de pequeño tragaba la leche de las fuentes gemelas de sus pechos, tragué también la creencia en Cristo».

«Entonces, venga, que se persone aquí su madre», grita Asclepiades, «y como impía maestra contemple el triste fin de su enseñanza; sea su tormento la muerte y privación de ese niño al que dio infausta enseñanza, y llore a aquel al que corrompió.

Nada de que una vil mujerzuela fatigue a mis oficiales[367]. ¡Qué pequeño el dolor que azotará los miembros del niño con la ayuda de una muerte rápida! En cambio, los ojos de su madre serán peor castigados que si los sangrientos garfios desgarraran su cuerpo».

---

[366] Para el alambicado razonamiento, cf. *Ham.* 37-39; para el nuevo asalto al decoro poético que supone la inclusión de semejante niño en esta escena, *vid.* nota al v. 561; y en fin, para el próximo verso, cf. JUVENAL, II 149-152.

[367] Para la expresión «Nada...» (lat. *absit ut...), vid.* nota a *Perist.* I 60.

Apenas ha dicho esto, ordena que alcen en vilo al crío y azoten con las manos sus nalgas; después, que le quiten la ropa y lo azoten con varas y rasguen con duros golpes su tierna espalda de la que ha de manar más leche que sangre[368].

¿Qué roca podría resistir ese espectáculo, qué dureza de bronce o de hierro soportarlo?[369]. Cada vez que la vara de sauce había alcanzado y golpeado su cuerpo, enrojecían los mimbres, mojados de la sangre ligera que la herida había ido llorando a través de empapados moratones.

Cuentan que las mejillas amenazadoras de los que lo azotaban se bañaron de lágrimas que manaban por sí solas a través de los rostros gimientes de aquellos bárbaros, y que los mismos notarios, el círculo de gente y los ciudadanos notables no se mantuvieron con los ojos secos.

Por contra, sólo la madre está libre de estos lamentos, sólo su frente resplandece de sereno gozo; en el corazón de los píos hay una piedad[370] más fuerte, resistente ante el dolor por su amor a Cristo, que da firmeza al sentimiento del tierno afecto.

El pequeño había exclamado que tenía sed (el ardor de su aliento, abrasado por efecto del tormento, lo forzaba a pedir un trago de agua); su madre, amenazadora, mirándolo ceñudamente desde lejos, lo increpa así con la mirada y con estas severas palabras:

---

[368] Cf. Juvenal, XI 68.

[369] Para la dureza del hierro (lat. *ferri rigor),* cf. Virgilio, *Geórg.* I 143. Para el motivo de la insensibilidad de la roca, cf. Catulo, LXIV 154; Virgilio, *En.* IV 366; para la inspiración general de la escena, cf. Séneca, *Troyanas* 1104-1106, donde también se narra la muerte del niño Astianacte *(vid.* Rodríguez, *«Poeta...»,* pág. 118; Palmer, *Prudentius on the martyrs,* pág. 192).

[370] Para el doble sentido (e. e. de afecto religioso y familiar) de *pietas,* vid. la nota a *Apoth.* 555-556.

«Imagino, hijo, que te turba el débil miedo y que el pánico por el dolor te abate y domina. No es ésta la estirpe de mis entrañas que yo prometí a Dios, no era ésta mi esperanza de gloria cuando te di a luz: que fueras capaz de ceder ante la muerte.

Pides agua para beber, cuando tienes a tu disposición aquella fuente viva que siempre fluye y sola baña todas las cosas vivas por dentro y por fuera, el espíritu y el cuerpo al mismo tiempo, dispensando eternidad a los que de ella beben[371].

Llegarás enseguida a aquella corriente, siempre que el ardor de tu espíritu y tuétanos únicamente ansíe ver a Cristo; ese agua, una vez bebida en abundancia, de tal manera alivia todo fuego en el pecho que en adelante la vida bienaventurada desconoce la sed.

Éste, hijo, éste es el cáliz que ahora tú has de beber[372], el que bebieron mil criaturas en Belén; su edad, olvidada de la leche y sin acordarse del pecho, se nutrió con tragos amargos que al punto fueron dulces: tomó una miel de sangre.

¡Esfuérzate por parecerte a ellos, oh valiente niño mío, noble prole y orgullo[373] de tu madre! El Padre mandó que todas las edades fueran capaces de actos de valor, no exceptuó un solo día, y hasta concedió triunfos a los llantos de los niños.

Sabes, a menudo te lo conté, cuando jugabas mientras yo te enseñaba cosas y emitías sonidos que valían por habla parlera, que Isaac fue el único pequeño de su padre y que, al

---

371 Cf. *Juan* 4.13-14.

372 Para el fondo, cf. *Mateo* 20.22; para la fraseología, cf. HORACIO, *Odas* I 37, 1. Para la siguiente referencia a la matanza de los inocentes, cf. *Mateo* 2.16; PRUDENCIO, *Cath.* XII 93-140, *Tit.* 113-116.

373 Lat. *potentia:* cf. VIRGILIO, *En.* I 664.

ver el altar y la espada cuando iba a ser inmolado, se adelantó a ofrecer su cuello al anciano que celebraba el sacrificio[374].

Te conté también aquella célebre y memorable lid que sostuvieron siete niños nacidos de una misma madre, niños y sin embargo hombres por sus actos, mientras esta misma madre, en medio de la gravedad del desenlace, insistía en que no escatimaran la sangre de su suplicio y su corona[375].

Allí presente veía la madre los propios instrumentos para la muerte de los suyos y no perdía la compostura, y se alegraba cada vez que el agudo silbido de una sartén con aceite abrasaba a su rapaz, escaldándolo, o lo quemaba la cruel aplicación de las láminas[376].

El verdugo había arrancado la melena y el cuero cabelludo desde la frente para que el cráneo, desnudo de su forro hasta la nuca, diera aspecto ignominioso a su cabeza[377]; ella gritaba: 'Aguanta, la corona vestirá esta cabeza de gemas con una diadema real'.

---

[374] Es decir, a su padre. Para el suceso, cf. *Génesis* 22.6-10 y PRUDENCIO, *Psych. pref.* 5-8, si bien conviene recordar que el gesto valiente de Isaac es invención de nuestro poeta, o al menos nada semejante se dice en la *Biblia*.

[375] Nótese la hendíadis «de su suplicio y su corona»; para el uso de «corona» como equivalente de «martirio», *vid.* nota a *Perist.* I 4; para el episodio de los hermanos Macabeos, a *Perist.* V 524. Para esta «paráfrasis épica» del texto sagrado, *vid.* CHARLET, «L'apport...», pág. 209.

[376] Para este tormento, *vid.* nota a *Perist.* V 208. Para el episodio en concreto, cf. *II Macabeos* 7.5.

[377] Se trata del martirio del segundo hermano (cf. *II Macabeos* 7.7), en cuya descripción carga Prudencio las tintas, como puede observarse. Para el juego de sentidos provocado a continuación con la palabra «corona», recuérdese lo dicho en la nota al v. 755.

El tirano había ordenado amputar la lengua a uno de los muchachos[378]; la madre decía: 'Ya tenemos bien conseguida la gloria; como veis, se inmola a Dios la parte mejor de nuestro cuerpo: una lengua fiel es digna de ser una ofrenda. Intérprete del alma[379], expresión de los sentimientos, ministra del corazón, pregonera de las honduras del pecho, ofrézcase la primera al sacramento de la muerte y sea la primera redentora de todos los miembros. Al punto seguirán todos los demás a esta capitana ya consagrada'.

Espoleando con tales estímulos a los Macabeos, la madre domeñó al enemigo subyugándolo siete veces, tantas veces parida, tantas veces singular por sus triunfos. El que mi único parto, vida mía, me haga fértil en gloria, está en tu mano.

Por la fiel vasija de este vientre, por el lar que te albergó durante dos tandas de cinco meses[380], si te fue dulce el néctar de mi pecho, si blando mi regazo, si gratas las sonajas, ¡resiste y proclama al autor de estos dones![381].

Por qué mecanismo comenzaste a vivir dentro de mí, primero esa nada y luego aquello de donde se fue haciendo

---

[378] En realidad, al primero, al mismo que luego abrasaron en aceite (cf. *II Mac.* 7.4).

[379] Lat. *interpres animi:* cf. Lucrecio, VI 1149; Horacio, *Ars poetica* 111; Lactancio, *Inst.* VI 18, 6; *Opif.* X 13.

[380] Así literalmente *(mense bis quino):* para la concepción romana del embarazo como período de diez meses, basta ver cualquier comentario a Virgilio, *Égl.* IV 61, y allí se encontrarán abundantes interpretaciones de este cómputo. En principio, parece que los antiguos romanos incluían también el mes del propio parto, o bien, más sencillamente, contaban por meses lunares, por menstruaciones, el cómputo más cabal para la gestación. Para la expresión perifrástica de Prudencio, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39; para la fuente bíblica, cf. *Mac.* II 7.27.

[381] La estructura de esta súplica («por... por... sí... si...» + imperativos) y aun parte de su fraseología («si te fue dulce») están moldeadas sobre la súplica de Dido a Eneas en Virgilio, *En.* IV 314-319.

tu cuerpo, no lo sé[382]: lo sabe sólo el que te dio la chispa y te creó. Entrégate a aquel por cuyo don naciste y habrás devuelto como debes al dador lo que te dio».

Tal era el cántico[383] de la madre y ya el niño, alegre, se reía de las fustas silbantes y del dolor de los azotes. Entonces exclama el magistrado: «Encerrad al crío en la cárcel y torturad con más saña a Román, causante de mal tan grande[384]».

Y ya de nuevo surcaban a Román por los senderos recientes de sus cicatrices y, por donde poco antes habían arrastrado el agudo hierro, iban siguiendo las señales, abriéndolas, mientras al punto las llagas volvían a sangrar; a éstos, ya soberbio vencedor, Román los llama ronceros.

«¡Ah fuerza no viril, ah manos blandas! ¡Mira que no haber podido destruir en tan largo rato la simple armazón de un cuerpecillo caduco! Ya apenas conserva éste su ligazón pero aun así no cae del todo y vence vuestros brazos de manos ineficaces.

Con más presteza desgarran un cadáver los dientes de los perros y harto más efectivo es el mordisco de los buitres para devorar las tajadas de carne muerta. Vuestra hambre mal aguerrida os enerva y agota; vuestra gula es de fieras pero después sólo sois capaces de comer un poco».

Esas palabras inflamaron revuelta ira en el juez, que se apresta a suprema sentencia: «Si te pesa la espera, te será dado sufrir el final rápidamente; te condeno a ser devorado por las llamas y dentro de un momento serás fina ceniza».

---

382 Cf. *II Mac.* 7.22.

383 Lat. *Talia canente:* nótese la conciencia de ficción literaria; el personaje de la escena es a su vez personaje de su himno.

384 Lat. *tanti mali auctor:* vid. nota a *Psych.* 607.

Aquél, por su parte, al retirarse —porque los salvajes oficiales se llevaban de la corte a nuestro hombre— dice volviendo hacia atrás la vista: «Traidor, apelo por esta crueldad a mi Cristo, no porque tiemble por miedo a la muerte sino para que quede demostrado que es nada tu juicio».

«¿A qué espero», dice el otro, «para acabar con los dos, el niño y el maestro, compinches de una secta impía? Que la espada corte la despreciable cabeza del niño, apenas persona todavía; a ése, que lo queme la llama justiciera; tengan éstos un mismo final pero muertes diferentes».

Llegaron al lugar mismo de la ejecución de la muerte. Llevaba la madre a su hijo abrazado en su regazo y hasta podría pensarse que era la primigenia cría que el sagrado Abel llevaba en su cesto como ofrenda a Dios, elegida entre el rebaño y más pura que el resto[385].

El verdugo reclamó al niño, la madre se lo entregó y no se demoró en llantos, tan sólo un único beso le dio y le dijo: «¡Adiós, mi dulcísimo niño, y cuando, bienaventurado, hayas entrado en el reino de Cristo, acuérdate de tu madre, tú que fuiste mi hijo pero ya eres mi patrón!»[386].

Así dijo. Después, al tiempo que el verdugo está hiriendo el cuellecito con su espada, la mujer, ducha en el canto[387], entonaba este himno del cantar de David: «Preciosa es la muerte de un santo a la vista de Dios; aquél es tu siervo, prole de tu esclava».

---

385 Cf. *Génesis* 4.4.

386 Para la imitación de estos versos por parte de Rosvita y Rucio de Limoges, *vid.* RODRÍGUEZ, *«Poeta...»,* pág. 118.

387 Lat. *docta mulier psallere:* cf. HORACIO, *Odas* IV 13, 7; SALUSTIO, *Cat.* XXV 2. Los versos que entona son recreación de *Salmos* 115.15-16.

Mientras elevaba tales cánticos, desplegaba su manto y tendía sus manos bajo la herida sangrante, a fin de recoger la ola abundosa que manaba de las venas del niño y la esfera de su palpitante cabeza. Los recogió y acercó a su pecho, otrora querido del niño[388].

Por otra parte, del otro lado del campo[389], fumoso cremador componía con pino seco una pira descomunal, entremezclando en su base sarmientos y montones de heno, rociándolo todo con hirviente resina líquida, alimento que haría crecer más ferozmente las llamas.

Y ya de lejos traían a Román con los brazos a la espalda atados a una horca y lo metían en la pira. «Sé», dice, «que no ha de suceder que yo sea quemado y que no me ha sido dado este tipo de pasión, y resta que suceda un enorme milagro»[390].

[388] Creo que ésta, tanto por el contexto como por la práctica de Prudencio, es la traducción preferible para *caro adplicauit pectori,* a pesar de la muy sugerente propuesta de Ortega-Rodríguez *(Prudencio,* pág. 676, n. al v. 845), esto es, entender que *carus* («querido») recoge aquí el valor del *phílos* homérico, es decir, como *suus* («lo acercó a su propio pecho»), para lo que aducen además dos pasajes muy cercanos (desde luego, los que no valen son los aducidos por Rebull, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 59, n. 125, e. e. *Apoth.* 1040, *Ham.* 726 y Lucrecio, III 85): Valerio Máximo, IV 7, 4: *caput... sublatum pectori suo adplicauit;* y muy especialmente, por la afinidad del contexto, Quinto de Esmirna, VII 338: *phílōi d'enkáttheto kólpōi.*

[389] Lat. *parte campi ex altera:* nótese el tono épico de la expresión (cf. el empleo del vocablo *orsa,* «palabras», también épico, en el v. 856), que intenta sugerir la idea de una batalla en la lucha de Román. Para crear este clima, nada mejor que inspirarse en el propio Virgilio épico (cf. *En.* XI 203-204, VI 215). Por otra parte, me he permitido introducir, a falta de otro vocablo equivalente, el término «cremador» para traducir el lat. *ustor,* nombre con que se designaba al encargado de quemar los cadáveres.

[390] Para la llegada del milagro, *vid.* nota a *Perist.* I 82.

A estas sus palabras sigue el inmenso fragor de una nube que se desploma; el aguacero cae y a oleadas sepulta el fuego con el negro aluvión de sus aguas. Ceban con aceite la chasca a medio arder pero la lluvia vence al combustible ya empapado[391].

Temblaba el sucio carnífice turbado por los nuevos sucesos e insistía con los recursos que tenía a su alcance, removía los tizones con sus húmedas cenizas, alimentaba las brasas con puñados de estopa y buscaba un brote de fuego[392] en medio de olas.

Le fue anunciado esto al juez soberbio y, habiendo desatado la ira de su hiel implacable, dice: «¿Hasta cuándo se va a estar burlando de mí este consumado mago, ducho en trocar en chanza su castigo con encantamientos tesalios?[393].

Tal vez la cerviz, si le ordeno doblarla bajo la espada para que ésta la corte, no dejará espacio a la herida, o el tajo, amputando y separando su cuello, de nuevo se unirá y volverá a pegarse y se alzará esta cabeza nuevamente sobre sus hombros.

Así que probemos antes a arrancar con la espada cualquier parte de su cuerpo, de forma que el resto de éste quede vivo, para que no sea una única muerte la que haga caer a este hombre muchas veces criminal ni sucumba este traidor con un solo ajusticiamiento. Cuantos miembros tiene, de tantas maneras deseo que perezca[394].

---

[391] Prudencio puede haber hallado la inspiración para esta escena en Virgilio, *En.* V 693-699 (*vid.* Charlet, «L'apport...», pág. 211).

[392] Lat. *semen ignis:* cf. Homero, *Odisea* V 490 (*spérma pyrós*); Virgilio, *En.* VI 6 (*semina flammae*).

[393] Para la expresión que abre la interrogación (lat. *Quousque tandem... nobis... / inludet*), cf. Cicerón, *Cat.* I 1 (Tito Livio, VI 18, 5); Tesalia era, más que ninguna otra, la región de la magia (cf. *Apoth.* 477-478).

[394] Lat. *Quot membra gestat, tot modis pereat uolo:* cf. Draconcio, *Orest.* 477-478: *«soluat adulter / tot poenas quot membra gerit».* Para más

Me apetece comprobar[395], como en el relato de Lerna, si se reproduce y renacen sus miembros y se va renovando ante las pérdidas de su cuerpo cercenado; vendrá entonces Hércules en persona, acostumbrado a abrasar las heridas de la hidra.

Que se presente al punto un oficial ducho en cortar, que sepa dividir los límites todos de las entrañas o los ligamentos unidos a los tendones. Traedme a un hombre de los que curan los huesos descuajados o ensamblan y reparan los fracturados hasta que éstos forman un nudo.

Que arranque de raíz, en primer lugar, la lengua, que es la peor parte de todo su cuerpo; ésta profanó la vieja creencia sagrada con su movimiento insolente, lanzándose la muy malvada contra nuestros dioses, pero es que además en su osadía no libró ni al mismísimo emperador».

Llaman a un médico, un tal Aristón, y éste viene; le manda sacar la lengua; la saca al punto el mártir de su refugio y deja al descubierto además las honduras de su garganta. Aquél hurga en el paladar, al tiempo que pasea su dedo por la salida de la voz y explora el lugar para efectuar en él su herida.

Sacando luego buen trecho de lengua fuera de la boca, aplica el escalpelo introduciéndolo hasta la garganta misma.

---

detalles sobre esta imitación así como sobre las fuentes del propio Prudencio en esta estrofa, *vid.* W. SCHETTER, *«Aequentur uulnera membris»*, *Hermes* 112 (1984), 127-128.

[395] Lat. *libet experiri:* cf. [SÉNECA] *Octavia* 576, en la misma posición. Respecto de la siguiente alusión, cuenta la tradición antigua que Hércules, en uno de sus «trabajos» o «labores», tuvo que enfrentarse a la hidra de Lerna, una especie de serpiente de múltiples cabezas y aliento mortal que asolaba aquella región. Por cada cabeza que cortaba, surgía otra (u otras dos), así que, con la ayuda de su sobrino Yolao, decidió cauterizar las heridas evitando así la regeneración de la carne.

Mientras aquél cortaba gradualmente cada uno de los tendones, en ningún momento lo mordió el mártir o cerró su boca apretando los dientes ni se tragó la sangre.

Permaneció inmóvil y con la boca abierta, mientras la sangre le rebosa a borbotones; hermoso, lleva el mentón bañado de una banda roja, contempla la gloria de su pecho ensangrentado y goza del color de púrpura de sus ropas como si ya de las regias se tratara.

Así pues, el prefecto, pensando que este hombre sin lengua podría ser forzado a jurar el sacramento, dado que, desprovisto de palabras, nada podía proferir en desdoro de los dioses, ordena que lo vuelvan a llevar ante él, ya callado y fatigado, él que antes había temido grandemente el torbellino de la voz de Román.

Vuelve de nuevo a colocar un altar ante el tribunal y sobre él incienso y carbones de vivo fuego, vísceras de toro y panzas de cerdo. Al entrar Román, cuando ve estos preparativos, sopla sobre ellos como si estuviera viendo auténticos demonios[396].

Se ríe de ello Asclepiades, muy contento, y añade luego: «¿Es que vas a decir alguna barbaridad, como solías? Di lo que quieras, danos un discurso o una disertación; te permito ejercitar libremente tu voz».

Román, dando un largo suspiro desde lo hondo de su corazón, profirió quejumbroso gemido y así comenzó: «Nunca faltó lengua al que habla de Cristo; y no preguntes por qué órgano se gobiernan las palabras cuando se está predicando al propio dador de las palabras.

[396] La acción de soplar tenía una finalidad apotropaica, de conjuro del mal (cf. TERTULIANO, *Ídol.* XI 7).

Aquel que hizo que la fuerza de la voz, proferida desde los recodos de los pulmones y lanzada en el caparazón de la boca, ya haga repercutir sus sonidos desde el paladar ya los temple desde el peine de los dientes, y que para su ejecución sea la lengua móvil plectro[397],

si manda éste mismo que los canales de la garganta alienten de tal manera con armónico y acordado resuello que lleguen a dar cuerpo a las palabras en los propios conductos, o que en la salida de la boca con sus címbalos hablen los labios ya apretados ya entreabiertos,

¿dudas de que pueda invertirse el estado natural de las cosas en honor de aquel que creó la forma aquella con que se manifestó originariamente? Esta forma, naturalmente, la puede invertir su hacedor según se le antoje y componer y descomponer las leyes ya establecidas, de suerte que el habla no exija el servicio de la lengua.

¿Quieres conocer el poder de nuestra deidad? Con su pie oprimió las olas del líquido mar y esa naturaleza fluida e inconsistente se hace sólida[398]. ¡Qué distinta de aquellas leyes con que fue creada! Normalmente es recorrida a nado, esta vez, es pisada.

Tiene costumbre de estos dones la divinidad verdadera que nosotros honramos en Cristo y el Padre: devolver el habla a los mudos, el paso raudo a los cojos, el disfrute del oído a los sordos, otorgar a los ciegos la claridad de la desacostumbrada luz[399].

---

[397] Para la imagen de la lengua como plectro de la boca (e. e. como la púa de su cordaje), cf. los vv. 6 y 988 de este mismo himno y *vid.* RODRÍGUEZ, *«Poeta...»*, págs. 23-26. Otra imagen tomada del ámbito musical puede verse al final de la siguiente estrofa, donde los labios son címbalos.

[398] Cf. *Mateo* 14.25; PRUDENCIO, *Cath.* IX 49-51, *Apoth.* 653-660, *Symm.* II *praef.* 1-43, *Perist.* VII 61-65, *Tit.* 137-140.

[399] Cf. *Mateo* 11.5.

Si algún desquiciado considera esto fantasioso o si tú mismo pensabas antes que era poco digno de fe, puedes conocer su verdad. Tienes hablando a uno cuya lengua habías arrancado. Cede de una vez a estos probados milagros».

Invade el horror al perseguidor estupefacto y el miedo y la ira tornaron su pecho en brumas. No sabe si está despierto o sueña. Paralizado y perplejo indaga cuál es la naturaleza del prodigio. El miedo lo quebranta, lo arma la indignación.

Y no puede domar la violencia de su mente desbocada[400] ni encuentra a dónde lanzar los dardos de su furia. Por último, ordena furibundo que el médico, que ninguna culpa tenía, sea citado como reo, lo acusa de haber sido sobornado para que, previo acuerdo de una cantidad, actuara en connivencia con los otros,

bien introduciendo en su boca el metálico instrumento para nada y moviéndolo inútilmente y sin efecto, con embotado contacto, bien produciendo por algún procedimiento una herida breve que cortara la lengua por la parte dañada pero no cercenara por completo todos sus tendones.

Que no es posible que la armonía de la voz quede cabalmente a salvo, que surjan de un paladar vacío palabras cuando es el control de la lengua el que las hace resonar. Valga que el resuello produzca ruido en esa cueva vana, pero lo que en tal caso sale es eco, no discurso.

El médico refuta esta calumnia con los siguientes argumentos verdaderos: «Escudriña, pues, tú ahora los entresijos de su garganta, pasea la curiosidad de tu pulgar por dentro de sus dientes o inspecciona su gorja abierta, a ver si hay algo oculto que gobierne su aliento.

---

[400] Lat. *uim domare mentis effrenae:* cf. SÉNECA, *Fedra* 255.

Aunque, la verdad, si me hubiera dado por horadar la lengua con insignificante punzada o tocarla con herida liviana, al titubear el plectro[401] sería débil su habla; pues, cuando la maestra de la voz incurre en algún defecto, forzoso es que quede interrumpido el ejercicio del lenguaje.

Hagamos la prueba, si te parece, de qué tipo de queja emite un cuadrúpedo con la lengua arrancada y qué gruñido lanza una cerda sin lengua. Aquella que tenía voz poderosa deja escapar un grito confuso. Te demostraré que este animal, al quedar mudo, no produce sonido nítido alguno.

Por la salud del emperador doy mi palabra, magnífico juez, de que he aplicado simplemente el arte del cirujano y he obedecido sin trampa las órdenes públicas. Éste sabrá qué dios le sugiere[402] las palabras. Yo ignoro la causa de la elocuencia de un hombre mudo».

Con estas razones se justifica Aristón. Pero en nada mueven al impío salteador[403] de cristianos, que cada vez se va hundiendo más en la locura. Pregunta si aquella sangre que salpica al varón es ajena o ha brotado de su propia herida.

Responde a esto Román: «Mírame, aquí delante me tienes. Esa sangre que dices es auténticamente mía, no de buey.

---

[401] Cf. vv. 6 y 935.

[402] Como advierte Lavarenne *(Prudence,* IV, pág. 226, n. 1 a la pág. 154), se trata de un uso anómalo del verbo *suggillo,* propiamente «contusionar» o, figuradamente, «insultar»; la traslación semántica podría derivar, a decir de Arévalo, de una falsa relación etimológica establecida por Prudencio entre este verbo y *suggero,* «proporcionar», «sugerir» (cf. la lectura de *B* frente al resto de los códices: *suggerat).*

[403] Lat. *latronem,* e. e. «ladrón», nombre que habitualmente aplica al Demonio *(vid.* nota a *Ham.* 390). Para la siguiente referencia al mártir como «varón», e. e. héroe, cf. el v. 452.

¿Sabes de qué sangre te estoy hablando, penosísimo pagano, la sangre sagrada de vuestro buey, con cuya inmolación lustral os empapáis?[404].

El supremo sacerdote, ya sabes, cavada una fosa bajo tierra, se hunde en el fondo para su consagración, anudando sus sienes festivas con sorprendente gala de ínfulas, adornando además sus cabellos con corona de oro y sujetando su toga de seda con ceñidor gabino[405].

Sobre él se colocan tablas para construir un estrado dejando entre ellas espacios, tramoya de ensamblaje poco tupido; a continuación hienden u horadan el tablado y perforan la madera con abundantes taladros para que queden numerosas aberturas pequeñas.

Aquí traen un toro enorme de torva y huraña testuz[406] con las espaldillas ceñidas y los cuernos trabados de floridas guirnaldas, y además la testuz de la víctima relumbra de oro y el brillo de estas láminas tiñe sus vellosos lomos.

---

[404] La ceremonia que Román, tan fuera de lugar, pasa a evocar ante el juez, es el «sacrificio del toro» o *taurobolium,* un rito lustral asociado al culto a Cibeles y, tal vez, al de Mitras (para este dios, *vid.* nota a *Apoth.* 494), cuya mejor descripción se encuentra en estos versos. El «supremo sacerdote» mencionado a continuación debe de ser el *archigallus* o «jefe de los galos», es decir, de los sacerdotes de Cibeles *(vid.* nota a *Symm.* II 521). Para más detalles, *vid.* Daremberg, Saglio, *Dictionnaire...*, V, s. v. *taurobolium,* 46b-50b; Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 227, n. 3 a la pág. 154.

[405] Se trata de una manera de colocarse la toga propia de épocas en que ésta era un traje militar. En ella, se pasa la toga sobre la cabeza, sobre el hombro izquierdo, para ser después anudada a la cintura. Sin embargo, parece que en época de Prudencio la referencia a este atuendo no era sino mera expresión poética: *vid.* Daremberg, Saglio, *Dictionnaire...*, V, s. v. *toga*, 351b-352a. Para las «ínfulas», *vid.* nota a *Cath.* IX 5.

[406] Lat. *fronte torua et hispida:* cf. Virgilio, *En.* III 636, X 210-211; Estacio, *Teb.* I 186.

Una vez que han situado aquí la bestia para su inmolación, hienden su pecho con un venablo previamente consagrado; una ancha herida vomita una ola de sangre hirviente y derrama sobre el entramado del puente a sus pies ríos de vapor que inflaman extensamente el entorno.

En ese momento, a través de los numerosos canales de las mil rendijas se deja caer una lluvia que descarga pútrida rociada; hundido allá dentro, el sacerdote la recibe sometiendo su vergonzante cabeza a todas las gotas, infecto su vestido y su cuerpo todo.

Pero es más, eleva a lo alto su cara, ofrece sus mejillas de frente, coloca sus orejas bajo esa lluvia, opone sus labios, su nariz, y hasta los propios ojos baña con aquel líquido; llega a un punto en que ni siquiera deja a salvo su paladar, riega su lengua, a fin de beber todo él la negra sangre.

Una vez que los flámenes[407] hayan retirado de aquel tablado el cadáver, rígido después de haberle extraído la sangre, sale de su hueco el pontífice, de aspecto espantable, y muestra su cabeza mojada, su barba cargada, las ínfulas empapadas y sus ropas rezumando líquido.

A éste, infectado por tales contactos, sucio de la sangre podrida[408] del reciente sacrificio, todos lo saludan y adoran desde una distancia, y todo porque creen que, escondido en estúpida hura, lo han limpiado un buey muerto y su sangre despreciable.

¿Quieres que añadamos esa hecatombe vuestra en que caen a cuchillo cien animales en cada sacrificio y rebosa y se estanca la sangre de tan variada matanza hasta el punto de que apenas pueden los augures, en cruenta travesía, transitar por ese océano de sangre?

---

[407] Aunque aquí vale por «sacerdotes» u «oficiantes», se trataba de un tipo de sacerdocio de alto rango *(vid.* nota a *Apoth.* 484).

[408] Lat. *tabo... sordidum:* cf. SÉNECA, *Hérc.* 785.

Pero ¿a qué andar criticando[409] esta grasienta carnicería de vuestros almohadones, a qué a esos matarifes de ingentes rebaños, ensangrentados de destripar reses? Tenéis sacrificios en los que os mutiláis el cuerpo vosotros mismos y en los que el dolor, como ofrenda, cercena vuestros miembros.

El seguidor fanático atraviesa sus músculos con un cuchillo y cortando sus brazos aplaca a la Diosa Madre[410]. Delirar y dar tumbos es el programa de estos misterios. Se tiene por impía la mano que no se prodiga en tajos, merece el cielo la crueldad de las heridas.

Por aquí uno dedica al filo del cuchillo sus genitales y mitiga a la divinidad cercenando su ingle; ya medio hombre ofrece a la diosa pudendo regalo. Arrancada la vena de su simiente masculina, aumenta la prestancia de aquélla y la alimenta con la sangre que mana.

Uno y otro sexo desagrada a su sacro carácter; retiene uno a medio camino entre ambos géneros; el seguidor deja de ser macho pero no se torna hembra[411]. Feliz, la Madre de los Dioses dispone para sí con bruñida navaja servidores imberbes.

---

[409] Para el procedimiento retórico de la *praeteritio* o *paráleipsis*, e. e. del pretendido silenciamiento de algo cuya relación sería fatigosa por prolija, *vid.* la nota a *Apoth.* 672. Para la siguiente referencia a los «almohadones» (lat. *puluinar)*, recuérdese (nota a *Symm.* I 248) que eran aquellos sobre los que se colocaban las imágenes de los dioses. Thomson *(Prudentius,* II, pág. 299, n. *a*) cree que Prudencio alude concretamente a la ceremonia del *lectisternium,* traída de Grecia el 399 a. C., en la que se servía una comida ante estas estatuas (la «carnicería», e. e. «mostrador de carnes» de nuestro texto).

[410] Esto es, a Cibeles *(vid.* nota a *Symm.* I 188). Una crítica afín puede verse en Lactancio, *Inst.* I 21, 16.

[411] Esta insistencia en la ambigüedad sexual pudo haberla encontrado Prudencio, además de en el pasaje de Lactancio antes citado, a lo largo del poema LXIII de Catulo, dedicado precisamente a la castración de Atis (véase además la nota a *Symm.* II 521).

Y ¿qué decir de cuando el que va a consagrarse recibe la aplicación del sello? Introducen en un horno pequeñas agujas y al punto queman con ellas sus miembros hasta que han prendido; toda parte de su cuerpo que la marca ardiente haya señalado, van diciendo que queda consagrada de esta forma.

Más adelante, cuando el espíritu abandona al difunto y la pompa fúnebre se traslada a la tumba, se aplican hojas metálicas sobre esas mismas partes y una lámina de llamativo oro cubre la piel; cubre el metal lo que el fuego quemó.

Éstos son los castigos que los paganos se ven obligados a soportar, con esta ley obligan sus dioses a sus propios feligreses. De esta forma el Demonio en persona juega con aquellos a los que haya atrapado: les enseña a soportar vejaciones execrables y ordena que a fuego se graben dolorosas señales sobre esos infelices.

Pero ahora esta sangre mía mana de vuestra crueldad, vosotros sois los que con despiadada tiranía llenáis de llagas el cuerpo de los inocentes. Cuando vosotros lo permitís, vivimos sin rastro de sangre; pero cuando somos sangrientamente castigados, alcanzamos la victoria.

Y ya me callo, ha llegado el final que se me debe, el final de mis males, la gloria de mi pasión. Ya no podrás, malvado, como podías hace un momento, torturar y mutilar mis entrañas. Forzoso es que te rindas, vencido, y desistas de una vez».

«Van a cesar, es cierto, el torturador y el mutilador[412]», dice amenazador el juez, «pero les reemplazará la mano del ajusticiador, estranguladora de gargantas. La voz insumisa

[412] Traduzco así *tortor* y *sector* respectivamente, que se corresponden con las anteriores palabras de Román *torquere* y *secare,* que había trasladado como «torturar» y «mutilar».

de tu boca parlanchina no sabe callar de otro modo, si no es rompiendo su tuba».

Así dijo y ordenó sacar al varón del recinto del foro y arrastrarlo hasta las negruras de una mazmorra para criminales. Allí, un lictor abominable quiebra con una soga el cuello del mártir[413]. Así concluyó su pasión. Su alma, liberada de ataduras, toma el camino del cielo.

Se cuenta que el prefecto comunicó al emperador todo el suceso, añadiendo una serie de documentos y desglosando el desarrollo de tragedia tan grande. Contento refiere el tirano todo su crimen, agrupándolo en fascículos de legajos para la posteridad.

Mas la longeva edad los consume, el hollín los ensombrece, el polvo los sepulta con su poso, la vejez los va despedazando o los entierra en ruinas. Inmortal es la página escrita por Cristo y ni una sola letra envejece en los cielos[414].

De pie, en presencia de Dios, un ángel fue anotando lo que el mártir dijo y lo que soportó; y no recogió tan sólo las palabras de sus razonamientos, sino que con su punzón pintó y describió las propias heridas de sus costados y mejillas, de su pecho y su garganta.

Anotó la medición de toda la sangre, cómo el surcar de los garfios fue arando cada llaga, profunda, abierta, superficial, extensa o breve, y cuál fue la intensidad del dolor y cuál la medida del tajo; no dejó aquél escapar una sola gota de sangre.

Se encuentra este libro en los anales del cielo y conserva el testimonio de una gloria indeleble, y ha de ser leído algún

---

[413] Lat. *elidit... collum:* cf. Horacio, *Odas* III 27, 59-60, con la variante *elidere* de una parte de los manuscritos. Para el mártir como «varón», cf. v. 452.

[414] Cf. *Lucas* 16.17 y, para el verso siguiente, *Mateo* 18.10.

día por el Juez Eterno, que en su justa balanza habrá de equiparar el peso de los males y la abundancia de los premios[415].

Me gustaría que, situado a la izquierda, entre los rebaños de cabritillos[416] como de hecho voy a estar, el mejor de los Reyes me reconociera de lejos y, a un ruego de Román, dijera: «Román lo reclama, tráeme ese cabritillo; quede a mi diestra como un cordero y vístase de lanosos vellones».

XI

Al obispo Valeriano, sobre la pasión del muy bienaventurado mártir Hipólito

Incontables cenizas de santos he visto en la ciudad de Rómulo, Valeriano[417], hombre consagrado a Cristo.

Me preguntas por las inscripciones grabadas en sus tumbas y por cada uno de sus nombres; difícil se hace poder contestarte.

---

[415] Cf. *Apocalipsis* 20.17.

[416] Esto es, en el grupo de los pecadores: cf. *Mateo* 25.33. Obsérvese que se limita a esta última estrofa la petición de los favores del mártir, elemento habitual del cierre de los himnos *(vid.* nota a *Perist.* II 566). Para peticiones análogas a la aquí expresada por Prudencio en otros poetas posteriores, *vid.* Rodríguez, *«Poeta...»,* págs. 91-92.

[417] Parece que fue obispo de Calahorra en torno al año 400: *vid.* M. del Álamo, «Un texte du poète Prudence, *Ad Valerianum episcopum* (*Perist.* XI)», *Rev. d'Hist. Ecclés.* 35 (1939), 750-756, y M. P. Cunningham, «The Nature and Purpose of the *Peristephanon* of Prudentius», *Sacris Erudiri* 14 (1963), 40-45.

Tan numerosos fueron los pueblos de hombres justos que se tragó la pagana locura cuando la Roma troyana[418] veneraba a sus dioses patrios.

Hay gran cantidad de sepulcros con pequeñas letras inscritas que anuncian el nombre de un mártir o algún epitafio,

pero hay además mármoles mudos que guardan tumbas calladas y tan sólo dan cuenta del número.

Por ellos nos es dado saber cuántos cuerpos de varones yacen hacinados en montones, aunque no pueda leerse el nombre de ninguno de ellos.

Recuerdo haberme enterado de que había allí sepultados, bajo el peso de una misma losa, los restos de sesenta personas

cuyos nombres solo Cristo los conoce, comoquiera que los atrajo a su propia amistad.

Mientras estas tumbas recorro con mis ojos y ando al acecho de algún signo que hable de los tiempos antiguos y pudiera haberme quedado escondido,

me encuentro con que Hipólito, que otrora había abrazado como presbítero el cisma de Novato[419], afirmando que no había que seguir nuestro credo,

---

[418] Es decir, pagana *(vid.* p. ej. la nota a *Symm.* II 344).

[419] Se trata de un error que Prudencio recoge del epigrama de Dámaso (XXXVII 1-2) situado en la tumba del mártir: habiendo sido exiliado a Cerdeña el 235-236 por el emperador Maximio Tracio y habiendo muerto allí, Hipólito no pudo adherirse al cisma de Novato o Novaciano, que tuvo lugar quince años después (concretamente el 251). Sí tenemos constancia de que el mártir se enfrentó al papa Calixto I en 217-218, de donde se puede haber originado la confusión *(vid.* Lavarenne, *Prudence,* IV, págs. 161-162; Rebull, *Llibre...*, II, pág. 72, n. 3; E. Bickel, *Historia de la literatura romana,* Madrid, 1982, págs. 298-299). Tampoco es cierto, por lo mismo, el suplicio sangriento que se le atribuye a partir de la próxima estrofa, pero con él el poeta trata de parangonar al Hipólito cristiano con el personaje homónimo de la tragedia clásica. Para los rasgos de este personaje prudenciano, véase además A. M. Palmer, *Prudentius on the martyrs,*

llevado hasta el honor del martirio había conseguido el luminoso premio de un suplicio sangriento.

Y no te sorprendas de que un anciano otrora seguidor de un dogma torcido se viera enriquecido por el don de la fe católica.

Cuando, ya vencedor, era arrastrado por el desquiciado enemigo, mientras su alma estaba exultante ante la ruina de su carne

(por el amor de sus gentes iba acompañado de gran muchedumbre), se le preguntó qué doctrina era mejor

y respondió: «¡Huid, desgraciados[420], del execrable cisma de Novato, volved junto a las gentes católicas!

Cobre fuerza una única fe, aquella que fue fundada por la antigua Iglesia, la que mantienen Pablo y la cátedra de Pedro.

Lo que os enseñé, me pesa haberlo enseñado; como mártir veo el carácter venerable de aquello que consideraba apartado del culto de Dios»[421].

Cuando con estas palabras hubo desviado a su pueblo de la ruta izquierda y les indicó que siguieran la llamada del camino de la derecha[422]

Oxford, 1989, págs. 248-250; J. Petruccione, *Prudentius' use of martyrological topoi in Peristephanon,* Diss. Univ. of Michigan, Ann Arbor, 1993, págs. 71-99; y una interpretación singular en M. Malamud, *A Poetics of Transformation: Prudentius and Classical Mythology,* Ithaca-Londres, 1989, págs. 79-113.

[420] Lat. *fugite, o miseri:* cf. Virgilio, *En.* III 639, y compárese asimismo la entrada en escena del sacerdote Laocoonte, en *En.* II 40-42.

[421] Para la escena de la supuesta conversión y arrepentimiento, cf. Dámaso, *Epigr.* XXXVII 4-7.

[422] Para el motivo de los dos caminos, cf. *Ham.* 789-801. Para la referencia al «error» dos versos más abajo, téngase en cuenta que el vocablo latino *error* indica tanto «error» como «desvío», «extravío».

y se ofreció como guía de la senda recta, despreciando los vericuetos, el mismo que antes promovía el error,

se presenta ante el desquiciado gobernante que por entonces maltrataba a los cristícolas por el estuario del Tíber[423].

En efecto, aquel día éste había abandonado Roma para batir con su azote los pueblos vecinos,

no contento con teñir de continuas matanzas de justos el suelo intramuros de la alta Roma[424].

Al ver que el Janículo, los foros, los Mascarones[425] y la Suburra estaban ya empapados y rebosaban de riadas de sangre,

había extendido su rabia hasta la orilla de la costa tirrena y lugares más cercanos al puerto marítimo.

Estaba sentado entre sus matarifes y el coro de sus oficiales, bien alto en un estrado que habían levantado,

y ardía en deseos de hacer abjurar a los discípulos de la fe, rebeldes a la abominable idolatría.

---

[423] Nueva confusión, pues el Hipólito que sufrió martirio en Porto (población al norte de Ostia, en torno al puerto comenzado por Claudio y culminado por Trajano), fue uno que tenía el sobrenombre de Nono, aunque esta ubicación también podría obedecer al deseo de Prudencio de situar la escena a orillas del mar, como hicieron Eurípides y Séneca *(vid.* Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 163). Para los «cristícolas», *vid.* nota a *Cath.* III 56.

[424] Lat. *celsae intra moenia Romae,* a final de hexámetro: cf. Virgilio, *En.* I 7 (Silio Itálico, III 182); Coripo, *Ioh.* I 181.

[425] Traduzco así el lat. *rostra:* se trata de una tribuna situada en el foro y adornada, en un principio, con los mascarones *(rostra)* de naves capturados en Antio en el 338 a. C. (cf. Tito Livio, VIII 14, 12), a los que fueron añadidos los del botín de Accio (31 a. C.). Por lo demás, esta tribuna es aquí evocada junto con otras partes de Roma para aludir a la ciudad en conjunto.

Había ordenado que frente a él se alinearan las filas de hombres con el pelo crecido de su larga estancia en la cárcel, para someterlos a terrible tortura.

De un lado rechinaba el arrastrar de cadenas, de otro los azotes del látigo; crepitaba al unísono el fragor de las fustas,

el garfio, clavado en la hueca estructura de las costillas, abría profundas hendiduras y desgarraba el hígado.

Cansados los torturadores, iba ya el juez empezando a rugir y ponerse furioso por lo vano del interrogatorio,

pues nadie entre los siervos de Cristo se halló que, en medio de tan hondos quebrantos, osara mancillar su alma.

Entonces, enfurecido, dice el instructor: «Verdugo, deja ya el gancho; si es vano el interrogatorio, adelante con la muerte.

A éste, córtale la cabeza; que a ése una cruz lo eleve a los vientos[426] y ofrezca a las aves sus ojos vivos;

a éstos arrástralos a empellones y, atados, échalos al fuego; que se alce una pira que, ella sola, pueda devorar a muchos condenados.

Ahí tienes a esos otros; apresúrate a colocarlos en un esquife agrietado[427] y empujarlos a las profundas aguas de alta mar.

Cuando éste, mal ensamblado, los haya transportado por medio del ponto enfurecido y zozobre, batido por la hinchazón de las aguas,

que su entramado de tablas se separe y descomponga la quilla podrida y trague y beba por doquier el naufragio.

---

[426] Lat. *istum tollat in auras,* a final de hexámetro: cf. Virgilio, *En.* XI 455.

[427] Lat. *rimosae... cumbae:* cf. Virgilio, *En.* VI 413-414. Se trata, por lo demás, de uno entre los muchos detalles de descomposición y desmembramiento que caracterizan este himno: *vid.* Malamud, *A Poetics of Transformation*, págs. 93-110.

Una alimaña recubierta de escamas, con el estómago pesado por la ingestión de sus cadáveres, les proporcionará sepulcro en la sentina de su vientre».

Mientras profiere estas insolencias, de pronto ante el alto estrado le presentan un anciano impedido por ataduras.

Apiñados a su alrededor los jóvenes proclamaban a gritos que ése era el cabecilla de los pueblos cristícolas[428]:

si ese cabecilla fuese rápidamente eliminado, los corazones de toda su gente se consagrarían espontáneamente a los dioses romanos.

Reclaman un tipo de muerte inusual y castigos de reciente invención, para que con su ejemplo tiemblen otros.

Sentado aquél y con el cogote estirado: «¿Cómo se llama?», dice. Le cuentan que se llama Hipólito.

«Tórnese pues un Hipólito[429] y que inquiete y ponga nerviosa una collera de corceles y muera despedazado por furiosos caballos».

Apenas había acabado de decir esto, obligan a dos animales desconocedores del freno a someter su cuello a desacostumbrado yugo,

animales que no habían visitado establos ni habían sido tocados por la mano de un domador cariñoso ni obligados a soportar las órdenes de un jinete,

[428] Para este vocablo, aquí usado como adjetivo, *vid.* nota a *Cath.* III 56.

[429] Es decir, que muera como el Hipólito de la leyenda griega (*vid.* nota a *Symm.* II 56). Para la influencia de la *Fedra* de Séneca sobre los próximos versos, véase el artículo de G. Sixt, «Des Prudentius Abhängigkeit von Seneca und Lucan», *Philologus* 51 (1892), 501-506.

sino que eran criaturas agrestes recién atrapadas de libre manada, a las que en su indómito pecho espolea el terror propio de los animales salvajes.

Las correas habían emparejado ya esta yunta que se resistía y en mal avenida alianza habían unido sus bocas.

En lugar de la lanza han colocado una soga que separa ambos lomos y desde el medio toca uno y otro costado;

desde el yugo se extiende hacia atrás largamente, por detrás de sus pasos, y llega más allá de sus cascos.

En el extremo de ésta, por donde la llanta con enorme polvareda va en pos de las huellas huidizas de los corceles de córnea pezuña,

un lazo traba las piernas de nuestro varón[430] y con nudo tenaz sujeta sus plantas y las enlaza a la reata.

Una vez que, dispuestos los pertrechos, hubieron preparado suficientemente para el castigo del mártir los látigos, las correas y los fieros corceles,

los fustigan con repentino griterío y azotes y pinchan sus ijares con hostiles aguijones.

La última frase que se oyó al venerable anciano fue ésta: «Arrebaten éstos mis miembros, ¡tú, Cristo, arrebata mi alma!».

Arrancan los caballos llenos de brío y una ceguera sin rumbo los lleva por allá donde los empuja el ruido y el miedo, por donde su estado frenético.

Su natural salvaje los inflama, su ímpetu los arrastra y el estrépito los jalea, y su alada carrera no advierte la carga que con ellos se mueve.

Corren por bosques, por roquedos, no los retarda la orilla de un río, no los detiene un torrente a su paso[431],

---

[430] E. e. de nuestro héroe *(vid.* nota a *Perist.* II 558).

[431] Para la fraseología, cf. CLAUDIANO, *Gild.* 472-473, y, para el alcance de esta imitación, *vid.* PALMER, *Prudentius on the martyrs,* pág. 201.

derriban cercados y todo obstáculo rompen, se meten por escarpados taludes y atraviesan breñales.

Campo erizado de espinosos tallos va arrancando a trocitos los pedazos desgarrados del cuerpo, deshecho, del mártir.

Una parte queda suspendida en lo alto de las guijas, otra parte clavada en las zarzas, con una parte enrojece el follaje, con otra parte se humedece la tierra.

Una pared tiene pintada la representación de este crimen; en ella pinturas de muchos colores narran la salvajada al completo;

lleno de fuerza, se alza sobre la tumba este mural, que entre claros reflejos representa los miembros ensangrentados de nuestro hombre mientras es arrastrado.

Yo vi, oh padre[432] excelente, las puntas de las peñas bañadas en sangre y las marcas rojas sobre los zarzales.

A la mano del pintor, experta en su imaginada representación de los verdes matojos, se le había ocurrido simbolizar con minio el rojo de la sangre.

Era de ver[433] cómo los miembros yacían esparcidos por cualquier parte, descuajados y sin orden alguno.

Había también plasmado a sus seres queridos siguiéndolo con sus pasos y sus lágrimas, allá por donde errática senda les muestra[434] un camino quebrado.

Marchaban aturdidos por la aflicción e inspeccionándolo todo con los ojos e iban llenando su regazo[435] con las entrañas desgarradas de Hipólito.

---

[432] Lat. *papa,* apelativo que en los primeros tiempos se asignaba a los obispos (*vid.* LEWIS, SHORT, *A Latin Dictionary,* s. v. *2. papa,* 1299).

[433] Lat. *cernere erat:* cf. VIRGILIO, *En.* VI 596, VIII 676; ESTACIO, *Teb.* V 256, VII 61; SILIO ITÁLICO, II 414 (VI 41); PRUDENCIO, *Apoth.* 64.

[434] Lat. *quo... semita monstrat:* cf. VIRGILIO, *En.* IV 418.

[435] Lat. *inplebantque sinus:* cf. VIRGILIO, *En.* X 819 (IV 30).

Uno envuelve su nívea cabeza y abriga en el blando seno sus respetables canas;

otro va recogiendo sus hombros, sus manos cortadas, sus morcillos y antebrazos, sus rodillas y los pedazos desnudos de sus piernas.

Llegan a secar con sus pañoletas las esponjosas arenas, a fin de que no quede rocío alguno tiñendo el polvo.

También, si alguna cálida salpicadura de sangre ha quedado en los espinos, la aplicación de una esponja la elimina por entero.

Y así ya el espeso bosque no retiene nada del cuerpo sagrado ni lo hurta a unas exequias plenas.

Como, al hacer recuento, resultaba el mismo número de partes de que había constado el cuerpo entero

y aquellas soledumbres, una vez limpiadas, nada debían de toda su persona, pues impolutas estaban sus frondas y peñas,

eligen un lugar para trazar el enclave de la tumba; abandonan el estuario[436], Roma les parece sitio adecuado para albergar las sagradas cenizas.

---

[436] Lat. *ostia linquunt:* doy esta traducción genérica a sabiendas de que también podría tratarse (y así lo creyeron Arévalo y Lavarenne) de la ciudad de *Ostia,* donde precisamente recientes excavaciones han descubierto un *martyrium* dedicado a un Hipólito *(vid.* M. MALAMUD, *A Poetics of Transformation: Prudentius and Classical Mythology,* Ithaca-Londres, 1989, pág. 81); la interpretación que aquí sigo, no obstante, incluye asimismo esa ciudad portuaria y concuerda mejor con el v. 40, donde entender *Ostia... per Tiberina* resultaría improcedente. Para la noticia del traslado del cadáver, REBULL *(Prudenci. Llibre...,* II, pág. 77, n. 23) recuerda que, aunque en otro contexto histórico, los restos de Hipólito fueron de hecho trasladados desde Cerdeña a Roma para su inhumación allí, junto a la vía Tiburtina. Con él venían los restos del también desterrado obispo Ponciano, que fue enterrado en el cementerio papal de Calixto.

No lejos del límite exterior de la muralla, junto a la parte cultivada del pomerio[437], se abre una cripta hundida en lúgubre fosa.

Un camino que desciende por medio de retorcidos escalones permite ir, en un lugar sin luz, por esos recovecos hasta su parte oculta.

Y es que la luz del día penetra por la puerta de entrada hasta la parte superior de la abertura e ilumina el umbral del vestíbulo.

Después, cuando, a pesar del fácil recorrido, la oscura noche del lugar parece ennegrecerse a través de esa cueva misteriosa,

aparecen claraboyas construidas en lo alto del techo, diseñadas para lanzar rayos brillantes sobre la caverna.

Aunque angostos atrios bajo sombríos pórticos van urdiendo por aquí y por allá confusos recodos,

---

[437] El *pomerium* era la línea imaginaria que marcaba una franja que había de dejarse libre en torno a las murallas. Con el fin de poder tomar en ella augurios (cf. VARRÓN, *Ling.* V 143) se prohibían allí tanto la edificación como el cultivo, por lo que sorprende la expresión de Prudencio *(ad culta pomeria),* si bien parece que ya en tiempos de TITO LIVIO (I 44, 4-5) estas limitaciones no eran siempre respetadas *(vid.* DAREMBERG, SAGLIO, *Dictionnaire...*, IV/1, s. v. *pomerium,* 543b-547a) y que en época tardoantigua estos cultivos eran algo corriente tanto en Roma como en otras muchas ciudades *(vid.* D. VERA, «Simmaco e le Sue Proprietà: Struttura e Funzionamento di un Patrimonio Aristocratico del Quarto Secolo d. C.», en F. PASCHOUD, G. FRY, Y. RUETSCHE (eds.), *Colloque genevois sur Symmaque, à l'occasion du mille six centième anniversaire du conflit de l'autel de la Victoire*, París, 1986, págs. 231-276 [pág. 234]). Para los detalles de la cripta descrita a continuación y su descubrimiento —incluidos algunos fragmentos de la inscripción de Dámaso— a finales del siglo pasado, *vid.* LAVARENNE, *Prudence,* IV, pág. 228, n. 3 a la pág. 170; RODRÍGUEZ, *«Poeta...»,* pág. 114, n. 204; y el trabajo de W. N. SCHUMACHER, «Prudentius an die Via Tiburtina», en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, *Erste Reihe: Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens,* 16 (1960), 1-15.

no obstante la luz penetra por abundantes orificios de la bóveda, bajo las entrañas huecas de ese monte excavado[438].

Así se puede bajo tierra contemplar el brillo del sol en su ausencia y disfrutar de su lumbre.

A semejante gruta es encomendado el cuerpo de Hipólito, en un lugar junto al que se situó un altar consagrado a Dios.

Esta mesa, dadora del sacramento y a la vez destacada allí como fiel vigía de su querido mártir,

guarda en una tumba sus huesos en la esperanza del eterno juez justiciero y asimismo alimenta a los tibrícolas[439] con sus manjares sagrados.

La admirable santidad de este lugar y el altar, pronto a los ruegos de sus visitantes, alientan las esperanzas de los hombres con su plácido favor[440].

Cuantas veces yo, achacoso por las faltas de mi alma y de mi cuerpo, aquí oré postrado, fui merecedor de su ayuda.

El alegrarme por mi regreso, el que me haya sido dado abrazarte, venerable sacerdote, y el escribir esto mismo

sé que se lo debo a Hipólito, a quien Cristo Dios dio el poder de acceder a los ruegos que se le hacen.

---

[438] Lat. *excisi subter caua uiscera montis,* amplificación del *uiscera montis* virgiliano (cf. *En.* III 575), que después imitaría Claudiano *(Pros.* I 177).

[439] Mantengo, por analogía con vocablos como «nilícolas» *(vid.* nota a *Psych.* 655), «apeninícolas» (a *Symm.* II 521) y «cristícolas» (a *Cath.* III 56), este término forjado por nuestro autor en exclusiva para este pasaje, con el que designa a los ribereños del Tíber. Por otra parte, los «manjares sagrados», al igual que el «sacramento» mencionado más arriba, son formas para referirse a la Eucaristía.

[440] Para las propiedades benignas del lugar sagrado como *tópos* de estos himnos, *vid.* la nota a *Perist.* II 566.

El templete mismo que alberga en su seno los despojos de su alma, relumbra de plata maciza.

Una mano rica fijó en su fachada unas planchas de tersa superficie y viva blancura, con un brillo como el que despide un espejo cóncavo,

y, no contentándose con recubrir su entrada con piedra de Paros[441], añadió fulgurantes riquezas para galanura de la obra.

De mañana concurre la gente a mostrar su saludo; lo adora todo el mundo[442] y vienen y van hasta la puesta del sol.

El amor por su religión reúne en apretado y heterogéneo grupo a los pueblos del Lacio al tiempo que a los peregrinos.

Dejan sus besos clavados en el luminoso metal, derraman bálsamos, bañan de lágrimas sus rostros[443].

Ya cuando se va renovando el año al declinar de los meses y la festividad de su pasión trae de nuevo el día de su nacimiento[444],

---

[441] Para el mármol de Paros, *vid.* nota a *Symm.* II 247. Para estas descripciones artísticas, *vid.* nota a *Ham.* 742.

[442] Para la expresión inicial *mane salutatum,* cf. Virgilio, *Geórg.* II 462; para *omnis adorat / pubis,* cf. *Geórg.* I 343. Una oposición a este tipo de veneración la encontramos en Séneca, *Epíst.* XCV 47. Para la posible inspiración de Prudencio en Paulino de Nola, véase el artículo de S. Costanza, «Il catalogo dei pellegrini. Confronto di due tecniche narrative (Prud. *Per.* XI 189-213; Paolino di Nola *Carm.* XIV 44-85)», *Boll. Studi Latini* 7 (1977), 316-326, o bien, del mismo autor, «Rapporti letterari tra Paolino e Prudenzio», en *Atti del Convegno XXXI Cinquantenario della morte di S. Paolino di Nola (431-1981), Nola, 20-21 marzo 1982,* Roma, 1983, 25-65 (págs. 42-44).

[443] Lat. *fletibus ora rigant:* cf. Ovidio, *Met.* XI 419; Virgilio, *En.* VI 699. Para la expresión *oscula... figunt* («clavan sus besos», aunque aquí a comienzo de hexámetro), *vid.* nota a *Symm.* I 349.

[444] Esto es, de su nacimiento a la vida celeste.

¿imaginas qué multitudes tan grandes se reúnen allí rivalizando en afecto y qué ruegos se alzan al unísono para celebrar a Dios?

La augusta ciudad deja salir a bocanadas, a torrentes, a sus Quirites[445] y junto con los patricios, con pareja ambición,

se mezcla la falange plebeya, con escudos iguales, pues la fe echa por tierra las diferencias de linaje.

Del mismo modo, por las puertas de Alba se despliega y avanza en largas columnas el blanco[446] tropel,

se alza gran algarabía de aquí y de allá, por los distintos caminos, y acude el pueblo lugareño, el piceno y el etrusco[447].

Se presenta el feroz samnita y el campano que habita la alta Capua y ya llega el morador de Nola,

cada cual, feliz con su esposa y sus dulces hijos, se afana por ganar rápidamente terreno al camino.

A duras penas caben estos pueblos gozosos en los anchos campos y la apretada muchedumbre no puede dar un paso en espacio tan grande[448].

---

[445] Es decir, los ciudadanos romanos *(vid.* nota a *Symm.* I 356), a cuyos distintos grupos sociales se refiere a continuación como si de distintos cuerpos de ejército se tratara (con una fraseología, por cierto, seguramente inspirada en Juvenal, II 46). La expresión «deja salir a bocanadas» (lit. «vomita»: lat. *uomit)* puede haberle sido sugerida a Prudencio por Virgilio, *Geórg.* II 462, verso cuyo inicio ya había utilizado para el v. 189 y cuyo final (las «oleadas» de gente: lat. *undam)* inspirará asimismo el v. 227.

[446] Para la simbología del ropaje blanco, *vid.* nota a *Perist.* IV 145.

[447] En estos y los próximos versos va nombrando Prudencio distintos pueblos itálicos, sin que la aparición de uno u otro tenga en sí mayor motivación que la de evocar la masiva afluencia de fieles.

[448] Para los «anchos campos» (lat. *patuli... campi),* cf. Claudiano, *Pros.* I 221, *Hon. VI cos.* 515, *Gigant.* (= *Poem. men.* 53) 72 (cf. Lucano, IV 743); para la «apretada muchedumbre» (lat. *densa cohors),* cf. Claudiano, *Hon. IV cos.* 87.

No hay duda de que resulta angosta aquella gruta para tamaña aglomeración por más que abra ancha su boca.

Mas se alza al lado otro templo, famoso por su regio fasto, al que sí puede acudir tan gran tropel,

elevado y de altísimos muros, poderoso y de soberbia majestuosidad, repleto de valiosas donaciones.

Doble hilera de columnas paralelas, bajo vigas recamadas en oro, sostiene los artesonados del techo[449].

Súmanse estrechas capillas, de techo más bajo, que rompen en todo su trecho la continuidad de los laterales.

Por su parte, un pasillo algo más ancho abre la nave central y su elevada techumbre se alza por encima del resto del tejado.

Al pie de la pared del fondo[450] una escalinata conduce hasta un alto púlpito, desde donde el sacerdote proclama a Dios.

El edificio, lleno por completo, apenas puede dar cabida a las oleadas[451] de gente que con esfuerzo tratan de entrar en él y se produce una auténtica avalancha en la estrechez de sus puertas abarrotadas

al abrir su regazo materno para albergar y dar abrigo a sus criaturas, quedando repleto y sobrecargado su seno.

---

[449] Lat. *laquearia tecti,* a final de hexámetro: cf. VIRGILIO, *En.* VIII 25; para la expresión *suppositus trabibus,* cf. además CLAUDIANO, *Epital.* 88-89. El templo aquí descrito se corresponde, según descubrimientos arqueológicos, con un oratorio fundado por Constantino que después se transformaría en la basílica de San Lorenzo Extramuros.

[450] Lat. *fronte sub aduersa,* a comienzo de hexámetro: cf. VIRGILIO, *En.* I 166.

[451] Para esta imagen, *vid.* nota al v. 199.

Si no recuerdo mal, la bellísima Roma celebra esta fiesta en las idus del mes de agosto[452], como llama ella misma

este día según su antiguo sistema, día que yo quisiera que también tú, sagrado maestro, contaras entre las fiestas del año.

Créeme, éste aportará saludables alboradas a los que lo veneren, devolviendo de este modo el premio por haber honrado su día.

Transcurra también esa jornada para ti entre las fiestas de Cipriano, Celedonio o Eulalia.

Así te oiga Cristo todopoderoso al orar por tu pueblo, cuya vida te ha sido confiada.

Así quede el lobo fuera y tu redil intacto[453], y que la captura de ninguna oveja haga disminuir tu rebaño.

Así, cuando yo[454] quede al fin postrado sobre la hierba del campo como oveja enferma, me lleves tú, incansable pastor, de vuelta al aprisco.

Así, una vez que hayas llenado tus cercas de lechosos corderos, arrebatado tú también a las alturas, seas compañero del sagrado Hipólito.

---

[452] Es decir, el día trece.

[453] Lat. *sic tibi de pleno lupus excludatur ouili:* forma clásica (VIRGILIO, *En.* IX 59) para un fondo bíblico *(Juan* 10.11-12).

[454] La petición de favor, en este caso *(vid.* nota a *Perist.* II 566) no es elevada directamente al mártir sino al intercesor, que sí estará, sin embargo, en condiciones de otorgar ese favor, gracias precisamente a su culto a este mismo mártir, culto que a su vez granjeará para él el favor de Hipólito, como se ve en la siguiente estrofa.

XII

Pasión de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo

«Más de lo habitual se agrupa la gente para celebraciones; amigo[455], dime qué pasa; por toda Roma andan corriendo y gritando de alegría».

«Nos llega de nuevo este día festivo del triunfo de los apóstoles, día ilustre por la sangre de Pablo y de Pedro.

Una misma fecha, si bien con el renuevo de un año completo, vio a ambos conseguir los honores de una muerte soberbia[456].

Sabe la marisma del Tíber, lamida por su río vecino, que su césped ha sido consagrado por sendos trofeos,

---

[455] Prudencio recurre así al expediente retórico del interlocutor ficticio, que será el encargado de narrar el contenido de todo el poema.

[456] En realidad no hay datos para fechar ni el día ni el año de sus respectivas muertes. Era creencia generalizada que habían muerto el mismo día del mismo año, si bien Prudencio, junto con otras autoridades, retrasan la muerte de Pablo justo un año *(vid.* Lavarenne, *Prudence*, IV, págs. 175-176; Rebull, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 81, n. 1; Palmer, *Prudentius on the martyrs*, págs. 254-255; Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs*, pág. 169). El que el 29 de junio hubiera pasado, ya en aquella época, a ser considerado el día de ambos puede deberse, a decir de Thomson *(Prudentius*, II, pág. 322, n. *a)*, a que fue ése el día en que, a comienzos de la persecución de Valeriano en el 258, los restos de ambos fueron temporalmente retirados de sus emplazamientos por motivos de seguridad.

pues fue testigo de la cruz y de la espada, mediante las cuales una lluvia de sangre recorrió por dos veces y bañó la misma hierba[457].

La sentencia de las leyes de Nerón se llevó primero a Pedro, que fue hecho colgar de elevado madero.

Éste, sin embargo, temiendo que emular el honor de la alta muerte de Cristo fuera como ambicionar la gloria de tamaño maestro,

exige que fijen su cabeza invertida, con los pies hacia arriba, de forma que con su frente vea la parte más baja del tronco.

Así pues, es clavado vuelto con las manos hacia abajo, con sus plantas hacia la parte de arriba, tanto más grandioso por su alma cuanto más empequeñecido por su estampa.

Sabía que solían llegar más rápido al cielo los humildes[458], así que humilló su rostro para entregar el espíritu.

Cuando la rueda del año acabó de recorrer la ruta circular de su retorcido anillo y el sol salió para volver a traer aquel mismo día,

Nerón vomita su abrasado delirio sobre el cuello de Pablo y ordena degollar al maestro de gentiles[459].

Él mismo ya había avisado antes que su fin estaba cerca: «Es hora de acudir ante Cristo», dijo, «ya me voy acabando»[460].

---

[457] Entiéndase en sentido amplio, pues parece que Pedro fue crucificado en el circo de Nerón, al pie del cerro Vaticano, mientras que Pablo fue decapitado en la otra orilla, en *Aquae Saluiae* (hoy Tre Fontane), junto a la Vía Ostiense (THOMSON, *Prudentius*, II, págs. 322-323, n. *b)*.

[458] Nótese el juego de palabras aquí encerrado, pues «humilde» (lat. *humilis)* es propiamente aquello «relativo o cercano a la tierra» *(humus)*. Para el fondo bíblico, cf. *Job* 22.29 y *Lucas* 18.14.

[459] Lat. *gentium magistrum:* cf. *II Timoteo* 1.11.

[460] Cf. *II Timoteo* 4.6, *Filipenses* 1.23.

Y sin tardanza[461] es sacado de la cárcel, se le aplica el castigo, es inmolado a espada; no escaparon día ni hora a su profecía.

Separa el Tíber los huesos de ambos, sagrado por una y otra orilla ya que se desliza entre sus santos sepulcros.

Guarda a Pedro, recogido bajo techos dorados[462], la zona de la derecha, entre blanquecinos olivares y el murmullo de un arroyo;

en efecto, el caudal que manaba del frontal de una roca dio lugar a una fronda[463] perenne, generosa del santo óleo.

Ahora corre entre mármoles preciosos y lame la pendiente hasta caer a oleadas en verdeante pila.

Hay una parte interior del mausoleo en la que el agua del estanque se revuelve en sonora cascada sobre un espacio frío y profundo[464].

---

[461] Lat. *nec mora:* para esta expresión, *vid.* nota a *Apoth.* 755. Nótese además el efecto de velocidad, de precipitación, que imprime el asíndeton.

[462] Los de la basílica levantada por Constantino en el Vaticano (cf. *Symm.* I 583-584). Para un estudio arqueológico del lugar a partir de estos versos y otras fuentes, *vid.* C. Smith, «Pope Damasus' baptistery in St. Peter's reconsidered», *Riv. Archeol. Crist.* 64 (1988), 257-286, y una discusión de la tesis allí defendida, en Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* pág. 167, n. 66 y págs. 174-175.

[463] Para la defensa de esta lectura (lat. *frondem), vid.* R. Pillinger, «Ein Textproblem bei Prudentius *(Per.* 12, 31-34)», *Vetera Christianorum* 13 (1976), 113-115.

[464] Para un análisis literario de la descripción contenida en estos versos, *vid.* J. Ruysschaert, «Prudence l'espagnol poète des deux Basiliques romaines de S. Pierre et de S. Paul», *Riv. Archeol. Crist.* 42 (1968), 267-286, M.ª A. H. Maestre Yenes, «Prudencio, 'Peristephanon' XII 37: Estudio estilístico-estructural», *Estudios Clásicos* 17 (1973), 303-319; y Roberts, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 175-177. Un estudio de la unidad poética de este himno y su valor alegórico, en J. Fontaine, «Le pèlerinage de Prudence à Saint-Pierre et la spiritualité des eaux vives», en

Una pintura multicolor tachona desde arriba sus aguas cristalinas, relucen los musgos, el oro verdeguea

y el agua azulada arrastra el reflejo de la púrpura que tiene por cima; creerías que es el artesonado el que se mueve en las olas.

Es el propio pastor el que abreva allí, en la escarcha de la fuente helada, las ovejas que ve sedientas del venero de Cristo[465].

En la otra parte, la Vía Ostiense guarda el epitafio de Pablo, por donde el río roza la grama de la orilla izquierda.

Es regio el fasto del lugar, pues un buen emperador[466] consagró este bastión y engalanó el entorno con costosas obras.

Bajo las vigas puso unas placas[467] para que la luz toda del interior tuviese el tono del oro, como el sol al amanecer.

Apoyó estos áureos artesonados sobre columnas de Paros[468], dispuestas allí en cuatro hileras.

Después recubrió las curvas arcadas con cristal brillante de variados matices: así resplandecen los campos con las flores de la primavera.

Études sur la poésie latine tardive. D'Ausone à Prudence, París, 1980, págs. 463-486 (= *Orpheus* 11 [1964], 99-122).

465 El «propio pastor» es el Papa, pastor por excelencia. Para el fondo bíblico de la «sed», cf. *Apocalipsis* 21.6.

466 Seguramente se trata de Honorio, que culminó las reformas emprendidas ya en el año 386 por su padre Teodosio sobre la primitiva basílica de San Pablo, levantada por Constantino, aunque algunos estudiosos prefieren ver una alusión al propio Teodosio *(vid.* ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* pág. 178, n. 93). Este edificio fue destruido por un incendio en 1823 (LAVARENNE, *Prudence,* IV, pág. 229, n. 1 a la pág. 180).

467 Lat. *bratteolas trabibus subleuit:* cf. PLINIO, XXXVII 105.

468 Para el mármol de Paros, *vid.* nota a *Symm.* II 247.

He aquí las dos donaciones de la fe, concedidas por el Padre supremo, que éste dio a la ciudad de la toga[469] para que se les rindiera culto.

Mira, la gente de Rómulo se extiende por dos avenidas, porque un mismo día bulle con dos fiestas[470].

Acudamos, no obstante, nosotros a ambas con paso rápido, disfrutemos de los himnos de ésta y de los de aquélla.

Iremos al lado de allá, por donde nos lleva el camino del puente de Adriano[471] y después nos dirigiremos al lado izquierdo del río.

El sacerdote[472], lleno de celo, cumple primero con las ceremonias transtiberinas, después vuelve corriendo hacia acá y repite sus plegarias.

Te basta haber aprendido esto en Roma; cuando vuelvas a tu casa, acuérdate de celebrar de igual manera este día doblemente festivo»[473].

---

[469] La «ciudad togada» o «de la toga» es Roma (cf. *Symm.* I 35), a cuyos habitantes se refiere a continuación, como en tantas otras ocasiones, como «gente de Rómulo».

[470] Lat. *lux in duobus feruet una festis:* cf. ESTACIO, *Sil.* I 2, 230.

[471] El *Pons Aelius* fue construido por Adriano entre el 130 y 134. Es el actual Ponte Sant'Angelo, que une la ciudad con el Vaticano («el lado de allá»). Para la fraseología del verso siguiente (lat. *laeuam deinde fluminis petemus),* cf. VIRGILIO, *En.* III 563.

[472] Esto es, el obispo *(vid.* nota a *Perist.* II 22), o lo que es lo mismo, el Papa, obispo de Roma. Traduzco a continuación como «lleno de celo» el adjetivo *peruigil,* que tal vez indique (es su sentido más propio) que el Papa no llegaba a acostarse la noche antes. Para la expresión que cierra la estrofa *(duplicatque uota),* cf. VIRGILIO, *En.* VIII 556.

[473] Nótese que, al no ser Prudencio sino su interlocutor el que habla, no hay solicitud de favor, apartándose en ello de la estructura típica de estos poemas *(vid.* nota a *Perist.* II 566).

XIII

Pasión de Cipriano

La tierra púnica[474] produjo a Cipriano para que resplandeciera todo cuanto hay en el mundo; aquélla es la casa de donde salió, pero él es gloria y maestro del orbe. Pertenece el mártir a su patria, pero por su amor y su lengua es nuestro. Su sangre descansa en Libia[475], pero la fuerza de su voz se manifiesta por doquier, sólo ella sobrevive a su cuerpo, sólo ella desconoce la muerte. Mientras Cristo permita que exista el género humano y que viva el mundo, mientras siga habiendo un libro, mientras un estante de letras sagradas, te leerá todo aquel que ame[476] a Cristo, aprenderá, Cipriano, tu doctrina. Aquel espíritu de Dios que apadrinó la inspiración de los profetas[477], enviado desde el cielo te ha bañado a ti con el manantial de la elocuencia. ¡Oh género de lengua más blanco que la nieve, oh nuevo sabor! Al igual que el licor de ambrosía mitiga el corazón, impregna el paladar, penetra en la morada del alma, da apoyo a la mente y recorre todos los miembros, así con tu voz se siente a Dios en nuestro interior y se introduce en los tuétanos.

---

474 Cipriano era obispo de Cartago.

475 Es decir, en África.

476 Lat. *te leget omnis amans,* a comienzo de verso: cf. Ovidio, *Amores* I 9, 1.

477 Cf. *Hebreos* 1.1.

¡Padre, revélanos de dónde[478] este repentino bien que diste a las tierras! A los escritos de los apóstoles faltaba un intérprete de grandes recursos. Se ha elegido una elocuencia bien dotada para instruir al orbe y para que, acatando los libros de Pablo, los discutiera, a fin de que los pechos rudos de los hombres, una vez refinados, conocieran mejor la obra del miedo o los misterios, por más que profundos, de Cristo[479].

Era él el más ducho de los mozos en quebrantar el pudor con las malas artes del engaño, en no tener nada por sagrado y a veces incluso en pronunciar encantamientos mágicos en medio de las tumbas para así anular el derecho nupcial del tálamo, si es que había una esposa que ardiera en amores[480]. De pronto Cristo refrena el furor de tan desatada lujuria, sacude las tinieblas de su pecho y expulsa de él el desvarío. Lo llena de amor a Él, le concede la fe, le concede el arre-

[478] Para un procedimiento semejante en la inspiración del poema, *vid.* nota a *Psych.* 5 y compárese *Perist.* X 1-5.

[479] Con la ambigua expresión «la obra del miedo» (lat. *timoris opus)* se debe de estar refiriendo al Antiguo Testamento por oposición al Evangelio («los misterios de Cristo»).

[480] Se atribuyen aquí a Cipriano maldades de otro Cipriano, un célebre mago de Antioquía que se convirtió, alcanzó el rango de obispo y murió martirizado. No sabemos si la confusión es voluntaria por parte del poeta (pues de hecho la vinculación del nombre *Cyprianus* con *Cypris,* sobrenombre de Venus, se presta a esa imagen de seductor) o se debe a la oscuridad que por entonces afectara a la tradición de este martirio, visto que también Gregorio de Nacianzo confunde ambos personajes en un sermón del año 379. Para más detalles, *vid.* Rebull, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 86, n. 5; y al trabajo allí citado añádanse S. Costanza, «La conversione di Cipriano nell'Inno XIII del *Peristephanon* di Prudenzio», *Giorn. Ital. Filol.* 30 (1978), 171-182; J. Petruccione, «Prudentius' portrait of St. Cyprian: an idealized biography», *Rev. Ét. Aug.* 36 (1990), 225-241; y el cap. 5 del libro de Malamud, *A Poetics of Transformation,* págs. 115-148, donde se da una interpretación chocante y, a mi modo de ver, abusiva de este himno y este personaje.

pentimiento por sus actos. La estampa de su faz y su porte es ya otra distinta de la que fue. Su rostro pierde su fina piel de antaño y pasa ésta a ser adusta. Su undosa melena queda limitada a cortos cabellos[481]. Él mismo ya mantiene moderada conversación, busca la esperanza, observa las normas, vive la justicia de Cristo, va penetrando en nuestro dogma. Y convertido así con estos merecimientos en un hombre de lo más digno, nuestro doctor es encumbrado hasta el solio episcopal y allí ocupa la más alta cátedra.

Eran dueños del poder Valeriano y Galieno[482]. Decretaron a la par la pena de muerte para todo aquél que reconociera a Dios. Habían ordenado sacralizar mil sucísimos símbolos de origen terreno[483]; frente a esto, Cipriano en sus enseñanzas incitaba los ánimos del pueblo, para que nadie se apartara del honor de la egregia virtud ni temiera como un cobarde asumir el precio de la fe: que es cosa de nada el tormento sólo con que compares los futuros bienes sin término que Dios mismo promete a los hombres valientes; que la esperanza de luz y el día eterno se compran al precio del

---

[481] Obsérvese que el *cultus* o cuidado corporal era en sí, a los ojos de Prudencio, síntoma de poca fe, de falta de dedicación a lo realmente importante (cf. *Ham.* 258-297). Se trata, en cualquier caso, de la conversión operada en el joven que pasa a adulto, tal como la encontramos en otros autores latinos como HORACIO (*Od.* IV 10) o ESTACIO (*Sil.* III 4), si bien es cierto al mismo tiempo que Prudencio aquí está reproduciendo el modelo estético del clérigo ideal tal como se concebía en su época (para más detalles, *vid.* ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 113-114).

[482] *Vid.* nota a *Perist.* VI 42. La muerte de Cipriano tuvo lugar el año 258 (*vid.* A. A. R. BASTIAENSEN Y OTROS, *Atti e passioni dei martiri,* Milán, 1990², pág. 478).

[483] Cf. *Cath.* XII 195-200.

dolor[484]; que todo mal se marcha al vuelo en las alas del tiempo; que no es grave nada a lo que un término pone fin y obsequia con el descanso; que él será el primero en sufrir una muerte hermosa, él el adalid de la sangre, que humillará su cabeza a la espada, que ofrendará su sangre; que, quien quiera asociar a Cristo su alma, lo siga y lo acompañe.

Cuando con estas ideas hubo inflamado y dispuesto para Cristo los corazones de sus hombres, es apresado en cadenas, al frente de los demás, por orden del enojadísimo procónsul. Hay en los más remotos parajes de la tiria Cartago[485] unas apartadas grutas que conocen la calima del Tártaro, a las que el sol niega su contacto. Encerrado en estas cuevas y atadas ambas manos por una cadena, el santo Cipriano invoca el nombre del Padre supremo:

«Dios todopoderoso, padre de Cristo y creador del orbe; Cristo, padre del hombre, al que amas y no dejas sucumbir[486], yo soy aquél al que tú en tu bondad, cuando estaba recubierto de viperino veneno y manchado por variadas faltas, limpiaste, lleno de compasión, y en cuanto me ordenas volverme tuyo, me vuelvo un segundo Cipriano, uno nuevo surgido del antiguo, y ya no culpable o dañino como antes[487]. Si con tu fácil gracia lavaste mi pecho embarrado, ten a bien visitar esta oscura mazmorra y disipa sus tinieblas, arranca de la cárcel del cuerpo y los lazos del mundo esta

---

[484] Para el valor del sustantivo *merx* («precio»), *vid.* nota a *Perist.* X 476; para el motivo del dolor como camino hacia la gloria, nota a *Cath.* X 92.

[485] Porque, según la leyenda, fue fundada por Dido y sus seguidores, oriundos de Tiro. Para la siguiente referencia al Tártaro, e. e. el infierno, *vid.* nota a *Cath.* I 70.

[486] Para esta última idea, cf. *Ezequiel* 18.23 y 18.32, *I Timoteo* 2.4, *II Pedro* 3.9.

[487] Cf. *Colosenses* 3.9-10.

alma mía, permíteme serte inmolado y derramar en tu honor la sangre, que no haya clemencia que refrene a este juez feroz ni vaya a suavizarse el odio[488] del tirano y a negarme la gloria. Concédeme también que no sea pusilánime nadie de ese rebaño tuyo que yo conducía, ni sucumba, incapaz de sufrir el castigo, o vacile nadie de los tuyos, de suerte que pueda devolverte intacto el número de fieles y liquide mi deuda».

Con estas plegarias había conmovido al Señor y al punto se extendía sobre el pueblo de Cartago el Espíritu Santo, que fomentó su bravura hasta hacer que con la aplicación de sus estímulos los corazones ardieran en deseos de buscar el honor insigne[489] a través de trance sangriento, enseñándoles a no vacilar ni ceder ni dejarse vencer por el dolor, a ser arrebatados por el amor a la gloria[490], a rezumar sabor a Cristo y abrazar la fe.

Cuenta la tradición[491] que en medio de la llanura se hizo abrir una fosa llena casi hasta los bordes de cal humeante.

[488] Nótese el alargamiento métrico de la *a* de *inuidia* en tiempo fuerte (*neu sciat inuidia mitescere*, en secuencia dactílica), alargamiento no ajeno a la técnica de Prudencio (*vid.* LAVARENNE, *Étude...*, § 163, que no cita este pasaje; CUNNINGHAM, *A. Prudentii C. Carmina*, § 130).

[489] Lat. *decus egregium:* cf. *Perist.* III 7.

[490] Lat. *laudis amore:* cf. HORACIO, *Epíst.* I 1, 36, en la misma posición.

[491] Como bien observa THOMSON (*Prudentius*, II, págs. 334-335, *n. a)*, la pasión de Cipriano sí estaba bien recogida documentalmente (*vid.* RUIZ, *Actas...*, págs. 724-780 y, sobre todo, la reciente edición del acta a cargo A. A. R. BASTIAENSEN, con traducción al italiano de G. CHIARINI, y comentario a cargo del mismo BASTIAENSEN, en el libro colectivo, ya citado, A. A. R. BASTIAENSEN Y OTROS, *Atti...*, págs. 193-233 y 478-490 resp.). Pues bien, Prudencio se aparta de estos textos y dice depender de la tradición oral (*fama refert*) para el siguiente episodio de los trescientos mártires muertos en una fosa de cal viva (la «Cándida Masa»); por ello, no es

Sus piedras escaldadas vomitan fuego y arde ese polvo de nívea blancura, capaz de abrasar lo que toque, y es mortífera la emanación de sus olores. Dicen que sobre el borde de la fosa se alzó un altar con la siguiente condición: que los cristícolas[492] ofrendasen una pizca de sal o el hígado de un cerdo, o si no se lanzasen por sí solos a las honduras del medio de la zanja. En rauda carrera saltaron a la vez trescientos hombres enfervorizados y en su mar de polvo aquel líquido árido los engulló y devoró, y hasta su fondo envolvió ese bulto que se le vino encima. El candor guarda sus cuerpos, a las regiones celestes transporta el candor[493] sus almas, y a partir de entonces mereció ser llamada «Cándida Masa» por todas las generaciones.

de extrañar que nuestro autor se desvíe de los hechos históricos y atribuya a las circunstancias de la muerte de Cipriano algo que ocurrió a otras personas y en otro momento y lugar: *vid.* además LAVARENNE, *Prudence,* IV, págs. 184-185, FATÁS, «La Antigüedad...», págs. 197-198; y, de modo exhaustivo, P. T. A. SABATTINI, «Storia e leggenda nei *Peristephanon* di Prudenzio», *Riv. Studi Class.* 20 (1972), 32-53 y 187-221, e *ibid.* 21 (1973), 39-77; ROBERTS, *Poetry and the Cult of the Martyrs,* págs. 114-118. Para la asociación de la figura de Cipriano y los mártires de la «Cándida Masa» en un poema de Paulino de Nola, *vid.* COSTANZA, «Rapporti letterari...», págs. 52-53, quien sin embargo no encuentra una dependencia necesaria entre ambos pasajes. En cualquier caso, más recientemente PALMER *(Prudentius on the martyrs,* pág. 120) ha demostrado que tanto en la expresión *fama refert* como en el inexacto número de trescientos individuos Prudencio depende de OVIDIO, *Fastos* II 203.

[492] Para el vocablo, *vid.* nota a *Cath.* III 56.

[493] Mantengo la traducción «candor» (e. e. «blancura, albura») para el latino *candor* a fin de conservar la evocación etimológica con la *Candida Massa.* Nótese, además, el juego de sentidos entre el blanco de la cal y el de la pureza en su camino al cielo *(vid.* nota a *Perist.* IV 145).

Entretanto Tascio[494], más contento ya por la suprema jornada de los suyos, es obligado a comparecer a lo lejos ante la furia del procónsul salvaje. Le habían ordenado decir cuál era su vida: «Venerando al Dios único», dice, «transmito los sagrados misterios de Cristo salvador». Ante esto dice el procónsul: «Ya es suficiente delito, el propio Tascio confiesa. Él mismo niega el rayo de Júpiter. Preparad la espada y que este enemigo de nuestros ídolos pague su castigo bajo el sable del verdugo». Cipriano da merecidas gracias a Dios y eleva un canto triunfal.

Afligida lloró África la marcha del varón[495] con cuya enseñanza se hizo más culta, y se siente orgullosa de haberse formado con su elocuencia. Después, entre lágrimas, alzó un túmulo y consagró sus cenizas.

Deja ya de llorar tan gran dicha; él habita los reinos del cielo y no por ello deja de sobrevolar las tierras ni está ausente de este mundo: diserta, expone, debate, enseña, instruye, profetiza[496]. Y no dirige tan sólo los pueblos de Libia[497], abarca hasta la salida del sol y hasta su puesta; cuida

---

[494] Es decir, Cipriano, cuyo nombre completo era *Thascius Caecilius Cyprianus*. En la siguiente determinación «a lo lejos» *(eminus)*, THOMSON *(Prudentius*, II, pág. 337, n. *b)* quiere ver (quizá forzando un tanto el sentido del adverbio, que más bien indica la separación física de ambos individuos) una referencia al lugar en que se decretó la sentencia final: la *uilla Sexti*, una finca «fuera de» la ciudad, a la que el procónsul Galerio Máximo se había retirado por motivos de salud *(vid.* RUIZ, *Actas...*, págs. 758-759; BASTIAENSEN, *Atti...*, pág. 488).

[495] Es decir, del héroe (lat. *uir)*: *vid.* nota a *Perist.* II 558.

[496] Para estas enumeraciones, *vid.* nota a *Perist.* X 326.

[497] Es decir, de África (cf. v. 4). Para Hesperia, aquí equivalente a Italia, *vid.* la nota a *Symm.* II 606; para el modelo de descripción geográfica, que trata de abarcar los cuatro puntos cardinales, la nota a *Apoth.* 424. Nótese, por otra parte, que aunque el calificativo «remotos» (lat. *ultimis)* podría cuadrar geográficamente a los pueblos de la Península Ibérica, es

de los galos, enseña a los britanos, tutela Hesperia, siembra a Cristo entre los remotos iberos. Y, en fin, es profesor en la tierra y al mismo tiempo también mártir en el cielo. Instruye aquí a los hombres y desde allí, como patrón nuestro, nos envía sus piadosos regalos[498].

XIV

Pasión de Inés

En la casa de Rómulo se encuentra el sepulcro de Inés, brava niña e ínclita mártir[499]. Enterrada a la vista misma de

---

posible que a la mente de Prudencio haya venido una descripción análoga hecha por Catulo (XI 2-12) en la que aplica precisamente el adjetivo *ultimus* a los britanos, juntura ésta que llegaría a hacerse tópica (para esta posible deuda, véase mi artículo «Ecos catulianos en los poemas de Prudencio», *Anuar. Est. Filol.* 19 (1996), 443-455 [págs. 454-455]).

498 Obsérvese la brevísima referencia a los favores del mártir *(vid.* nota a *Perist.* II 566).

499 Inés murió a la edad de trece años, en Roma, pero ignoramos en qué año, aunque se cree que fue durante la gran persecución de 303-304, llegando algunos estudiosos a retrotraerlo al año 257 (para el fondo histórico, *vid.* Lavarenne, *Prudence,* IV, págs. 190-195; Palmer, *Prudentius on the martyrs,* págs. 250-253). Tenemos constancia de que en el año 354 ya se celebraba su aniversario junto a su sepulcro, en la vía Nomentana. La última expresión *(martyris inclytae)* recuerda la *inclyta uirgo* que cierra el epigrama que el papa Dámaso compuso para el sepulcro de Inés (también el *trux tyrannus* del v. 21 evoca el *trucis... tyranni* del v. 4 de Dámaso: para el texto de este epigrama, *vid.* Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 192, n. 2), de donde algunos infieren que este himno se compuso después de que Prudencio hubiera visitado Roma *(vid.* Ortega-Rodríguez, *Prudencio,* pág. 36*, n. 151; Van Assendelft, en Bastiaensen, *Atti...*, págs.

sus torres guarda esta doncella la salud de los Quirites, al tiempo que protege a los forasteros que ante ella suplican con pecho sincero y lleno de fe. Doble corona tuvo esta mártir: su virginidad intacta de toda mancilla y además la gloria de su muerte libremente elegida[500].

Cuentan que en cierta ocasión esta chiquilla, estando apenas preparada para el lecho conyugal, en sus primeros años, con el pecho lleno de ardor por Cristo, se resistió con bravura a las órdenes impías de que abandonara la fe sagrada y se uniera a la idolatría. Pues antes ya había sido tentada con numerosas mañas, ora por la boca lisonjera de un juez bonancible, ora por las amenazas de sañudo carnífice, pero ella se mantenía resuelta con violenta energía y al duro tormento ofrecía voluntariamente su cuerpo, sin rechazar la muerte[501].

Dice entonces el feroz tirano[502]: «Si le es fácil soportar el castigo y domeñar el dolor y si desprecia su vida como cosa sin valor, le es caro, sin embargo, el recato de su vir-

585 y 586). Otros como Rebull *(Prudenci. Llibre...*, II, pág. 27) sospechan también que el poeta describe algo visto y ello por la siguiente referencia a unas torres, que serían aquellas que flanquean la Porta Nomentana, pero este argumento me parece menos sólido. Por contra, I. Lana *(Due capitoli prudenziani,* Roma, 1962, págs. 48-60) cree que el poema se basa en textos de Ambrosio y fue compuesto antes de la visita de Prudencio a Roma. Para la siguiente referencia a los «Quirites» o romanos, *vid.* nota a *Symm.* I 356.

[500] Lat. *mortis deinde gloria liberae:* cf. Horacio, *Odas* IV 14, 18.

[501] Para el tono erótico de la caracterización de Inés («con el pecho lleno de ardor por Cristo», lat. *Christo calentem;* «la boca lisonjera de un juez», lat. *ore blandi iudicis,* lit. «la boca de un juez lisonjero»; «ofrecía voluntariamente su cuerpo», lat. *corpus... ultro offerebat)* y su sentido, *vid.* nota al v. 73.

[502] Lat. *trux tyrannus:* vid. nota al v. 2.

ginidad consagrada. He resuelto arrastrarla hasta un burdel público si no inclina su cabeza ante el altar y pide al momento perdón a Minerva, doncella a la que esta otra doncella se empeña en menospreciar. Todos los mozos correrán allá y buscarán esta nueva esclava para su diversión»[503].

Dice Inés: «No se olvida Cristo de los suyos hasta el punto de echar a perder mi dorada decencia y abandonarme a la vez a mí misma. Está al lado de las personas decentes y no consiente que se mancille el don de la sagrada virginidad. Mancharás tu espada impía de sangre, si quieres, mas mi cuerpo no lo ensuciarás con la lujuria». Habiendo así hablado la doncella, ordena el juez que la coloquen públicamente en un rincón de la plaza[504].

[503] La elección de la figura de Minerva entre todo el panteón se explica porque ésta permite al poeta confrontar ambas virginidades, o bien, según la interpretación de MALAMUD *(A Poetics of Transformation*, págs. 160-161), debido a la ambivalencia sexual de ambas. Por otra parte, el castigo de la prostitución no era infrecuente en este tipo de casos *(vid.* VAN ASSENDELFT, *Atti...*, págs. 588 y 590), aunque MALAMUD *(ibid.*, págs. 149-177) sostiene que se trata de una invención de Prudencio (de hecho, no aparece este detalle en las fuentes anteriores a él) que le permitiría jugar con el nombre de la protagonista. Juzgue, no obstante, el lector si es sencillo el juego propuesto por Malamud: *Agnes* es la «cordera» o *agna* sacrificial, pero al mismo tiempo es el agnocasto (gr. *ágnos,* lat. *agnus castus),* arbusto cuya semilla ayudaba a las atenienses a guardar la castidad durante la celebración de los Tesmoforia o fiestas a Deméter. Esta planta, a su vez, también tenía en griego el nombre de *lýgos,* muy parecido a *lýkos,* «lobo o loba», que en latín quedaría recogido por *lupa,* que significa «loba» al tiempo que «prostituta».

[504] La tradición sitúa esta escena en las arcadas del circo de Domiciano (hoy Piazza Navona), pues este tipo de lugares concurridos eran emplazamiento habitual de las prostitutas. Por esa razón hoy se encuentra en esa plaza una de las dos iglesias romanas dedicadas a Inés, con la significativa advocación, además, de *Santa Agnese in Agone*.

Queda allí de pie y la concurrencia, afligida, se aparta de ella volviendo su rostro, de forma que nadie, con exceso de descaro, mirara el lugar venerable[505]. De pronto, uno vuelca insolentemente su mirada sobre la niña y no vacila en contemplar su sagrada belleza con ojos lascivos. He aquí que un fuego alado al modo de un rayo[506] centellea ardiente y hiere sus ojos. Aquél, cegado por la ardiente luz, se desploma y entre espasmos se agita sobre el polvo de la plaza. Lo alzan del suelo medio muerto sus compañeros y lloran su suerte con fúnebres palabras. Marchaba triunfante la doncella, cantando con sagrados acordes a Dios Padre y a Cristo, porque bajo el peligro de la pagana deshonra su virginidad había salido vencedora, tras vivir la experiencia de un burdel casto y sin afrenta. Hay quienes cuentan que, ante los ruegos de algunos, derramó preces a Cristo para que devolviera la luz al pecador postrado, y que entonces se renovó en el joven el aliento vital y la plena visión.

Pero éste fue el primer paso que dio Inés hacia la corte celestial, porque al punto le es dado un nuevo peldaño. Y es que la rabia espolea la ira de su sangriento enemigo: «¡Es-

[505] Esto es, por la presencia en él de la casta muchacha, como decía AMBROSIO (*Virg.* II 4, 26, y *vid.* A. LUNELLI, «Prud. Perist. 14.42», en *Dignam Dis, a Giampaolo Vallot (1934-1966). Silloge di studi suoi e dei suoi amici,* Venecia, 1972, págs. 239-245; VAN ASSENDELFT, *Atti...*, pág. 589). Frente a esta interpretación, otros, tal vez con razón, creen que con esta expresión *uerendum... locum* se refiere el poeta a los órganos sexuales de la muchacha (e. e. «la zona venerable») y hay quien, como REBULL *(Prudenci. Llibre...*, II, pág. 26), ve en esta escena el equivalente de la ceguera producida a quienes (p. ej. Tiresias) veían desnudas a las diosas paganas (para una exposición más detallada de esta interpretación, *vid.* MALAMUD, *A Poetics of Transformation,* págs. 160-163).

[506] Lat. *ales ignis fulminis in modum:* cf. HORACIO, *Odas* IV 4, 1. Para el «milagro» como parte constitutiva del himno, cf. vv. 59-60 y *vid.* nota a *Perist.* I 82.

toy siendo vencido!», dice a gritos, «¡Ve, soldado, desenvaina tu espada y cumple las reales órdenes del supremo emperador!». Cuando Inés vio plantado ante sí a aquel hombre amenazador con la espada desnuda, con mayor regocijo dice: «¡Qué alegría que venga a mí un desquiciado, salvaje, violento soldado y no un perfumado efebo lánguido y tierno y dulce, que me arruinase con la muerte de mi decencia[507]. Éste, éste es al fin, lo confieso, el amante que me gusta. Él se me viene encima y yo saldré a su encuentro, y no retrasaré sus deseos ardientes: recibiré en mis senos su espada entera y arrastraré hasta el fondo de mi pecho la violencia de su sable. Así, desposada con Cristo, atravesaré las tinieblas todas del firmamento, por encima del éter. ¡Eterno rector, ábreme las puertas del cielo antaño cerradas a los hijos de la tierra y llama, Cristo, a esta mi alma que te sigue, que es virginal y además se ofrece como víctima al Padre!».

Tras haber hablado así, reza suplicante a Cristo humillando su cabeza, de forma que su nuca, inclinada, recibiera mejor el golpe inminente. Por su parte, la mano del verdugo cumplió la gran esperanza de Inés, pues corta su cabeza de un solo tajo[508] y la muerte rápida se adelanta a la sensación de dolor.

---

[507] Lat. *pudoris funere:* cf. LUCANO, IV 231-232. Nótese la eficaz sucesión de asíndeton y polisíndeton en las caracterizaciones del soldado y el efebo (para éstas, *vid.* nota a *Perist.* VI 35). Obsérvese, por otra parte, el uso intencionado de terminología netamente erótica en los siguientes versos, que aquí se hace más evidente pero que en el fondo no es sino culminación de lo que en vislumbres veníamos viendo en todo el poema (*vid.* MALAMUD, «Making a virtue...», págs. 289-292, o bien, de la misma autora, *A Poetics of Transformation,* págs. 149-177).

[508] Lat. *uno sub ictu:* cf. LUCANO, VI 613.

Despojado del cuerpo se ve al punto brillar su espíritu, que salta liberado a los aires[509]; los ángeles lo escoltaron en su marcha por la senda blanca. Mira con asombro Inés el orbe situado a sus pies, contempla desde su altura las tinieblas de abajo y se ríe de aquello que circunda la rueda del sol, de lo que el firmamento entero hace girar y encierra, de lo que vive en la negra vorágine del mundo, de lo que arrebata la vana mudanza terrena[510]: reyes, tiranos, poderes y grados, el boato de honores de estúpido engreimiento, la fuerza de plata y oro que con rabiosa sed todos buscan por medio de diversidad de pecados, las viviendas alzadas con gran lujo, la ilusoria vanidad de ropajes moteados[511], la ira,

[509] Véase de nuevo un contexto semejante en Lucano, IX 3-14, refiriéndose al alma de Pompeyo, o también en Virgilio, *Égl.* V 56-57, para la apoteosis de Dafnis; recuérdese, además, el prodigio análogo que sucede a la muerte de Eulalia *(Perist.* III 161-165). Para la «senda blanca», *vid.* nota a *Perist.* IV 145.

[510] Para la imagen anterior del difunto sobrevolando la tierra recién abandonada, cf. de nuevo Lucano, IX 11-14 (Virgilio, *Égl.* V 56-57, *En.* X 3-4); para la «negra vorágine del mundo» (lat. *rerum... atro turbine),* cf. Virgilio, *En.* I 511, X 603, XII 923; Séneca, *Agam.* 197; Ovidio, *Met.* VII 614; Estacio, *Sil.* II 2, 127; Claudiano *Ruf.* I 260; para la «rueda del sol» *(solis... rota),* cf. Lucrecio, V 432, 564. En los próximos versos, por otra parte, insiste el poeta en el carácter igualitario de la muerte, tópico presente ya desde antiguo y tratado por el propio Prudencio anteriormente (vid. *Perist.* X 522-525), pero que en la siguiente enumeración (para éstas, *vid.* nota a *Perist.* X 326) anticipa muy de cerca las *Danzas de la muerte* o *Danzas macabras* del Medievo y Renacimiento: para una primera aproximación a éstas, puede verse J. L. Alborg, *Historia de la literatura española,* I, Madrid, Gredos, 1981², págs. 385-388 y 983-989, con bibliografía general y específica, aunque nada se dice de la posible aportación de la literatura latina; *vid.* además *ibid.,* págs. 274 y 381 (página esta última en la que pueden verse temas afines en las *Coplas* de Jorge Manrique). Véase, además, *Cath.* I 93-96 y *Perist.* X 141-145, donde, sin referirse a la muerte, se evoca también el desprecio de los honores mundanos, connatural a este tipo de composiciones. Véase, en fin, un desfile de pecadores a quienes en nada aprovechó su ambición, en *Ham.* 424-444.

[511] Lat. *inlusa pictae uestis inania:* cf. Virgilio, *Geórg.* II 464.

el temor, los deseos, los peligros, la tristeza larga o el gozo breve, las teas humeantes de la negra envidia, con la que se tiznan la esperanza y honor de los hombres, y el más sucio de todos los males, los sórdidos nubarrones del paganismo.

Inés, en pie, las pisa y desgarra con sus plantas y aplasta con su talón la cabeza de la serpiente[512]. Ella que, feroz, salpica con su veneno todos los elementos del mundo terrenal y los hunde en el infierno, ahora, domeñada por el pie de una doncella, humilla el penacho de su ígnea cabeza y, vencida, no osa levantar su cara[513]. Entretanto ciñe Dios con dos coronas la frente de esta mártir no desposada: una la forma, con su luz eterna, un premio seis decenas de veces aumentado; en la otra se halla un fruto centuplicado[514].

¡Oh doncella dichosa, oh gloria nueva, noble moradora del alcázar del cielo[515], vuelve sobre este nuestro estercolero tu rostro adornado de doble diadema, tú, la única a quien el Padre de todo concedió el poder de hacer casto hasta un prostíbulo! Quedaré limpio con el brillo de tu rostro bonancible si llenas mi corazón, pues no es deshonesto nada que tú, con tu amor, te dignes visitar o tocar con tu pie benigno.

---

[512] Es decir, del Demonio: cf. *Génesis* 3.15; PRUDENCIO, *Cath.* III 126-128 y 146-150; *Perist.* III 74.

[513] Lat. *tollere uerticem:* cf. HORACIO, *Odas* III 16, 19, en la misma sede métrica.

[514] Para la perífrasis «seis decenas de veces aumentado» (lat. *decemplex edita sexies), vid.* nota a *Cath.* VII 38-39; para el fondo bíblico, cf. *Mateo* 13.8 y 13.23 y *vid.* además *Symm.* II 1055-1063. La primera corona corresponde a la conservación de su virginidad, la segunda a su martirio *(vid.* VAN ASSENDELFT, *Atti...*, pág. 596).

[515] A decir de ORTEGA-RODRÍGUEZ *(Prudencio*, pág. 743, n. al v. 124), estos dos versos están esculpidos en la basílica romana de *Santa Agnese fuori le mura*. Para la petición de favor, esperable en este cierre del himno, *vid.* nota a *Perist.* II 566.

RÓTULOS A ESCENAS HISTÓRICAS [DOBLE ALIMENTO]

(TITVLI HISTORIARVM [DITTOCHAEON])

I

Adán y Eva

Eva fue un día blanca paloma, ennegrecida más tarde por el veneno de la serpiente de infausta y deshonesta seducción; ella ensució al inocente Adán con sus mugrientas manchas; la culebra, vencedora, da entonces hojas de higuera para que se cubran quienes antes andaban desnudos[1].

II

Caín y Abel

Dios aprecia con aprobación dispar las ofrendas de los dos hermanos: acepta las vivas y rechaza las de la tierra. El labriego abate por envidia al pastor. En Abel queda expresa la forma del alma nuestra, en el regalo de Caín nuestra carne[2].

---

[1] Cf. *Génesis* 3.4-7 y 3.21; Prudencio, *Cath.* III 111-120.

[2] Cf. *Génesis* 4.3-5; Prudencio, *Ham. praef.* 1-31.

III

El arca de Noé

Una paloma, anunciando que el diluvio ya remite, lleva en su pico hasta el arca un ramo de verde olivo. Porque el cuervo se había quedado entre los repugnantes cadáveres, atrapado por su glotonería, y es ella la que trae la buena nueva de la concesión de la paz[3].

IV

En la encina de Mambre

Es éste el albergue del Señor, en el que la frondosa encina de Mambre protegió el tejado del establo del anciano; en esa choza se rió Sara de que ella pudiera alcanzar a su edad la alegría de la prole y de que así pudiera creerlo su decrépito marido[4].

V

La tumba de Sara

Abraham compró un terreno al que confiar los huesos de su esposa, porque la justicia y la fe viven en la tierra como

[3] Cf. *Génesis* 8.6-11. Para el olivo como símbolo de la paz, cf. *Ham.* 365-366.

[4] Cf. *Génesis* 18.1 y 18.10; Prudencio, *Apoth.* 28-30, *Psych. praef.* 45-49.

de visita; éste es aquel cubil, comprado por mucho dinero[5], donde las sagradas cenizas hallaron reposo.

VI

El sueño del faraón

Siete pares[6] de espigas e igual número de vacas, vistas en sueños por el faraón, anuncian en la disparidad de sus formas que un tiempo de abundancia y uno de hambruna se aproximan a lo largo de dos septenios. Ésta es la explicación del patriarca, quien sigue la interpretación de Cristo.

VII

José reconocido por sus hermanos

Vendido un niño por la trama de sus hermanos, éste a su vez ordena que en secreto se esconda una copa en un saco de trigo, y una vez que José los detiene como culpables de robo, se desvela aquel trato fraudulento. Éstos reconocen a su hermano y se sienten avergonzados por su perdón[7].

---

[5] Lat. *milibus emptum:* cf. Horacio, *Epíst.* II 2, 165, en la misma posición. Para el episodio, cf. *Génesis* 23.4 y 23.16.

[6] Lit. «dos veces siete» *(bis septem):* para el procedimiento, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39. Para la interpretación de José (el «patriarca»), cf. *Génesis* 41. Para la siguiente expresión «en la disparidad de sus formas» (lat. *dispare forma),* cf. Claudiano, *Pros.* II 45.

[7] Cf. *Génesis* 37.28 y 44-45.

VIII

Fuego en una zarza

Posándose sobre unos zarzales un Dios de fuego con refulgente rostro llama a un joven, a la sazón pastor de ganado. Éste, ante las órdenes de Dios, coge su vara y la vara se convierte en víbora. Desata los lazos de sus pies y se dirige raudo a la fortaleza del faraón[8].

IX

El camino a través del mar

Resguardado realiza su marcha un hombre justo incluso a través del gran piélago[9]. Mirad cómo el Mar Rojo se hiende y entreabre para los siervos de Dios y, en cambio, este mismo mar hunde a los rabiosos pecadores. Es sepultado el faraón, está libre y franco el camino para Moisés[10].

X

Moisés recibe la ley

Humea con el fuego divino la cima de un monte en el que la página de piedra grabada con los diez mandamientos

---

[8] Cf. *Éxodo* 3.2-5, 4.3 y 4.20, 7.9; Prudencio, *Cath.* V 31-36, *Apoth.* 55-70, *Perist.* VI 85-90.

[9] Lat. *per mare magnum,* a final de hexámetro: cf. Lucrecio, III 1029; Virgilio, *En.* V 628.

[10] Cf. *Éxodo* 14; Prudencio, *Cath.* V 45-80, *Perist.* V 481-484.

es entregada a Moisés. Éste, después de recibir la ley, vuelve con los suyos, pero para éstos sólo es Dios la forma de un becerro y Dios el oro[11].

XI

Maná y codornices

Albea el campamento de los antepasados con los panes enviados por los ángeles; la verdad de este hecho es cierta: un cántaro de oro tiene desde entonces guardado el maná; una nueva nube viene sobre estas gentes ingratas y montones de codornices sacian su avidez de carne[12].

XII

Una serpiente de bronce en el desierto

De negras serpientes[13] bullía el reseco camino del desierto y ya sus venenosos mordiscos diezmaban el pueblo entre lívidas heridas, pero el prudente caudillo cuelga de una cruz una culebra pulida de bronce para que temple el poder de la ponzoña.

---

[11] Cf. *Éxodo* 19.18; 32.4; Prudencio, *Cath.* XII 153-156, *Apoth.* 327-333, *Perist.* II 365-368.

[12] Cf. *Éxodo* 16.13-15.

[13] Lat. *serpentibus atris,* a final de hexámetro: cf. Virgilio, *En.* IV 472; Ovidio, *Met.* XIV 410 (cf. Virg., *Geórg.* I 129); para el episodio, cf. *Números* 21.6-9.

XIII

El lago de Mirra[14] en el desierto

Una laguna de áspero sabor, mientras el pueblo pasaba sed, tenía sus estancadas aguas llenas de triste hiel. Dice el santo Moisés: «Traedme un trozo de madera, lanzadlo a estas aguas, tornaráse en dulce sabor su amargura».

XIV

El oasis de Elim en el desierto

Llegaron los hombres acaudillados por Moisés a un lugar donde seis fuentes y otras seis más regaban a la sazón con su baño cristalino siete decenas[15] de palmeras; este místico oasis de Elim además representó en las Escrituras el número de apóstoles.

[14] Como puede verse en el pasaje bíblico correspondiente *(Éxodo* 15.23-25), el nombre del lago es *Mara* y no *Myrrha,* confusión que Prudencio comparte con Paulino de Nola *(Epíst.* XXXVII 1; *Poem.* XXVI 344) y que procede de una versión latina de la *Biblia* anterior a la *Vulgata* (Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 207, n. 2).

[15] Para las perífrasis, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39; para el episodio, cf. *Éxodo* 15.27. Para la referencia al «número de apóstoles», recuérdese que doce fueron los apóstoles y setenta (así en algunos manuscritos de la *Itala* y en la versión de los Setenta; setenta y dos en la *Vulgata:* cf. *Lucas* 10.1 y Prudencio, *Apoth.* 1004-1005) los discípulos.

XV

Doce piedras en el Jordán

El Jordán invierte su corriente y se arrastra hacia su manantial[16], al tiempo que deja un vado seco para los pasos de los pueblos de Dios. Testigos, seis pares de piedras que en el propio río colocaron nuestros padres como símbolo de los discípulos.

XVI

La casa de Raab la cortesana

Asolada quedó Jericó, sólo sigue en pie la casa de Raab. La cortesana que dio hospedaje a los santos varones (¡tan grande es el poder de la fe!) se encuentra a resguardo en su casa intacta y muestra, de frente a las llamas, bien visible un cordón escarlata como contraseña de lo de la sangre[17].

---

[16] Para el episodio, cf. *Josué* 3.13-17; 4.8-9. Véase además la nota a *Perist.* VII 70. Para la perífrasis «seis pares», *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39.

[17] Los exploradores de Josué, a los que Raab había dado asilo, habían pedido a ésta que colgara un hilo escarlata de una ventana como contraseña para que, cuando sus tropas tomaran Jericó, no atacasen aquella casa. Pero habían añadido: «Si alguno sale fuera de la puerta de tu casa, su sangre será sobre su cabeza» (e. e. será responsabilidad suya); y en cambio, si alguno de los de Raab sufría daño dentro de casa, «su sangre sea sobre nuestra cabeza», de ahí la alusión de Prudencio a la «contraseña de lo de la sangre»: cf. *Josué* 2.1 y 2.18-19; 6.17 y 6.25.

XVII

SANSÓN

Un león trata de quebrantar a Sansón, invicto por el poder de su melena. Mata éste a la fiera, pero de la boca del león mana miel[18] y la mandíbula de un asno expulsa por sí sola una fuente: rebosa de aguas la estupidez, de dulzura el valor[19].

XVIII

SANSÓN

Atrapa Sansón trescientas zorras, las arma de fuego, ata teas detrás, a sus colas, las envía contra los sembrados de los extranjeros[20] y quema sus cosechas. Así, como astuta zorra, la herejía esparce ahora sobre los campos las llamas del pecado.

---

[18] Lat. *mella fluunt:* cf. VIRGILIO, *Égl.* III 89, en idéntica sede métrica.

[19] Cf. *Jueces* 14.5-8; 15.19. El detalle de la «mandíbula de asno» procede de un error de interpretación del texto hebreo de la *Biblia,* donde se menciona en su lugar el topónimo Lejí (LAVARENNE, *Prudence,* IV, pág. 280, n. 1 a la pág. 208; REBULL, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 104, n. 20).

[20] Para el episodio, cf. *Jueces* 15.4-5. Los «extranjeros» son los filisteos *(vid.* nota a *Ham.* 500).

XIX

David

David era pequeño, el último de sus hermanos, y ahora está al cuidado del rebaño de Jesé, afinando su cítara junto a la majada de su padre para posterior deleite del rey. Después entabla terrible guerra y con una honda silbante abate a Golía[21].

XX

El reino de David

Resplandecen las regias enseñas del calmo David: el cetro, el aceite, el cuerno[22], la diadema, la púrpura y el altar. Todas ellas cuadran a Cristo: la clámide y la corona, la vara de mando, el cuerno de la cruz, el altar, el olivo.

XXI

La construcción del Templo

La Sabiduría levanta un templo por la mediación obediente de Salomón y la reina del austro[23] reúne gran canti-

---

[21] Para el fondo bíblico, cf. *I Reyes (Samuel)* 16-17. Para la forma anómala del nombre de Goliat, *vid.* nota a *Ham.* 784.

[22] Esto es, aquel que guardaba el aceite con que Samuel ungió a David (cf. *I Reyes [Sam.]* 16.13). El «cuerno de la cruz» es una manera de indicar sus brazos.

[23] Esto es, del Sur, por ser el austro un viento con esta procedencia. Se trata concretamente de la reina de Saba, que hizo una generosa donación a Salomón (cf. *III Reyes* 10.10). Para el episodio, cf. *III Reyes* 5-10; *Prover-*

dad de oro. Está llegando el día en que Cristo levante un templo en el corazón del hombre, que han de honrar los griegos y enriquecer las ofrendas de los bárbaros.

XXII

Los hijos de los profetas

Un día, mientras los hijos de los profetas están cortando leña a la orilla de un río, se les cayó desencajada un hacha. Se hundió el hierro en la corriente, pero al momento un ligero pedazo de madera lanzado al agua sacó el hierro y lo puso a su alcance[24].

XXIII

La cautividad de Israel

El pueblo de los hebreos, cautivo por sus muchos pecados, había llorado su exilio junto a los ríos de la cruel Babilonia, luego rechaza la orden de cantar sus ritmos patrios y cuelga sus instrumentos de las ramas de un sauce amargo[25].

---

bios 9.1; Prudencio, *Psych.* 804-822. Para el «templo en el corazón del hombre», cf. *I Corintios* 3.16 y *vid.* nota a Prudencio, *Psych.* 822.

[24] Cf. *IV Reyes* 6.5-7.

[25] Para el episodio, cf. *Salmos* 136.1-2; Prudencio *Ham.* 445-466. J.-L. Charlet («Prudence lecteur de Paulin de Nole. À propos du 23e quatrain du *Dittochaeon*», *Rev. Ét. Aug.* 21 [1975], 55-62) analiza esta escena y sostiene que Prudencio no se inspira directamente en el pasaje bíblico sino en el *Poema* IX de Paulino de Nola.

XXIV

La casa de Ezequías

Aquí mereció el buen Ezequías demorar por tres lustros[26] su día prefijado y dilatar la ley de su muerte, cosa que le indicó el sol, volviéndose hacia su nacimiento y bañando de luz los grados que ya había cubierto la sombra del atardecer.

XXV

María y el Ángel Gabriel

Cuando Dios ya llegaba, desciende como mensajero Gabriel desde el elevado trono del Padre y entra de pronto en el hogar de la Virgen y dice: «El Espíritu Santo te llenará, María, y parirás a Cristo, Virgen Santa»[27].

XXVI

La ciudad de Belén

Cabeza del orbe es la sagrada Belén, que dio a luz a Jesús, primer principio del orbe y cabeza misma de los prime-

---

[26] Lit. «tres veces cinco años» *(ter quinque per annos)*: para la perífrasis, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39. Para el episodio, cf. *IV Reyes* 20.1-11. Para la expresión «demorar... su día prefijado» (lat. *praescriptum proferre diem)*, cf. Séneca, *Hérc. fur.* 190.

[27] Se trata de la primera escena correspondiente al Nuevo Testamento: cf. *Lucas* 1.26-33; Prudencio, *Apoth.* 577-584. Para la expresión que abre el epigrama (lat. *Aduentante deo)*, cf. Virgilio, *En.* VI 258; para el «trono del Padre», *vid.* nota a *Perist.* III 17.

ros principios[28]. Esta ciudad engendró al Cristo hombre, Cristo que ya existía como dios antes de que fuera hecho el sol, de que Lucífero existiera.

XXVII

Los regalos de los Magos

Aquí los Magos[29] traen al niño Cristo, que reposa bajo el seno de la Virgen, los preciosos regalos de la mirra, el incienso y el oro; se sorprende la madre ante tantos honores a su casto vientre, así como de que ella haya engendrado un hombre que es Dios y al mismo tiempo rey supremo.

XXVIII

Los pastores avisados por los Ángeles

La fuerza de la luz de los ángeles llena los ojos insomnes de los pastores, celebrando que Cristo ha nacido de una virgen. Lo encuentran cubierto de harapos, un pesebre era la cuna de su sueño; éstos quedan llenos de entusiasmo y adoran su divinidad[30].

---

[28] Para el elogio de Belén, cf. *Cath.* XII 77-84; para el fondo bíblico, cf. *Mateo* 2.6 y cf. Prudencio, *Apoth.* 259-267. Nótese el juego de sentidos que encierra el vocablo «cabeza» en estos versos, que tan pronto designa a la «capital del mundo» (lat. *caput orbis),* como la «fuente» o «manantial» de los primeros principios *(caput ipsum principiorum).* Para «Lucífero» (e. e. el lucero del alba), *vid.* nota a *Cath.* V 130.

[29] Para la adoración de los Magos, cf. *Mateo* 2.11; Prudencio, *Cath.* XII, *Apoth.* 608-616. Para la inspiración del pasaje, cf. Juvenco, I 247-251.

[30] Cf. *Lucas* 2.8-20.

XXIX

La matanza de niños en Belén

La exaltada locura del impío enemigo Herodes da lugar a incontables matanzas de niños, mientras entre éstos anda buscando a Cristo. Humean las cunas con la sangre de leche de los pequeños y sus calientes heridas bañan los pechos piadosos de sus madres[31].

XXX

Cristo es bautizado

Con las aguas del río rocía a las gentes el Bautista, alimentado con langostas y panales de los bosques y vestido con una piel de camello; había bautizado también a Cristo, pero el Espíritu, enviado desde el cielo, atestigua que ha sido bautizado aquel que perdona sus faltas a los bautizados[32].

XXXI

El pináculo del templo

Un pináculo sobrevive en pie a la destrucción del antiguo templo; porque el ángulo construido con aquella piedra

[31] Para la masacre de los inocentes, cf. *Mateo* 2.16 y Prudencio, *Cath.* XII 93-140, *Perist.* X 736-745.

[32] Cf. *Mateo* 3.13-17.

perdura por los siglos de los siglos; los constructores la despreciaron y ahora es la cima del templo y la vértebra de las nuevas piedras[33].

XXXII

Vino a partir de agua

En cierta ocasión celebraban unos galileos un pacto matrimonial con los auspicios de la concurrencia; los sirvientes se habían quedado ya sin vino. Cristo ordena llenar rápidamente de agua las cántaras y de ellas se derrama una ola de vino añejo[34].

XXXIII

La piscina de Siloé

Medicina para los males es esta agua que una vaharada expulsa y derrama a distintas horas por inexplicadas causas. La llaman Siloé y allí ordenó el Salvador que se lavaran en su manantial los ojos del ciego, que él había untado con su saliva[35].

---

[33] Cf. *Mateo* 21.42, *Salmos* 117.22. Para el sentido de la escena, se ha apuntado que Prudencio pueda estar pensando en la tentación del Demonio a Jesús *(Mateo* 4.5-7), cuando lo transportó al pináculo del templo *(vid.* Lavarenne, *Prudence,* IV, pág. 211, n. 2). Para la idea de Cristo como piedra, cf. *Cath.* V 11.

[34] Cf. *Juan* 2.1-10 y Prudencio, *Cath.* IX 28-30.

[35] Cf. *Juan* 9.7; Prudencio, *Cath.* IX 34-36, *Apoth.* 675-677. Para la confusión de esta piscina con la de Betsaida *(Juan* 5.2-7), *vid.* nota a

XXXIV

Pasión de Juan

La jovencita bailarina exige como fúnebre premio la cabeza de Juan, cortada para que pudiera llevarla en una bandeja hasta el regazo de su desvergonzada madre. Lleva su regalo la cantante del rey, salpicadas sus manos con la sangre de un hombre justo[36].

XXXV

Cristo camina por el mar

Camina el Señor por medio de la mar[37] y, mientras sus talones pisan las líquidas olas, ordena a su discípulo bajar del esquife inestable, pero el humano temblar hace que se hundan sus plantas; el Señor, por su parte, le alarga una mano y afirma sus pasos.

Apoth. 684. Para la expresión final *de fonte lauari,* cf. Prudencio, *Apoth.* 687. Con la cláusula del primer verso de esta escena (lat. *spiritus horis)* Prudencio parece estar evocando la expresión homófona *spiritus oris* que encontramos, por ejemplo, en Virgilio, *Geórg.* IV 300; Ovidio, *Met.* XV 303; y Claudiano, *Pros.* III 151.

[36] Cf. *Mateo* 14.6-11.

[37] Lat. *It mare per medium:* cf. Virgilio, *En.* XII 452. Para el episodio, favorito de nuestro poeta, cf. *Mateo* 14.25-32; Prudencio, *Cath.* IX 49-51; *Apoth.* 653-660; *Symm.* II *pref.* 1-43; *Perist.* V 473-480, VII 61-65, X 947-950. Para la expresión final de esta escena (lat. *regit et uestigia firmat),* cf. Virgilio, *En.* III 659.

XXXVI

El Demonio enviado a los cerdos

El Demonio había roto los férreos grilletes en su sepulcral mazmorra, escapa de ella y se humilla a los pies de Jesús. Pero el Señor reclama al hombre para sí y ordena que este su enemigo haga enloquecer una piara de cerdos y se hunda en el mar[38].

XXXVII

Cinco panes y dos peces

Dios troceó cinco panes y un par de peces y con ellos hartó holgadamente a cinco mil hombres. Seis pares[39] de cestos se llenan con los trozos sobrantes de las migas: tal es la opulencia de la mesa eterna.

XXXVIII

Lázaro resucitado de entre los muertos

Un lugar en Betanía[40] conoció tu ilustre hecho, Lázaro: te vio volver de la sede infernal. Se ve la tumba entreabierta

[38] Para el episodio del poseso y los cerdos gerasenos, cf. *Mateo* 8.30-32; *Marcos* 5.1-13; *Lucas* 8.27-33; Prudencio, *Cath.* IX 52-54; *Apoth.* 414-420; *Perist.* I 97-111, V 89-90, X 37-40.

[39] Para perífrasis de este tipo, *vid.* nota a *Cath.* VII 38-39; para el episodio, cf. *Mateo* 14.15-21; *Marcos* 6.38-44; Prudencio, *Cath.* IX 58-60, *Apoth.* 706-720.

[40] Lat. *Bethanīa,* alargamiento con el que Prudencio recoge la acentuación griega *Bēthanía* (y nótese, por cierto, que nuestro autor abrevia a

y las puertas rotas, por donde regresaron los miembros de un hombre sepultado y ya en descomposición.

XXXIX

El campo de la sangre

El campo de Acaldema[41], vendido al precio de un crimen innombrable, recibe en su túmulo el cadáver que allí había de enterrarse. Es éste el pago por la sangre de Cristo. A lo lejos, el infeliz Judas aprieta su cuello con un lazo por tamaña culpa.

XL

La casa de Caífa

Mirad cómo se ha derrumbado la impía casa del blasfemo Caífa, en la que fue abofeteado el sagrado rostro de Cristo. Ésta es la suerte que aguarda a los pecadores, cuya vida quedará sin fin postrada y cubierta por montones de ruinas[42].

---

su vez la «e»): para el procedimiento, *vid.* nota a *Ham.* 520. Para el suceso de Lázaro, cf. *Juan* 11.1-44; Prudencio, *Cath.* IX 46-48, *Apoth.* 741-766. Para la expresión que abre la escena en el texto latino *(Conscius insignis facti),* cf. Virgilio, *En.* XI 812.

[41] Así en Prudencio (lat. *Achaldema),* frente a la forma *Haceldama* de la *Vulgata (Mateo* 27.8, *Hechos* 1.19): significa propiamente el «campo del alfarero» y fue conocido como «campo de la sangre» (cf. *Mateo* 27.5 y 27.7-8). Estaba situado en el valle de Gehena (para éste, *vid.* nota a *Cath.* VI 112).

[42] Para el episodio, cf. *Mateo* 26.67, *Marcos* 14.65. Con la forma Caífa (frente a Caifás) recojo el latino *Caïfae,* transcripción habitual latina (y,

XLI

La columna en que Cristo fue azotado

Atado estuvo el Señor en este templo y amarrado a esta columna expuso su espalda a los azotes como un esclavo. Aún permanece en pie y sostiene un santuario esta venerable columna[43] y nos enseña a vivir a salvo de todo azote.

XLII

Pasión del Salvador

Atravesado por uno y otro costado Cristo derrama agua y sangre: la sangre es su victoria, la linfa, el bautismo. Aquí, desde sus cruces cercanas, a ambos lados dos ladrones disienten: aquél niega a Dios, éste alcanza la corona[44].

---

por tanto, no una rareza de Prudencio en este caso) del griego *Kaípha* (para la acentuación de algunos de estos nombres, *vid.* nota a *Ham.* 520).

[43] Para la flagelación de Cristo, cf. *Marcos* 15.15, *Mateo* 27.26. Como recuerda Thomson, *(Prudentius,* II, pág. 366, n. *a; vid.* también Rebull, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 110, n. 47), la tradición de la conservación de esta columna es recogida por Jerónimo *(Epíst.* CVIII 9), quien dice que por entonces había sido incorporada al pórtico de un templo.

[44] Para la «corona», e. e. el triunfo del martirio, *vid.* nota a *Cath.* IX 87 o a *Perist.* I 4. Para el episodio, cf. *Juan* 19.34; *Lucas* 23.39-43; Prudencio, *Perist.* VIII 15-16, *Cath.* IX 86-87.

A continuación y numerada como vv. 169-172, antiguos editores incluyeron otra escena que hoy se considera claramente espuria. Su texto podría traducirse así:

El sepulcro de Cristo

A Cristo no lo retuvieron ni las piedras ni las barreras de un sepulcro. (170) Yace la muerte vencida por él, pisoteó los infiernos; el

XLIII

El monte del olivar

Desde la cima del monte de los olivos se elevó Cristo de regreso junto al Padre, dejando marcadas huellas de paz[45]. De esas frondas eternas mana bien espeso líquido, que demuestra que se ha derramado sobre la tierra el don de la sagrada unción.

XLIV

Pasión de Esteban

Bajo una lluvia de piedras es Esteban el primero en alcanzar el premio de la sangre; con todo, aquél, ensangrentado en medio de los guijarros, ruega a Cristo que su lapidación no resulte en daño de sus enemigos. ¡Oh admirable piedad la de la primera corona![46].

XLV

La puerta Hermosa

Perdura la puerta del templo que llamaron Hermosa, soberbia obra de Salomón, pero en ella destacó aún mayor una

pueblo de los santos marchó a su lado hacia las regiones celestiales y él se ofreció para que muchos lo comprobaran con el tacto y la vista.

[45] Para el episodio, cf. *Hechos* 1.9. La alusión a las «huellas de paz» puede entenderse no ya en su sentido figurado, sino también de acuerdo con la tradición por la que aún se muestra en este lugar una piedra con la vaga marca de un pie *(vid.* Rebull, *Prudenci. Llibre...*, II, pág. 111, n. 49).

[46] Cf. *Hechos* 7.57-60; Prudencio, *Perist.* II 369-372.

obra de Cristo, pues la boca de Pedro ordenó a un cojo ponerse en pie y éste quedó pasmado al ver correr sus pasos otrora impedidos[47].

XLVI

La visión de Pedro

Sueña Pedro que desde lo alto del cielo baja una bandeja llena de animales de todo tipo. Él rehúsa comer pero el Señor le ordena considerarlos limpios a todos. Se levanta y llama a sus ceremonias a los pueblos inmundos[48].

XLVII

El vaso de elección

Aquí, el que antaño fuera lobo rapaz se viste de suave lana; el que había sido Saulo, al perder la vista se convierte en Pablo. Recupera después la visión, se hace apóstol, maestro de pueblos y un hombre capaz con su voz de trocar cuervos en palomas[49].

---

[47] Cf. *Hechos* 3.2-10.

[48] Cf. *Hechos* 10.11-16.

[49] Para la conversión de Pablo, cf. *Hechos* 9.1-30 y, para la expresión que da título a la escena, 9.15. De otra parte, la locución «lobo rapaz» procede de otros pasajes de la *Biblia* (p. ej. *Génesis* 49.27, *Mateo* 7.15, *Hechos* 20.29).

XLVIII

El Apocalipsis de Juan

Asamblea de dos docenas de ancianos, resplandeciente de copas y cítaras y otros tantos distintivos de sus coronas, alaba al cordero sangrientamente sacrificado que fue el único capaz de desplegar el libro y abrir sus siete sellos[50].

---

[50] Cf. *Apocalipsis* 4.4, 5.1-5; Prudencio, *Cath.* VI 83-84.

PRUDENCIO ACERCA DE SUS PROPIAS COMPOSICIONES
[EPÍLOGO]
(DE OPVSCVLIS SVIS PRVDENTIVS [EPILOGVS])

Aquel que es piadoso, fiel, inocente y casto, ofrenda a Dios Padre

los dones de su conciencia, que abundan en el interior de su alma bienaventurada.

Otros recortan también su dinero para que de ello puedan vivir los necesitados.

Yo le consagro mis rápidos yambos y mis bien engrasados troqueos[1],

pues estoy falto de santidad y no soy rico como para aliviar a los pobres.

A pesar de todo, Dios aprueba mis poemas prosaicos[2] y los escucha benévolo.

En casa del rico se encuentra abundante ajuar por todos los rincones.

Relumbra la copa de oro y no falta la palangana bruñida de bronce,

---

[1] Obsérvese el priamel con el que Prudencio da realce a la singularidad —siquiera por humilde— de su ofrenda. Para otras alusiones al ritmo de sus poemas, cf. *Cath.* III 28, IX 1; *Perist.* III 209, VI 162. Sépase, finalmente, que por mero artificio compositivo Prudencio sitúa la referencia a los yambos en el verso trocaico y a los troqueos en el yámbico.

[2] Lat. *pedestre carmen:* para un análisis de este dístico, *vid.* K. THRAEDE, *Studien zu Sprache und Stil des Prudentius,* Göttingen, 1965, págs. 51-61.

también está allí la orza de barro y la pesada y ancha fuente de plata,
hay algunos objetos de marfil y algunos que fueron tallados en encina y olmo[3].
Resulta útil todo recipiente que cuadra al uso de su dueño,
porque equipan una casa tanto las cosas de gran precio como las hechas de madera[4].

A mí, en el atrio de su Padre, como vasillo anticuado para caduco
uso me adapta Cristo y me deja quedarme en una parte de algún rincón.
Heme aquí prestando un servicio de barro en el palacio de la salvación.
Aprovecha sin embargo haber prestado a Dios un servicio por más humilde que éste haya sido.
Sea cual sea su valor, me alegrará el que mi voz haya proclamado el nombre de Cristo[5].

---

[3] Cf. *II Timoteo* 2.20-21, *Romanos* 9.21.

[4] Un razonamiento afín, aunque en sentido contrario, se encuentra en Tácito, *Diál.* XXII 4.

[5] Obsérvese que es el nombre de Cristo el cierre de este poema, broche a su vez de toda su obra. Ésta es una razón más, sumada a otras de tipo métrico y estrófico, para no aceptar un verso que aparece añadido en algunos manuscritos: *quo regnante uiuimus* («bajo el reino del cual vivimos»: sobre este verso, *vid.* J. Fontaine, *Naissance de la poésie dans l'occident chrétien*, París, 1981, pág. 157, n. 273).

ÍNDICE DE NOMBRES

Abreviaturas: *Apoth.*=*Apotheosis (Apoteosis); Cath.*=*Cathemerinon (Himnos Cotidianos); Epil.*=*Epilogus (Epílogo); Ham.*=*Hamartigenia (Origen del Pecado); Perist.*=*Peristephanon (Libro de las Coronas); Praef.*=*Praefatio (Prefacio); Psych.*=*Psychomachia (Psicomaquia); Symm.*=*Contra orationem Symmachi (Contra el discurso de Símaco); Tit.*=*Tituli Historiarum (Rótulos a Escenas Históricas).*

Abel, *Ham. praef.* 23; *Perist.* V 372; X 829; *Tit.* 7.

Abraham, *Apoth.* 28, 363-364, 373; *Cath.* XII 43; *Psych. praef.* 4, 19, 34; *Tit.* 17.

Abram, *Psych. praef.* 2, 4. Véase Abraham.

Absalón, *Ham.* 564, 577, 580.

Aca Larencia = Larentina, *Symm.* II 563.

Acaldema (= Haceldama), campo de, *Tit.* 153.

Acar (=Acán), *Psych.* 537.

Accio, *Symm.* II 528.

Acisclo, *Perist.* IV 19.

Acuario, véase Niño aguador.

Adán, *Apoth.* 691, 911, 926, 1007, 1009; *Ham.* 697, 846; *Psych.* 226; *Symm.* II 828; *Tit.* 3.

Adonis, *Perist.* X 228.

Adoración pagana (personif.), *Psych.* 29.

Adriano, *Perist.* XII 61; *Symm.* I 274.

Adulterio (personif.), *Ham.* 397.

África, *Perist.* XIII 96.

africano, *Perist.* IV 17.

alamano, *Symm.* II 809.

Alba Longa, *Perist.* XI 203.

Alcida (=Hércules), *Symm.* I 226.
Alcmena, *Perist.* X 227.
Álgido (monte), *Symm.* II 534.
Almón (río), *Perist.* X 160.
Alpes, *Perist.* II 538; *Symm.* I 467; II 695.
Alpino, *Perist.* II 538.
Altísimo (=Dios Padre), *Perist.* X 39.
Amalec, *Cath.* XII 171.
Amatista, *Psych.* 860.
Ambición (personif.), *Ham.* 399.
Amiclas, *Symm.* II 548.
Amníadas, *Symm.* I 551.
Amón, *Apoth.* 443.
Amor (personif.), *Psych.* 436.
amorreo, *Ham.* 413.
Anales, *Symm.* I 596.
Ana (=río Anas), *Perist.* III 188.
Anco Marcio, *Symm.* I 193.
Aníbal, *Symm.* II 687.
Anicio, *Symm.* I 552.
Ansiedad (personif.), *Psych.* 464.
Anticristo, *Cath.* VI 102.
Antínoo, *Symm.* I 271.
Antíoco, *Symm.* II 562.
Anubis, *Apoth.* 196; *Symm.* II 532.
Apeles, *Symm.* II 46.
Apodemo, *Perist.* IV 160.
Apolo, *Apoth.* 402, 458; *Perist.* III 76; *Symm.* I 262; II 567. Véase Cintio y Febo.
Apóstoles, *Perist.* II 460, 519; X 17; XII 3; XIII 16; *Tit.* 56.
Aqueronte, *Cath.* V 128.
Arcadia, *Symm.* I 227.
Argo, *Symm.* I 117.
Argos, *Symm.* II 492.
Ariadna, *Symm.* I 142.
Aristón, *Perist.* X 896, 1001.
Aristóteles, *Apoth.* 202.
Arles, *Perist.* IV 35.
Arón, *Psych.* 548, 884.
arpinate, *Symm.* I 526.
Arrio, *Psych.* 794.
Asclepíades, *Perist.* X 42, 108, 392, 548, 687, 921.
Asia, *Symm.* II 522.
asirio (= sirio), *Apoth.* 145, *Symm.* II 550.
Astro Cabrío (constel. de Capricornio), *Apoth.* 621.
Atenas, *Cath.* III 71; *Symm.* II 353, 969.
Atenea, véase Palas.
ateniense, véase cecropia.
ática, *Apoth.* 379.
Atis, *Symm.* II 52.
Atlas, *Apoth.* 433.
Augurio (mártir), *Perist.* VI 7, 151.
Augusto (Octavio), *Symm.* I 247, 292; — (tít.), *Perist.* II 119.
Aurora, *Apoth.* 612; *Psych.* 830; *Symm.* II 599.
Ausonia (=Italia), *Symm*, II 1115.
ausonio, *Apoth.* 380; *Symm.* II 19, 1115.
Avaricia (personif.), *Psych.* 454, 469, 481, 508, 585, 596.

Aventino, *Symm.* I 121.
Averno, *Ham.* 128, 826, 962; *Psych.* 92; *Symm.* I 389.
Ayuno (personif.), *Psych.* 244.

Baal, *Apoth.* 325; *Cath.* XII 196.
Babilonia, *Apoth.* 129; *Cath.* IV 43; *Ham.* 448; *Perist.* VI 110; *Symm.* II 550; *Tit.* 90.
Baco, *Symm.* I 129; II 858. Véase Bromio y Líber.
Bactra, *Apoth.* 612.
Báratro, *Apoth.* 785; *Cath.* XI 40; *Perist.* V 249; *Symm.* I 294.
Barcelona, *Perist.* IV 33.
Basos, *Symm.* I 558.
Bayas, *Symm.* II 741.
Belcebú, *Perist.* V 267.
Belén, *Cath.* VII 1; XII 78, 105; *Perist.* X 737; *Tit.* 101.
Belía (=Belial), *Ham.* 520; *Psych.* 714.
Belíada, *Ham.* 610.
Belona, *Psych.* 236, 557; *Symm.* II 600.
Berecinto (monte), *Symm.* II 51.
Berilo, *Psych.* 855.
Betanía (= Betania), *Tit.* 149.
Bóreas, *Apoth.* 661; *Psych.* 847.
Bósforo, *Cath.* V 147.
Boz, *Ham.* 786.
Breno, *Symm.* II 562.
britano, *Perist.* XIII 103.
Bromio (=Baco), *Symm.* I 131; II 496.
Bruto, *Symm.* I 556.
Caífa (=Caifás), *Tit.* 157.
Caín, *Ham.*, *praef.* 11, 48, 63; *Ham.* 1; *Tit.* 8.
Calahorra, *Perist.* IV 31.
Calcedonia, *Psych.* 857.
caldeo, *Apoth.* 617.
Camilo (Marco Furio), *Perist.* II 14; *Symm.* II 722.
Camilos, *Symm.* II 558.
Campania, *Symm.* II 746.
campano, *Perist.* XI 208.
cananeo, *Ham.* 409.
Cáncer, véase Cangrejo.
Cándida Masa, *Perist.* XIII 87.
Cangrejo (constel. de Cáncer), *Apoth.* 619.
Cannas, *Symm.* II 569.
Canopo, *Perist.* III 59; X 255; *Symm.* II 922.
Capitolio, *Apoth.* 444; *Symm.* I 182, 216, 534, 631; II 688, 834.
Capricornio, véase Astro Cabrío.
Capua, *Perist.* XI 208.
Caribdis, *Apoth.* 747; *Symm.* II 900; (= Anticristo), *Cath.* VI 107.
Caridad (personif.), *Psych.* 573.
Caronte, *Symm.* I 386.
Carras, *Symm.* II 574.
Carro (=Osa mayor), *Cath.* V 147.
Cartago, *Perist.* IV 17; XIII 51, 71.
Casiano, *Perist.* IV 45; IX 6, 94, 106.

Castidad (personif.), *Psych.* 41, 99, 238.
Catilina, *Symm.* I 529.
Catón, *Perist.* II 446; *Symm.* I 545.
Ceciliano, *Perist.* IV 156.
cecropia (=ateniense), III 71.
Celedonio, *Perist.* XI 237.
Cerdeña, *Symm.* II 946.
Ceres, *Perist.* X 236; *Symm.* II 563, 918.
César: (Julio), *Perist.* II 14; (tít.), *Perist.* I 34, 62; II 95, 97; V 66, 108; VI 41; *Symm.* I 250.
Cetego, *Symm.* I 527.
Chanza (personif.), *Psych.* 433.
Cibebe (=Cibeles), *Perist.* X 196.
Cibeles, *Symm.* (I 629); II 521. Véase Cibebe, Diosa Madre, Gran Madre, Madre de los Dioses.
Cicerón, véase Tulio.
Ciencia (personif.), *Ham.* 399.
Cilene, *Apoth.* 412.
Cilenio (=Mercurio), *Apoth.* 412.
Cintio (=Apolo), *Symm.* II 443.
Cipriano, *Perist.* IV 18; XI 237; XIII 1, 8, 38, 53, 59, 95. Véase Tascio.
citeo, *Ham.* 420.
Citerea (=Venus), *Symm.* I 166; II 494.
Ciudad (deif.), *Symm.* I 221.
Claudia, *Perist.* II 528.
Cleopatra, *Symm.* II 354.
Cloacina, *Apoth.* 197.
Cocito, *Symm.* I 91.
Cocodrilo (deif.), *Perist.* X 258; *Symm.* II 870.
Colina (puerta), *Symm.* II 686.
Concordia (personif.), *Psych.* 644, 670, 690, 734, 747, 749, 800-801, 824.
Constantino, *Symm.* I 468.
Córdoba, *Perist.* IV 19.
Coreo, *Cath.* IX 1.
Corinto, *Symm.* II 352.
Cornalina, *Psych.* 861.
Corrupción (personif.), *Psych.* 465.
Corvino, *Symm.* II 566.
Cos, *Cath.* VII 156.
Coso (A. Cornelio C.), *Perist.* II 14.
Cotianos, Alpes, *Perist.* II 539.
Craso (Marco Linio), *Symm.* II 575.
Cremencio, *Perist.* IV 182.
Crémera (río), *Symm.* II 571.
Creta, *Symm.* II 492.
Crímenes (personif.), *Psych.* 468.
Crisólito, *Psych.* 854.
Cristo, (*Apoth.* 968, 970; *Cath.* III 161, 165-166, 169; VII 1; *Psych.* 817). Véase Crucífero, Emmanuel, Jesús, Mesías, Sabiduría, Salvador, Verbo.
Crucífero (=Cristo), *Cath.* III 1.
Cruz, *Apoth.* 96, 383, 448, 493, 527, 898; *Cath.* V 131; XI 113; *Perist.* I 34; II 526; V

299; VI 58, 107; X 585-586, 621, 628-630, 638, 641; *Psych.* 347, 407; *Symm.* I 465, 488; II 712; *Tit.* 80.
Cucufato, *Perist.* IV 33.
Culpas (personif.), *Psych.* 683, 817.
Cumas, *Apoth.* 442.
Curio, *Symm.* II 558.

Daciano, *Perist.* V 40, 130, 422.
daha, *Symm.* II 808.
Daniel, *Cath.* IV 70.
David, *Apoth.* 418, 999, 1012; *Cath.* XII 49, 96; *Ham.* 563, 574, 787; *Perist.* X 838; *Psych.* 386; *Tit.* 73, 77.
Decio, *Symm.* II 672.
Delfos, *Apoth.* 438; *Perist.* X 188; *Symm.* II 493.
Demonio, *Apoth.* 401; *(Cath.* VI 141; VII 191); *Ham.* 622; *Perist.* II 505; VI 36; X 24, 1088; *Symm.* II 889; *Tit.* 141.
Deucaliones, *Apoth.* 292.
Diadema, *Perist.* X 765.
Diana, *Apoth.* 457; *Perist.* X 281.
Dicte (monte), *Symm.* II 515.
Diluvio, *Tit.* 9.
Diomedes, *Symm.* II 544.
Dionisíacas, *Symm.* II 858.
Dios Padre, *passim*; véase Altísimo, Juez Eterno, Todopoderoso, Tonante.
Diosa Madre (=Cibeles), *Perist.* X 1062.
Discordia (personif.), *Ham.* 395, *Psych.* 442, 683, 709.
Dite (=Plutón), *Symm.* I 379.
Doce Tablas, *(Symm.* II 461).
Dodona, *Apoth.* 441.
Dragón (constel.), *Apoth.* 618.
Druso, *Symm.* II 558.
Duelo (personif.), *Ham.* 395.

Ebro, *Perist.* I 117; II 537; *Symm.* II 605.
Éfeso, *Symm.* II 495.
Efraím, *Cath.* XII 189.
Égida, *Symm.* II 652.
egipcio, *Perist.* II 381; X 254.
Egipto, *Cath.* XII 203; *Ham.* 470; *Symm.* II 529, 933.
Eleazar (=Lázaro), *Cath.* X 154.
Electro, *Psych.* 339.
Elías, *Cath.* VII 26; *Perist.* V 405.
Elim, *Tit.* 55.
Elocuencia (personif.), *Ham.* 400.
Emiliano, *Perist.* VI 34.
Emmanuel (=Cristo), *Apoth.* 604; *Cath* VII 180.
Engaño (personif.), *Ham.* 397.
Engracia, *Pesist.* IV 109.
Envidia (personif.), *Ham.* 397.
Eolia, *Symm.* I 308.
Epona, *Apoth.* 197.
Érebo, *Symm.* I 360.
Érice, *Symm.* I 186.
Erinias, *Psych.* 566.
Escantinia, véase Ley Escantinia.
escita, *Cath.* XII 203.
Escitia, *Symm.* II 294.

escoto, *Apoth.* 216.
Escrituras, *Apoth.* 217; *Tit.* 56.
Esculapio, *Perist.* X 257.
Esperanza (personif.), *Psych.* 201, 278, 284.
Espíritu Santo, *Apoth. praef.* I, 3, 10; *Apoth.* 241, 694, 881; *Cath.* IV 14; VI 4; VII 75; IX 20; *Ham.* 165, 932; *Perist.* VI 92; VIII 11; X 104, 347, 682; XIII 71; *Psych. praef.* 64; *Psych.* 840; *Tit.* 99, 119; véase Paráclito.
Esteban, *Perist.* II 371; *Tit.* 172.
Estérculo, *Perist.* II 449.
Éstige, *Apoth.* 228; *Cath.* V 126; *Psych.* 520.
estigia, *Symm.* I 356.
Estilicón, *Symm.* II 711; 743.
Etna, *Symm.* I 308.
Etruria, *Symm.* II 702.
etrusco, *Perist.* XI 206; *Symm.* II 302, 518.
Éufrates, *Ham.* 497.
Eulalia, *Perist.* III 1, 31, 135, 164, 178; XI 238.
Eulogio, *Perist.* VI 8, 152.
Euménides, *Psych.* 466; *Symm.* I 356.
Eumorfión, *Perist.* V 466.
Europa, *Symm.* II 491.
Eva, *Ham.* 741; *Tit.* 1.
Evandro, *Symm.* I 550.
Evangelio, *Apoth.* 15.
Evocio, *Perist.* IV 157.
Ezequías, *Tit.* 93.
Fabio, *Symm.* II 573, 748.
Fabricio, *Symm.* II 558.
Falacia (personif.), *Psych.* 258-259, 268, 465, 630.
Falerno, *Symm.* I 127; *Cath.* IX 28; *Psych.* 368.
Faraón, *Cath.* XII 141; *Ham.* 464; *Tit.* 21, 32, 36.
Faros, *Cath.* V 82; *Symm.* II 921.
Fastos, *Symm.* I 555, 595; II 427.
Fatiga (personif.), *Psych.* 629.
Faunos, *Perist.* X 242.
Fe (personif.), *Ham.* 854; *Perist.* X 352; *Psych.* 22, 29, 37, 365, 716, 734, 748, 799, 801-802, 874; *Symm.* II 92, 120.
Febo (=Apolo), *Symm.* I 627.
Felipe, *Apoth.* 120.
Félix, *Perist.* IV 155.
fereceo, *Ham.* 420.
Ficción (personif.), *Psych.* 465.
Fidias, *Perist.* X 292.
Fiebre (diosa), *Ham.* 158.
Flamen, *Perist.* II 518.
Flechas (= Sagitario), *Apoth.* 622.
Flegetonte, *Cath.* III 199, *Ham.* 827, *Symm.* I 381.
Flora, *Symm.* I 266; II 563.
Fortuna (personif.), *Symm.* I 205.
Fotino, *Psych.* 794.
Frámea, *Psych.* 325.
Fraude (personif.), *Ham.* 400.
Frigia, *Symm.* II 497.
frigio, *Perist.* II 448; *Symm.* II 972.

Frontón, *Perist.* IV 154.
Fructuoso, *Perist.* IV 23; VI 1, 12, 18, 76, 91, 150, 158.
Frugalidad (personif.), *Psych.* 554.
Furias, *Cath.* XI 92; *Psych.* 46, 96, 158, 466, 510, 551; *Symm.* I 368.

gabino, *Perist.* X 1015.
Gabriel, *Perist.* II 454; *Tit.* 98.
Gades, *Symm.* I 226.
galaula, *Symm.* II 809.
Galerio, *Perist.* VII 6; X 31.
Galieno, *Perist.* VI 41, VI 45; XIII 35.
galileo, *Tit.* 126.
galo, *Perist.* XIII 103; *Symm.* II 721.
Ganges, *Symm.* II 607.
Ganimedes, *Symm.* I 274.
Garamante, *Symm.* II 809.
Gayo, *Perist.* IV 181.
Gehena, *Cath.* VI 111; XI 112; *Ham.* 127, 959; *Perist.* I 111; *Psych.* 496.
Gelono, *Apoth.* 430.
Gemelos (=Géminis), *Apoth.*, 623.
Géminis (constel.), véase Gemelos.
Geraseno, *Apoth.* 414.
gergeseo, *Ham.* 413.
Gerona, *Perist.* IV 30.
geta, *Apoth.* 430; *Symm.* II 696, 730.
getulo, *Symm.* II 809.
Gigantes, *Perist.* X 84.
Ginés, *Perist.* IV 36.
Gnosos, *Cath.* V 52; *Perist.* X 618.
Golía (=Goliat), *Ham.* 784; *Psych.* 291; *Tit.* 76.
Gomorra, *Ham.* 842; *Perist.* V 194; *Psych. praef.* 17.
Górgona, *Perist.* X 278.
Gracia (personif.), *Psych.* 441.
Gracos, *Symm.* I 561.
Gradivo (=Marte), *Symm.* I 166.
Gran Madre (=Cibeles), *Perist.* X 200.
Grecia, *Apoth.* 384; *Cath.* XII 202; *Perist.* X 267.
griego, *Symm.* II 972; *Tit.* 84.
Guadiana, véase Ana.

Hambre (personif.), *Psych.* 464.
hebreo, *Apoth.* 379; *Cath.* V 71; *Perist.* II 383; *Tit.* 89.
Hebro, *Apoth.* 429; *Symm.* II 495.
Hécate, *Apoth.* 460.
Hecatombe, *Perist.* X 1051.
Héctor, *Symm.* II 344.
Helesponto, *Symm.* I 111.
Hércules, *Apoth.* 457, *Perist.* X 215, 283, 884; *Symm.* I 116. Véase Alcida, Tirintio.
Herejía (personif.), *Psych.* 710, 725.
Herodes, *Cath.* XII 134; *Tit.* 114.
Hesperia, *Perist.* XIII 104.

Hespérides, *Symm.* II 606.
Hilas, *Symm.* I 119.
Hipólito (hijo de Teseo), *Perist.* XI 87.
Hipólito (mártir), *Perist.* XI 19, 86, 136, 169, 181, 246.
Hircania, *Apoth.* 427.
hispano, *Perist.* VI 4.
Histro, *Symm.* II 604, 697.
Holocausto, *Psych.* 784.
Holofernes, *Psych.* 60.
Homero, *Symm.* II 46.
Honradez (personif.), *Psych.* 243.
Humildad (personif.), *Psych.* 199, 203, 248.
huno, *Symm.* II 808.

Iberia, *Perist.* I 4; VI 5, 144.
ibero (gentil.), *Perist.* XIII 104.
Ibis (deif.), *Perist.* X 258.
Ida (monte), *Perist.* X 155; *Symm.* I 187; II 522.
Idalio (monte), *Symm.* II 524.
Iliria, *Perist.* VII 7.
Impiedad (personif.), *Symm.* I praef. 56.
India, *Perist.* X 279.
indio, *Ham.* 497, 634.
Inés, *Perist.* XIV 1, 31, 61, 67, 88, 94, 112.
Insomnio (personif.), *Psych.* 465.
Ira (personif.), *Ham.* 395; *Psych.* 113, 131, 145, 161, 379.
Isaac, *Perist.* X 748.
Isaías, *Apoth.* 595; *Perist.* V 524, 529.
Isís, *Perist.* III 76; *Symm.* I 629; II 494, 869.
Israel, *Cath.* XII 95, 160; *Perist.* I 40; *Psych.* 651.
Italia, *Symm.* II 1115; I 57, 112; II 271, 697; véase Ausonia.
ítalo, *Perist.* IX 1.
Ítalo, *Symm.* I 233.

Jacinto, *Psych.* 857.
Jacob, *Apoth.* 31; *Cath.* II 73; XII 186; *Ham.* 452.
Janículo, *Perist.* XI 45; *Symm.* II 950.
Jano, *Perist.* II 449; *Symm.* I 233, 237.
Jaspe, *Psych.* 860.
jebusíaco, *Ham.* 416.
Jeremías, *Ham.* 450.
Jericó, *Ham.* 480; *Psych.* 536, *Tit.* 61.
Jerusalén, *Psych.* 811.
Jesé, *Cath.* XII 50; *Tit.* 73.
Jesús, 222, 417, 502, 770, 935, 991, 1057; *Cath.* I 81; VII 178; *Perist.* VII 56; *Psych.* 764, 777; *Tit.* 101, 142.
jeveo, *Ham.* 422.
Job, *Psych.* 163.
Jonás, *Cath.* VII 101.
Jonatán, *Psych.* 397.
Jordán (río), *Cath.* II 64; *Ham.* 482; *Perist.* VII 66; *Psych.* 99; *Tit.* 57.
José, *Tit.* 27.
Josué (=Jesús), *Cath.* XII 173.

Juan (Bautista), *Cath.* VII 46; *Perist.* V 376; *Tit.* 117, 134.
Juan (Evangelista), *Apoth.* 9; *Cath.* VI 77; *Cath.* VI 108; *Ham.* 911.
Judá, *Apoth.* 1011; *Cath.* XII 181; *Psych.* 383, 543, 547.
Judas Iscariote, *Psych.* 530; *Tit.* 155.
Judea, *Apoth.* 384, 421, 504; *Cath.* XI 113; XII 202; *Perist.* II 365.
judío, *Apoth.* 542; *Cath.* XII 42.
Judit, *Psych.* 62.
Juez Eterno (=Dios Padre), *Perist.* X 1133.
Julia, véase Ley Julia.
Julia (mártir), *Perist.* IV 151.
Julo (Ascanio), *Perist.* II 456; *Symm.* II 533.
Juno, *Apoth.* 189, 456; *Perist.* X 214, 287; *Symm.* I 184, 251, 292; II 497, 870.
Júpiter, *Apoth.* 413; *Perist.* II 12, 465; VI 39; X 201, 209, 233, 272, 295, 396, 619; XIII 93; *Symm.* I 27, 60, 74, 84, 183, 250, 275, 292, 388, 579, 609; II 492, 667, 680, 687, 708, 747, 771, 860; — del infierno (=Plutón), *Symm.* I 388; — Estátor, *Perist.* X 415. Véase Tonante.
Justicia (personif.), *Psych.* 243; *Symm.* I praef. 57; I 37, 520.
Justo, *Perist.* IV 41.
Lábaro, *Symm.* I 487.
Lacedemonia, *Symm.* II 519.
Lacio, *Perist.* XI 191; *Symm.* I 48, 396; II 1103.
Láquesis, *Symm.* II 454.
Larentina (=Aca Larencia), *Symm.* II 563.
Lares, *Perist.* II 511; X 261; *Symm.* I 204.
latino, *Perist.* X 254.
Latona, *Symm.* I 366.
Laverna, *Symm.* II 870.
Lázaro, *Apoth.* 743; *Cath.* IX 47; *Tit.* 150. Véase Eleazar.
Leda, *Symm.* I 228.
Lemnos, *Perist.* X 213.
leontino, *Symm.* II 940.
León (astro), *Apoth.* 618.
Lerna, *Perist.* X 881.
Lete, *Cath.* VI 18.
Letrán, *Symm.* I 585.
Leví, *Apoth.* 1011; *Psych.* 502.
Ley Escantinia, *Perist.* X 204.
Ley Julia, *Perist.* X 203.
Líber, *Perist.* X 274; *Symm.* I 144. Véase Baco.
Libia, *Apoth.* 443; *Perist.* XIII 4, 102; *Symm.* I 184; II 300, 491, 937.
Libros Sibilinos, *Apoth.* 440.
ligur, *Symm.* II 701.
Lilibeo, *Symm.* II 941.
Livia Drusila, *Symm.* I 251.
Locuras (personif.), *Psych.* 697.
Lorenzo, *Perist.* II *passim*.

Lot, *Ham.* 725, 738, 758, 766; *Psych. praef.* 16, praef. 32.
Lucas, *Apoth.* 1001.
Lucífero, *Apoth.* 626, *Cath.* V 130; XII 32; *Tit.* 104.
Lucina, *Symm.* II 222.
Lujo (personif.), *Psych.* 455.
Luna (=Prosérpina), *Symm.* I 365.
Lupercales, *Symm.* II 862.
Luperco (mártir), *Perist.* IV 146.
Lupercos, *Perist.* II 518; X 162.
lusitano, *Perist.* IV 37.

macabeo, *Perist.* V 523, 533; X 776.
macedonio, *Symm.* II 547.
Madre de los Dioses (=Cibeles), *Perist.* X 1074; *Symm.* I 187.
Magos, *Apoth.* 646; *Cath.* XII 28, 61, 182; *Tit.* 105.
Majencio, *Symm.* I 469.
Maldad (personif.), *Psych.* 630.
Maledicencia (personif.), *Ham.* 397.
Mambre, *Tit.* 13.
Mammón, *Ham.* 428; *Perist.* I 58.
Manasés, *Cath.* XII 190.
Mar Rojo, *(Cath.* V 59); *Perist.* V 482; *Tit.* 34.
Marcial (mártir), *Perist.* IV 149.
Marcíon (=Marción), *Ham. praef.* 36, 56, 124, 502.
María, véase Virgen (María).
Mario, *Symm.* I 524.
marso, *Symm.* II 516.
Marte, *Perist.* X 212, 412, 611, 619; *Psych.* (118), 240; *Symm.* I 174; 181, 185, 284, 293, 626; II 495, 572, 687. Véase Gradivo.
Mascarones, *Perist.* XI 45.
Masilio, *Perist.* IV 46.
Mateo, *Apoth.* 981.
Matuta, *Symm.* II 563.
Maximiano, *Perist.* III 77, 81.
Maya, *Symm.* I 87.
megalesio, *Symm.* I 628; II 863.
Megera, *Symm.* I 368.
Melquisedec, *Psych. praef.* 43.
Ménades, *Symm.* I 134.
Menfis, *Ham.* 462; *Symm.* II 531, 924.
Méntor, *Perist.* X 291.
Mercurio, *Symm.* I 87; II 520. Véase Cilenio.
Mérida, *Perist.* III 3, 186.
Miedo (personif.), *Psych.* 464, 629.
Milvio, véase Mulvio.
Minerva, *Apoth.* 455; *Perist.* X 275; XIV 27; *Symm.* II 535. Véase Critonia.
Mirón, *Perist.* X 269.
Mitrídates, *Symm.* II 562.
moabita, *Ham.* 778.
Moisés, *Apoth.* 51; *Cath.* V 31, 63; VII 37; XII 144; *Ham.* 339; *Perist.* VI 86; *Tit.* 36, 38, 51, 53.

Molicie (personif.), *Psych.* 311, 342, 378, 405.
Mona (deif.), *Perist.* X 256; *Symm.* II 869.
Mulvio (= puente Milvio), *Symm.* I 482.

Narbona, *Perist.* IV 34.
Naxos, *Symm.* I 188.
nazareno, *Perist.* V 25; X 45.
Nazaret, *Symm.* I 549.
Nebrot, *Ham.* 143.
Neera (= ramera), *Perist.* X 240; *Symm.* I 139.
Nemea, *Symm.* I 118.
Neptuno, *Symm.* I 301.
Nerón, *Perist.* II 472; XII 11, 23; *Symm.* I 279; II 669.
Nerva, *Symm.* I 278.
Néstores, *Perist.* X 408.
nilícolas, *Psych.* 655; *Symm.* II 494.
Nilo, *Cath.* V 45; *Symm.* II 607, 866, 871, 921.
ninivita, *Cath.* VII 131.
Niño Aguador (constel. de Acuario), *Apoth.* 622.
Nisa, *Symm.* I 628.
Noemí (=Noomin), *Ham.* 779.
Nola, *Perist.* XI 208.
Novato, *Perist.* XI 19, XI 29.
Novillo (=constel. de Tauro), *Apoth.* 620.
Numa, *Apoth.* 215; *Perist.* II 444, 514; *Symm.* I 103, 193; II 47, 543.
númida, *Symm.* I 525.
Númitor, *Symm.* I 193.

Olibrios, *Symm.* I 554.
Olimpo, *Symm.* I 59.
Optato, *Perist.* IV 146.
Orco, *Symm.* I 406.
Orfa, *Ham.* 778, 782.
Oriente, *Apoth.* 608; *Cath.* II 67; XII 62; *Perist.* III 63.
Osa Mayor, *Cath.* XII 13; véase Carro.
Osas (constel.), *Cath.* V 147; *Symm.* I 331.
Osiris, *Symm.* I 629.

Pablo, *Perist.* II 469; XI 32; XII 4, 23, 45; XIII 18; *Symm.* I *praef.* 1, *praef.* 20, *praef.* 30, *praef.* 61; *Tit.* 185; véase Saulo.
Paciencia (personif.), *Psych.* 109, 128, 155, 175, 177.
Padre de la Patria, *Symm.* II 432.
Pafos, *Symm.* I 285; II 576.
Paladio, *Symm.* I 195; II 966.
Palas (Atenea), *Perist.* II 511; *Symm.* I 184; II 221, 492, 545, 911, 970.
Palatino, *Symm.* (I 182); II 1103.
Panonia, *Symm.* II 716.
Paráclito (=Espíritu Santo), *Cath.* V 160; *Perist.* X 430.
paradisícola, *Ham.* 928.
Paraíso, *Ham.* 839, *Psych.* 224.
Paros, *Perist.* XI 187; XII 51; *Symm.* II 246.

parto, *Apoth.* 225; *Ham.* 497, 533.
Pascua, *Apoth.* 348, 355.
Pasión (personif.), *Psych.* 42, 87, 98.
Pastor (mártir), *Perist.* IV 41.
Paulinos, *Symm.* I 558.
Paz (personif.), *Psych.* 631, 668, 699.
Pedro, *Cath.* I 50; *Perist.* II 470; VII 61; XI 32; XII 4, 11, 31; *Symm.* II *praef.* 1, 23, 32, 47; *Tit.* 179-180. Véase Simón.
pelasgo, *Symm.* I 183 s.
Pelusio, *Cath.* V 58; *Symm.* II 925.
Pérgamo, *Symm.* I 194; II 967.
Perjurio (personif.), *Psych.* 464.
Perro (deif.), *Perist.* X 258.
Perséfone, *Apoth.* 475.
Perses, *Symm.* II 562.
Persia, *Ham.* 453; *Perist.* X 363; *Symm.* II 577.
pérsico, persa, *Cath.* XII 25, 203.
Pétaso, *Symm.* II 519.
Petulancia (personif.), *Psych.* 433.
piceno (gentil.), *Perist.* XI 206.
Pico, *Symm.* I 234.
Piedad (personif.), *Psych.* 239.
Pilato, *Apoth.* 381.
pinario, *Symm.* I 120.
Pirenaico, *Perist.* VI 147.
Pirineos, *Perist.* II 540.
Pirra, *Perist.* X 410.
Pirro, *Symm.* II 562.
Platón, *Apoth.* 200.
Plutón, *Symm.* I 367, 398. Véase Dite, Júpiter del infierno.
Po, *Symm.* II 702.
polentino, *Symm.* II 720.
Políclito, *Perist.* X 269.
Pólux, *Apoth.* 459.
Pomerio, *Perist.* XI 153.
Pompa (personif.), *Psych.* 439.
Pompilios, reyes, *Perist.* X 403.
Preocupación (personif.), *Psych.* 464.
Príamo, *Symm.* II 968.
Priapo, *Perist.* X 242; *Symm.* II 870.
Primitivo, *Perist.* IV 158.
Primoplasto, *Cath.* IX 17.
Probos, *Symm.* I 551.
Prosérpina, *Symm.* I 357. Véase Luna.
Prudencio, *Perist.* II 582.
Publio, *Perist.* IV 153.
Pudor (personif.), *Psych.* 245.
Puerta Hermosa, *Tit.* 176.
púnico, *Perist.* IV 61; XIII 1; *Symm.* II 739; 945.

Quintiliano (mártir), *Perist.* IV 152.
Quirino, *Perist.* II 419; *Symm.* I 539, II 305.
Quirino (mártir), *Perist.* VII 2, 36.
Quirites, *Perist.* II 513, 563; XI 199; XIV 4; *Symm.* I 358; II 947.

Raab, *Tit.* 61.
Razón (personif.), *Psych.* 502, 505.

Rea Silvia, *Symm.* I 174.
Religión idólatra (personif.), *Ham.* 405.
Remo, *Perist.* II 425; *Symm.* II 299, 946.
Retórica (personif.), *Ham.* 401.
Rin (río), *Symm.* II 604.
Robo (personif.), *Ham.* 397.
Rodio, *Symm.* II 494.
Ródope, *Apoth.* 429.
Roma, *Apoth.* 385, 507; *Cath.* XII 202; *Perist.* II 2, 261, 417, 467, 476, 542; 559; IV 62; V 108; IX 3; X 167, 255, 408, 414; XI 6, 41, 43, 152, 231; XII 2, 65; *Praef.* 41; *Symm.* I 7, 36, 164, 189, 219, 229, 265, 355, 381, 511, 526, 534, 553, 587; II 3, 61, 82, 303, 348, 357, 394, 443, 445, 488, 551, 553, 582, 622, 636, 637, 638, 650, 769, 942, 954, 1114, 1131.
Román, *Perist.* X *passim.*
Rómulo, *Apoth.* 225; *Perist.* II 310, 443; V 22; X 413, 611; XI 1; XII 57; XIV 1; *Symm.* I *praef.* 80, 6, 181, 542; II 298, 500, 767.
Roña (diosa), *Ham.* 158.
Ruindad (personif.), *Psych.* 465.
Rut, *Ham.* 778, 785.

Sabaot, *Apoth.* 833; *Cath.* IV 7.
Sabelio, *Apoth.* 178.
Sabeo, *Cath.* X 51; XII 71.
Sabiduría (=Hijo), *Apoth. praef.* I 2; *Cath.* XI 20; *Ham.* 164, 345, *Psych.* 875, 915; *Symm.* I *praef.* 46; II 628, *Tit.* 81.
Sabiduría (personif.), *Ham.* 402.
sabino, *Symm.* I 114, 233.
Sagitario (constel.), véase Flechas, *Apoth.* 622.
Sagunto, *Perist.* IV 100.
sajón, *Symm.* II 809.
Salia (cónsul), *Praef.* 24.
salios, *Symm.* I 120.
Salomón, *Apoth.* 512; *Ham.* 576, 579; *Psych.* 807; *Tit.* 81, 177.
Salvador (=Cristo), *Tit.* 132.
samnita, *Perist.* XI 207; *Symm.* II 516.
Samuel, *Psych.* 388.
Sansón, *Tit.* 65, 69.
Sara, *Psych. praef.* 47; *Tit.* 15.
sardo, *Symm.* II 943.
Sardónice, *Psych.* 860.
sármata, *Symm.* II 808.
Saturnia, *Symm.* I 51.
Saturninos, *Perist.* IV 163.
Saturno, *Apoth.* 189; *Perist.* II 452; *Symm.* I 42, 234, 253, 627; II 296, 859.
Saulo (=Pablo), *Tit.* 185.
Sed (personif.), *Ham.* 396.
Sencillez (personif.), *Psych.* 246.
sénones, *Symm.* II 688.
Sérapis (=Serapis), *Symm.* II 532, 869.
Severo, *Symm.* I 278.

Sibila, *Symm.* II 893.
sículo, *Symm.* II 945.
Sila (Lucio Cornelio), *Perist.* IX 1.
Siloé, *Apoth.* 680; *Tit.* 131.
Simeón, *Apoth.* 1011.
Simón (=Pedro), *Symm.* II *praef.* 1.
Sina, *Symm.* II 247.
Sión, *Ham.* 459.
Sirio (astro), *Cath.* XII 22.
Sirtes, *Apoth.* 443; *Cath.* VII 30; XI 67; *Symm.* II 356.
Siscia, *Perist.* VII 3.
Sixto II (papa), *Perist.* II 22.
Soberbia (personif.), *Psych.* 178, 203.
Sobriedad (personif.), *Psych.* 244, 345, 403, 417, 450.
Sodoma, *Ham.* 725, 735, 740, 763, 773; *Perist.* V 195; *Psych. praef.* 17; *Psych.* 42.
sodomita, *Apoth.* 316.
Sol (deif.), *Perist.* X 573; *Symm.* I 310; (astro), *Symm.* I 328, 342.
Suburra, *Perist.* XI 45.
Suceso (mártir), *Perist.* IV 149.
Superstición (personif.), *Ham.* 395.

Tajo, *Symm.* II 605.
Tánger, *Perist.* IV 45.
Tarento, *Symm.* II 748.
tarpeyo, *Apoth.* 508; *Perist.* V 106; *Symm.* I 548.
Tarragona, *Perist.* IV 23; *Perist.* VI 1, 157.
Tarsis, *Cath.* VII 105.
Tártaro, *Apoth.* 638; *Cath.* I 70; V 133; IX 18, 71; XI 112; XII 92; *Ham.* 824, 882, 958; *Perist.* II 288; V 200; X 475; XIII 52; *Psych.* 90; 521; *Symm.* I 26; 357; 370, 531.
Tascio (Cecilio Cipriano), *Perist.* XIII 88, 93.
Tauro (constel.), véase Novillo.
Tebas, *Symm.* II 496.
Temor (personif.), *Psych.* 464.
Ténaro, *Apoth.* 749.
Término (div.), *Symm.* II 1009.
tesalio, *Perist.* X 869; *Symm.* I 89.
Tíber, *Perist.* XI 40; XII 7, 29; *Symm.* I 482; II 871, 938.
tirintio (=Hércules), *Perist.* X 239.
tirio, *Perist.* XIII 51.
Tiro, *Ham.* 496.
tirreno, *Perist.* XI 47.
Tirso, *Perist.* X 280; *Symm.* II 858.
Tito, *Apoth.* 538; *Symm.* I 279.
Tobías, *Cath.* X 69.
Tonante (=Dios Padre), *Apoth.* 171; *Cath.* VI 81; XII 83; *Ham.* 376, 669; *Perist.* VI 98; *Psych.* 640; — (=Júpiter), *Perist.* X 222, 277.
tracio, *Cath.* XII 203.
Trajano, *Symm.* I 278.
trinacrio, *Symm.* II 302.

Trinidad, *Cath.* III 20; *Perist.* VI 6; *Psych. praef.* 63.
Triptólemo, *Symm.* II 918.
Tristeza (personif.), *Ham.* 395.
Tritonia (=Minerva), *Symm.* II 574.
Trivia, *Symm.* I 369; II 53.
Tros, *Symm.* I 233.
troyano, *Perist.* II 445.
Tule, *Ham.* 881.
Tulio (Cicerón), *Symm.* I 634.
Tulo, *Symm.* I 193.

Ulises, *Symm.* II 544.
Unción, *Tit.* 171.
Urbano (mártir), *Perist.* IV 150.

Valeriano (emp.), *Perist.* XIII 35.
Valeriano (obispo), *Perist.* XI 2.
Valerios, *Perist.* IV 80.
Valor (personif.), *Psych.* 240.
vándalo, *Symm.* II 808.
vasco, *Perist.* II 537.
Vaticano (monte), *Symm.* I 583.
Véneto, *Symm.* II 700.
Venus, *Apoth.* 189; *Perist.* III 76; X 256; *Symm.* I 172, 185, 221, 293, 626; *Symm.* II 226, 535, 555.
Verbo, *Apoth. praef.* I 6, 7; *Apoth.* 44-45, 48-49, 72, 74, 108-109, 114-116, 120, 267, 403, 524-525; *Cath.* III 2; XI 18, 23-24; *Perist.* X 339-340; *Psych.* 78-79. Véase Voz.
Véspero, *Perist.* X 329; *Symm.* II *praef.* 4.
Vesta, *Perist.* II 511; *Symm.* I 195; II 913, 966, 970, 1079.
Vetonia, *Perist.* III 187.
Vía Latina, *Symm.* I 404.
Vía Ostiense, *Perist.* XII 45.
Vía Sacra, *Symm.* I 216.
Vía Salaria, *Symm.* I 405.
Vicente, *Perist.* IV 77, 89, 179; V 4, 29, 209, 273, 323, 375.
Vicios (personif.), *Psych.* 13, 259, 309, 663, 698.
Victoria (diosa), *Symm.* II 28.
Violencia (personif.), *Psych.* 629.
Virgen (María), *Apoth.* 116, 168, 571, 579, 610, 643, 1013; *Cath.* III 152; XII 140; *Ham.* 575, 635; *Psych.* 70-71, 88; *Tit.* 99-100, 105, 110.
Virtudes (personif.), *Apoth.* 193; *Psych. praef.* 12; *Psych.* 12, 19, 174, 177, 274, 307, 404, 500, 569, 664, 706, 716, 748, 798.
Voluptuosidad (personif.), *Psych.* 444.
Voz (=Verbo), *Cath.* XI 52.
Vulcano, *Perist.* II 404; *Symm.* I 305, 626.

Yugurta, *Symm.* I 525.

Zaragoza, *Perist.* IV 3, 54, 142.
Zoilo, *Perist.* IV 19.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

CONTRA EL DISCURSO DE SÍMACO (CONTRA ORATIONEM SYMMACHI) 7

Libro I 9

Libro II 53

LIBRO DE LAS CORONAS (LIBER PERISTEPHANON) 119

RÓTULOS A ESCENAS HISTÓRICAS [DOBLE ALIMENTO] (TITVLI HISTORIARVM [DITTOCHAEON]) 287

PRUDENCIO ACERCA DE SUS PROPIAS COMPOSICIONES [EPÍLOGO] (DE OPVSCVLIS SVIS PRVDENTIVS [EPILOGVS]) 311

ÍNDICE DE NOMBRES 315